LUCIANO

OBRAS

VOL. II

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 113

LUCIANO

OBRAS

II


TRADUCCIÓN Y N

JOSÉ LUIS NAVAR



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por LIDIA INCHAUSTI GALLARZAGOITIA.

EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1988.



Depósito Legal: M. 15372-1988.

ISBN 84-249-1276-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1988. — 6179.

26

CARONTE O LOS CONTEMPLADORES *

Un personaje que forma parte del mundo subterráneo de los griegos, el barquero Caronte, pide permiso y, de la mano de Her-

---

* Nota previa. — El texto dice *episkopoûntes,* literalmente «supervisores» o «inspectores». Ciertamente, Caronte y Hermes están contemplando un paisaje desde una alta atalaya, y no están precisamente deleitándose con él, sino observando con detenimiento todo cuanto ven. Es evidente que «los contempladores» no parece muy correcto en español. Pero, dado que este volumen es continuación de otro anterior (número 42 de esta misma colección), con Introducción general a cargo del Dr. D. José Alsina Clota, una mínima coherencia y un respeto hacia el lector exigen que se mantegan los títulos de dicho volumen. No obstante, deseo dejar constancia de la traducción que a mí me habría parecido más oportuna para expresar en castellano actual los epígrafes con los que Luciano titula las obras que englobamos en este volumen. Señalo únicamente los títulos en los que discrepo de la traducción propuesta por el Dr. Alsina en su mencionada Introducción general.

Alsina	Nuestra propuesta
Caronte o Los contempladores	*Caronte o Los oteadores*
El pescador o Los resucitados	*El pescador o Los que vuelven a la vida*
Contra un ignorante que compraba muchos libros	*Contra un analfabeto que compraba muchos libros*
Sobre el parásito o Que el parasitismo es un arte	*El «gorrón» o Que vivir de gorra es una profesión*
Anacarsis o Sobre la gimnasia	*Anacarsis o Sobre el deporte*
Sobre los que están a sueldo	*Los que se contratan a sueldo o El consorcio de los asalariados*
Lucio o El asno.	*Lucio o El burro.*

mes, se da una vuelta por la Tierra. La curiosidad de nuestro personaje responde a una estudiada intención de nuestro autor. En este primer diálogo del presente volumen, Luciano realiza una crítica a los ricos de un modo particular y a toda la sociedad en general. La idea de que la muerte iguala a todos y de que todos viven sin pensar en ella está en el centro del diálogo y, a modo de recordatorio, se plasma en la frase final. Obviamente, cuanto más se atesora, más necio le resulta a Luciano el comportamiento de los seres humanos. Esta idea que aquí queda ya expuesta la retomará el autor, para profundizar en ella y cargar las tintas de su crítica, en obras como *Acerca de los sacrificios* y, especialmente, *Sobre el luto.*

No deja de ser curioso que sea el mundo griego clásico, y no el mundo contemporáneo de Luciano, el que se trae a colación en este diálogo. Para ello se vale el autor de un procedimiento ingenioso: inserta un diálogo —Solón y Creso— en otro diálogo —Caronte y Hermes—, con lo que la lectura resulta más ágil y se consigue un efecto de acercamiento muy positivo.

1 HERMES. — ¿De qué te ríes, Caronte? ¿Por qué, dejando a un lado la travesía, has subido a nuestra región sin estar totalmente acostumbrado a ver cómo van las cosas por aquí arriba?

CARONTE. — Mira, Hermes; es que me entraron unas ganas enormes de ver cuáles son las cosas que hay en la vida; qué es lo que hacen en ella los hombres, y de qué se ven privados todos ellos, que gimen a voz en grito cuando bajan para acá. Es que no hay ni uno que haya hecho la travesía sin llorar. Así que, tras pedirle a Hades permiso yo también, como aquel jovencito tesalio [1], para abando-

---

[1] El jovencito tesalio no es otro que Protesilao, uno de los pretendientes de Helena, que, sin embargo, casó con Laodamía. A poco de casar, murió en la guerra de Troya. Laodamía consiguió de los dioses

nar mi barca por un solo día, he subido a la luz y me parece muy oportuno haberme topado contigo. Vas a hacerme de guía muy requetebién, y estoy convencido de que me vas a acompañar en mi camino de retorno y de que vas a enseñarme cada cosa con detalle, como buen conocedor que eres de todas ellas.

HERMES. — No tengo tiempo, barquero. Voy de camino dispuesto a atender a Zeus de arriba, dios de los humanos. Tiene un carácter agrio y temo que, si me retraso un poco, me deje ser todo vuestro entregándome a las tinieblas o, como precisamente le hizo un día a Hefesto, me precipite a mí también agarrándome del pie desde una mansión divina para que, cojeando, sea motivo de burla al tiempo que escancio vino.

CARONTE. — Entonces, ¿vas a estar ahí tan tranquilo viéndome dar vueltas por la tierra, tú, amigo, copiloto y compañero de fatigas? No estaría de más, hijo de Maya, que por lo menos recordaras que yo nunca jamás te mandé achicar el agua de la barca ni ser remero. Bien que roncas sobre el puente de mando, aislándote, cuando acompañas a hombres crueles o poderosos, y, en cambio, si te encuentras un muerto parlanchín, no paras de hablar con él durante todo el tiempo que dura la travesía. Y yo, que soy un anciano, tengo que manejar, solo, los dos remos. Por tu padre, Hermesito de mi vida, no me dejes, dame una vuelta a ver todo lo que hay en la vida, para que, tras haberlo visto, pueda volver arriba; porque, si tú no me guías, en nada voy a diferenciarme de los ciegos. Pues, exactamente igual que aquellos se caen tropezando en la oscuridad, a mí también, aunque al revés que a ti, se me

---

que permitieran «resucitar» a Protesilao y devolverlo a la tierra por espacio de tres horas.

nubla la vista cerca de la luz. Venga, Cilenio [2], dime que sí, y recordaré de por vida este favor.

2 HERMES. — Ese asunto me va a traer complicaciones [3]. Por lo menos ya estoy viendo que el pago que voy a obtener por el recorrido no va a estar exento de pegas por todas partes. Sin embargo, no hay más cáscaras que hacerlo. ¿Qué no tiene uno que aguantar cuando un amigo poco menos que le fuerza? Barquero, es de todo punto imposible que puedas ver todo con detalle; haría falta un montón de años. Pero fíjate; habrá que anunciar a los cuatro vientos que yo, como si dijéramos, voy a escaparme de Zeus, y que tú vas a interferir las tareas de la Muerte y a menoscabar la autoridad de Plutón no acompañando a los muertos durante mucho tiempo. Y, entonces, el aduanero, digámoslo así, Éaco se va a afligir, pues no va a sacar en limpio ni un óbolo. En fin, para que puedas ir viendo lo más importante de cuanto sucede, hay que empezar a observar ya.

CARONTE. — ¡Excelente idea!, Hermes. Yo no sé nada de lo que hay sobre la tierra; soy un extranjero.

HERMES. — Ante todo, Caronte, nos conviene un lugar elevado para que desde él puedas ver todo; si fuera posible subir al cielo, no tendríamos problemas; desde una panorámica general podrías ver absolutamente todo al detalle. Pero, como no se permite a los fantasmas acceder a los dominios regios de Zeus, es hora ya que echemos un vistazo a ver si encontramos un monte alto.

3 CARONTE. — ¿Sabes, Hermes, lo que solía deciros yo, una vez que acabábamos la travesía? Cuando el viento, soplando como un huracán, caiga sobre las velas por el

---

[2] Según la leyenda, Hermes había nacido en una cueva del monte Cilene; de ahí uno de sus más corrientes apelativos.

[3] Literalmente dice el texto: «va a ser causa de golpes para mí».

costado y se levante una ola alta, entonces, vosotros, por desconocimiento, intentáis arriar la vela o meter un poquito el pie o escapar del viento, y yo, en cambio, os exhorto a mantener la calma. Yo sé, en efecto, qué es lo mejor. De igual modo, haz tú ahora lo que piensas que es lo mejor; tú eres ahora el piloto; yo, como está mandado a los pasajeros, me voy a sentar sin decir ni pío, dispuesto a hacerte caso en todo lo que mandes.

HERMES. — Llevas razón. Voy a ver lo que hay que hacer y voy a encontrar el promontorio que tenga una vista lo suficientemente completa. Bueno, ¿puede valer el Cáucaso o el Parnaso o el Olimpo, que está ahí y que es más alto que ambos? Desde luego no es una bagatela el recuerdo que vas a tener si miras al Olimpo. Pero tienes que compartir conmigo las fatigas y las tareas.

CARONTE. — ¡A tus órdenes! Estoy dispuesto a trabajar todo lo que pueda.

HERMES. — Homero, el poeta, dice que los hijos de Aloeo [4], que también eran dos, cuando aún eran niños quisieron, en cierta ocasión, arrancando el Osa desde sus cimientos, coronar el Olimpo y, luego, el Pelión sobre él, creyendo que tendrían una perspectiva suficiente y acceso para mirar sobre el cielo. Aquellos dos muchachos, temerarios ambos, no hay duda, pagaron su osadía. Nosotros dos —nuestras deliberaciones no pretenden hacer daño a los dioses—, ¿por qué no nos ponemos a hacer obras también nosotros, haciendo rodar piedras, unas tras otras, por los montes, a fin de tener una panorámica al detalle desde el punto más alto?

[4] Oto y Efialtes, dos gigantes que decidieron hacer la guerra contra los dioses. Para ello pusieron el monte Osa sobre el Olimpo y encima de ambos el Pelión, a fin de llegar hasta el cielo.

4 CARONTE. — ¿Y crees, Hermes, que podremos, siendo dos tan sólo, levantar el Pelión o el Osa?

HERMES. — ¿Por qué no, Caronte? ¿Te iba a parecer que tenemos nosotros menos categoría que los dos mozalbetes aquellos, máxime, estando unas divinidades de nuestro lado?

CARONTE. — No, pero la empresa me parece a mí que encierra un trabajo de una envergadura increíble.

HERMES. — Evidentemente. Claro, Caronte; eres un hombre rudo y estás muy poco acostumbrado a hacer cosas. El noble Homero, en un par de versos, nos hizo en un instante el cielo accesible [5], juntando los montes con facilidad. Y me pregunto si te parece un prodigio, a ti, que, sin duda, conoces la historia. Atlante, él, uno solo, lleva y soporta el globo terráqueo con todos nosotros. Quizás oyes contar, respecto de mi hermano Heracles, que relevaría a aquel Atlante y, al cabo de poco tiempo, pondría fin a su dolor, llevando él sobre su cabeza la carga [6].

CARONTE. — Lo tengo oído. Pero si es verdad, tú y los poetas lo podéis saber.

HERMES. — Es verdad de todas todas, o ¿a cuento de qué iban a mentir unos hombres cultos? Así que vamos a levantar con una palanca el Osa, primero, como nos indican el poema y el poeta Homero, y sobre el Osa el Pelión frondoso.

¿Ves con qué facilidad y con qué ambiente tan... poético hemos realizado nuestro trabajo? ¡Hala, pues!, sube y mira a ver si todavía hay que hacer algún trabajo más
5 de albañilería sobre su cumbre. ¡Ay, Ay! Estamos abajo todavía, en un paraje al pie del cielo. Desde las zonas orien-

[5] Los versos a que se refiere el texto corresponden a *Odisea* XI 315-316; aluden al episodio que se cita en la nota anterior.

[6] Alusión a uno de los últimos trabajos de Heracles.

tales escasamente se distinguen Jonia y Libia, y desde las occidentales poco más que Italia y Sicilia; desde las del Norte sólo las que están pegadas al Istro [7], y desde allí no se distingue Creta con total claridad. No tenemos más remedio, barquero, que mover el Etna primero y después el Parnaso, según parece, por encima de todos los demás.

CARONTE. — Hagámoslo así. Sólo mira a ver no sea que vayamos a trabajar más de la cuenta, extendiéndonos más de los conveniente y luego probemos en nuestros cocos, precipitados desde las alturas, la amarga obra de albañilería de Homero.

HERMES. — ¡Ánimo; está todo bien seguro! Llévate más allá el Etna. Hagamos rodar ahora los dos juntos el Parnaso.

CARONTE. — ¡Vamos allá!

HERMES. — Voy a subir de nuevo. Perfecto. Lo veo todo. Vamos, sube ya tú también.

CARONTE. — Dame la mano, que me estás haciendo subir sobre una atalaya [8] no insignificante.

HERMES. — Así es, si quieres verlo todo, Caronte. No es posible que los dos estemos seguros y veamos bien. Cógete a mi diestra y ten cuidado no vayas a pisar por la parte que resbala. Muy bien. Ya has llegado aquí arriba tú también. Fíjate: el Parnaso tiene dos cumbres, cada uno de nosotros desde nuestro asiento limita nuestra visión a una sola cima. No importa; tú, echando la vista en derredor, fíjateme en todo lo que veas.

---

[7] El Istro, al que se alude en otros opúsculos de este volumen, es el Danubio.

[8] El texto griego dice *mēchanḗ*, esto es, «artefacto». Se trata, como han dicho nuestros personajes, de un mirador que ellos mismos se han fabricado; pensamos que sería correcto, en la medida en que puede recoger esos matices, el término castellano «atalaya».

6 CARONTE. — Estoy viendo mucha tierra y una laguna enorme que fluye a su alrededor y montes y ríos mayores que el Cocito y el Piriflegetonte y hombres muy pequeñitos y algunas de sus madrigueras.

HERMES. — Las que tú crees sus guaridas, son ciudades.

CARONTE. — ¿Sabes, Hermes, que no hemos hecho nada sino que hemos trasladado en vano el Parnaso, con su fuente Castalia, y el Etna y los demás montes?

HERMES. — ¿Y eso por qué?

CARONTE. — Porque desde esta altura no veo nada con detalle. Necesitaría ver ciudades y montes, pero no sólo como en los mapas, sino ver a las personas, lo que hacen y lo que dicen. Como cuando, al toparte conmigo por vez primera, me viste riendo y me preguntaste de qué me reía; es que oí contar una cosa que me hizo partime de risa.

HERMES. — ¿Y de qué se trataba?

CARONTE. — Alguien fue invitado a cenar por un amigo, al día siguiente. «Descuida que iré», dijo. Y, mientras así hablaba, le cayó del tejado una teja encima, y no sé cómo se movió que lo mató. Así que me eché a reír porque no pudo cumplir su promesa. Ahora también me parece que gustoso bajaría para poder ver y oír mejor.

7 HERMES. — ¡Poco a poco! Y yo te voy a atender y en un instante te mostraré, de parte de Homero, a alguien de mirada muy penetrante, tomando además un conjuro; después que recite los versos, recuerda, ya no se te nublará la vista, sino que verás todo con claridad.

CARONTE. — Sólo limítate a hablar.

HERMES.

De tus ojos he levantado un velo, antes sobre ellos,
a fin de que puedas a un dios de un mortal distinguir [9].

¿Qué pasa?, ¿ves ya?

---

[9] *Ilíada* V 127-128.

CARONTE. — Divinamente. Ciego estaba el Linceo aquél; como si lo tuviera cerca de mí. Así que vete enseñándome lo que hay sobre él y respóndeme cuando te pregunte. ¿Quieres que yo también te pregunte, siguiendo a Homero, para que aprendas que no se me han olvidado los versos?

HERMES. — Y de dónde diablos has sacado tiempo para aprenderlos tú, que estás siempre navegando y remando?

CARONTE. — ¿Ves? Eso es ofensivo para mi arte. Pero yo, cuando transportaba a Homero en mi barco al morir, como le oía cantar versos, aún me acuerdo de algunos. Entonces una tempestad bastante considerable nos envolvía a ambos. Efectivamente, una vez que empezó a cantar un canto no totalmente favorable para quienes estaban realizando la travesía, como Posidón amontonó las nubes, y agitó el ponto lanzando una especie de rayo del tridente, y levantó toda clase de tempestades y muchas otras inclemencias, revolviendo el mar por efecto de sus versos, cayendo sobre nosotros de golpe y porrazo una borrasca y una densa nube, poco faltó para que nos volcara la nave, especialmente cuando aquél, al marearse, vomitó la mayor parte de los versos dedicados a la mismísima Escila y a Caribdis y al Cíclope. Así, pues, no era difícil preservar por los menos de entre tan gran vómito unos pocos versos.
Anda, dime. 8

¿Quién es el más grueso, valeroso y grande
que destaca entre los hombres por su cabeza y anchas
[espaldas? [10].

HERMES. — Ése es Milón, el atleta de Crotona. Los griegos lo aplaudieron, porque, levantando el toro, va y lo pasea por todo el medio del estadio.

---

[10] Puede tratarse, tal vez, de una parodia de unos versos de la *Ilíada* que aluden a Áyax, cf. *ibid.*, III 226-227.

Caronte. — Pues, Hermes, ¿no deberían elogiarme a mí, con mucha más justicia, que, cogiéndote al mismísimo Milón, al cabo de poco tiempo, lo voy a meter en la barquichuela en cuanto venga a nuestros dominios noqueado, literalmente, por el más invencible de los rivales, la Muerte, sin saber cómo le pone la zancadilla? Y, después, nos vendrá con lamentos y gemidos al acordarse de las coronas y las ovaciones.

Ahora está engreído y es admirado porque ha llevado al toro. Y bueno, ¿qué? ¿Hemos de pensar, por ello, que él esperaba que tendría que estar muerto alguna vez?

Hermes. — ¿Y a santo de qué traería él a colación la muerte ahora que está en pleno apogeo?

Caronte. — Deja, que ése nos va a hacer reír cuando navegue y no pueda levantar ni un mosquito, ni un toro. Venga dime aquello de...

9 *¿Quién es ese otro varón venerable*
no griego, al parecer, por su vestimenta?

Hermes. — Ciro, Caronte, el hijo de Cambises, el artífice del poderío que antes tenían los medos y ahora los persas. Él, hasta hace poco, tuvo dominio sobre los asirios y se estableció cerca de Babilonia, y ahora ha dejado paso a quien estaba avanzando sobre Lidia, en la idea de que si destruía a Creso, sería dueño absoluto de todos.

Caronte. — ¿Y el tal Creso, dónde está también?

Hermes. — Dirige tu vista hacia allí, hacia la gran ciudadela, la de triple muralla. Aquélla es Sardes y ya estás viendo a Creso en persona recostado en su diván de oro, charlando con el ateniense Solón [11]. ¿Quieres que escuchemos lo que están diciendo?

---

[11] La conversación que sigue está basada en Heródoto, I 29-33.

CARONTE. — ¡Claro que sí!

CRESO. — Extranjero ateniense. Ya viste mi riqueza y 10
mis tesoros; has visto las enormes cantidades de oro sin acuñar que tenemos y demás boato. Dime, ¿quién piensas tú que es el más feliz de todos los hombres?

CARONTE. — Oye, ¿qué va a decir Solón?

HERMES. — Tranquilo, Caronte, que no ha de ser ninguna tontería.

SOLÓN. — Creso; los felices son unos pocos. Yo, al menos, de los que conozco, pienso que los más felices son Cléobis y Bitón, los hijos de la sacerdotisa.

HERMES. — Ése alude a unos de Argos que murieron a la vez hace poco. Después de sacar en triunfo a su madre la llevaron sobre un carro ellos mismos, hasta las inmediaciones del templo.

CRESO. — Bueno, que tengan ellos el primer puesto en el escalafón de la felicidad. ¿Quién ocuparía el segundo?

SOLÓN. — Telo, el ateniense, que llevó una vida ordenada y murió por su patria.

CRESO. — Y yo, maldito, ¿es que no te parece que soy feliz?

SOLÓN. — Aún no lo sé, Creso, hasta que no llegues al término de tu vida. La muerte es la prueba definitiva de esos hombres, así como el llevar una existencia feliz prácticamente hasta el fin de la vida.

CARONTE. — Bravo, Solón; no te has olvidado de nosotros; antes bien te parecería estupendo que tal juicio respecto de estos temas tuviera lugar el arrimo de la barca. Pero, ¿quiénes son aquellos a quienes está haciendo subir 11
en comitiva Creso, o qué es lo que llevan sobre los hombros?

HERMES. — Ofrecen a la Pitia unos trípodes de oro como pago por los oráculos por acción de los cuales va a

perecer él un poco después. Absurdo comportamiento el del hombre aficionado a los adivinos.

CARONTE. — ¿Aquello es el oro, lo reluciente que da destellos desde allí, lo de color amarillo pálido con un tono rojizo? Vaya; por fin lo veo ahora, que no paro de oír hablar de él.

HERMES. — Ésa es, Caronte, la famosa palabra, por la que tantas peleas se producen.

CARONTE. — Pues, la verdad, es que no le veo yo las ventajas por ninguna parte, como no sea lo que les pesa a los que lo transportan.

HERMES. — No sabes, por causa de él, cuántas guerras e intrigas y actos de pillaje y perjurios y odios y ataduras y negocios y situaciones de dependencia se producen.

CARONTE. — Por eso, Hermes, no se diferencia mucho del bronce. Yo conozco muy bien el bronce, el óbolo, según sabes, porque lo recojo de cada uno de los pasajeros que realizan la travesía en mi barca [12].

HERMES. — Sí, pero el bronce es muy abundante, de manera que no hay que afanarse para obtenerlo. En cambio, los mineros de una mina enormemente profunda extraen tan sólo esa pequeña cantidad de oro. Por lo demás, de la tierra sale, al igual que el plomo y los demás metales.

CARONTE. — Por lo que me estás diciendo, es asombrosa la estupidez de los humanos, que le tienen tanto amor a un producto pesado y paliducho.

HERMES. — Sin embargo, Caronte, Solón, que esta allí, no parece compartir ese amor por él, ya que, según puedes ver, se está burlando de Creso y de su bárbara arrogancia;

---

[12] Recuérdese que los griegos amortajaban al difunto con un óbolo entre sus dientes para poder pagarle a Caronte el pasaje a través de la laguna Estigia.

pero me parece que quiere decirle algo. Peguemos el oído, pues.

SOLÓN. — Dime, Creso, ¿crees que a la Pitia le hacen 12
alguna falta esos ladrillos?

CRESO. — Sí, por Zeus. No hay ofrenda de una categoría semejante en Delfos.

SOLÓN. — ¿Crees, entonces, hacer ver sin tapujos que el dios se sentiría eternamente feliz, si junto con las otras ofrendas tuviera, además, ladrillos de oro?

CRESO. — ¿Y cómo no?

SOLÓN. — Por lo que me estás diciendo, Creso, mucha pobreza debe de haber en el cielo, si cuando les apetece hay que llevarles a los dioses el oro desde Lidia.

CRESO. — ¿Pues dónde podría encontrarse tanto oro como en nuestra tierra?

SOLÓN. — Dime, ¿se produce hierro en Lidia?

CRESO. — En absoluto.

SOLÓN. — Pues, entonces, os falta lo mejor.

CRESO. — ¿Cómo va a ser mejor el hierro que el oro?

SOLÓN. — Si juzgaras sin apasionamiento, lo sabrías al instante.

CRESO. — Pregunta, Solón.

SOLÓN. — ¿Quiénes son mejores, los que salvan a alguien o los que se salvan a su lado?

CRESO. — Está clarísimo que los que salvan a alguien.

SOLÓN. — Entonces, si, como dicen algunos propagadores de bulos, Ciro atacara a los lidios, ¿tú fabricarías para el ejército espadas de oro, o entonces el hierro te resultaría imprescindible?

CRESO. — Es evidente que el hierro.

SOLÓN. — Y, si no pudieras tenerlo dispuesto, el oro se te iría, prisionero, a manos de los persas.

CRESO. — Pero, ¡calla, hombre!

Solón. — ¡Ojalá, no fuesen así las cosas! Al menos, se ve ya que reconoces que el hierro es mejor que el oro.

Creso. — Así, pues, ¿me estás exhortando a ofrecerle al dios ladrillos de hierro, y llamar para que vuelvan aquí y traigan el oro?

Solón. — El dios no necesitará para nada el oro; pero, caso que le ofrezcas bronce u oro, para unos su ofrecimiento constituiría un tesoro y un hallazgo inesperado, tal los focenses o beocios o los propios habitantes de Delfos, o algún dictador o algún bandido, pero te aseguro que al dios le importarán poco tus fabricaciones en oro.

Creso. — En relación con el tema de la riqueza no dejas de zaherirme y despreciarme.

13 Hermes. — El lidio, Caronte, no lleva la claridad y la verdad de los argumentos, porque el asunto le parece ajeno, pues no tiene que mendigar como un hombre pobre; habla a su aire.

No mucho después se acordará de Solón, cuando él, hecho prisionero, sea puesto sobre la pira por Ciro. Hace poco lo escuché de boca de Cloto, que estaba leyendo los hilos a cada uno, en los que estaba escrito eso, que Creso fue capturado por Ciro y que el propio Ciro murió por acción de aquélla, la hija de Massagetis. ¿Ves a la escitia, la que cabalga sobre el caballo blanco?

Caronte. — Sí, por Zeus.

Hermes. — Aquélla es Tómuris, y ella en persona, tras cortar la cabeza de Ciro, va y la arroja a un saco lleno de sangre. ¿Ves también a su hijo menor? Aquél es Cambises. Ése sucederá en el trono a su padre y, tras innumerables fracasos en Libia y Etiopía, morirá, por fin, preso de un ataque de furia, tras matar a Apis.

Caronte. — ¡Para que rías! Pero, ahora, ¿quién podría mirarlos a la cara a ellos que de forma altanera des-

precian a los demás? ¿Quién podría confiar en ellos, que
al cabo de poco tiempo serán prisionero el uno, y el otro
tendrá la cabeza en un saco bañado de sangre? Y... ¿quién 14
es aquél, Hermes, el que va embutido en ese manto tan
bien abrochado con hebillas, el que lleva la tiara, a quien
el cocinero tras abrir el pez ha devuelto el anillo? [13].

En una isla bañada por el mar [14]

se jacta de ser un rey.

HERMES. — Muy a colación estás trayendo los versos. Estás viendo a Polícrates, el dictador de los jonios, que cree ser plenamente feliz. Pero, él también, traicionado por Meandro, el servidor del sátrapa Oreto, que está a su lado, será crucificado, pobre de él, siendo desprovisto de su felicidad en un breve lapso de tiempo. También eso lo escuché de boca de Cloto.

CARONTE. — Me cae bien la noble Cloto. Quémalos tú, la mejor de las mujeres, corta sus cabezas y crucifícalos para que sepan que son humanos. Tan alto han subido que desde la cima más alta mucho peor será la caída. Bien me voy a reír yo entonces, al irles reconociendo a cada uno desnudo en la barquichuela, sin el vestido de púrpura, sin la tiara o sin el trono dorado.

HERMES. — Pues ése será su sino. ¿Estás viendo a la 15
masa, Caronte, a los que navegan, a los que juzgan, a
los campesinos, a los prestamistas, a los que piden dinero?

CARONTE. — Veo que es muy variopinta la forma de emplear el tiempo; que su vida está llena de problemas; que sus ciudades se asemejan a las colmenas en las que

---

[13] Alusión a una divertida y conocida historia narrada por HDT., III 39-43, y conocida con el nombre de «anillo de Polícrates».

[14] *Od.* I 50.

todo bicho tiene su propio aguijón y azuza al vecino, y tan sólo unos pocos como abejas traen y llevan lo necesario para vivir. ¿Y la multitud invisible que revolotea en torno a ellos, quiénes son?

HERMES. — Esperanzas, Caronte, temores, ignorancias, alegrías, codicias, cóleras, odios y demás circunstancias semejantes. De ellas, la ignorancia, que acarrea errores, se confunde ahí abajo con ellos y los acompaña a la hora de gobernarse; y, por Zeus, también odio y cólera y envidia e ignorancia e indigencia y avaricia; el miedo y las esperanzas revolotean por aquí arriba. El miedo, cuando cae sobre alguien, en ocasiones, lo asusta y le hace temblar; las esperanzas, por su parte, balanceándose sobre sus cabezas, justo cuando alguien cree que va a capturarlas, se alejan volando dejándolos boquiabiertos; exactamente como le sucede ahí abajo a Tántalo, pero, en vez de con
16 las esperanzas, con el agua [15]. Y, si miras con atención, verás claramente a las Moiras que a cada uno le zurcen en la rueca el huso; de ello ha resultado que todos están pendientes de delgados hilos. ¿No ves una especie como de arañas que desde los husos se deslizan cuesta abajo sobre cada hombre?

CARONTE. — A cada uno le veo un hilo muy fino, enrollado en muchos pliegues, éste para aquél, aquél para el otro.

HERMES. — Naturalmente, barquero. El destino ha dispuesto a éste ser asesinado por aquél, a aquél, por el de más allá; a éste ser nombrado heredero por aquél, tal vez

---

[15] Alusión al famoso suplicio de Tántalo, condenado, según algunas versiones, a permanecer sumergido en un lago con el agua ya cerca de los labios; no le llegaba ni una sola gota y se abrasaba de sed. Así explica el suplicio HOMERO en el canto XI de la *Odisea*.

por el que tiene el hilo más delgado, y aquél por éste. Tal es el sentido del entrelazado. Así, pues, ya estás viendo que todos penden de algo fino. Y al uno resulta que lo encumbran y está en las alturas, y al poco tiempo, cayendo de golpe, al romperse el hilo, dado que ya no resiste el peso, producirá un fuerte estrépito. El otro, levantado en volandas sólo un palmo de la tierra, si es que cae, lo hará sin ruido, que ni siquiera sus vecinos oirán la caída.

CARONTE. — Eso es para partirse de risa, Hermes.

HERMES. — No podrías decir con justicia que esas cosas 17
son para partirse de risa, Caronte, en especial los desmedidos afanes de ellos y el viajar en medio de las esperanzas raptados por una muerte excelente. Hay muchos mensajeros y siervos de ella, según estás viendo; calenturas, fiebres, agotamientos, pulmonías y muertes violentas y robos y venenos, jueces y dictadores. Y nada de ello les llega por regla general; entonces es cuando les va bien; pero, cuando caen, los lamentos son infinitos. Si desde un principio se les metiera en la cabeza que son mortales y que, tras darse una pequeña vuelta por la vida, se marcharán como quien despierta de un sueño, soltando todo lo que encontraron sobre la faz de la tierra, vivirían de un modo más sensato y se afligirían bastante menos al morir. Pero, ahora, con la esperanza de disfrutar para siempre de lo que está en sus manos, cuando el siervo de la muerte, a su vera, los llama y los lleva a la fuerza con unas fiebres o un lento fallecer, se afligen ante el hecho del viaje sin que les parezca nunca un buen momento para que los arrebaten. Pues, ¿qué haría aquél, el que está construyendo con afán la casa y metiendo prisa a los trabajadores, si supiera que la casa estará terminada para él, pero que él, que hacía un momento había puesto el pie en el suelo, partirá dejando que sea su heredero quien disfrute de ella?

Y aquel otro, que se alegra porque su mujer le ha dado un hijo varón y por ello da un banquete a los amigos para festejar el nombre del padre, si supiera que su hijo va a morir a los 7 años, ¿te parece que se alegraría ante esa circunstancia? La culpa la tiene él porque ve al que tiene suerte con su hijo, al padre del atleta que ha triunfado en los Juegos Olímpicos, y, en cambio, al vecino que lleva a enterrar al hijo, no lo ve, ni sabe de qué clase de tela pendía. Ves cuántos son los que pasan la vida haciendo proyectos y los que amontonan riquezas, y antes de disfrutar de ellas, son llamados por los que yo decía que son mensajeros y servidores de la Muerte.

18 CARONTE. — Ya veo, ya, todo eso, y me estoy haciendo una idea clara de lo que les resulta agradable en la vida y qué es aquello que los aflige cuando se ven privados de ello. Al menos, si alguien viera a sus reyes, los que precisamente parecen ser felices, al margen de lo inseguro y ambiguo del azar, descubriría que las desgracias están más cerca de ellos que los goces; temores, jaleos, conspiraciones, iras y adulaciones; en compañía de ellas viven todos. Paso por alto que, llantos, enfermedades y sufrimientos los gobiernen por igual.

19 Al menos yo, Hermes, quiero decirte a qué se me han parecido asemejarse los hombres y su vida. ¿Has visto alguna vez las burbujas que se producen en el agua cuando uno llena el caldero a cierta altura bajo el chorro de la fuente? Esas pequeñas pompas, quiero decir, de las que se forma la espuma. Algunas de ellas son pequeñas y en cuanto se revientan se desvanecen; otras, en cambio, duran más. Cuando se les acercan otras, infladas, van creciendo hasta formar una gran bola, y, sin embargo, después, también ellas se estallan. No es posible que suceda de otro modo; así es también la vida del hombre: todos

se hinchan por acción del aire, los mayores, los menores; y unos mantienen el soplo de aire por un breve espacio de tiempo y un destino rápido; otros dejan de existir al instante mismo de su constitución; pero a todos no les queda más remedio que romperse.

HERMES. — Caronte; has hecho otra comparación que no tiene nada que envidiar a Homero, que dice que su linaje, el de los hombres, es semejante a las hojas [16].

CARONTE. — De esa índole son, Hermes, y ya ves lo 20
que hacen, cómo rivalizan y se pelean entre sí por cargos públicos, distinciones y posesiones, asuntos, todos, que tendrán que abandonar cuando vengan a nuestros dominios con un triste óbolo. ¿Quieres, puesto que estamos muy en lo alto, que les demos una buena voz para exhortarlos a apartarse de los quehaceres vanos y a vivir siempre con los ojos puestos en la muerte, diciéndoles: «¡Ay, necios!, ¿por qué os afanáis por esas cosas? ¡Dejad de preocuparos!, no viviréis eternamente. Ninguna de las cosas que veneráis aquí es eterna, ni nadie puede llevarse ninguna de ellas consigo tras morir.» Por el contrario, de un modo inexorable el uno viajará sin nada y la casa del otro y el campo y su hacienda irán siendo de unos y luego de otros y sus dueños cambian. Si yo les lanzara un grito en esos términos desde donde pudieran oírme, ¿no crees que la vida les reportaría gran provecho y se comportarían de un modo mucho más sensato?

HERMES. — ¡Ay, buen hombre! No sabes cómo los han 21
trastornado la ignorancia y la perfidia, que no hay forma de trepanarles los oídos con la virtud; los tienen embotados con tanta cera cuanta debió de ordenarles Odiseo a sus compañeros que le pusieran para evitar escuchar a las

[16] Famoso símil homérico (*Il.* VI 146 y XXI 464).

Sirenas. Entonces, ¿desde dónde podrían oírnos aquéllos si tú te partes el pecho a gritos? Lo que, entre vosotros puede el Olvido [17], ésa es la función que desempeña entre nosotros la ignorancia. No obstante, hay un número escaso de ellos que no se ajustan al ejemplo de la cera en los oídos, proclives a la verdad, que han clavado sus ojos profunda y detalladamente en todos los asuntos de la vida y saben muy bien cómo son.

CARONTE. — Demos, cuando menos, una voz a aquéllos.

HERMES. — Es inútil también esto; decirles algo que ya saben. Ya ves cómo, aunque se alejan de la mayoría de los hombres, se burlan de cuanto está sucediendo y no se dan nunca jamás por satisfechos, sino que es evidente que están buscando a ver junto a vosotros una escapatoria de la vida. Y encima se enfadan cuando se les hace ver a ellos su ignorancia.

CARONTE. — ¡Ay, generaciones, qué poquitos son!

HERMES. — Basta con ésos. Pero, bajemos ya.

22 CARONTE. — Aún tenía el deseo de ver, Hermes —y si me enseñas lo que te voy a decir, habré hecho un circuito completísimo—, los lugares que acogen a los cuerpos, donde los entierran.

HERMES. — Esos receptáculos se llaman túmulos, tumbas, sepulturas. ¿Estás viendo aquellos montículos delante de las ciudades y las lápidas y pirámides? Todo aquello son mausoleos y cementerios.

CARONTE. — ¿Y por qué ponen coronas sobre las lápidas y las untan con mirra, y otros rebosando una pira ante los montículos y horadando un hoyo queman allí los man-

---

[17] Alusión a *Lêthē* la llamada «fuente del olvido», situada en el mundo subterráneo. A ella acudían las almas a beber, a fin de olvidar la existencia pasada en la tierra.

jares exquisitos y vierten en los fosos excavados vino y miel mezclados, según parece?

HERMES. — No sé, barquero, qué tiene eso que ver con los que estáis en el Hades. A lo mejor han llegado a tener la fe en que las almas, al ser enviadas hacia arriba desde ahí abajo, revoloteando, en la medida en que les sea posible puedan comer la grasa y el humo, y beber la mezcla de leche con miel que mana del foso.

CARONTE. — ¿Beber o comer todavía aquellos cuyas calaveras están ya secas del todo? Desde luego, cuando digo eso me da la impresión de que me estás tomando el pelo tú que los transportas allí abajo tantos días.

Sabes muy bien que, si pudieran, sólo volverían arriba de una vez por todas aunque son ya subterráneos. Porque yo, desde luego, sufriría el más completo de los ridículos, teniendo problemas no pequeños si tuviera no sólo que llevarlos abajo, sino encima subirlos para que beban. ¡Ay, necios, qué grado de insensatez! No sabéis en qué terrenos se juzgan los asuntos de vivos y de muertos y qué bien pueden aplicársenos aquellas palabras que dicen:

De igual modo murió el hombre sin tumba que con ella;
en igual estima están Iro y el poderoso Agamenón;
igual a Tersites, el hijo de Tetis, de hermosa cabellera,
todos son por igual huecas calaveras de cadáveres
desnudos y enjutos por prado de asfódelos [18].

HERMES. — Con profusión derramas los versos de Ho- 23
mero. Pues, ya que los has recordado, quiero enseñarte la tumba de Aquiles. ¿Ves la que está a orillas del mar,

[18] Véanse *Il.* IX 319-320, y *Od.* X 521 y XI 539 ss.

en Sigeo? Desde allí; aquello es Troya; enfrente está enterrado Áyax.

CARONTE. — No son ampulosas, Hermes, las tumbas. Enséñame ya las ciudades famosas, de las que tanto oímos hablar ahí abajo: Nínive, la de Sardanápalo, y Babilonia y Micenas y Cleonas y la propia Ilión. Al menos, yo recuerdo haber pasado a muchos en mi barca desde allí, porque en diez años completos no ha habido que dejar la nave en tierra ni poner a secar la barca.

HERMES. — Nínive, barquero, ha perecido ya, y no queda ni rastro de ella; no podría decirse ni tan siquiera dónde estaba. Babilonia, ahí la tienes, es aquélla, la de hermosa torre, la de la gran muralla; al cabo de no mucho tiempo, será reconquistada, también ella, como Nínive. Me da vergüenza enseñarte Micenas y Cleona, y sobre todo Ilión. Bien sé que te faltará la respiración, siguiendo a Homero por la grandilocuencia de los versos. Por lo demás, antaño eran prósperas; ahora están muertas ellas también. Mueren, barquero, ciudades como mueren hombres, y lo más asombroso, también mueren ríos enteros; al menos, del Ínaco no queda en Argos ni el lecho.

24 CARONTE. — ¡Ay, ay, las loas, Homero, y las palabras, sagrada Ilión de calles anchas y Cleonas la bien fundada! Pero, cambiando de tema, ¿quiénes son aquellos que están en guerra? O ¿por qué se matan entre ellos?

HERMES. — Estás viendo, Caronte, a argivos y a lacedemonios y, como general en jefe, al semimortal Otríadas que está escribiendo el trofeo con su propia sangre [19].

---

[19] Alusión al combate librado entre un grupo de espartanos y otros tantos argivos por la conquista de Tirea. Sobrevivieron a la dura lucha dos argivos y un semidiós espartano. Los argivos regresaron a su patria a pregonar la victoria. Los espartanos erigieron un trofeo y escribieron

CARONTE. — ¿Qué intereses defienden al hacer la guerra?

HERMES. — La llanura misma en la que están luchando.

CARONTE. — ¡Ay, cuánta ignorancia! no saben que, aunque cada bando capturara el Peloponeso, a duras penas encontraría un hueco para apoyar un pie a la vera de Éaco. En otra ocasión otros hombres cultivarán la llanura removiendo desde sus cimientos el trofeo con el arado.

HERMES. — Así será. Nosotros, bajando ya y poniendo en su sitio, bajo tierra, otra vez los montes, nos despediremos; yo a hacer lo que me han encargado; tú a tu barca. Enseguida me tendrás aquí al frente de una comitiva de cadáveres.

CARONTE. — Bien hiciste, Hermes; habrá quedado constancia escrita para siempre de este gran favor; gracias a ti, le he sacado partido a la visita; hay que ver cómo son los problemas de los desdichados mortales; reyes, ladrillos de oro, hecatombes, batallas; y, de Caronte, ni pío.

---

una declaratoria a Zeus con su sangre. Éstos son los datos que se desprenden de HDT., I 82, y PLUTARCO, *Moralia* 306B.

27

SUBASTA DE VIDAS

Ahí es nada. La flor y nata de la filosofía se subasta al mejor postor. En un original mercado, con Zeus como patrono organizador y Hermes como auténtico experto en el arte de pregonar la mercancía y dirigir la subasta, el lector asiste, anonadado, a la más pintoresca subasta que pueda haber en el mundo. Pitágoras, Diógenes, Sócrates, Crisipo, Pirrón desfilan por las tablas de tan peculiar mercado. ¿Por qué y para qué? Parece claro. Luciano aprovecha cualquier procedimiento ingenioso que pueda ocurrírsele para dar rienda suelta a su pensamiento crítico; no se ataca a filósofos con nombres y apellidos ni se arremete contra la filosofía en sí. En la época de Luciano la filosofía ha quedado reducida básicamente a una actitud moral ante la vida. En ese sentido debe entenderse la expresión «subasta de vidas»; son actitudes ante la vida representadas por unos filósofos determinados de unas escuelas determinadas. Nótese que Platón y Aristóteles, entre otros, quedan excluidos, lo que parece confirmar, de algún modo, lo expuesto anteriormente. Precisamente por eso no llama la atención la aparición de Sócrates, cuya presentación, además, es utilizada de pasada para poner en boca suya algún postulado platónico que luego se critica.

Los filósofos, irritados, cierran filas contra nuestro autor, que parecerá aplacarlos en *El pescador*, para acabar ridiculizándolos cambiando la subasta por una pesca igualmente humillante para ellos.

ZEUS. — Tú, vete poniendo los asientos por la sala y 1
prepara el sitio para los que van llegando, y tú, quédate fuera acompañando las vidas, pero adoptando las medidas oportunas para que sus rostros ofrezcan un aspecto saludable y nos atraigan a muchísima más gente. ¡Tú, Hermes, da el aviso y convócalos!

HERMES. — ¡Con los mejores augurios! ¡Los compradores, acercaos al mercado! Vamos a vender en subasta pública vidas filosóficas [1] de todo tipo y de las especies más variopintas, a elegir. Y si alguien no tiene ahora mismo dinero, que dé una señal y luego pagará.

ZEUS. — Se están concentrando muchos. Así que no hay que perder tiempo ni hacerles esperar. Vamos, pues, a comenzar la subasta.

HERMES. — ¿Quién quieres que ofrezcamos primero? 2

ZEUS. — Al melenudo ese de ahí, al jónico, que parece ser un personaje respetable.

HERMES. — Tú, pitagórico, baja y preséntate, que te vean los que están reunidos.

ZEUS. — ¡Vocéalo!

HERMES. — ¡Vendo la mejor vida, la más venerable! ¿Quién quiere pagar por este hombre? ¿Quién quiere conocer la armonía de todo lo habido y por haber y volver a la vida otra vez?

COMPRADOR. — Tiene buenas pintas, ¿qué más sabe?

HERMES. — Aritmética, astronomía, geometría, hechicería, música, magia. Tienes ante tus ojos a un eminente adivino.

COMPRADOR. — ¿Se le pueden hacer preguntas?

---

[1] Como se ha indicado en la Introducción, no se trata de subastar vidas —*sensu stricto*—, ni filósofos con nombres y apellidos, sino tipos de vida, actitudes morales, comportamientos y visión de la vida, eso es lo que Hermes pone a subasta a voz en grito.

HERMES. — ¡Pregunta, por Zeus!

COMPRADOR. — ¿De dónde eres?

3 PITÁGORAS. — De Samos.

COMPRADOR. — ¿Dónde te educaste?

PITÁGORAS. — En Egipto, entre los hombres sabios que hay allí.

COMPRADOR. — Oye, y si te compro, ¿qué me enseñarás?

PITÁGORAS. — No te enseñaré nada; te haré ir recordando cosas.

COMPRADOR. — ¿Cómo me vas a hacer recordar?

PITÁGORAS. — Trabajando tu espíritu hasta dejarlo limpio y echando fuera la suciedad que hay en él.

COMPRADOR. — Bien, piensa que ya has purificado mi espíritu, ¿cuál es la forma de refrescar la memoria?

PITÁGORAS. — Lo primero de todo una prolongada tranquilidad, y un prolongado mutismo y no charlar nada de nada durante cinco años.

COMPRADOR. — Oye, buen hombre, vete a educar al hijo de Creso [2]; yo soy un parlanchín, no quiero ser una estatua. ¿Y tras ese quinquenio de silencio, qué?

PITÁGORAS. — Te ejercitarás en el arte de la música y de la geometría.

COMPRADOR. — Tiene gracia lo que dices, si, por lo que se ve, primero tengo que ser tocador de cítara y, después, sabio.

4 PITÁGORAS. — Y, a continuación, manejar la aritmética.

COMPRADOR. — Yo ya sé contar.

PITÁGORAS. — ¿Cómo cuentas?

COMPRADOR. — Uno, dos, tres, cuatro...

---

[2] Si hacemos caso de lo que cuenta HERÓDOTO, *Historia* I 34, 85, uno de los hijos de Creso era mudo.

PITÁGORAS. — ¿Ves? Lo que a ti te parecen cuatro son diez, y un triángulo perfecto y nuestro juramento [3].

COMPRADOR. — No, por la más grande de las cosas por las que se puede jurar, por el número cuatro, nunca he oído palabras más divinas ni más sagradas.

PITÁGORAS. — Después, extranjero, date una vuelta por la tierra y fíjate a ver cuál es el flujo del aire, el agua y el fuego y cuál es su forma para poder moverse.

COMPRADOR. — ¿El fuego, o el aire, o el agua tienen forma?

PITÁGORAS. — Y muy fáciles de distinguir. No es posible que muera lo que carece de forma o de estructura. Y por eso sabrás que la divinidad es número, inteligencia y armonía.

COMPRADOR. — Dices cosas maravillosas.

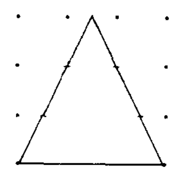
PITÁGORAS. — Pues, además de todas esas que he dicho, 5
sabrás que tú mismo, si te fijas, tendrás la impresión de ser una persona, pero de hecho eres otra.

COMPRADOR. — ¿Qué dices? ¿Que soy yo otro y no el hombre que está ahora mismo dialogando contigo?

PITÁGORAS. — Sí, ahora eres ese hombre; pero hace mucho tiempo apareciste en otro cuerpo y en otro nombre. Y con el tiempo nuevamente pasarás a otro.

---

[3] El triángulo perfecto al que se alude en otros diálogos debe reflejarse gráficamente para su mejor comprensión:



Pitágoras responde a las preguntas con marcado acento jónico, que en una lectura sí podríamos reflejar.

COMPRADOR. — ¿Estás diciendo esto, a saber, que yo voy a ser inmortal evolucionando a otras muchas formas?
6 Bueno; basta ya de ese tema. A ver, ¿cómo es lo que se refiere al régimen de comidas?

PITÁGORAS. — No me alimento de ningún ser vivo; excepto habas, como de todo lo demás.

COMPRADOR. — Y eso, ¿por qué? ¿Es que te dan asco las habas?

PITÁGORAS. — No, pero son sagradas y su naturaleza es prodigiosa. En primer lugar, son simiente, y si pelas un haba que está todavía verde, verás que la contextura es parecida a los genitales masculinos. Y si las cueces y las expones a la luna en unas noches determinadas, harás sangre. Pero, lo más importante, es costumbre que entre los atenienses los cargos públicos se elijan con habas [4].

COMPRADOR. — Todas tus palabras son hermosas y las pronuncias con un aire de solemnidad sagrada. Pero, desnúdate, que quiero verte desnudo. ¡Por Heracles, tienes el muslo de oro! Da la impresión de ser una divinidad y no un mortal; así que lo compro con toda seguridad. ¿Por cuánto lo subastas?

HERMES. — Por diez minas.

COMPRADOR. — Ahí tienes; por ese precio me lo llevo.

ZEUS. — Anota el nombre de quien lo va a comprar y de dónde es.

HERMES. — Parece ser, Zeus, un italiota de la zona que rodea Crotona y Tarento y la Grecia limítrofe. Pues, en verdad, no uno sino casi trescientos lo han comprado, o mejor lo han «compartido».

---

[4] En primer lugar, pienso que son alubias más que habas a lo que se refiere el texto, y es cierto que se empleaban en los sorteos de los cargos públicos, si bien existen otros procedimientos.

ZEUS. — Que les vaya bien. Ofrezcamos a otros.

HERMES. — ¿Quieres a aquel que está manchado de pol- 7
vo, al del Ponto?

ZEUS. — De acuerdo.

HERMES. — ¡Eh, tú, el que está colgando la alforja, el de la camisa sin mangas, ven aquí y date una vuelta por la sala! ¡Vendo una vida varonil, una vida excelente y notable, una vida libre! ¿Quién está dispuesto a comprarla?

COMPRADOR. — Heraldo, ¿tú qué dices? ¿Que vendes a un hombre que es libre?

HERMES. — Sí señor.

COMPRADOR. — ¿Y no temes que te lleve a juicio por sometimiento a esclavitud o te cite ante el Areópago?

HERMES. — A él no le importa que lo subaste, pues cree que es libre en todas las facetas.

COMPRADOR. — ¿Y qué provecho podrá sacar alguien de él, sucio, y en un estado tan desastroso? Habría que dedicarle a cavar o a llevar agua.

HERMES. — No sólo eso; si le encargas que vigile la puerta de la casa, lo hará con más fidelidad que los perros; por cierto que «perro» [5] se llama.

COMPRADOR. — ¿De dónde es y qué está dispuesto a que se le encomiende?

HERMES. — Pregúntale, es lo mejor que se puede hacer.

COMPRADOR. — Me da miedo su ceño fruncido y cabizbajo, no sea que me dé un ladrido al acercarme a él o, incluso, por Zeus, me dé un mordisco. ¿No ves cómo, preparado el mazo, frunce las cejas y cómo mira de reojo con aire amenazador y enfadado?

HERMES. — No tengas miedo, pues está domesticado.

[5] Véase *Menipo o Necromancia,* n. 2.

8 COMPRADOR. — En primer lugar, buen hombre, ¿de dónde eres?

DIÓGENES. — De todas partes.

COMPRADOR. — ¿Cómo dices?

DIÓGENES. — Estás viendo a un ciudadano del mundo.

COMPRADOR. — ¿Imitas a alguien?

DIÓGENES. — A Heracles.

COMPRADOR. — ¿Por qué no vas recubierto tú también de una piel de león? Porque en el mazo te pareces a él [6].

DIÓGENES. — Ésta es mi piel de león: la capa raída. Y, al igual que aquél, yo lucho contra los placeres, sin que nadie me obligue a ello, por voluntad propia, pues he elegido limpiar la vida de inmundicias.

COMPRADOR. — Buena elección, pero ¿qué se puede decir que sabes fundamentalmente, o a qué te dedicas?

DIÓGENES. — Soy libertador de hombres y médico de aflicciones. En una plabra, quiero ser «profeta» de la verdad y la franqueza.

9 COMPRADOR. — ¡Bien, «profeta» [7]! Y caso que te compre, ¿cuál será tu comportamiento?

DIÓGENES. — En primer lugar, cogiéndote y quitándote la molicie y encerrándote conmigo en la indigencia, te pondré una capa corta y, después, te obligaré a pasar fatigas y penalidades, durmiendo en el suelo, bebiendo agua y llenando tu estómago de aquello que la suerte te depare. En segundo lugar, tus bienes, si es que los tienes, si me haces

---

[6] La piel de león y la maza o clava eran los atributos distintivos de Heracles.

[7] No entro a discutir la acepción del término «profeta» deformado por las traducciones defectuosas de los textos bíblicos, entre otros. Lo mantengo porque entiendo que refleja mejor que ningún otro, el contraste entre Diógenes y su posible comprador; una sola palabra para traducir *prophḗtēs* sería difícil de encontrar.

caso, los arrojarás al mar; te desentenderás de boda, hijos y patria, y todo eso serán para ti fruslerías; abandonando la casa paterna, vivirás en un hoyo o en un torreón solitario o, incluso, en un tonel. Que tu bolsa esté llena de altramuces y libros escritos por el dorso. De esa manera podrás decir que eres más feliz que el gran rey. Y si alguien te torturase o te azotase, no pienses que está haciendo nada doloroso.

COMPRADOR. — A ver, ¿cómo es eso que dices, el no sentir dolor al ser azotado? ¡Que a mí no me han recubierto la piel de un caparazón de tortuga o de erizo!

DIÓGENES. — A poco que lo cambies, imitarás aquel verso de Eurípides.

COMPRADOR. — ¿Cuál?

DIÓGENES. 10

La mente te dolerá, pero la lengua no te dolerá [8].

Los rasgos que más te conviene adquirir son éstos: es útil ser intrépido y andar y censurar por igual a todos, reyes y ciudadanos de a pie. Así, todos se fijarán en ti y te tendrán por un auténtico hombre. Que tu acento sea extranjero y tu voz hueca y sin modulación, parecida a la de un perro; la cara estirada y el paso adecuado a tu porte, y en todas las facciones un aire feroz y agresivo. Queden desterrados el decoro, la cortesía, la moderación, y quita raspando el sonrojo de tu rostro por completo. Frecuenta los lugares más poblados de hombres y, en ellos, desea estar solo sin compañía, sin acercarte a amigo o a extranjero. Todo eso es la liberación de las ataduras. A la vista de todos haz, ten valor, lo que ni siquiera en privado te atreverías a hacer, y de los placeres del amor, elige

---

[8] Alude al *v.* 612 del *Hipólito* de EURÍPIDES: «la lengua ha jurado, pero la mente no».

los más divertidos y, por último, si te parece, cómete un pulpo o una sepia cruda y muérete. Ésa es la felicidad que te procuraremos.

11 COMPRADOR. — Lárgate. Dices porquerías impropias de un hombre.

DIÓGENES. — Pero, oye, tú, es muy fácil y está al alcance de todos el buscar ese tipo de vida. No te hará falta educación, ni doctrinas, ni charlas, sino que ese camino es para ti un atajo hacia la fama. Y aunque seas un ciudadano de a pie, zapatero o vendedor de salazones o carpintero o banquero, nada te impedirá ser un tipo admirado, simplemente si la desvergüenza y la cara dura están a tu lado y aprendes a criticar bien a la gente.

COMPRADOR. — Para eso no te necesito. Tal vez, si fueras un marinero o jardinero, me vendrías al pelo, y eso, siempre y cuando ése quisiera venderte, como máximo, por dos óbolos.

HERMES. — Toma y llévatelo. Estaremos encantados de vernos libre de un tipo molesto, chillón y que no para de meterse con todo el mundo y que no dice a voz en grito más que tonterías.

12 ZEUS. — ¡Venga! Llama a otro, al cirenaico, al del vestido de púrpura, que lleva una corona.

HERMES. — Venga, tú, acércate. ¡Un ejemplar perfecto que está pidiendo a gritos gentes con dinero! He aquí una vida sumamente gozosa, una vida superfeliz. ¿Quién tiene ganas de lujo? ¿Quién compra al más exquisito del mercado?

COMPRADOR. — Ven tú y di qué es lo que sabes, que yo te compraré si me vas a ser útil.

HERMES. — No le molestes, buen hombre, ni le preguntes, que está borracho. Así que mal podría contestarte, pues, como estás viendo, se le traba la lengua.

COMPRADOR. — Pues, ¿quién con dos dedos de frente compraría a esta piltrafa de hombre tan corrompido y desenfrenado? ¡De cuántos perfumes desprende el aroma cuando camina con paso inseguro y vacilante! Pero, aunque sea, tú, Hermes, dinos cuáles son sus cualidades y qué ventajas tiene.

HERMES. — En dos palabras; es bueno para vivir con él y capaz de compartir la bebida y está predispuesto a acompañar a su señor, amante, corrompido, cuando va de jarana por ahí con una flautista. Por lo demás es catador de manjares y cocinero muy diestro, y un conocedor perfecto del pasarlo bien. Fue educado en Atenas, pero estuvo como esclavo en Sicilia, en la corte de los tiranos, mas goza de muy buena reputación entre ellos. Lo más importante de su forma de actuar es que desprecia todo y a todos, de todo y todos se aprovecha y de todas partes va recogiendo para sí.

COMPRADOR. — Yo creo que es hora de echar un vistazo a otro de esos hombres ricos y acaudalados; desde luego, yo no estoy dispuesto a comprar una vida atolondrada.

HERMES. — Ése parece que está ahí parado, sin comprador, para nosotros.

ZEUS. — ¡Cámbialo de sitio! Ahora trae a otro; mejor 13
esos dos, el que ríe, de Abdera, y el que llora, de Éfeso. Quiero que los compréis a los dos en un lote.

HERMES. — Bajad los dos al medio. ¡Vendo las dos vidas más excelentes; estamos subastando las más sabias de todas las vidas!

COMPRADOR. — ¡Ay, Zeus, qué contraste! El uno no para de reír y el otro parece que está plañendo a un muerto; por lo menos, llora a mares. Oye, tú, ¿de qué te ríes?

DEMÓCRITO. — *(Con acento extranjero.)* ¿Me preguntas? Pues, porque todos los asuntos vuestros me parecen ridículos y vosotros mismos también.

Comprador. — ¿Cómo dices? ¿Te burlas de todos nosotros y te importan un pepino nuestros asuntos?

Demócrito. — Así es. Nada que justifique tantos afanes hay en ellos; todo es un vacío y un impulso de átomos e infinitud.

Comprador. — Tú sí que estás de verdad vacío e infi-
14 nitamente ido. ¡Maldita sea!, ¿no vas a dejar de reírte? Y tú, buen hombre, ¿por qué lloras? Me parece que es mucho mejor hablar contigo.

Heráclito. — Pienso, extranjero, que los avatares humanos son dignos de lamentos y sollozos y que no hay ninguno de ellos que no sea perecedero. Por ello, los compadezco y me lamento. Y no estimo importantes las cosas de ahora, sino las que serán en tiempo posterior, totalmente enojosas; me refiero a las catástrofes y al desastre del universo. Eso es lo que lamento, porque no se puede hacer nada por impedirlo, sino que en cierto modo todo se amontona en una amalgama, y viene a ser lo mismo gozar y no gozar, saber y no saber, lo grande y lo pequeño; deambulamos de arriba abajo y de abajo arriba, sujetos a cambios en el juego de la eternidad.

Comprador. — ¿Qué es la eternidad?

Heráclito. — Un niño que juega moviendo fichas.

Comprador. — ¿Qué son los hombres?

Heráclito. — Dioses mortales.

Comprador. — Y ¿qué los dioses?

Heráclito. — Hombres inmortales.

Comprador. — Oye tú; enigmático es lo que dices, o ¿es que me estás proponiendo adivinanzas? Así de simple, como Loxias, no explicas nada con exactitud [9].

[9] Sobrenombre que se le daba a Apolo como responsable último de los oráculos que se daban en Delfos; oráculos deliberadamente confusos y ambiguos.

HERÁCLITO. — No me importa nada de vosotros.

COMPRADOR. — Entonces, nadie que tenga dos dedos de frente estará dispuesto a comprarte.

HERÁCLITO. — Desde que estaba en plena juventud, mi misión es lamentarme por todos, por los que compran y por los que no.

COMPRADOR. — Precisamente, esa desgracia no está exenta de un cierto trastorno mental. Yo, desde luego, no pienso comprar a ninguno de los dos.

HERMES. — Pues se van a quedar éstos también sin comprador.

ZEUS. — Anuncia a otro.

HERMES. — ¿Quieres que anunciemos a aquel ateniense, el gracioso?

ZEUS. — Muy bien.

HERMES. — Tú, ven aquí. Vamos a subastar una vida 15
honesta y sensata, ¿quién va a comprar al más sagrado?

COMPRADOR. — A ver tú, ¿qué diablos sabes hacer?

SÓCRATES. — Soy pederasta [10] y entiendo de temas del amor.

COMPRADOR. — ¿Cómo, pues, te voy a comprar? Lo que yo necesitaba para mi hermoso niño es un pedagogo.

SÓCRATES. — ¿Quién podría haber más apropiado que yo para estar con un hermoso joven? Y conste que no soy un amante de los cuerpos; pienso que es el alma la que es realmente bella, sin lugar a dudas; si me cobijaran bajo el mismo manto, oirías que no han sufrido menoscabo alguno de parte mía [11].

---

[10] La traducción puede prestarse, hasta cierto punto, a confusión, pues, de entrada, suena un poco fuerte para presentar a Sócrates. Nótese, sin embargo, que el comprador hace, en el texto griego, un pequeño juego de palabras; *no necesita un* «ped-erasta» *sino un* «ped-agogo». El propio Sócrates aclara y matiza su carácter «pederasta» en las frases siguientes.

[11] Alusión a las palabras pronunciadas por Alcibíades en el *Banquete* 219d.

Comprador. — Dices cosas increíbles, como que quien es pederasta no se mete en berenjenales más allá de las fronteras del alma, y eso teniendo la ocasión, máxime yaciendo bajo el mismo manto.

16 Sócrates. — Por el perro y el plátano te juro que eso es así.

Comprador. — ¡Ay, Heracles, qué absurdos los dioses!

Sócrates. — ¿Qué estas diciendo? ¿No te parece que el perro es una divinidad? ¿No estás viendo, por ejemplo, qué importante es Anubis en Egipto? ¿Y Sirio en el cielo y Cerbero en el mundo subterráneo?

17 Comprador. — Llevas razón. Yo estaba equivocado. Pero ¿qué clase de vida llevas?

Sócrates. — Habito una ciudad que he modelado a mi medida, me rijo por una constitución extranjera y pienso que las mías son las únicas leyes.

Comprador. — Me gustaría oír uno de los decretos.

Sócrates. — Escucha el más importante, a mi parecer, que versa sobre las mujeres: «que ninguna de ellas sea de ningún hombre solo, que participe del matrimonio todo el que quiera» [12].

Comprador. — ¿Quieres decir, abolir las leyes sobre el adulterio?

Sócrates. — Sí, por Zeus, y así zanjaríamos toda la hipocresía sobre el tema.

Comprador. — ¿Y qué te parece respecto de los jóvenes en la flor de la vida?

---

[12] Clara alusión a las teorías platónicas de corte comunista, lo que se ha dado en llamar «el amor libre». Buena punta le sacó Aristófanes en *Las asambleístas*. Más abajo, al revelar el nombre del comprador, estos puntos se aclaran. Dión de Siracusa, influenciado, y en gran medida, por Platón, puja por conseguir y la consigue, la vida de Sócrates.

Sócrates. — También sus caricias serán un premio para los que hayan realizado trabajos destacados y notables.

Comprador. — ¡Ay, ay, qué excesiva generosidad! ¿Y 18
qué es para ti lo importante de la sabiduría?

Sócrates. — Las «ideas» y los modelos de los seres. Todo cuanto ves, la tierra, lo que hay sobre ella, el cielo, el mar, son imágenes invisibles establecidas fuera del universo.

Comprador. — ¿Dónde están establecidas?

Sócrates. — En ninguna parte; si estuvieran en algún lugar, no existirían.

Comprador. — No veo bien esos modelos que dices.

Sócrates. — Evidente, puesto que tienes ciego el ojo del espíritu. Yo, en cambio, estoy viendo imágenes de todo, veo un tú invisible y un yo distinto, y así lo veo todo doble.

Comprador. — Por lo menos, eres lo suficiente sabio y fino en tus apreciaciones como para que merezca la pena comprarte. Vamos a ver, tú, ¿cuánto me vas a hacer pagar por él?

Hermes. — Dos talentos.

Comprador. — Lo compro por el precio que dices. Luego te traigo el dinero.

Hermes. — ¿Cómo te llamas? 19

Comprador. — Dión de Siracusa.

Hermes. — Toma y llévatelo. Que te vaya bien. Voy a llamarte ya, epicúreo. ¿Quién está dispuesto a comprar a éste? Es discípulo de aquel que se reía y del que estaba borracho, a los que subastamos poco antes. Él sabe una cosa más que ellos, en la medida en que es más impío. En otros aspectos es agradable y amigo de la buena mesa.

Comprador. — ¿Cuál es su precio?

Hermes. — Dos minas.

COMPRADOR. — Toma. Por cierto, para que lo sepa yo, ¿cuáles son los manjares que le gustan?

HERMES. — Come cosas dulces y pringosas, pero sobre todo higos.

COMPRADOR. — No hay problema, le compraremos pasteles de frutas de los carios.

20 ZEUS. — Llama a otro, a aquel que tiene una cicatriz en la piel, de aspecto taciturno, al del Pórtico [13].

HERMES. — Llevas razón. Al menos, parece que una gran multitud de los que se concentran en el ágora le espera. ¡Vendo la virtud personificada, la más perfecta de las vidas! ¿Quién es el único que quiere saberlo todo?

COMPRADOR. — ¿Por qué dices esto?

HERMES. — Porque él es un sabio único y bueno, el único justo y valeroso, rey, orador, rico, legislador y todo lo demás.

COMPRADOR. — ¿No es también un cocinero único, y también, por Zeus, un zapatero único, un carpintero único y demás cosas por el estilo?

HERMES. — Parece que sí.

21 COMPRADOR. — Ven aquí, buen hombre, y dime a mí, tu comprador, cómo eres y, ante todo, si no te disgusta el hecho de que vaya yo a comprarte y, en consecuencia, pases a ser esclavo.

CRISIPO. — En absoluto. Esas cosas no están en nuestras manos. Y lo que no está en nuestras manos es inmaterial.

COMPRADOR. — No entiendo a qué te refieres.

---

[13] Mejor sería traducir «porche», pues «pórtico» se emplea en la actualidad como un término, diríamos, específico del arte. Una *stoá*, palabra griega que ha dado nombre a los estoicos es lo más parecido a una galería o porche.

CRISIPO. — ¿Qué dices? ¿No comprendes que de esas cosas una son preferibles y otras impreferibles? [14].

COMPRADOR. — Pues tampoco ahora entiendo ni jota.

CRISIPO. — Normal. No estás acostumbrado a nuestros términos, ni tienes la «fantasía cataléptica»; en cambio, el estudioso que ha aprendido «teoría lógica» no sólo sabe todo eso, sino además, cuáles son las causas fortuitas y accidentes secundarios y en qué se diferencian entre sí.

COMPRADOR. — En aras de la sabiduría, no me dejes sin explicar lo que es la causa fortuita y el accidente secundario [15]. No sé cómo me he visto impactado por el ritmo de los términos.

CRISIPO. — Nada de confundirte. Pongamos que alguien que es cojo tropieza en una piedra precisamente con el pie del que cojea y se lesiona fortuitamente; la cojera que tenía es la causa fortuita; la herida es el accidente secundario.

COMPRADOR. — ¡Qué sutileza! ¿Qué más dices que 22
sabes?

CRISIPO. — Los entresijos de las palabras con los que atrapo a los que se dirigen a las masas y les cierro la boca y los hago callar, poniendo en torno a su boca el bozal. A esa capacidad se le da el nombre de «famoso silogismo» [16].

---

[14] A partir de aquí comienzan a emplearse términos específicos de la filosofía estoica que son muy difíciles de traducir; tal vez lo ideal sería dejarlos tal cual. He aceptado, en este caso, la traducción de A. Tovar.

[15] Se les puede llamar, respectivamente, «accidente» y «preteraccidente»; en griego, *sýmbama* y *parasýmbama*.

[16] Intentemos aclarar el pequeño galimatías del cocodrilo, que viene a continuación, para ver como funciona «el famoso silogismo».

Supongamos el siguiente diálogo:

Supuesto A

COCODRILO. — ¿Voy a devolverte el niño, sí o no?

Supuesto B

COCODRILO. — ¿Voy a devolverte el niño, sí o no?

Comprador. — Por Heracles, duro e inextricabale es lo que dices.

Crisipo. — Vamos a ver; fíjate, al menos. ¿Tienes niños?

Comprador. — ¿A cuento de qué me lo preguntas?

Crisipo. — Si un cocodrilo, pongamos por caso, te arrebata al hijo cerca del río por encontrarlo perdido y te prometiera devolverlo después, si le dijeras de verdad lo que él pretendía hacer respecto de devolverlo o no, ¿qué dirías que habría decidido?

Comprador. — ¡Qué pregunta tan difícil de contestar! No sé con qué respuesta podría devolverme al hijo. Vamos, por Zeus, con tu respuesta devuélveme salvo al niño, no sea que se anticipe el cocodrilo y se lo engulla.

Crisipo. — ¡Ánimo! Te enseñaré cosas más asombrosas.

Comprador. — ¿Cuáles?

Crisipo. — Al «Segador» y al «Señor» y, sobre todo, a «Electra» y al «Oculto»[17].

Padre. — Sí	Padre. — No
Cocodrilo. — Te equivocas.	Cocodrilo. — Tienes razón.
En consecuencia, el cocodrilo devora al niño.	En consecuencia, se lo queda y no se lo devuelve.

Conclusión.

El cocodrilo siempre gana.

El padre siempre pierde.

¡Divertido botón de muestra! ¿No es verdad?

[17] Continúa Crisipo anonadando a su eventual comprador. Se trata de cuatro tipos de *lógoi* que cómodamente traducimos por «razonamientos». Dado que el «Electra» y el «Oculto» se explican, procede decir dos palabras respecto de los dos primeros. El «Segador» se basa en un empleo engañoso de la negación; al parecer, alguien se encargaba de demostrar que un hombre que iba a segar un campo no podía hacerlo;

Comprador. — ¿Quién es ese Razonamiento Oculto o a qué Electra te refieres?

Crisipo. — A la famosa Electra, la hija de Agamenón, que al mismo tiempo sabía y no sabía las mismas cosas. Cuando estaba a su lado Orestes, sin haberse dado aún a conocer, conocía a Orestes, que era su hermano, pero desconocía que ése fuera Orestes. Respecto del Razonamiento Oculto vas a oír un argumento sorprendente. Contéstame, ¿conoces a tu padre?

Comprador. — Sí.

Crisipo. — ¿Y entonces? Si yo, poniendo a tu lado a alguien «oculto», pregunto: ¿lo conoces?, ¿qué dirás?

Comprador. — Que lo desconozco por completo.

Crisipo. — Pues era tu padre; de manera que si lo 23
ignoras es evidente que desconoces a tu padre.

Comprador. — No, no. Al destaparlo sabré la verdad. Pero, cambiando de tema, ¿cuál es para ti el fin de la sabiduría, o qué harás cuando llegues al culmen de la virtud?

Crisipo. — Entonces llegaré a estar en torno a las cosas más importantes de la naturaleza; quiero decir, la riqueza, la salud y cosas por el estilo. Antes es obligatorio haber abordado muchos y penosos trabajos aguzando la vista en libros de trazos finos y recopilando escolios y saturándose de solecismos y palabras absurdas. Y lo más importante, no es lícito llegar a ser sabio sin antes beber tres tragos de eléboro de golpe.

---

de ahí su nombre. El «Señor» consiste en que de cuatro proposiciones deben escogerse tres, al tiempo que se desecha una. Si observamos el funcionamiento del «Electra» y del «Oculto», veremos que todo se basa en el empleo ingenioso y sistemático de la falacia, para que, pase lo que pase y se responda lo que se responda, el oponente lleve siempre las de perder.

COMPRADOR. — Eso es digno de tu estirpe y muy propio de un hombre hecho y derecho. Oye, y el ser un Gnifo [18] y usurero —y veo que esto te cuadra—, ¿qué diremos, que es propio de un hombre que ha bebido el eléboro y está en el culmen de la virtud?

CRISIPO. — Sí. Al menos el hacer préstamos le cuadraría sólo al sabio. Puesto que lo suyo es darle vueltas a la cabeza, y el prestar y calcular los intereses parece estar cercano al discurrir, sólo le cuadraría al estudioso esa tarea. Y no sólo los intereses puros y simples como los otros, sino el sacar partido de esos intereses. ¿O es que no sabes que de los intereses unos son primeros, otros segundos, como si dijéramos frutos éstos de aquéllos? Ya ves lo que dice también el «silogismo»: si se coge el primer interés también el segundo; pero hay que coger el primero para coger el segundo.

24 COMPRADOR. — Así, pues, ¿diremos lo mismo respecto de los honorarios que por tu sabiduría recoges de los jóvenes, y que es evidente que el estudioso cobra honorarios por la virtud?

CRISIPO. — Ya vas aprendiendo. La clave de cobrar no está en mí, sino en quien paga. El uno es desprendido, el otro tacaño; yo me ejercito en ser tacaño y el alumno desprendido.

COMPRADOR. — Pues sería conveniente que el joven en cuestión fuera tacaño y tú el único rico derrochón.

CRISIPO. — Oye, tú, que me estás tomando el pelo. Fíjate no vaya a atravesarte con el arco de un silogismo nunca demostrado.

COMPRADOR. — ¿A ver qué cosa terrible se desprende de tu flecha?

---

[18] Quiere decir un avaro.

Crisipo. — Perplejidad, mutismo y desviación de la mente. Y lo más importante, si quiero te demostraré en un instante que eres una piedra. 25

Comprador. — ¿Cómo una piedra? ¡Ay, buen hombre!, no me parece que seas Perseo [19].

Crisipo. — ¿Cómo que no? ¿La piedra es un cuerpo?

Comprador. — Sí.

Crisipo. — ¿Y qué? ¿El animal [20] no es un cuerpo?

Comprador. — Sí.

Crisipo. — ¿Y tú no eres animal?

Comprador. — Al menos, eso parezco.

Crisipo. — Pues, entonces eres una piedra.

Comprador. — De ninguna manera, así que libérame, por Zeus y hazme hombre desde el principio del todo.

Crisipo. — No es difícil. Vuelve a ser un hombre. Dime, ¿todo cuerpo es animal?

Comprador. — No.

Crisipo. — ¿Cómo? ¿Una piedra es un animal?

Comprador. — No.

Crisipo. — ¿Tú eres un cuerpo?

Comprador. — Sí.

Crisipo. — ¿Siendo un cuerpo eres un animal?

Comprador. — Sí.

Crisipo. — Entonces no eres una piedra si eres un animal.

Comprador. — Menos mal, que ya se me estaban quedando las piernas frías como las de Níobe [21]; se me esta-

---

[19] Recuérdese la historia de Perseo, a la que, por cierto, se aludirá al principio del último diálogo (*Los retratos*) de este volumen. Perseo derrotó a Medusa y le cortó la cabeza, pero su mirada tenía la propiedad de petrificar a quien la recibía.

[20] Léase *zôon* en el sentido de «ser viviente».

[21] Alusión a algo que viene explicado en la n. 1 del último diálogo

ban quedando heladas. Pues te voy a comprar. ¿Cuánto hay que pagar por él?

HERMES. — Doce minas.

COMPRADOR. — Ahí tienes.

HERMES. — ¿Eres tú el único comprador?

COMPRADOR. — Por Zeus, todos esos a los que ves.

HERMES. — Hay muchos y bien fornidos de hombros que vienen como anillo al dedo ⟨para el Segador⟩.

26 ZEUS. — No pierdas el tiempo; llama a otro.

HERMES. — Al peripatético, a ti te digo, al guapo, a rico; ven aquí. Vais a comprar al más inteligente, al qu sabe absolutamente todo.

COMPRADOR. — Y ¿cómo es?

HERMES. — Moderado, contenido, de vida ordenada y lo más importante, doble.

COMPRADOR. — ¿Cómo dices?

HERMES. — Por fuera da la impresión de ser uno, pe por dentro parece ser otro; así que, si lo compras, acué date de llamar a una parte «exotérica» y a otra «esotérica

COMPRADOR. — ¿Y qué es lo que sabe, fundamenta mente?

HERMES. — Que tres son las excelencias; las del alm las del cuerpo, las del mundo exterior.

COMPRADOR. — Piensa como un ser humano; ¿cuán es?

HERMES. — Veinte minas.

COMPRADOR. — Mucho es.

HERMES. — No, buen hombre. Él parece tener alg dinero, así que no te demores en comprarlo. Y, adem a su lado, aprenderás, al punto, cuánto tiempo vive el m

---

del presente volumen, pues allí es donde le cuadra una explicación detallada.

quito, a cuánta profundidad brilla el mar bajo el sol y cómo es el alma de las ostras.

COMPRADOR. — ¡Por Heracles, qué rigor!

HERMES. — Pues ¿qué, si oyeras otras cosas mucho más agudas que ésas, respecto de la fecundación y la generación y de la modelación de los embriones en las matrices y por qué un hombre puede ser capaz de reír y un burro, en cambio, no es capaz de reír, ni de fabricar casas, ni apropiado para la navegación?

COMPRADOR. — Cosas muy sublimes dices y sus enseñanzas son provechosas; así que voy a comprarlo por las veinte minas.

HERMES. — De acuerdo.

27 ZEUS. — ¿Quién nos falta?

HERMES. — Queda el escéptico ése. ¡Tú, Pirrias [22], acércate y que al instante te ofrezcan en público! Ya se va largando la muchedumbre y en pocos instantes se procederá a la subasta. Sin embargo, veamos, ¿quién quiere comprar a éste?

COMPRADOR. — Yo mismo. Pero primero dime, ¿tú qué sabes?

PIRRÓN. — Nada.

COMPRADOR. — ¿Cómo dices eso?

PIRRÓN. — Simplemente, porque me parece que nada existe.

COMPRADOR. — Entonces, nosotros no existimos.

PIRRÓN. — Eso no lo sé.

COMPRADOR. — ¿Y no sabes si tú existes?

PIRRÓN. — Aún sé menos eso precisamente.

COMPRADOR. — ¡Qué problemas! ¿Y qué quieren de ti esas balanzas?

---

[22] Mote o, mejor, apelativo cariñoso para referirse a Pirrón de Élide, fundador de la escuela escéptica.

Pirrón. — Trato de sopesar en ellas los argumentos y trato de equilibrarlos. Y una vez que veo los dos platillos perfectamente equilibrados, entonces, sí, entonces desconozco cuál es el más verdadero.

Comprador. — ¿Y de las demás cosas qué harías gustosamente?

Pirrón. — Todo, excepto ponerme a perseguir a un esclavo fugitivo.

Comprador. — ¿Por qué te parece eso imposible?

Pirrón. — Porque no lo atrapo, buen hombre.

Comprador. — No me extraña. Pareces ser un tipo lento y remolón. ¿Cuál te parece la culminación de la sabiduría?

Pirrón. — La ignorancia y el no oír, ni ver.

Comprador. — ¿Quieres decir el ser al mismo tiempo ciego y mudo?

Pirrón. — Y, además, el ser indeciso, insensible y no diferenciarse en nada de un gusano.

Comprador. — Precisamente por eso vale la pena comprarte. ¿Cuánto dices que hay que pagar?

Hermes. — Una mina ática.

Comprador. — Ahí tienes. Oye, tú, ¿qué dices? ¿Te acabo de comprar?

Pirrón. — No está claro.

Comprador. — ¿Cómo que no? Acabo de comprarte y ya pagué el dinero.

Pirrón. — Pero yo me resisto y estoy recapacitando.

Comprador. — Pues, acompáñame, que tienes que ser mi criado.

Pirrón. — ¿Quién sabe si estás diciendo la verdad?

Comprador. — El pregonero y la mina y los aquí presentes.

Pirrón. — ¿Es que hay aquí gente?

COMPRADOR. — Pues yo, metiéndote ya a trabajar en el molino, te convenceré, con el argumento más corriente, de que soy tu dueño.

PIRRÓN. — Ni se te ocurra.

COMPRADOR. — Por Zeus, ya he dicho que sí.

HERMES. — Tú, deja de resistirte y acompaña a tu comprador. Y a vosotros, hasta mañana. Ahora vamos a subastar vidas corrientes, obreras y comerciantes.

28

EL PESCADOR O LOS RESUCITADOS

Como vimos en el título anterior, Luciano ha asestado un duro golpe a las escuelas filosóficas de su época. Procediendo a aquella original subasta no ha conseguido sino atraerse las iras de todos los filósofos. Hasta tal punto ha llegado la unanimidad, que en un proceso con todas las de la ley, en un tribunal que preside la mismísima Filosofía en persona, designan a Diógenes, el famoso filósofo cínico, aquel que andaba por la ciudad con un candil «buscando un hombre», a fin de que éste pronuncie un discurso en defensa de todos ellos. Nos pones verdes como Aristófanes, le dicen. Luciano contraataca de forma un tanto desconcertante, pues dice que no van sus críticas contra los grandes maestros y los grandes fundadores de escuelas y sectas, sino contra los filósofos de la época, contemporáneos suyos y seguidores de aquéllos. Pero es evidente —léanse cualesquiera opúsculos de Luciano— que nuestro autor lo dice con la boca pequeña. En efecto, la segunda parte nos presenta una pintoresca parodia: una pesca de «peces filosóficos»; desde lo alto de la Acrópolis se tiende la caña y al cabo acuden humillados, y caricaturizados, los filósofos que parecen corroborar con su actitud los argumentos que contra ellos esgrime Luciano a lo largo de toda su producción.

1 SÓCRATES. — Pega, pégale al maldito con piedras a montones. Pégale, además, con terrones de tierra. Y enci-

ma aún, con tejas. Golpea con los palos al culpable. Mira, no sea que se escape. Y tú, tira, Platón, y tú y todos, cerremos filas contra él. Pues,

alforjas con alforjas se defienden y bastones con bas-
[tones[1].

El enfrentamiento nos afecta a todos y no hay nadie de nosotros a quien no haya ultrajado. Tú, Diógenes, si alguna vez lo has hecho antes, maneja el palo. No aflojéis. Dadle el castigo que merece, pues es un calumniador. ¿Qué pasa? ¿Os habéis cansado, Epicuro y Aristipo? Vaya, por lo visto no había que hacerlo.

Sois hombres, sabios, acordaos de la cólera impetuosa[2].

¡Aristóteles, manos a la obra! ¡Más deprisa aún! Hemos 2
capturado la presa. Ya te tenemos, miserable. Al menos sabrás enseguida a quiénes estás insultando. Pero, ¿de qué manera alguien le echará el guante? Maquinaremos contra él una muerte pintoresca que pueda satisfacernos a todos nosotros; al menos es justo que perezca siete veces (una vez) por cada uno de nosotros.

Filósofo. — A mí me parece que debe ser crucificado.

Otro. — Sí, por Zeus, pero antes azotado.

Otro. — Pero, mucho antes, haberle sacado los ojos a tirones.

Otro. — Y mucho antes aún haberle cortado la lengua.

Sócrates. — ¿Y a ti qué te parece, Empédocles?

Empédocles. — Tirarle al volcán[3] para que aprenda a no insultar a los que son más fuertes que él.

---

[1] Prácticamente un calco de *Ilíada* II 363.

[2] Nueva alusión homérica, *ibid.*, VI 112, si bien Homero no dice «sabios» sino «amigos».

[3] Al Etna al que, según se contaba, había caído Empédocles.

PLATÓN. — Sin lugar a dudas lo mejor sería, como un Penteo u Orfeo cualquiera, «encontrar en las rocas un destino lacerante» [4], para que cada uno se marche con una tira de su piel.

3 PARRESÍADES [5]. — De ninguna manera, ¡por el dios que acoge las súplicas, perdonadme!

PLATÓN. — Estás perdonado. Aún así, no te soltaríamos. Ya ves lo que dice Homero

que no hay juramentos fiables entre leones y hombres [6].

PARRESÍADES. — Sí, sí, yo os suplicaré, siguiendo a Homero; tal vez cantéis sus versos y no hagáis la vista gorda, cuando, como un rapsodo, cante:

Perdonad la vida a un hombre que no es malo
y recibid los rescates merecidos, bronce y oro, lo que
aman precisamente los sabios [7].

SÓCRATES. — No nos quedaremos cortos a la hora de darte una réplica homérica; escucha:

No arrojes, maldito, al ánimo la huida de mí,
aunque hables de otro, una vez que llegaste a mis manos [8].

---

[4] Alusión a las muertes violentas de Orfeo y Penteo; ambos murieron salvajemente despedazados por ménades.

[5] «Parresíades» deriva de *parrēsía*, palabra que realmente quiere decir hablar sin tapujos; entiéndase: verborrea, sinceridad o franqueza. Algo de las tres cosas tiene, pero no es ninguna en exclusiva. Hubiera puesto «sinceridad», pero es que a lo largo del diálogo aparece con nombre y apellidos la *Parrēsía*, al lado de la Filosofía y la Verdad. Si *Parrēsía* es sinceridad, *Parrēsíadēs* sería algo así como «sincérez», pues el sufijo *-dēs*, significa «hijo de». Me parece que es mejor mantener la transcripción del término griego *Parrēsíadēs*, que es, por cierto, el nombre bajo el que se nos esconde Luciano en este diálogo.

[6] *Il.* XXII 262.

[7] Cf. *ibid.*, VI 46, 48 y XX 65.

[8] Cf. *ibid.*, X 447-8.

PARRESÍADES. — ¡Ay de mis males! No nos vale Homero, mi mayor esperanza; tendremos que ir a parar a Eurípides. Tal vez me salve aquello de...

No mates; no es lícito matar al suplicante[9].

PLATÓN. — ¿Y qué? ¿No es también de Eurípides aquello de

No sufrir cosas terribles los que han hecho cosas terri-
[bles?[10].

PARRESÍADES. — Ahora, pues, matadme por cuestión de palabras.

PLATÓN. — Sí, por Zeus, al menos él mismo dice:

De bocas desbocadas,
de locuras sin ley
el final es una desgracia[11].

PARRESÍADES. — Bien, puesto que os parece, sin duda, 4
conveniente matarme y no hay artimaña alguna para que escape, por lo menos decidme quiénes sois, o qué ofensas tan irremediables habéis recibido de parte mía, que os habéis enfadado con tanta acritud conmigo y, de mutuo acuerdo, me habéis abocado a la muerte.

PLATÓN. — Pregúntate a ti mismo, miserable, los terribles males que has causado y los bellos discursos aquellos en los que ponías verde a la filosofía y te chuleabas de nosostros como si nos subastaras en un mercado, a nosotros, hombres sabios, lo más importante, y libres. Ofendidos por eso hemos pedido permiso a Hades para faltar por un corto espacio de tiempo y venir a tu vera Crisipo,

---

[9] Cf. NAUCK, pág. 663.
[10] EURÍPIDES, *Ión* 1553.
[11] EUR., *Orestes* 413.

que está ahí, Epicuro y yo mismo, Platón, y Aristóteles más allá y Pitágoras, ese que no dice ni pío, y Diógenes y todos a cuantos pusiste a caldo en tus discursos.

PARRESÍADES. — Recobro la respiración. No me mataréis si llegáis a entender mi conducta respecto de vosotros. Así que tirad las piedras, y, ante todo, guardadlas, pues las usaréis contra los que debáis usarlas.

5 PLATÓN. — Bobadas. Has de perecer hoy mismo y ya.

Ponte vestido de piedra por todos los males que nos
[causaste [12].

PARRESÍADES. — Pero, amigos míos, al único de entre todos a quien deberíais elogiar como afectuoso compañero vuestro y compañero de conocimientos y, si no resultara farragoso decirlo, defensor de vuestras actividades, sabedlo bien, a ése vais a matar si me matáis a mí, que tanto ha padecido por vosotros. Mirad, al menos, no sea que hagáis como la mayoría de los filósofos de ahora, al mostraros desagradecidos, irritados y desconsiderados con un hombre que os ha hecho favores.

FILÓSOFO. — ¡Qué desvergüenza! Así que ¿te tenemos que estar agradecidos por la difamación? ¿Crees que estás hablando de verdad con esclavos? ¿O también considerarás un favor hacia nosotros el apoyarte en tan gran insolencia y ultraje de palabras?

6 PARRESÍADES. — ¿Dónde y cuándo os he chuleado yo, que me he pasado la vida admirando constantemente la filosofía y poniéndoos por las nubes y que me he comportado conforme a los tratados que habéis dejado? Porque todo esto que estoy diciendo ¿de qué otro sitio iba a sacarlo, si no es de parte vuestra, al tiempo que, cual abeja,

---

[12] *Il.* III 57.

de flor en flor, lo voy mostrando a los hombres? Ellos lo aplauden y conocen cada uno dónde, de quién y cómo he cogido la flor de la cuestión; y aunque de palabra me envidian por la calidad de la flor, en realidad admiran vuestro prado y a vosotros que habéis plantado en él flores variopintas de múltiples formas y colores; eso si hay alguien que pueda saber escogerlas y entrelazarlas y combinarlas para que no pierdan la rima una con otra. Así, pues, ¿quién que haya recibido este formidable trato de vosotros intentaría hablar mal de unos hombres a los que les debe «ser alguien»? Bueno, excepto si, como Támiris o Eurito, tienen una naturaleza tal como para rivalizar en cantos con las Musas, de quienes recibieron precisamente el canto [13], o para rivalizar en el dominio del arco de Apolo, cuando es él, precisamente, el que le ha dado los conocimientos de su manejo.

FILÓSOFO. — Buen hombre, has dicho eso como los 7
oradores, pero para el caso que nos ocupa es totalmente contrario y pone de relieve la nefasta osadía que tienes, ya que a la injusticia se añade ahora la ingratitud. Sí, tú, que, según dices, tomando de nosotros la ciencia de dominar el arco disparas una y otra vez contra nosotros, sin tener más punto de mira que el ponernos a todos a caer de un guindo. Éste es el trato que hemos recibido de manos tuyas, a cambio de haberte abierto las alas por el prado aquel de que hablas y no impedirte cortar flores y

[13] Támiris, mítico músico que, por competir con las Musas en temas de música, fue castigado por ellas. Las Musas lo dejaron ciego y lo desposeyeron de su habilidad para la música. Eurito, por su parte, era rey de Ecalia, y había heredado de su padre Melaneo la habilidad en el manejo del arco. Desafió a Apolo y el dios lo mató antes de que llegara a viejo como castigo por su insolente pretensión.

marcharte con un buen ramo junto a tu regazo. Así que, por todo ello, con toda justicia había que matarte.

8 PARRESÍADES. — ¿Estáis viendo? Escucháis cabreados y echáis por la borda los argumentos justos. Al menos, yo nunca pensé que la ira llegara a afectar a Platón ni a Crisipo ni a Aristóteles ni a ningún otro de los vuestros, pues me parecía que vosotros erais los únicos que estabais ya de vuelta de ello. Pero, en última instancia, admirables maestros, no me matéis sin juzgarme antes, sin sentencia previa; al menos era un rasgo distintivo vuestro el no gobernarnos por la violencia, ni por la ley del más fuerte, sino el resolver las discrepancias con la justicia dando vuestros argumentos y escuchando los contrarios a su vez. De manera que, tomando un juez, acusadme vosotros, bien todos a la vez, bien aquel a quien vosotros designéis de entre todos por votación a mano alzada; yo me defenderé de las acusaciones. Y si después queda claro que he obrado al margen de la justicia y el tribunal lo refrenda, aceptaré con toda seguridad la pena que me corresponde.

Vosotros, así, no correréis riesgos forzosos. Y si, tras haber rendido cuentas de mi actuación, resulto a vuestros ojos limpio e intocable, los jueces me dejarán marchar, y vosotros volveréis vuestra cólera contra los que os engañaron y os azuzaron contra nosotros.

9 FILÓSOFO. — ¡Vaya, hombre! ¡A los llanos va el caballo! [14]. Así que te largas desviándote en manos de los jueces. De todos modos dicen que eres un orador y un picapleitos y un desastre en esto de los discursos. ¿Y quién quieres que sea el juez, alguien a quien tú puedas sobor-

[14] Expresión que viene a significar lo mismo que el refrán castellano: «la cabra siempre tira al monte», obviamente porque es allí donde se siente como pez en el agua. Luciano parece llevar el tema, en su contencioso con los filósofos, a su terreno.

nar, como en muchas ocasiones sueles hacer, para que vote a favor tuyo?

Parresíades. — Si eso es lo que os preocupa, tranquilos. No me parecería justo tener un árbitro tan sospechoso o ambiguo como para entregarme su voto. A ver qué os parece, por ejemplo, la Filosofía; a la par que vosotros voy yo a ella, la juez.

Filósofo. — ¿Y quién formularía la acusación, si juzgamos nosotros?

Parresíades. — Vosotros sed a un tiempo acusadores y jueces; eso no me preocupa en absoluto. En asuntos de pleitos estoy bastante por encima y sospecho que me defenderé con creces.

Filósofo. — ¿Qué hacemos, Pitágoras y Sócrates? Al 10
pedirnos litigar por la vía judicial parece formularnos una invitación en modo alguno descabellada.

Sócrates. — Pues ¿qué remedio nos queda, sino echar a andar hacia el tribunal y, llevando a nuestro lado a la Filosofía, escuchar su defensa? Ya que, en efecto, el prejuzgar de antemano no es nuestro estilo; es enormemente propio de personas irascibles, vulgares y que se toman la justicia por la mano.

Ofreceremos, cuando menos, ciertas ventajas a quienes quieren difamarnos, si molemos a palos a un hombre, que ni siquiera ha podido ejercer su propia defensa y si decimos que eso complace a la justicia. ¿O qué podríamos decir de Ánito y Meleto, los que me acusaron, o de quienes fueron en aquella ocasión jueces si ese individuo va a morir sin haber podido agotar por completo el tiempo para su defensa?

Filósofo. — Sócrates, nos recomiendas lo mejor. Así que vamos a buscar a la Filosofía; sea ella el juez y nosotros nos daremos por satisfechos con los términos en que ella emita su veredicto.

11 PARRESÍADES. — Estupendo, hombres supersabios; eso es lo mejor y lo que más se adapta a la ley. Así que guardad las piedras, tal como yo os decía; os van a hacer falta dentro de un poco, en el tribunal. Pero... ¿dónde se podría encontrar a la Filosofía? No sé dónde vive. Estuve dando muchas vueltas buscando una y otra vez su casa para reunirme con ella. En mi camino topé con gentes vestidas con capas cortas y barbas tupidas, sentados, que decían venir de estar con ella; creyendo yo que ellos sabían cosas les iba haciendo preguntas. Ellos, que eran mucho más ignorantes que yo, o bien no me respondían nada de nada a fin de no dar muestras palpables de su ignorancia, o me señalaban una puerta tras otra. Ni siquiera en ese día he sido capaz de descubrir la casa.

12 Muchas veces yo, por propia iniciativa o guiado por alguien, iba a algunas puertas con la firme esperanza de haberla por fin encontrado; así lo deducía por la multitud de gente que entraba y salía, todos ellos con ceño fruncido, sencillos en su porte externo y con un aire de preocupación en el rostro, y, haciendo bulto con ellos pude entrar. Después veía una mujercita no, ciertamente, muy sencilla, por más que ella se esforzaba en vestirse con sencillez y sin maquillaje; antes bien, me dio al punto la impresión de que no dejó caer suelto el cabello sin gracia, ni de envolver el pliegue del manto de un modo, diríamos, natural. Era evidente que con esos rasgos se adornaba y que se servía de su aparente desaliño para realzar su atractivo. Su rostro denotaba un ligero toque de colorete; sus palabras eran totalmente las de una hetera; se complacía al ser piropeada en su belleza por sus amantes. Y si alguien le regalaba algo, pronto ponía la mano para recibirlo; se sentaba lo más cerca posible de los más ricos, al tiempo que ni se dignaba dirigir la mirada a los más po-

bres de sus amantes. Y, en muchas ocasiones, cuando ella dejaba al descubierto su cuerpo como sin hacerlo ex profeso, veía yo collares de oro de más grosor que las cadenas. Al ver esto, yo me volvía sobre mis pasos inmediatamente, compadeciendo, evidentemente, a aquellos desdichados arrastrados a su lado no por la nariz, sino por la barba y que, como Ixión [15], estaban en compañía de un fantasma y no de Hera.

FILÓSOFO. — En eso llevas razón; la puerta de su casa 13
no es franca ni conocida por todos. Pero no habrá ninguna necesidad de ir andando hasta su casa; la esperaremos a pie firme en el Cerámico; enseguida llegará de regreso de la Academia para «peripatear» (dar un paseo) por el Pórtico de las Pinturas [16]; es costumbre suya hacer eso cada día. Ya está muy cerca. ¿Estás viendo a la mujer arreglada, la que está envuelta en el vestido, la de mirada bondadosa, la que camina con paso lento, abstraída en sus pensamientos?

PARRESÍADES. — Veo a otras muchas mujeres, que son semejantes a ella en el vestir, en el andar, en el porte. Y claro, sólo una de entre ellas es la verdadera Filosofía.

FILÓSOFO. — Llevas razón. Pero, en cuanto deje oír su voz, se verá con claridad quién es.

---

[15] Ixión tuvo la osadía de enamorarse de Hera y trató de violarla. Zeus formó una especie de nube fantasmagórica a la que se unió Ixión engendrando un hijo, Centauro; Zeus castigó salvajemente a Ixión atándolo a una rueda encendida que giraba sin parar y lo lanzó a los aires.

[16] El mismo recorrido que explica Pausanias. De la Academia se llegaba al ágora dando un paseo. Allí, en la cabecera norte del ágora, por donde hoy discurren las vías del metro, debía de estar ubicada la famosa *Stoà Poikílē*. Pero hay una doble intención, pues los puntos que se citan —Academia y Estoa de las Pinturas y el movimiento que se realiza: pasear— implica alusión a tres grupos de filósofos; «académicos, peripatéticos y estoicos».

14 FILOSOFÍA. — ¡Vaya, vaya! ¿Qué hacéis aquí arriba, Platón y Aristipo y Aristóteles y todos los demás, la flor y nata de mis lecciones? ¿Por qué habéis vuelto de nuevo a la vida? ¿Qué os afligía de lo de abajo?, porque os parecéis a hombres irritados. Y... ¿quién es ese a quien traéis tras haberlo apresado? ¿Es, acaso, un desgarramantas o un asesino o un profanador de templos?

FILÓSOFO. — Sí, por Zeus, Filosofía, el más impío de los saqueadores, que se atrevió a hablar en público mal de ti, la más sagrada, y de todos nosotros, todos cuantos hemos aprendido algo de ti y hemos dejado nuestras enseñanzas a nuestros sucesores.

FILOSOFÍA. — ¿Y os cabreáis porque alguien os insulta, máxime cuando sabéis que yo, aun cuando tengo que oír lo que oigo de boca de la Comedia en los festivales dionisíacos, sin embargo la considero mi amiga y ni la he llevado a los tribunales ni he entablado pleito con ella; antes bien le permito hacer las chirigotas propias y habituales de la fiesta? Ya sé yo muy bien que nada malo puede venir de las bromas, sino que, al contrario, lo que sea hermoso, como el oro limpio de impurezas, refulge con más brillo y adquiere mayor vistosidad. En cualquier caso vosotros, no sé por qué, os habéis vuelto irascibles y propensos al cabreo. ¿Por qué le achucháis?

CORO DE RESUCITADOS. — Tras pedir permiso por un solo día, vinimos contra él para hacerle pagar el castigo que merece por lo que nos ha hecho, pues nos iban llegando rumores de lo que les decía a las masas hablando en contra de nosotros.

15 FILOSOFÍA. — ¿Y estáis dispuestos a matarlo antes del juicio, sin darle opción a defenderse? Es evidente, al menos, que quiere decir algo.

Coro. — No, no; estábamos poniendo todo el asunto en tus manos, y lo que a ti te parezca ése será el resultado final del proceso.

Filosofía. — ¿Y tú qué dices?

Parresíades. — Señora Filosofía, mi señora, justa y cabalmente eso mismo que ellos, que tú eres la única que podría descubrir la verdad. Pues, muy a duras penas, tras muchas súplicas vine a dar en que la justicia sería salvaguardada por ti.

Coro. — ¿Y ahora, miserable, la llamas «señora»? Ayer, sin ir más lejos, ibas por ahí demostrando que Filosofía era lo más despreciable, vendiendo por partes en pública subasta a teatro lleno, al precio de dos óbolos, cada forma de sus teorías [17].

Filosofía. — Fijaos, no sea que ese individuo mostrara en público no a Filosofía sino a hombres charlatanes que, al amparo de nuestros nombres, cometen muchas y muy impías fechorías.

Parresíades. — Enseguida lo sabrás, simplemente si quieres escuchar mi discurso de defensa.

Filosofía. — Vayamos al Areópago, o, mejor, a la propia Acrópolis, a fin de que, al mismo tiempo, podamos 16
extender la vista alrededor de todo cuanto hay en la ciudad. Vosotras, amigas, pasead mientras tanto en el Pórtico de las Pinturas; yo me reuniré con vosotras cuando haya zanjado el proceso.

Parresíades. — ¿Quiénes son tus amigas? Porque, también ellas tienen muy buenas pintas.

Filosofía. — Esta que se da un aire varonil es la Virtud; aquélla la Prudencia, y la que está a su lado la Justi-

[17] Inequívoca alusión al opúsculo anterior.

cia. La que está delante de ellas es la Educación [18], y la de tez pálida, de un tono difícil de distinguir, es la Verdad.

PARRESÍADES. — No veo a quién te refieres.

FILOSOFÍA. — ¿No ves a aquella que está sin arreglar, la que está constantemente queriendo huir y escabullirse?

PARRESÍADES. — Ahora la estoy viendo con dificultad. Pero, ¿por qué no las llevas también a ésas para que la sala del tribunal esté llena y completa? Mi voluntad es que la Verdad suba a la tribuna a lo largo del proceso en calidad de abogado.

FILOSOFÍA. — Sí, por Zeus, acompañadme también vosotras. No será pesado juzgar un solo proceso, máxime si se dirime por temas que nos afectan.

17 VERDAD. — Marchad vosotras. Yo no necesitó oír cosas que ya sé yo desde hace mucho tiempo cómo son.

FILOSOFÍA. — Pues, Verdad, nos vendría muy bien que emitieras veredicto con nosotras y pudieras dar información completa de cada punto.

VERDAD. — Entonces, ¿tendré que llevar ahí arriba a estas dos jóvenes muchachas que están muy ligadas a mí?

FILOSOFÍA. — A ésas y a todas las que quieras.

VERDAD. — Seguidnos, Libertad y Sinceridad, para que podamos salvar a ese hombrecillo cobarde, amigo nuestro, que está en peligro sin motivo justo alguno. ¡Tú, Comprobación, quédate aquí!

PARRESÍADES. — De ninguna manera, señora, que venga ella también si tiene que venir alguien más, porque no voy a tener que enfrentarme con las fieras que uno topa,

---

[18] Cuando decimos la «Educación» nos referimos a *Paideía,* esto es, la formación cultural, y no a la educación en el sentido de buenos modales y respetuosas actitudes.

sino con individuos fanfarrones que están constantemente buscando evasivas; así que la Comprobación se hace absolutamente imprescindible.

Comprobación. — Sí, desde luego, total y absolutamente imprescindible; mejor, si también llevaras contigo a la Demostración.

Verdad. — Seguidme todas, pues al parecer sois imprescindibles de cara a este proceso.

Coro. — ¿Estás viendo? Se está llevando a su bando, 18
Filosofía, en contra nuestra a la Verdad.

Filosofía. — Entonces, ¿es que teméis, Platón, Crisipo y Aristóteles, que ella, la Verdad, vaya a decir alguna mentira para favorecerlo a él?

Coro. — No es eso, es que este hombre es muy intrigante y adulador, de modo que la acabará convenciendo.

Filosofía. — ¡Tranquilos! Ninguna injusticia podrá pro- 19
ducirse estando aquí con vosotros Justicia. Así que vamos para arriba. Y, por cierto, dime, ¿cómo te llamas?

Parresíades. — ¿Yo? Parresíades, hijo de la gran Verdad, hijo a su vez de la famosa Comprobación [19].

Filosofía. — ¿Cuál es tu patria?

Parresíades. — Soy sirio, Filosofía, de la ribera del Eufrates. Pero ¿qué importa eso? Sé positivamente que algunos de los litigantes, por la gente contraria, son de un linaje no menos extranjero que el mío; su modo de comportarse, su nivel cultural no es el que le cuadra a las gentes de Solos, ni de Chipre, Babilonia o Estagira [20], y por

---

[19] Ya se explicó *supra*, n. 5, la dificultad que entraña la traducción del pasaje. Esta dificultad aumenta ahora. Si mantenemos Parresíades todo el rato, debemos seguir haciéndolo ahora.

[20] Alusión a lugares de nacimiento de algunos importantes filósofos, algunos precisados con exactitud como Solos y Estagira, lugares donde vieron la luz Crisipo y Aristóteles respectivamente.

lo que a ti se refiere poco importaría que alguien hablara con acento extranjero, siempre que su criterio fuera recto y conforme a las exigencias de la justicia.

20 FILOSOFÍA. — Llevas razón, estaba yo desviando mi pregunta. Vamos a ver, ¿qué sabes hacer? [21]. Eso sí que merece la pena saberse.

PARRESÍADES. — Odio la fatuidad, odio la impertinencia, odio la mentira y odio el engreimiento y odio toda esa clase de lacras propias de hombres miserables, que, por cierto, según sabes, son muy numerosas.

FILOSOFÍA. — ¡Por Heracles!, tú especialidad está plagada de odio.

PARRESÍADES. — Bien dices; ya ves en cuántos berenjenales me veo metido por causa de ella. Pero aguarda, que yo también conozco con todo detalle su contraria; me refiero a la técnica que hunde sus raíces en el amor. Amo la verdad, amo la belleza, y la sencillez, y todo lo que es connatural al amor. Lo que pasa es que muy pocos se hacen acreedores a esa especialidad; en cambio, los que se gobiernan por la contraria y son muy proclives al odio se cuentan por millares. Desde luego, corro el riesgo de olvidar la una por falta de práctica y dominar, a la perfección, la otra.

FILOSOFÍA. — Pues no debería ser así, ya que igual, dicen, se puede hacer, una cosa y otra. Así que no dividas en dos tu habilidad específica, que es una sola, aunque parezca que son dos.

PARRESÍADES. — Tú sabes eso mejor, Filosofía; lo mío es eso: odiar a los canallas y ensalzar y amar a los hombres de bien.

---

[21] Nótese que la Filosofía le formula a Luciano la misma pregunta que los «Compradores» del diálogo anterior formulaban a cada filósofo.

FILOSOFÍA. — ¡Vamos! Ya estamos donde habíamos 21
quedado; celebraremos el jucio por algún lugar de por ahí, en la entrada del templo de Atenea Polias [22]. Tú, sacerdotisa, prepáranos los bancos; mientras, nosotros nos postraremos de rodillas ante la diosa.

PARRESÍADES. — ¡Diosa protectora de la ciudad! Ven a mí como aliada contra estos fanfarrones, haciendo memoria de todos los juramentos que les oyes hacer y romper cada día. Tú y sólo tú ves lo que hacen, tú que habitas en una atalaya. Ahora es el momento de deshacerse de ellos. ¡Si me vieras derrotado en algún momento, y que las negras son más [23], prestándome ayuda en tu propia persona, sálvame!

FILOSOFÍA. — Así sea. Nosotros aquí estamos, a vues- 22
tra disposición, dispuestos a escuchar los discursos, vosotros, por vuestra parte, eligiendo a uno de entre todos, el que parezca que va a llevar mejor la acusación, componed el discurso acusatorio y aportad pruebas. No es posible que habléis todos a la vez. Por tu parte, tú, Sinceridad, harás tu defensa inmediatamente después.

PLATÓN. — ¿Quién de nosotros sería el más indicado para este proceso?

CORO. — Tú, Platón. La altura de tu pensamiento es asombrosa y el acento de tu lengua formidable, ático puro; estás lleno de encanto y persuasión; la sutileza, la perspicacia, la seducción a la hora de probar los hechos, todo eso está reunido en tu persona. Así que lleva tú la voz cantante y di, en nombre de todos nosotros, lo que creas

---

[22] El templo de Atenea Polias, esto es, Atenea Protectora de la ciudad, estaba situado cerca de donde hoy se encuentra el Erecteon.

[23] Se refiere a las fichas negras que implicaban un veredicto adverso para el litigante.

conveniente. Haz memoria ahora de todos aquellos hechos y agrúpalos en el mismo cesto, como si los pronunciaras contra Gorgias o Polo, o Pródico o Hipias; ese hombre es más hábil que ellos. Échale encima una pizca de ironía, formula sin cesar aquellas preguntas enjundiosas y, si te parece oportuno, mete de relleno aquello de que el gran «Zeus en el cielo, conduciendo su carro alado», podría enfadarse si ese individuo no tiene una condena.

23 PLATÓN. — ¡Ni hablar! Echemos mano a alguien más contundente, por ejemplo, Diógenes, que está ahí, o Antístenes, o Crates, o incluso tú, Crisipo. El caso actual no requiere belleza, ni habilidad para componer un escrito, sino un cierto grado de habilidad para argumentar y de tablas en el foro; Parresíades es todo un orador.

DIÓGENES. — Pues yo formularé la acusación contra él. No creo que sea necesario un discurso largo. Además, yo he sido ultrajado en mayor medida que todos vosotros, ya que me subastaron ayer por dos óbolos.

PLATÓN. — ¡Filosofía! Diógenes dirá el discurso por todos nosotros. Pero, acuérdate, fenómeno, de no meter en tu discurso de acusación tus problemas particulares, sino de ver los de todos. Y si en algún punto diferimos entre nosotros en nuestras apreciaciones, no debes de pasarte a analizar eso, ni a ver quién de nosotros es el que más se aproxima a la verdad. Preocúpate solamente por la Filosofía que ha sido ultrajada y que no para de oír cosas negativas en los discursos de Parresíades; dejando a un lado los puntos en los que discrepamos, procura defender lo que todos tenemos en común. Mira, a ti y sólo a ti, te colocamos como representante nuestro, y de ti depende ahora todo lo nuestro; o bien que se aprecie qué es lo más venerable que hay, o bien que se dé crédito a todo tipo de comentarios como los que él puso antes de relieve.

DIÓGENES. — ¡Ánimo! No nos quedaremos atrás. Yo 24
hablaré en nombre de todos. Y aunque Filosofía, abatida por sus palabras, pues su naturaleza es tierna y blanda, tome la decisión de dejarle marchar, no contará con mi apoyo, pues yo le demostraré que no llevamos estos palos en vano.

FILOSOFÍA. — De ese modo ni hablar; emplead, más bien, el razonamiento; es bastante mejor que el palo. No te retrases, que ya acaban de echar el agua en la clepsidra [24] y el jurado tiene ya sus ojos puestos en ti.

PARRESÍADES. — Siéntense los demás, Filosofía, y depositen su voto en compañía vuestra; pronuncie el discurso de acusación Diógenes solo.

FILOSOFÍA. — ¿No temes, pues, que la votación te sea adversa?

PARRESÍADES. — En modo alguno; estoy dispuesto a ganar por ventaja abrumadora.

FILOSOFÍA. — ¡Bravo! Pero, ea, toma asiento. ¡Y tú, Diógenes, habla!

DIÓGENES. — Con todo lujo de detalles te consta, Filo- 25
sofía, cuál ha sido nuestra trayectoria en la vida; no necesita explicarse con discursos. Dejaré a un lado lo que a mí atañe; pero ¿quién no sabe las excelencias que han adornado a Pitágoras y Platón y Crisipo y a los demás a lo largo de su vida? Pues bien, yo voy a explicaros qué clase de ultrajes nos ha inferido a nosotros, unos hombres de esa categoría, el maldito redomado Parresíades, aquí presente. Siendo, pues, un orador, eso dice él, abandonando

---

[24] La clepsidra, especie de reloj de agua, medía el tiempo de que disponía cada litigante para exponer sus alegatos. Acabar de echar el agua en la clepsidra es sinónimo de «ya se puede empezar a hablar», porque empieza a contar el tiempo.

los tribunales y las distinciones que haya en ellos, se dedicaba a volcar toda la habilidad y energía que había en sus discursos sobre nosotros; no deja de ofendernos en público llamándonos mentirosos e impostores, al tiempo que invita a las masas a burlarse de nosotros y a despreciarnos como si no fuéramos nada. Y, sobre todo, ha conseguido que seamos blanco de odios de la mayoría nosotros mismos y tú, la Filosofía, ya que nos insulta llamándonos fatuos y charlatanes, y se dedica a poner en solfa tus contenidos y las teorías más interesantes en las que nosotros hemos sido educados, hasta el punto de que él se granjea el aplauso y el elogio de quienes acuden a oírle, mientras a nosotros nos ponen como hoja de perejil.

La mayoría de la plebe es por naturaleza así; se divierten con quienes se dedican a burlarse y a meterse con los demás, sobre todo cuando no dejan títere con cabeza de los que ellos parecen venerar en grado sumo; tal y como con gusto se divertían hace tiempo con Aristófanes y Éupolis, ponen en solfa a Sócrates, ahí presente, sacándole a escena, y componen ciertas comedias inauditas sobre él [25]. Aquellos hombres, sin embargo, se atrevieron a actuar así contra un solo hombre y lo hicieron en las fiestas de Dioniso, cuando estaba permitido, pues la broma parece formar parte de la fiesta,

el dios quizás se alegraba, pues era un cachondo [26].

26 Pero él, convocando a los mejores y tras largo tiempo de reflexión y preparación, tras escribir una serie de calumnias en un grueso libro, a voz en grito se dedica a

[25] Alusión indudable a las *Nubes*, de Aristófanes, comedia en la que Sócrates aparece como un sofista más.

[26] Pintoresca cita de un autor desconocido.

insultar en público a Platón, Pitágoras, Aristóteles, ahí presente, y a Crisipo, allí presente, a mí y a todos sin excepción, sin que haya fiesta que le dé licencia y sin que haya sufrido personalmente ningún agravio de nuestra parte. Pues aún podría haber algún resquicio para disculparle si lo hiciera en legítima defensa, pero, sin embargo, lo más terrible de todo es que, al actuar de ese modo, usurpa tu nombre, Filosofía y, suplantando al Diálogo, que es compañero nuestro, se aprovecha de él como compañero de escena y como actor en contra nuestra, e incluso anda por ahí convenciendo a un compañero nuestro para que le acompañe en sus chirigotas en muchas ocasiones: a Menipo, quien, por cierto, traicionando nuestra causa, es el único que no está aquí ahora y que no se suma a nuestra acusación.

Por todo ello, es muy lógico y merecido que encuentre 27
el castigo que merece. Pues, ante un número tan elevado de testigos, ¿qué podría decir él, que ha hecho trizas lo más venerable? Al menos, una cosa podría ser útil de cara a aquéllos: si pudieran ver públicamente que él recibe un castigo ejemplar, para que en lo sucesivo ningún otro se atreviera a despreciar a la Filosofía, ya que el mantener la calma y aguantar que a uno le insulten podría ser juzgado, con razón, no digno de moderación sino de cobardía y de ingenuidad. ¿Quién podría soportar sus últimas acciones? Conduciéndonos a nosotros como a esclavos al mercado, dándole el recado a un heraldo, nos vendió de un plumazo, según dicen, a los unos por mucho dinero, a algunos por una mina ática, y a mí, el canalla redomado ése, por dos óbolos. Y, claro, los presentes se reían.

Ante todo eso, hemos subido aquí llenos de ira y haremos que nos las pague, tú que has proferido en contra 28
nuestra el colmo de los insultos.

Coro. — ¡Bravo, Diógenes! Has dicho en favor nuesto todo lo que había que decir.

Filosofía. — Basta de aplausos. Echa para el defensor [27]. Tú, Parresíades, te toca hablar a ti ahora; comienza ya a caer el agua; no te retrases.

Parresíades. — Diógenes, Filosofía, no ha expuesto en su discurso todas las acusaciones contra mí, sino que, sin que sepa yo lo que le ha sucedido, se ha dejado en el tintero las más numerosas y las más importantes. Y bien lejos estoy yo de negarlas, como si no hubiera yo dicho tales palabras, o de venir aquí con un discurso de defensa especialmente preparado; así que si o bien él ha silenciado antes algunas cosas o yo negué antes haberlas dicho, me parece oportuno aportarlas ahora.

29 Así entenderíais a qué clases de hombres estaba yo vendiendo en pública subasta, al tiempo que los insultaba llamándolos fanfarrones e impostores. Y tenedme en cuenta sólo eso, si es cierto lo que voy a decir respecto de ellos. Y si mi discurso pudiera dar la impresión de contener algún matiz calumniador o escabroso, pienso que no es a mí, que estoy ejerciendo mi derecho de réplica, sino a aquellos que son los autores de los hechos, a quienes es justo exigir responsabilidades.

Pues bien; en cuanto comprendí lo imprescindibles que resultan para quienes ejercen la oratoria toda una serie de aspectos desagradables, engaño y mentira, osadía, gritos, follones y mil cosas por el estilo, me aparté de todo ello y, ávido de cosas bellas, me pareció bien echarme en tus brazos, Filosofía, por el resto de mi vida y, como quien sale de una tempestad y torbellino y navega hacia un puerto acogedor, vivir para siempre a tu amparo.

---

[27] «Echa agua en la clepsidra» es tanto como decir: «Comience a contar el tiempo del siguiente orador».

Y, en cuanto tuve un atisbo de vuestras doctrinas, co- 30
mencé a admiraros a ti, como no podría ser menos, y a
todos esos legisladores de una vida excelente que tendían
la mano a quienes aspiraban a ella, que daban los consejos
mejores y más convenientes siempre que uno no transgre-
diese las normas ni intentara escabullirse de ellos, sino que,
fijándose atentamente en esas reglas que previamente ha-
bíais establecido, acomodara y encaminara su vida a ellas;
algo, por Zeus, que hacen muy pocos, incluso de entre
los vuestros.

Pero, al ver a muchos que no sentían amor por la filo- 31
sofía, sino que tan sólo eran llevados por la reputación
que su cultivo comporta, aunque en los asuntos asequibles
y al alcance del pueblo y en cuantos fácilmente pueden
ser imitados por todos parecían asemejarse a los hombres
de bien —me refiero al aseo externo, al porte en el andar
y al esmero en el vestir—, contradiciendo, empero, a voz
en grito su modo opuesto al vuestro, echando por tierra
la dignidad de la profesión, al ver todo eso, digo, no pude
por menos de disgustarme y me daba la sensación como
si un actor cualquiera de tragedias, blandengue él y afemi-
nado, representara el papel de Aquiles o Teseo o Heracles,
sin moverse, ni hablar como le cuadra a un héroe, sino
desdibujado por un personaje de tal envergadura; y ni si-
quiera Helena o Políxena resistirían más allá de lo razona-
ble que él intentara parecérseles. No hablemos ya de
Heracles el Victorioso; me parece que tal vez se volvería
blandiendo la clava y lo golpearía a él y a su máscara,
al hacerle sentirse ridiculizado por él.

Al ver yo personalmente que vosotros estabais sufrien- 32
do esto de parte de aquéllos, no soporté la vergüenza de
la representación, si siendo monos tenían la osadía de po-
nerse máscaras de héroes o de imitar al asno de Cumas,

que con una piel de león sobre su lomo pasaba por ser un león relinchando a los ignorantes habitantes de Cumas de forma agresiva y feroz, hasta que un extranjero que había visto muchas veces leones y asnos demostró lo que era y lo puso en fuga golpeándole con palos.

Pero, lo que me parecía más horroroso, Filosofía, es lo siguiente. Las gentes, si veían a alguno de ellos comportarse de forma desvergonzada, indecorosa o libertina, todas sin excepción echaban las culpas a Filosofía o a Crisipo, o a Platón o a Protágoras o algún otro de quien el «hereje» aquel usurpaba el nombre o copiaba las palabras. Y, a raíz de su atrabiliaria forma de vivir, sacaban conclusiones nefastas sobre vosotros, que habíais muerto tiempo atrás. Efectivamente, su comparación no se llevó a cabo con vosotros en vida, sino que, lejos vosotros, todos veían con nitidez que aquél llevaba una vida horrorosa e irreverente, hasta el punto de que sufristeis proceso por incomparecencia en compañía de él y os visteis implicados en un escándalo semejante.

33 Yo, al ver todo eso, no lo soporté, sino que he ido dando buena cuenta de ellos y los he diferenciado de vosotros. Y vosotros, cuando debíais honrarme por ello, me traéis al tribunal. Y resulta que si yo veo a alguien de los iniciados que divulga en público los misterios de las dos diosas [28] y las traiciona, lo increparé y lo pondré en evidencia a la luz pública; ¿pensaréis, por ello, vosotros, que soy yo el impío? Eso no es justo. Pues también los encargados de los certámenes literarios suelen golpear a un actor que ha representado mal el papel de Atenea, Posidón

---

[28] Alusión a los misterios eleusinos celebrados en honor de Deméter y Perséfone también llamada Core. Los rituales que allí acontecían eran secretos y nadie podía revelarlos.

o Zeus por no haberle dado la dignidad propia de los dioses; y no se irritan éstos con ellos, pues encomiendan a los encargados de llevar los látigos golpear a quien lleva en torno a su cara su máscara y está embutido en su vestimenta, sino que —pienso yo— se alegrarían si les dieran más azotes. Porque, en verdad, pequeño sería el golpe si no hubiera representado bien el papel de un siervo de la casa o de un mensajero, pero el no mostrar a los espectadores a Zeus o a Heracles con la dignidad de rigor, eso hay que rechazarlo porque es una vergüenza.

Pero, lo más chocante de todo es que la mayoría de 34
ellos citan con exactitud vuestros discursos como si los leyeran y los estudiaran, para llevar una vida totalmente contraria a ellos; es exactamente la clase de vida que hacen. Todo lo que dicen, como por ejemplo que desprecian las riquezas y la fama y que sólo consideran bueno lo bello y el no irritarse, que desprecian a esas gentes brillantes y que hablan con ellos desde un plano de igual honra, todo eso es muy bonito, ¡dioses!, y demasiado sabio y admirable como para ser cierto. Todo eso lo van enseñando por dinero y miran pasmados a los ricos y se quedan con la boca abierta ante el dinero, más irritables que los perrillos, más cobardes que las liebres, más lisonjeros que los monos, más indómitos que los burros, más ladrones que los gatos, más peleones que los gallos. Naturalmente, se exponen al ridículo cuando se empujan por todo eso, y se dan codazos a las puertas de las casas de los ricos, y asisten a banquetes a los que acude mucha gente; en ellos les hacen grandes cumplidos, y se hartan de comer por encima del límite de lo correcto, y dan impresión de estar regañando, y dejan caer sobre la copa una filosofía desagradable y fuera de tono y no aguantan el vino puro. Y los ciudadanos de a pie que están allí, como es natural,

se ríen y sienten una aversión total hacia la filosofía, si es que genera unos ejemplares de esta ralea.

35 Pero el colmo de la desfachatez es que, diciendo cada uno de ellos que no tiene necesidad de nada, además gritando a los cuatro vientos que sólo el hombre sabio es rico, un poco después se acercan y piden y se cabrean si no les dan. Algo así como si alguien, con vestimentas de rey con la tiara y la diadema y demás distintivos regios, apareciera como un mendigo pidiéndoles a los que están más necesitados que él.

Y siempre que tienen que cobrar algo, sueltan la pero-
rata sobre las conveniencias de compartir, diciendo que la
riqueza es algo indiferente y expresiones tales como: ¿qué
importan el oro o la plata, que en nada difieren de los
guijarros que se encuentran en las playas? Y cuando, nece-
sitado de ayuda algún compañero y amigo de toda la vida
acude a ellos y de lo mucho que tienen les pide un poco,
silencio e impotencia y olvido y repetición de los argumen-
tos les dan a cambio. Aquellos discursos tan numerosos
sobre la amistad y la virtud y la honradez no sé dónde
diablos han ido a parar, volatilizados todos ellos, con alas
como las palabras diluidas en las sombras vacuamente, to-
36 dos los días por boca de ellos en sus charlas. Cada uno
es amigo de ellos hasta el momento que expongo a conti-
nuación: hasta que no se pone en medio oro o plata; si
alguien muestra simplemente un óbolo, se acaba la paz,
se rompen los acuerdos y se produce la confusión, se bo-
rran los libros y la virtud acaba por escaparse. Lo mismo
que les pasa a los perros cuando alguien les echa en medio
un hueso: pegando saltos se muerden unos a otros y ladran
al que consigue llevarse el hueso.

Se cuenta que un rey egipcio enseñó, en cierta ocasión, a unos monos a bailar una danza guerrera, y que los ani-

males —son los que mejor imitan todo lo humano— enseguida aprendieron y bailaban vestidos con trajes de púrpura y con máscaras, y que durante mucho tiempo el espectáculo gozó del favor del público hasta que un espectador de la ciudad, que llevaba una nuez guardada en el bolsillo, la dejó caer en medio. Entonces los monos, al verla, abandonando la danza, pasaron a ser justamente lo que eran, es decir, monos en vez de bailarines; hicieron trizas las máscaras, rasgaron de arriba abajo los vestidos y, por el fruto en cuestión, no paraban de pelearse; se disolvió la compañía de bailarines, y el teatro entero se partía de risa.

Eso es lo que hacen esos tipos, y yo, a individuos así, 37
los insultaba una y otra vez, y no pienso dejar de ponerlos en evidencia ni de reírme de ellos. ¿Estaría yo tan loco como para decir, respecto de vosotros o de los que se asemejan a vosotros, algo calumnioso o grosero? Y que conste que hay algunos, claro que los hay, que se esfuerzan por alcanzar la filosofía de verdad y que permanecen fieles a vuestras leyes. Pues, ¿qué podría decir? ¿Se ha llevado esa clase de vida por parte vuestra? Yo creo que es lógico y razonable odiar a aquellos fanfarrones y enemigos de los dioses. Porque, a ver, vosotros, Protágoras y Platón y Crisipo y Aristóteles, ¿en qué os cuadran esos tipos a vosotros? ¿O qué semejanza o afinidad han dejado ver a lo largo de su vida? ¡Ay, Heracles, el mono, como dice el refran! [29]. ¿O es que porque tienen barbas y andan diciendo que filosofan y están con aspecto de mal humor, por eso hay que identificarlos? Aún lo soportaría yo si por lo menos estuvieran convincentes en su propia

[29] Se parecen a esos hombres como Heracles a un mono que llevaba encima una piel de león.

actuación; pero, lo que es ahora, mejor imitaría un buitre a un ruiseñor que ellos a los filósofos.

He dicho lo que tenía que decir en mi defensa. Ahora tú, Verdad, testifica ante ellos si es verdadero.

38 FILOSOFÍA. — Colócate ahí en medio, Parresíades. Vamos a ver; no sé... ¿Qué vamos a hacer nosotras? ¿Cómo os parece que ha hablado este hombre?

VERDAD. — Yo, Filosofía, mientras hablaba, suplicaba sumergirme bajo tierra; hasta tal punto era todo cierto. Al oírle iba yo reconociendo cada uno de los tipos que habían realizado esas acciones y, en medio de sus palabras, iba yo encajando cada pieza; ésta con éste, esta otra con este otro. Y ha presentado a los hombres con total exactitud, como si los hubiera plasmado en un retrato, diríamos, en todas sus facetas, pues ha pintado no sólo sus cuerpos, sino también sus propias almas con pelos y señales.

PARRESÍADES. — Yo también me he sonrojado de vergüenza, Virtud [30].

VIRTUD. — Yo, la Virtud, también me he sonrojado.

FILOSOFÍA. — ¿Y vosotros, qué decís?

CORO. — ¿Qué otra cosa, sino dejarlo libre de acusación y dejar constancia escrita de que es amigo o benefactor nuestro? Por lo menos, nos ha sucedido simplemente lo que a los troyanos: hemos movilizado contra nosotros a ese actor trágico para cantarnos las desgracias de los frigios. Pues que siga cantando y que siga sacando en sus tragedias a los enemigos de los dioses.

DIÓGENES. — También yo, Filosofía, no puedo por menos de elogiar al hombre, al tiempo que retiro los cargos de la acusación y lo hago mi amigo a él, que es un tipo formidable.

---

[30] Parece razonable atribuir esta frase a Parresíades; me aparto, pues, ahí de la edición de M. D. McLeod.

FILOSOFÍA. — Está bien. Acércate, Parresíades; te ab- 39
solvemos de culpa y eres dueño de todas nosotras y, en lo sucesivo, quédate con nosotras.

PARRESÍADES. — Ante ti, la primera, me arrodillo; y después me parece que voy a actuar más como hacen en las tragedias; resulta más solemne.

Oh gran venerable Victoria,
ojalá que controles mi vida
sin dejar de coronarme [31].

VIRTUD. — Bueno, vamos a empezar ya la segunda cratera. Llamemos también a aquellos para que reciban su castigo por los insultos que contra nosotros han proferido. Parresíades irá acusando a cada uno de ellos.

FILOSOFÍA. — Con razón hablaste, Virtud. Así que tú, Silogismo, niño, baja por la pendiente a la ciudad y llama oficialmente a los filósofos.

SILOGISMO. — ¡Atención! ¡Silencio! Venid a la acrópo- 40
lis los filósofos para defenderos frente a la Virtud, la Filosofía y la Justicia.

PARRESÍADES. — ¿Estás viendo? Unos pocos, que han identificado la señal, suben y, en cierto modo, temen a la Justicia. La mayoría de ellos no tienen tiempo libre, pues están como moscas con los ricos. Si quieres que vengan todos, Silogismo, haz así el pregón.

SILOGISMO. — Ni hablar. Llámalos tú, Parresíades, como a ti te parezca.

PARRESÍADES. — No es difícil. Atención. Cuantos filó- 41
sofos dicen serlo y cuantos creen que les cuadra el nombre, suban a la acrópolis para el reparto. A cada uno se le da-

[31] Final empleado por Eurípides en *Fenicias, Orestes, Ifigenia entre los tauros.*

rán dos minas y una tarta de sésamo. El que exhiba una barba poblada, ése recibirá, además, también un pastel de higos pasos. Que a nadie se le ocurra ni por lo más remoto traer prudencia, justicia o templanza; aunque no haya, no hace falta nada de eso; cinco silogismos como sea; sin ellos no es lícito ser sabio

En el medio están puestos dos talentos
se los daremos a quien resulte destacado en la disputa [32].

42 FILOSOFÍA. — Vaya, vaya, ¡cuántos! La rampa de subida está llena de gentes que se empujan por las dos minas; sólo en cuanto han oído eso. Unos junto al Pelásgico, otros a los pies del Asclepión y junto al Areópago todavía más, y algunos también a los pies de la tumba de Talo y otros junto al Anaceo [33], colocando escalas arracimados trepan como un enjambre de abejas, por emplear el lenguaje de Homero [34]. También desde allí vienen más, y desde aquí...

millares, cuantas hojas y flores hay en primavera [35].

La acrópolis se va a llenar en breve tiempo
de gentes que se sientan haciendo ruido [36]

y por doquier se van a ver alforjas, zalamerías, barbas, desfachatez, bastones, avidez, silogismos, codicia. Los que subieron al oír la primera citación no se ven, no se distin-

---

[32] Cf. *Il.* XVIII 507-8.

[33] Alusión a toda una serie de parajes a la falda de la Acrópolis. El Pelásgico es la muralla de la Acrópolis en época prehistórica. El Asclepión está al lado opuesto, junto al teatro de Dioniso, donde estaba también la tumba de Talo, a quien Dédalo, celoso, había despeñado. También en la vertiente norte se hallaba el Anaceo, dedicado a los Dioscuros.

[34] *Il.* II 81.

[35] *Ibid.*, II 468.

[36] Nuevamente *ibid.*, II 463.

guen entremezclados en la marabunta de los demás y han quedado confundidos por su semejanza con las pintas de los demás.

PARRESÍADES. — Eso es lo más terrible de todo, Filosofía, y lo que alguien te podría echar en cara; el no haberles dado una contraseña y una señal; los charlatanes ésos son muchas veces más persuasivos que los filósofos de verdad. 43

FILOSOFÍA. — Así será en breve tiempo; pero recibámoslos ya.

PLATÓNICO. — Conviene que nosotros, los platónicos, cojamos nuestra parte los primeros.

PITAGÓRICO. — No, nosotros, los pitagóricos; Pitágoras era anterior.

ESTOICOS. — Tonterías; los mejores somos nosotros, los de la Estoa.

PERIPATÉTICO. — No, señor; a la hora de los dineros los primeros somos los del Perípato.

EPICÚREO. — A nosotros, los epicúreos, dadnos las tortas, los pasteles; por las dos minas, podemos esperar; no nos importa cogerlas los últimos.

ACADÉMICO. — ¿Dónde están los dos talentos? Los académicos os vamos a demostrar que somos más peleones que los demás.

ESTOICO. — No, nosotros, los estoicos, que estamos 44
aquí.

FILOSOFÍA. — Basta de peleas. Vosotros, los cínicos, no pegaros con palos entre vosotros. Sabed que habéis sido llamados para otro asunto. Ahora yo misma, la Filosofía, y la Virtud misma y la Verdad vamos a juzgar quiénes son los auténticos filósofos. Acto seguido, aquellos cuya vida se compruebe que se ajusta a nuestros criterios, una vez considerados los mejores, vivirán felices. A los charla-

tanes y a los que no tienen nada en común con nosotros, les pondremos las esposas, para que no puedan reclamar nada de lo que está sobre sus cabezas, como fanfarrones que son. ¿Qué pasa? ¿Huis? ¡Por Zeus!, la mayoría están saltando por las pendientes. La Acrópolis se ha quedado
45 vacía, excepción hecha de esos pocos que se han quedado porque no temen el juicio. Los servidores, recoged las alforjas que ha tirado al suelo el cínico en su regreso. Trae que vea lo que hay dentro; tal vez, altramuces, o un libro, o panes de trigo integral.

SIRVIENTE. — ¡Qué va! Oro y mirra, perfumes, una navajilla de afeitar, un espejo y cajas.

FILOSOFÍA. — Bien, buen hombre, ¿ésos eran para ti los pagos de tu trabajo y con ellos te parecía lógico insultar a todos y educar a los demás?

PARRESÍADES. — Ya estáis viendo qué clases de tipos son. Conviene que estudies de qué forma se pone término a esta confusión y de qué modo los que se encuentren con ellos pueden distinguir quiénes de ellos son los buenos y quiénes, por el contrario, los partidarios de la otra clase de vida.

FILOSOFÍA. — Tú, Verdad, inventa algo. Al menos, eso redundaría en tu propio provecho, no sea que la Mentira se imponga sobre ti y que, por acción del Desconocimiento, no te des cuenta de cuándo los hombres peores hayan imitado a los mejores.

46 VERDAD. — Si te parece, le encargaremos esta misión a él, a Parresíades, puesto que se ha revelado como un hombre honrado, bien dispuesto con nosotros, y admirándote a ti, Filosofía, llevándose a su lado a la Comprobación, la ha sacado al paso de los que andan por ahí diciendo que son filósofos. Al que encuentre íntegro, como propio de la auténtica Filosofía, corónesele con una corona

de olivo verde e invítesele al Pritaneo. Y si le sale al paso —hay muchos así— algún maldito que oculta su personalidad bajo la máscara de filosofía, tras quitarle el capote, que le rape la barba rasa con un cuchillo cabritero, que le haga cicatrices en la frente o que le haga un tatuaje a fuego entre las dos cejas, de arriba abajo. Y que la impresión del tatuaje sea una zorra o un mono.

FILOSOFÍA. — Bien dices, Verdad. Que la Comprobación, Parresíades, sea tal cual se dice que es la de las águilas volando hacia el sol; no, por Zeus, de forma que también ellos sean puestos a prueba para aguantar la luz, sino poniéndoles delante oro y fama y placer. A quien de ellos puedas ver despreciándolos y que no se le vaya la vista tras ello, a ése corónesele con olivo; pero a quien mire con especial atención y extienda su mano para coger el oro, a ése llevarle al hierro candente rapándole antes la barba según se acordó.

PARRESÍADES. — Así se hará, Filosofía, y al punto ve- 47
rás a la mayoría de ellos con el tatuaje de la zorra o del mono, y a muy pocos, en cambio, coronados. Y, si queréis, os subiré a algunos de ellos ya.

FILOSOFÍA. — ¿Cómo dices? ¿Vas a hacer subir a los que huyeron?

PARRESÍADES. — Claro que sí, siempre que la sacerdotisa quiera prestarme por un corto espacio de tiempo la caña aquélla y el anzuelo que le ofrendó el pescador del Pireo.

SACERDOTISA. — Bien, coge también la caña para que lo tengas todo.

PARRESÍADES. — Pues bien, sacerdotisa, dadme unos cuantos higos y un poco de oro.

SACERDOTISA. — Toma.

Filosofía. — ¿Qué estará pensando hacer este hombre? Poniéndole al anzuelo como cebo un higo y el oro, sentado en lo alto, está ahí de cara a la ciudad. ¿A santo de qué haces eso, Parresíades? ¿Tú crees que vas a pescar piezas del muro Pelásgico?

Parresíades. — Calla, Filosofía, y espera a que piquen. Tú, Posidón, pescador, y querida Anfitrite, enviadnos mu-
48 chos de vuestros peces. Estoy viendo una lubina enorme y con el ojo dorado. No, es un rodaballo. Ya se acerca al anzuelo con la boca abierta; ya huele el oro; ya está cerca; ha picado; capturado, arriba con él. Vamos, tú, Comprobación, tira para arriba. Comprobación, tira conmigo del sedal.

Comprobación. — Aquí está. A ver que te vea. ¿Quién eres tú, el mejor de los pescados? Pero... si es un perro [37]. ¡Por Heracles!, vaya dientes. ¿Qué pasa, fenómeno? ¿Te han pescado fisgoneando en torno a las piedras, en donde esperabas ocultarte agachándote bajo ellas? Pues ahora vas a ser expuesto a la vista de todos colgado de las agallas. Recojamos el anzuelo y el cebo. ¡Por Zeus!, se lo tragó. El anzuelo está vacío. El higo y el oro ya están bien seguros en el vientre.

Parresíades. — Que los vomite, por Zeus, para que podamos usarlos como cebo para otros. Así, muy bien. ¿Qué dices, Diógenes? ¿Sabes quién es él, o qué relación tiene contigo este hombre?

Diógenes. — No, no, en absoluto.

Parresíades. — Entonces, ¿cuánto dinero te parece que vale? Yo lo valoré el otro día en dos óbolos.

Diógenes. — Mucho dices. Es incomible, de feo aspecto, aplastado y no vale un pimiento. Déjalo caer de cabeza

---

[37] Obviamente, un cínico.

contra la piedra. Venga, prepara el cebo y saca otro. Eh, mira aquél, Parresíades, no sea que te rompa la caña de tanto doblarse.

PARRESÍADES. — Tranquilo, Diógenes; son ligeros y no más ágiles que un boquerón.

DIÓGENES. — Sí, por Zeus, muy ingenuos; tira para arriba, sin embargo.

PARRESÍADES. — Mira, aquí viene otro pez muy plano 49
como si estuviera cortado por la mitad, un lenguado con la boca abierta hacia el anzuelo. Se lo tragó del todo. Ya lo tenemos. Arriba con él. ¿Quién es?

COMPROBACIÓN. — Uno que dice ser platónico.

PARRESÍADES. — ¿También tú, miserable, vienes por el oro? ¿Qué dices, Platón? ¿Qué podemos hacer con él?

PLATÓN. — Tíralo por la misma piedra. Abajo. Por 50
otro.

PARRESÍADES. — Veo a uno precioso, que se acerca, al menos en la medida en que se puede apreciar en el fondo del mar. Variopinto de piel, con unas estrías doradas sobre su espalda. ¿Lo estás viendo, Comprobación?

COMPROBACIÓN. — Es el que pretende ser Aristóteles. Vino y se fue. Está observando con gran detenimiento. Otra vez vino para arriba. Picó. Capturado. ¡Arriba!

ARISTÓTELES. — No me preguntes por él, Parresíades; no sé quién es.

PARRESÍADES. — Pues, entonces, duro con él; también 51
contra las rocas. Pero, fíjate, estoy viendo muchos peces de piel parecida a la de éste; con raspas por todas partes y con unas pintas de tosquedad y aspereza, más escurridizos que anguilas. Necesitaremos una red para atraparlos.

FILOSOFÍA. — Pues no hay ninguna. ¿No bastaría si pudiéramos sacar alguno de toda la bandada? El que sea el más osado de ellos vendrá con toda seguridad al anzuelo.

COMPROBACIÓN. — Siéntate, si te parece, y refuerza antes con hierro el sedal para que dure mucho, y que cuando se trague el oro no pueda serrarlo con los dientes.

PARRESÍADES. — Ya está abajo. Tú, Posidón, proporciónanos una pesca rápida. ¡Vaya, vaya!, se pelean por el cebo y una bandada, todos de golpe, se están comiendo el higo en derredor, mientras los otros aguantan ahí pegados al oro. ¡Muy bien! Uno muy gordo se ha quedado enredado. Mira a ver, ¿a quién dices que te pareces? Forzosamente tiene la gente que reírse de mí si me empeño en que hable un pez; no tienen voz. Pero tú, Comprobación, dime ¿a quién tiene él por maestro?

COMPROBACIÓN. — A Crisipo que está ahí.

PARRESÍADES. — Ya entiendo; por eso, creo, había oro en su nombre [38]. Tú, Crisipo, por Atenea, di, ¿conoces a esos tipos o les exhortas a comportarse así?

CRISIPO. — Por Zeus, me estás haciendo una pregunta impertinente, Parresíades, sospechando que esos tipos tienen algo que ver con nosotros.

PARRESÍADES. — Eres una buena persona, Crisipo. También ése irá de cabeza con los demás, pues está lleno de espinas y existe el riesgo de que alguien, al intentar comérselo, se atragante.

52 FILOSOFÍA. — Basta ya de pesca, Parresíades, no sea que —como hay muchos— alguno venga y te lleve el oro y el anzuelo, y luego se lo tengas que pagar a la sacerdotisa. Así que vayámonos a dar un paseo. Es hora de volver al lugar de donde partisteis, no sea que estéis más días del plazo que se os dio. Y vosotros dos, Parresíades y tú también, Comprobación, marchando contra todos ellos en todas direcciones, coronadlos o tatuadlos, tal como dije.

---

[38] Crisipo tiene que ver con *chrysós,* el nombre del oro en griego.

PARRESÍADES. — Así se hará, Filosofía. Adiós a vosotros, los más excelentes de los hombres. Bajemos nosotros, Comprobación, y cumplamos nuestros encargos.

COMPROBACIÓN. — ¿Adónde nos convendría ir primero? ¿Acaso a la Academia, o a la Estoa? ¿Qué tal si empezamos por el Liceo?

PARRESÍADES. — Nos va a dar lo mismo; de lo que estoy seguro, por lo menos, es de que dondequiera que vayamos nos van a hacer falta pocas coronas y muchas barras de hierro candente.

29

DOBLE ACUSACIÓN O LOS TRIBUNALES

Uno de los escritos más conseguidos de Luciano. Pillado entre dos fuegos, el de quienes le reprochan haber abandonado la retórica para pasarse al bando del diálogo y el de los que le acusan desde este mismo bando, nuestro autor tiene que defenderse. Y lo hace por un procedimiento ingenioso y genial. Arranca de las alturas, donde Zeus sostiene una conversación con Hermes, charla a la que se incorpora la Justica. Pretextando que hay muchos procesos judiciales pendientes, la Justicia y el propio Hermes se dirigen al Areópago a requerimiento de Zeus. El encuentro con Pan sirve como preciosa y divertida «escena-*link*», esto es, como eslabón de transición entre la primera y la segunda parte del diálogo.

Se explica, a continuación, el desarrollo de tres procesos judiciales; la Academia contra la Borrachera, la Estoa contra el Placer y, por último, la Retórica y el Diálogo acusando, ambos, al «Sirio», que así es como se da a llamar nuestro autor en esta obra. Luciano da la réplica por separado a cada uno de sus acusadores, lo que le permite pronunciar dos medidos e ingeniosos discursos. Se trata, en el fondo, de criticar los excesos de los oradores y de los filósofos del momento que son combatidos con sus propias armas. Emplea Luciano la forma del diálogo y la técnica argumentativa de la retórica para exponer sus ideas y dejar plasmadas, una vez más, las notas de su ingenio. Excelente

composición, fechada, según se desprende de alusiones que aparecen en el diálogo, en torno al 165 d. C.

ZEUS. — Mal rayo les parta a los filósofos que afir- 1
man que la filosofía está únicamente entre los dioses. Si supieran, al menos, todo lo que padecemos por causa de los hombres, no estarían constantemente anhelando con cierta envidia nuestro néctar y nuestra ambrosía, dando crédito a Homero, un hombre ciego y charlatán que nos llama «bienaventurados» y va explicando lo que pasa en el cielo, él, que ni siquiera podía ver lo que sucedía en la tierra.

Así, Helios, el sol, que está ahí unciendo el carro, surca el firmamento a lo largo del día, vestido de fuego y resplandeciente con sus rayos, y ni siquiera tiene tiempo libre —afirma— para rascarse el oído. Y si dejara de estar sin darse cuenta, aunque sólo fuera un instante, los caballos, desbocados, desviándose de su camino, harían arder todo con grandes llamaradas. Selene, la luna, despierta ella también, da vueltas mostrando su luz a quienes rondan de noche y a quienes regresan sin hora de los festines. Apolo, asimismo, que se ha especializado en una actividad complicada, casi se ha quedado sordo de oír a los que se cabrean porque no les favorecen los designios del oráculo, y hace poco no le ha quedado otro remedio que estar en Delfos, poco después va corriendo hasta Colofón, desde allí cruza hasta Jantos y otra vez corriendo a Delos o a Brancidas. En resumen, donde la profetisa, tras haber bebido del manantial sagrado y haber masticado laurel y haber agitado el trípode, le exhorta a estar presente, allí debe presentarse sin demora para corroborar los oráculos; si no, a saber dónde iría a parar la fama de su arte. No diré, en base a su experiencia en la mántica, cuántos inventos maquinan, cociendo para él en el mismo perolo carne

de carnero y tortugas, de modo que si no hubiera tenido un olfato muy fino, el propio Lidio [1] se habría marchado burlándose de él. Asclepio, a su vez, no deja de ser constantemente molestado por quienes están enfermos:

> *ve cosas terribles, toca cosas desagradables y en las desgracias ajenas encuentra provecho para las propias penas* [2].

¿Qué podría decir de los Vientos, que impulsan el crecimiento de las plantas y hacen navegar a los barcos a su lado y soplan sobre los que aventan trigo? ¿O del Sueño, *Hýpnos,* que vuela sobre todos, o del Ensueño, *Óneiron,* que anda vigilante por la noche con el sueño y le sirve de intérprete? Los dioses asumen todos esos penosos trabajos por amor a los hombres, desempeñando cada uno su misión de cara a garantizar la vida en la tierra.

2 Y los trabajos de los demás son, con todo, bastante llevaderos. Hay que ver yo, el rey y padre de todo y de todos, cuántas incomodidades soporto, cuántos problemas tengo, con la mente puesta en tan gran número de preocupaciones. A mí me toca inexorablemente, lo primero, inspeccionar las tareas de los demás dioses que me ayudan de algún modo en mi gobierno, para que no racaneen en ellas. Después tengo que hacer miles de cosas que casi se me escapan por su pequeñez. Porque, organizando y administrando yo, personalmente, las más importantes de mis actividades —lluvias, tempestades, huracanes y relámpagos—, no sólo no me he liberado de preocupaciones de menos monta, sino que tengo que hacer todo eso y echar

---

[1] Se refiere a Creso, rey de Lidia, que tenía verdadera obsesión por los oráculos y estaba dispuesto a remover Roma con Santiago, con tal de ver cuál de ellos tenía mayores visos de cumplirse en la realidad.

[2] Cita tomada de HIPÓCRATES, *De flatibus* 1, 6.

la vista, al mismo tiempo, a todas partes, y supervisarlo todo, como el pastor en Nemea, a ver a los que están robando, a los que juran en vano, a los que hacen sacrificios por si alguien ha derramado la libación, de dónde sube la grasa y el humo, quién, enfermo o en apuros por el mar me llamó en auxilio, y lo más fatigoso de todo, en un solo momento tengo que asistir a la hecatombe de Olimpia, observar a los que guerrean en Babilonia y enviar una tromba de agua en el país de los getas y darme un buen banquete entre los etíopes. Y ni aun así resulta fácil evitar las censuras, sino que, en muchas ocasiones,

los demás dioses y algunos hombres
con penachos de crin de caballo [3]

se duermen toda la noche, y a mí, a Zeus, no me coge el dulce sueño. Porque, si me amodorrara un poquito, al punto se demostraría que tiene razón Epicuro cuando afirma que no nos preocupamos de los asuntos de la tierra. Y el peligro no es en absoluto desdeñable si los hombres le hacen caso en ese punto: los templos se nos quedarían sin coronas, las calles sin olor a grasa y humo de las víctimas, las cántaras de vino sin gente que nos haga libaciones, los altares fríos; en una palabra, nos quedaríamos sin sacrificios y sin ofrendas, con lo que el hambre sería abundante. En consecuencia, igual que los pilotos, me he quedado solo en las alturas llevando el timón entre mis manos, y los marineros, unos borrachos, si acaso, duermen, mientras yo, en vela, sin comer, me preocupo por todos, en lo más profundo de mi ser y en mi corazón, pues he recibido yo solo la distinción, al parecer, de ser
el jefe. Así que gustosamente preguntaría yo, a los filó- 3

---

[3] Alusión fragmentada al pasaje de *Ilíada* II 1-2.

sofos que consideran felices únicamente a los dioses, cuándo piensan que nos queda tiempo libre a nosotros, que tenemos miles de asuntos que atender, para el néctar y la ambrosía.

Y, además, por falta de tiempo libre, guardamos todos estos procesos trasnochados apartados, corrompidos ya por el moho y las arañas, y en especial cuantos se han promovido contra algunos hombres por las ciencias y las artes, algunos de ellos, muy antiguos. Esas gentes se han hartado a dar voces por todas partes, están enfadados y reclaman el proceso y me culpan a mí por el retraso, pues ignoran que resulta que los juicios no se han aplazado por negligencia nuestra, sino por la felicidad en la que ellos sospechan que vivimos nosotros. ¡Así es como le llaman a nuestra falta de tiempo libre!

4 HERMES. — Yo también, Zeus, he oído muchas críticas semejantes, en la tierra, de gentes que se quejan, pero no me atrevía a decírtelo. Mas como te has lanzado a hablar sobre esos temas, voy a contar yo también. Están muy enfadados, padre Zeus, muy indignados y, aunque no se atreven a hablar abiertamente, andan por ahí rezongando, cuchicheando unos con otros buscando en el tiempo al culpable del retraso. Hace ya mucho que esos hombres deberían haber sabido cómo van sus cosas, y hubieran acatado cada uno respetuosamente los términos del veredicto.

ZEUS. — Entonces, ¿qué te parece, Hermes? ¿Les proponemos una sesión pública de procesos o quieres que los anunciemos para una nueva ocasión?

HERMES. — No, propongámosela ya.

ZEUS. — Hazlo. Baja volando y anuncia que habrá audiencia pública en los términos siguientes:

«Todos los que hubieran presentado las acusaciones, acudan hoy al Areópago, y allí que la Justicia elija para

ellos por sorteo, de entre todos los atenienses, los tribunales, según los términos de las reparaciones exigidas. Y si alguien pensara que la vista oral no se ajusta a derecho permítasele que, con toda libertad, apele a mí para ser juzgado arrancando desde el principio, como si partiéramos de cero. Tú, hija, sentada junto a las venerables diosas, preside el sorteo y procede al examen de los jueces.»

JUSTICIA. — ¿Otra vez a la tierra, para, expulsada por 5
ellos, escaparme de nuevo de la vida sin poder soportar que la Injusticia se ría de mí?

ZEUS. — Debes albergar buenas esperanzas. Los filósofos los han convencido de que deben honrarte a ti más que a la Injusticia; en especial, el hijo de Sofronisco, que iba poniendo por las nubes a «lo justo» y lo consideraba como el más grande de los bienes.

JUSTICIA. — Por lo menos, a ese que dices le aprovecharon los discursos sobre mí. Él, entregado a los Once y yendo a parar a la cárcel, bebió, desdichado, la cicuta sin haberle podido dar a Asclepio el gallo que le debía [4]. Los que lo acusaron, sosteniendo puntos filosóficos contrarios, pusieron por encima a la Injusticia en contra de tan gran hombre.

ZEUS. — Los asuntos de la Filosofía eran entonces extraños a muchos, y los que se dedicaban a la actividad filosófica eran unos pocos, así que los tribunales con cierta lógica se inclinaron hacia Ánito y Meleto. Pero, lo que es ahora, ¿no ves cuántas capas cortas y bastones y morrales? [5]. Y por todas partes una barba tupida y un libro en

[4] Recuérdese, una vez más, la famosa y controvertida frase al final del *Fedón* que recoge las últimas palabras de Sócrates: «Critón, le debemos un gallo a Asclepio. No dejéis de pagárselo» (*Fedón* 118, 5).

[5] Obsesiva y machaconamente insiste Luciano en la caracterización estereotipada de los filósofos de la época.

la izquierda, y todos practican la filosofía argumentando en tu favor. Llenos están los paseos de gentes alineadas en filas y falanges, y no hay nadie que no quiera parecer ser pupilo de la virtud. Muchos, dejando las profesiones que tenían antes, lanzándose por la alforja y el capote, untando su cuerpo antes de exponerlo al sol como los etíopes, ahí van dando vueltas, filósofos improvisados, de zapateros o carpinteros que eran, ensalzándote a ti y a la virtud. Así que, como dice el refrán: antes corra alguien en un barco sin tocar una tabla, que tu ojo, mire donde mire, deje de topar con un filósofo.

7 JUSTICIA. — Me dan miedo esos individuos, Zeus. Se pelean y discuten entre ellos por temas que se refieren a mí. Dicen que la mayoría de ellos en las palabras se asemejan a mí, pero que, en lo que a los hechos se refiere, ni siquiera me aceptan en su casa, sino que bien a las claras me impiden la entrada cuando alguna vez llego a sus puertas. Hace ya tiempo que tienen por huésped a la Injusticia.

ZEUS. — No todos, hija, son ruines, ya es bastante que te encuentres a algunos que son honestos. Pero... marchaos ya, para que podamos dejar vistos algunos casos.

8 HERMES. — Marchemos, Justicia, por aquí recto en dirección a Sunio, un poco a la falda del Himeto a la izquierda del Parnaso, en donde ves aquellas dos alturas. Parece que se te ha olvidado el camino desde que no lo haces. Pero... ¿por qué lloras y te afliges? No temas. Ya no son iguales las cosas que hay en la vida. Han muerto todos aquéllos, los Escirones, los Pitiocamptes, los Busírides, los Falárides [6], a los que entonces temías. Ahora la

---

[6] Por el procedimiento de colocar en plural una serie de nombres propios, Luciano realiza una metonimia. Escirón era un corintio que obligaba, a los viajeros que pasaban por donde él se había establecido —cerca de Mégara, en el paraje llamado Rocas Escironias—, a lavarle

Sabiduría, la Academia y la Estoa lo controlan todo y por todas partes te andan buscando y dialogan sobre ti, con la boca abierta, a ver si desde algún lado bajas volando otra vez hasta ellos.

JUSTICIA. — Por lo menos, Hermes, tú eres el único que me podrías decir la verdad, porque, como compartes con ellos la mayoría de los problemas y pasas el tiempo con ellos en los gimnasios y en el ágora —agorero [7] eres y en las asambleas actúas como heraldo—, sabes cómo se han vuelto esas gentes y si yo seré capaz de estar entre ellos sola.

HERMES. — Cometería, por Zeus, un agravio contra ti, que eres mi hermana, si no te lo dijera. La mayoría de ellos han recibido no pocas útiles ayudas de la Filosofía. Y, por no decir otra cosa, con el respeto que inspira su aspecto externo, sus errores quedan más disimulados. No obstante, te tropezarás con algunos rufianes de entre ellos —creo que hay que decir la verdad—, algunos semisabios y seminecios. Una vez que la sabiduría, tomándolos a su lado cambió de golpe su tinte, cuantos se empaparon a fondo cumplieron su tarea a la perfección, como hombres honestos, sin mezclarse con otros colores; ésos están muy preparados para recibirte. Sin embargo, cuantos por la mancha de antaño no absorbieron el tinte en la medida necesaria para eliminar el veneno, son mejores que los demás, pero, sin embargo, imperfectos y mezclados de blanco y

---

los pies; mientras realizaban esa operación, él los precipitaba violentamente al mar, y sus cadáveres eran despedazados por una enorme tortuga. Busiris fue un Rey egipcio especialmente cruel.

[7] De Hermes se emplea como epíteto *Agoraîos*. De ahí que hayamos querido dejar el término *sensu stricto* a partir del griego, aunque puede provocar una homonimina que induzca a confusión con el término «agorero» en su acepción actual.

señalados y como moteados de piel. Y hay algunos que, simplemente con tocar por fuera el caldero con la yema del dedo y con ser untados con la pez, creen que ya con eso han recibido su cambio por inmersión. Que te quede claro que tu estancia será con los mejores.

9 Pero, en medio de la charla, nos estamos acercando ya al Ática. Así que dejemos Sunio a la derecha y desde aquí lancémonos en plancha hacia la Acrópolis.

Bueno. Ahora que ya hemos bajado, siéntate tú en un lugar del Areópago mirando hacia la Pnix, mientras aguardas a que se anuncien solemnemente las órdenes de Zeus. Yo, subiendo hacia la Acrópolis, voy a convocar a todos más fácilmente desde un lugar donde se me oiga bien.

JUSTICIA. — No te vayas, Hermes, sin antes decirme quién es ése que se acerca, con cuernos, el que lleva la siringe, el de las dos patas peludas.

HERMES. — ¿Qué dices? ¿No conoces a Pan, el más báquico de los servidores de Dioniso? Antes vivía en la cima del Partenio [8], y cuando la invasión naval de Datis y el desembarco de los bárbaros en Maratón, acudió sin que nadie lo llamara como aliado de los atenienses, y, de resultas de aquel gesto, ocupando desde entonces la cueva aquella a la falda de la Acrópolis, vive allí un poco más arriba del Pelásgico [9], pagando su alquiler del fondo común de los metecos. Y ahora, como es natural, al vernos como de entre los vecinos, se acerca a saludarnos.

PAN. — ¡Hola, Hermes y Justicia!

---

[8] Monte de Arcadia en el Peloponeso Central.

[9] La cueva de Pan se halla situada en la ladera noroeste de la Acrópolis. ARISTÓFANES, como es habitual en él, la alude, en *Lisístrata* 911, en plan de guasa, como lugar propicio para que Mirrina y su marido Cinesias hagan el amor.

HERMES. — ¡Hola, Pan, el más musical y saltarín de los Sátiros, y el más belicoso en Atenas!

PAN. — ¿Y qué misión, Hermes, os ha traído por aquí?

HERMES. — Ella te lo explicará todo, que yo tengo que 10
salir a la Acrópolis y hacer la proclamación solemne de la sesión.

JUSTICIA. — Zeus me envió aquí abajo, Pan, para que presida el sorteo de los tribunales. ¿Y cómo te van las cosas en Atenas?

PAN. — En dos palabras. No me va tan bien como debería irme en buena lógica, sino mucho peor de lo que podría esperar, y eso que rechacé una marabunta de enorme envergadura de los bárbaros. Pues, pese a ello, subiendo dos o tres veces al año, me sacrifican un macho cabrío seleccionado, que despide un olor a mucho desperdicio de cabra, y comen sus carnes en un banquete y me hacen testigo de su prosperidad y me pagan con la delgada moneda del aplauso. Por lo demás, el ambiente festivo y de cachondeo de ellos me pone de buen humor.

JUSTICIA. — Y hablando de otra cosa, Pan, ¿se han vuelto más virtuosos merced a la influencia de los filósofos?

PAN. — ¿A quiénes mencionas, cuando dices a los filósofos? ¿A aquellos cabizbajos, muchos en grupo, que se parecen a mí en la barba, a los charlatanes?

JUSTICIA. — Sí, sí, a ésos.

PAN. — No sé nada de lo que dicen ni entiendo sus 11
sabias enseñanzas. Soy montaraz y no he llegado a comprender todas esas retahílas de palabras pomposas y ciudadanas, Justicia. ¿De cuándo acá, un sofista o un filósofo en la Arcadia? Hasta el dominio de la flauta y la siringe, alcanza mi sabiduría; en lo demás soy un pastor de cabras, bailarín y, si llega el caso, pendenciero. Los oigo dar voces a todas horas y dar explicaciones sobre una tal virtud, e

ideas y naturaleza y cosas incorpóreas, nombres que me son desconocidos y extraños. Y al principio van empezando a tratar los temas entre sí de forma pacífica, pero a medida que avanza la discusión levantan la voz hasta el tono más alto, de forma que, esforzándose más de lo normal y deseando hablar todos a la vez, se les pone la cara colorada, se les hincha la garganta y las venas se les salen de su cauce, como a los flautistas cuando se ven forzados a soplar por una flauta de embocadura estrecha. Así, perturbando el orden de los razonamientos, metiendo en el mismo jarro lo que era objeto de examen en un principio, intercambiando la mayoría insultos, se largan, limpiándose el sudor de la frente con el dedo curvado, y el que probablemente era más vocinglero y más osado de todos ellos y se va el último cuando se ha deshecho el grupo ése es el que parece imponer su criterio.

No obstante, la plebe, en su mayoría, los trata con simpatía, sobre todo a los que no están acuciados por ninguna necesidad perentoria, y acuden encantados al jaleo y al griterío. Algunos de ellos, a mí, al menos, me parecían unos auténticos fanfarrones y me disgustaba que se me parecieran en la barba. Pero si de su vocerío se derivara alguna utilidad para el pueblo y se desprendiera algo bueno para ellos de sus palabras es cosa que no podría yo decir. Ahora bien, si es preciso que yo, sin reserva alguna, explique la verdad —vivo en una atalaya, según ves—, los he visto muchas veces a muchos de ellos al filo del anochecer.

12 JUSTICIA. — Tranquilo, Pan; ¿no te parece que Hermes está haciendo la convocatoria?

PAN. — Claro que sí.

HERMES. — Escuchad. Con la aquiescencia del destino vamos a establecer sesión pública de juicios hoy día sépti-

mo del mes de Elafebolión [10] en el que estamos. Cuantos presentaron denuncia acudan al Areópago donde la justicia efectuará el sorteo para la composición de los tribunales y asistirá a los que emiten su sentencia. Los jueces, de entre todos los atenienses. Los honorarios, tres óbolos por proceso. El número de jueces, según las características de la demanda presentada. Y cuantos hayan muerto dejando pendiente un pleito al que no pudieron comparecer, que Éaco los devuelva aquí arriba. Si alguno cree que el veredicto que se le ha dado no es justo habrá otro juicio de apelación, y será Zeus quien lo juzgue.

PAN. — ¡Vaya! ¡Qué jaleo! ¡Qué griterio han levantado, Justica! ¡Con qué afán vienen todos corriendo, achuchándose entre sí, dispuestos a llegar todos al Areópago! Hermes ya está ahí. Así que vosotros estad pendientes de los procesos, realizad el sorteo y dictad sentencia como es costumbre de ley para vosotros. Yo, volviendo a mi gruta, voy a tocar en la siringe alguna melodía amorosa con las que suelo burlar a Eco. Bastante tengo yo con oír las palabras de los picapleitos, como para tener que escuchar todos los días a los litigantes por procesos en el Areópago.

HERMES. — Vamos, Justicia, citémoslos ya. 13

JUSTICIA. — Bien dices. Según ves, avanzan agrupados, armando un ruido como las abejas zumbando por la cima.

ATENIENSE. — ¡Ya te tengo, miserable!

OTRO. — ¡Eres un sicofanta!

OTRO. — ¡Me las pagarás!

OTRO. — ¡Demostraré que has cometido actos terribles!

OTRO. — ¡Sortea para mí, primero, al jurado!

OTRO. — ¡Sígueme, desgraciado, al tribunal!

OTRO. — ¡No me estrujes!

---

[10] En primavera, probablemente entre marzo y abril.

JUSTICIA. — ¿Sabes lo que vamos a hacer, Hermes? Vamos a aplazar los demás procesos hasta mañana. Hoy vamos a proceder al sorteo para las denuncias que se hayan presentado contra los hombres por sus actividades profesionales, sus comportamientos o sus conocimientos científicos. Vete dándome los expedientes de este tipo.

HERMES. — La Borrachera contra la Academia por la esclavitud de la Guerra.

JUSTICIA. — Siete miembros de tribunal a sorteo.

HERMES. — La Estoa contra el Placer por atropello, porque dejó desmandarse a Dioniso, su amante.

JUSTICIA. — Con cinco basta.

HERMES. — Respecto de Aristipo, la Molicie contra la Virtud.

JUSTICIA. — Que se apañen también con cinco.

HERMES. — Préstamo de dinero, contra Diógenes, por escaparse.

JUSTICIA. — Sortea sólo tres.

HERMES. — Contra Pirrón, deserción; acusa la Pintura.

JUSTICIA. — Que sean nueve los que juzguen.

14 HERMES. — ¿Quieres que sorteemos también estas dos causas, Justicia, que presentaron ayer contra el orador?

JUSTICIA. — Dilucidaremos primero las causas más atrasadas; ésas las someteremos a veredicto después.

HERMES. — Pues son muy semejantes, y por la índole de la acusación, si bien son más recientes, están cercanas a aquellas el sorteo de cuyos jueces hemos realizado ya, así que sería lógico proceder a su resolución.

JUSTICIA. — Parece que haces la petición con cierto gusto. Bueno, pues si te parece procederemos al sorteo, pero sólo de esas causas; con las que hemos sorteado ya es bastante. Dame los expedientes.

HERMES. — La Retórica acusa de maldad al Sirio. El Diálogo contra el mismo; le acusa de trato despectivo.

JUSTICIA. — ¿Quién es ése? No consta escrito el nombre.

HERMES. — Pues sortea así como está escrito, para el orador Sirio; no habrá ningún obstáculo porque se proceda sin que conste el nombre.

JUSTICIA. — Vamos a ver. ¿Tenemos que sortear jueces aquí en el Areópago, para causas de más allá de los límites de Atenas, causas que podrían haberse juzgado perfectamente más allá del Eufrates? En fin; sortea once miembros que se encargarán de juzgar ambos procesos.

HERMES. — Bien. Has procurado, Justicia, no gastar mucho en lo tocante a los jueces.

JUSTICIA. — Que se sienten los primeros para el pleito 15
entre la Academia y la Borrachera. Tú echa agua en la clepsidra. Habla tú primero, Borrachera. ¿Por qué calla y mueve la cabeza de un lado a otro? Ve y entérate, Hermes.

HERMES. — «No puedo, dice, pronunciar mi discurso porque se me traba la lengua por efecto del vino, no sea que resulte el hazmerreír del tribunal.» A duras penas se ha puesto en pie, según ves.

JUSTICIA. — Pues, venga, que se suba a la tribuna alguno de esos oradores hábiles; hay muchos que por un tríóbolo están dispuestos a dejarse partir en dos.

HERMES. — Pues por lo que se ve no hay ni uno dispuesto a defender a Borrachera. Sin embargo, parecen lógicas sus alegaciones.

JUSTICIA. — ¿Cuáles son?

HERMES. — «La Academia está siempre dispuesta para ambos tipos de argumentos, y se ejercita siempre en poder argumentar bien puntos de vista contrarios. Así pues, dice, que hable ella primero defendiendo mi punto de vista y a continuación el suyo.»

JUSTICIA. — Eso es nuevo. Expón, pues, Academia, cada uno de los dos puntos de vista, ya que ello es fácil para ti.

16 ACADEMIA. — Escuchad, miembros del jurado, en primer término las palabras en favor de la Borrachera —que ya ha empezado a contar su tiempo—. La desdichada ha sido víctima de los mayores atropellos por parte mía. El único esclavo que tenía amigo y fiel a ella, que creía que ninguna de las órdenes que le daba era vergonzosa, se lo he quitado, aquel famoso Polemón que, a mediodía, por la plaza atestada, solía ir de juerga llevando una flautista y cantando sin parar hasta la tarde, siempre borracho y beodo y con coronas de flores y guirnaldas en la cabeza. De que eso es cierto son testigos todos los atenienses, que nunca jamás vieron a Polemón sobrio. Pero una vez que acudió cantando, desgraciado de él, a las puertas de la Academia, como acostumbraba a hacer ante todos, sometiéndole a esclavitud y arrebatándolo con violencia de las manos de la Borrachera y llevándolo a su vera, le obligó a beber agua, le enseñó, cambiando su costumbre, a estar sobrio y le arrancó sus coronas. Y cuando, sentado a la mesa, le tocaba beber, le enseñó palabrejas retorcidas, lamentables y plagadas de profundo contenido. De modo que, frente al aspecto saludable y la tez sonrojada que había tenido hasta entonces, el pobre hombre se ha tornado pálido, arrugado de cuerpo y, olvidando todas sus canciones, sin comer y sediento, se sienta hacia media tarde a divagar sobre los diversos temas que yo, la Academia, le enseñé. Y lo más importante, se dedica a hacer reproches a la Borrachera a instancias mías, y va echando pestes de ella por ahí. Ya está prácticamente dicho el discurso a favor de la Borrachera. Defenderé a continuación mi causa. Empiece ya a contar el tiempo.

Justicia. — ¿Qué irá a decir frente a esos argumentos? En cualquier caso, concededle el mismo tiempo.

Academia. — Miembros del jurado. Tras oír las razo- 17
nables palabras que la abogada ha pronunciado en favor de la Borrachera, si me escucháis a mí también sin prejuicios, sabréis que no he cometido contra ella ningún atropello. Al Polemón de marras, que dice que es sirviente suyo y no era por naturaleza malo, ni propenso a la Borrachera, sino que por su propia naturaleza me era bastante afín, raptándolo ella mucho antes, cuando era aún joven y tierno, con la colaboración para ello del Placer, que le suele ayudar en muchas ocasiones, lo pervirtió, desdichado, y lo entregó sin condiciones a las pandillas jaraneras y a las fulanas, sin que pudiera quedarle el más mínimo atisbo de vergüenza. Y lo que podría pensarse dicho antes en su favor, pensad que eso justamente se ha dicho en favor mío. Desde muy temprano el pobrecito daba vueltas cubierto de guirnaldas, beodo, recorriendo el ágora de un lado a otro al tiempo que tocaba la flauta, nunca sobrio, invitando a la juerga a todos, oprobio para los antepasados y la ciudad toda, y hazmerreír para los forasteros.

Cuando llegó a casa, yo me encontraba —como solía hacer— con las puertas abiertas de par en par, explicando a mis compañeros allí presentes algunos temas sobre la virtud y la templanza. Él, pegándose a nosotros, con la flauta y las coronas, al principio no paraba de dar voces e intentaba confundir nuestra conversación perturbándola con sus gritos. Pero, como nosotros no le hacíamos ni pizca de caso, poquito a poco —no estaba aún totalmente empapado por la Borrachera— fue poniéndose sobrio y prestando atención a la conversación, al tiempo que se quitaba las guirnaldas y hacía callar a la flautista, se avergonzaba de su vestimenta de color púrpura, y como despertándose de

un profundo sueño, se miraba a sí mismo y veía el estado en que se encontraba y se arrepintió de su vida anterior. El tono colorado que la Borrachera le producía se iba desvaneciendo y desaparecía, dejando paso a un sonrojo de vergüenza por sus actos. Finalmente, escapando como pudo, vino por su propia iniciativa a mi casa, sin que yo lo invitara ni lo forzara, como dice la Borrachera, sino de forma totalmente espontánea, albergando en su interior la sospecha de que esas actividades eran mejores. Llamádmelo ya para que podáis comprender perfectamente el modo de comportarse que tiene merced a su influencia. A ese individuo, miembros del jurado, al que yo acepté cuando era el hazmerreír, que era incapaz de hablar, que no podía tenerse en pie por el vino, lo cambié de cabo a rabo, lo hice sobrio y, de esclavo que era, lo he vuelto un hombre de bien, sensato, muy estimado entre los griegos. Y él, personalmente, me está por ello agradecido y también sus parientes que se preocupan por él. He dicho. Vosotros fijaos ya a ver con cuál de nosotros dos le convenía mejor entablar consorcio.

18 JUSTICIA. — Vamos, sin demora, depositad el voto, levantaos. Hay que juzgar, además, otros casos.

HERMES. — Ha ganado la Academia con todos los votos menos uno.

19 JUSTICIA. — No es de extrañar que haya alguien de parte de la Borrachera. Vamos; tomad asiento vosotros a quienes os ha caído en suerte juzgar el pleito de la Estoa contra Placer por un amante. Comience a contar el tiempo. Tú, la que estás debajo de la pintura, la de muchos colores [11], habla ya.

---

[11] Hace referencia a la *Stoà Poikílē*, el llamado «Pórtico de las Pinturas», posible punto de reunión de los «estoicos».

ESTOA. — No ignoro, miembros del Jurado, que mi 20
discurso va a ser contra un oponente de buen ver, y también veo a la mayoría de vosotros que le estáis dirigiendo la mirada y le sonreís, mientras me despreciáis a mí porque llevo la cabeza rapada, tengo aspecto masculino y parezco siniestra. Sin embargo, si queréis escuchar mi discurso, estoy segura de que voy a decir cosas más propias de la justicia que él. La acusación, en el caso que nos ocupa, es que, ataviada al modo de las fulanas con el atractivo de su apariencia, a mi hombre amante, al entonces sensato Dionisio, camelándolo, se lo atrajo a su casa. Y el proceso que juzgaron los que os han precedido entre la Academia y la Borrachera es hermano del que estamos juzgando. En el caso que nos ocupa ya se está poniendo de relieve si conviene vivir al modo de cerdos con la cabeza por el suelo, entregados al placer sin albergar ningún pensamiento respetable o elevado, o si, poniendo en segundo plano lo que nos agrada detrás de lo que es bello, dedicarnos a la filosofía con libertad, como hombres libres, sin temer el dolor en la idea de que es invencible, sin dejar paso al placer, que esclaviza, buscando la felicidad en la miel y en los higos secos. Pues bien, el Placer, tendiendo esta clase de cebos a los hombres necios, asustándolos como un espantapájaros con el dolor, se los lleva a sus dominios, a la mayoría; entre los cuales consiguió arrebatarnos a aquel pobre infeliz, sin quitarle ojo de encima, enfermo, como estaba; pues, si hubiera estado en perfecto estado de salud, nunca hubiera aceptado los argumentos que le daba el placer. ¿Qué motivo tendría yo para enfadarme con ella, cuando ni siquiera deja en paz a los dioses, sino que hasta perturba su trabajo? Así que, si fuerais sensatos, incluso podríais entablar proceso contra ella también por impiedad. Estoy oyendo que no está el Placer preparado para

hacer su propio discurso de defensa, sino que va a hacer subir al estrado en calidad de abogado defensor suyo a Epicuro; hasta ese punto se está burlando del tribunal. Pero aún hay más. Pregúntale al Placer qué clase de hombres piensa que habrían sido Heracles o vuestro Teseo, si, seducidos por él, hubieran rehuido sus penosos trabajos. Nada habría impedido que la tierra se hubiese visto plagada de injusticia, si aquéllos no se hubieran esforzado.

Me he limitado a exponer estas ideas, porque no me gustan los discursos largos. Si quisiera contestarme brevemente a las preguntas que yo le formulara, se vería enseguida que no es nada. En cualquier caso, recordad vuestro juramento y emitid vuestro voto sin hacer caso a Epicuro, que va diciendo por ahí que los dioses no están al tanto de lo que sucede entre vosotros.

JUSTICIA. — Colócate ahí. Tú, Epicuro, pronuncia el discurso en defensa del Placer.

21 EPICURO. — Miembros del jurado. No voy a pronunciar ante vosotros un discurso largo; no me hacen falta muchas palabras [12]. Si el Placer con encantos o filtros ha obligado a poner sus ojos en él a quien la Estoa dice que es su amante, a Dionisio, tras apartarse de ella, lógico que hubiera contado con una especie de maga que hubiera empleado sus hechizos contra los amantes ajenos, y se le hubiera juzgado por atropellar la justicia.

Si alguien libre en una ciudad libre, sin que se lo prohíban las leyes, fastidiado por el aburrimiento que encuentra

---

[12] Pues menos mal que Epicuro no necesita muchas palabras. Si mal no recuerdo, y tras breve introducción, aparece el párrafo más largo de todo el volumen: ¡¡dieciocho líneas sin punto ni punto alto, iniciadas con oración condicional y acabadas con el signo de interrogación!! Obviamente el efecto de pesadez sobre el lector es inevitable.

a su lado y creyendo que la que ella llama culminación de las penalidades —la felicidad— es una bagatela, rehúye todas aquellas palabras retorcidas y demás entresijos laberínticos por el estilo y gustoso se escapa hasta ir a dar con el Placer, como si cortara unas cadenas, a saber, los entresijos de los razonamientos, pensando como un hombre y no como un pedazo de tierra, por una parte, que el trabajo, según es de hecho, es trabajoso y creyendo, por otra parte, que el placer es placentero [13], ¿habría que excluirle por eso? Es como si al hombre que se acercase a puerto a nado, superviviente de un naufragio y anhelando las bonanzas, le metierais de nuevo la cabeza en el mar del trabajo, y lo pusierais al pobre hombre a merced de los dilemas; y, todo ello, a pesar de que había ido a refugiarse junto al altar de la Compasión, en brazos del Placer, para, subiendo a lo más empinado, sudando a chorros, poder ver la famosísima virtud y luego penando a lo largo de la vida entera, alcanzar la felicidad después de muerto, ¿habría que excluirle, digo?

Pues ¿qué juez podría parecer más justo que aquel hombre, que, tras haber conocido lo que le enseñó la Estoa —si es que, por cierto, hay alguien que de verdad lo conozca— y creyendo hasta entonces que sólo lo bello era bueno, y luego de aprender que el trabajo era un mal, eligió tras sopesarlo bien lo mejor de ambas cosas? Veía, creo yo, a esos individuos dando muchas explicaciones acerca del dominio de sí mismos y del asumir los trabajos, mientras en privado se aplicaban al placer, y que durante el tiempo de los discursos se comportaban con fortaleza, mientras

[13] Al párrafo interminable pertenecen figuras y expresiones propias del más puro estilo de la retórica. Así: *Oiētheìs tȇn hēdonȇn hēdeîan* y *tòn pónon ponerón*. Hemos procurado recoger el efecto en la traducción —placer placentero y trabajo trabajoso—.

que en casa vivían conforme a las leyes del Placer, abochornándose si se les veía dando la nota y traicionando la doctrina, sufriendo, pobrecillos, lo de Tántalo; si llegaban a albergar la esperanza de pasar desapercibidos y de trasgredir la ley impunemente, se hartaban de Placer. Y si en algún momento alguien les hubiera dado el anillo de Giges para, al ponérselo, hacerse invisible, o el casco de Hades [14], estoy seguro de que, diciendo un largo adiós a los trabajos penosos, se hubieran echado en brazos del Placer y todos, sin excepción, habrían imitado a Dionisio, quien, hasta el momento de su enfermedad, tenía la esperanza de que le serían de alguna utilidad los argumentos sobre el autodominio. Una vez que sintió dolores y cayó enfermo y el trabajo penoso llegó con toda su crudeza, viendo que su propio cuerpo se daba de tortas con las doctrinas de la Estoa y sostenía puntos de vista contrarios, confió en él más que en ellos y se dio cuenta de que era un hombre y de que tenía un cuerpo de hombre, y llegó a la conclusión de que no haría de él uso como si de una estatua se tratara, convencido de que quien habla de otro modo y acusa al Placer...

se divierte con las palabras, y tiene la mente en otro [sitio [15].

He dicho. Vosotros, en base a estos discursos, depositad los votos.

22 ESTOA. — Ni hablar, concédeme que le pregunte unas pocas cosas.

EPICURO. — Pregunta; yo te contestaré.

ESTOA. — ¿Piensas que el trabajo es un mal?

---

[14] Ambos objetos tenían la propiedad de hacer invisibles a sus portadores, Giges y Hades respectivamente.

[15] EURÍPIDES, *Fenicias* 360.

EPICURO. — Sí.

ESTOA. — ¿Y que el placer un bien?

EPICURO. — Por supuesto que sí.

ESTOA. — ¿Y entonces? ¿Sabes qué es material e inmaterial, y aprobado y reprobado? [16].

EPICURO. — Sí.

HERMES. — Estoa; los jueces dicen que no entienden esas preguntas dobles; así que, tranquila que están votando.

ESTOA. — Si le hubiera preguntado la tercera cuestión de las indesmostrables, habría ganado yo.

JUSTICIA. — ¿Quién ha vencido?

HERMES. — El Placer, por unanimidad.

ESTOA. — Apelo a Zeus.

JUSTICIA. — ¡Que te vaya bien! Tú, llama a otros.

HERMES. — La Virtud y el Lujo respecto de Aristipo. 23
Que se presente Aristipo en persona.

VIRTUD. — Yo, la Virtud, debo hablar la primera. Aristipo es mío, según pondrán claramente de relieve las palabras y los hechos.

LUJO. — No y no, que es mío. Ese hombre es mío, según puede verse por las guirnaldas, las vestimentas púrpura y los perfumes.

JUSTICIA. — Nada de reyertas; se os hará justicia una vez que Zeus haya dictado sentencia en el caso de Dionisio; parece que ese caso es similar; de modo que, aunque resulte vencedor el Placer, también el Lujo poseerá a Aristipo. Pues, si triunfa la Estoa, él también será juzgado propiedad de la Virtud. Así que... ¡Comparezcan otros! Por cierto, atención no vayan a cobrar esos señores el sueldo que les corresponde por su trabajo en el tribunal; el proceso se les ha quedado sin fallar.

---

[16] Términos técnicos de la filosofía estoica: *diáphoros* y *adiáphoros*, *proēgménos* y *apoproēgménos*, de difícil tradución.

HERMES. — ¿Se han dado esta caminata cuesta arriba, ellos, unos viejos, para nada?

JUSTICIA. — Ya es suficiente si cobran la tercera parte; marchaos y no os enfadéis; ya tendréis otra ocasión de juzgar.

24 HERMES. — Es el turno de comparecencia de Diógenes de Sinope. Habla tú, la Banca.

DIÓGENES. — Si no dejas de molestarme, Justicia, ya no me juzgará por escaparme, sino por muchas y profundas heridas; que voy ahora mismo y le pego con el palo...

JUSTICIA. — ¿Pero qué es esto? La Banca ha huido y él la va persiguiendo blandiendo el bastón; la pobrecilla parece que vaya a cobrar más de lo debido. Llamad a Pirrón.

25 HERMES. — Ya está aquí la Pintura, Justicia; Pirrón no ha aparecido y resultaba lógico que actuara así.

JUSTICIA. — ¿Por qué, Hermes?

HERMES. — Porque piensa que ningún criterio es verdadero.

JUSTICIA. — Pues sea condenado por incomparecencia. Llama al logógrafo sirio. Desde hace no mucho tiempo se habían amontonado las denuncias contra él; no corría prisa juzgarlo, pero, al fin y al cabo, como parecía oportuno hacerlo, haz tratar en primer lugar la acusación de la Retórica. ¡Madre mía! ¡Cuánta gente se ha dado cita para oír el juicio!

HERMES. — Normal, Justicia. El hecho de que el caso no viene de lejos, sino que es novedoso y poco corriente y que se presentó ayer la denuncia, junto con la expectativa de oír a la Retórica y al Diálogo, cada uno a su turno, formulando la acusación y al Sirio defendiéndose ante ambos, ha atraído a mucha gente al tribunal. Pero, vamos, Retórica, comienza tu discurso.

RETÓRICA. — En primer término, ateniense, pido a los 26 dioses, todos y todas [17], que, de cara a este proceso, me concedan obtener, de parte vuestra, el mismo grado de afecto y simpatía de que yo vengo haciendo gala para con la ciudad y con vosotros. Después, que los dioses coloquen a nuestro lado justamente lo que es más justo, invitar a callarse al litigante y a mí permitirme realizar la acusación del modo que he preferido y he querido. No se me alcanza a conocer lo mismo, cuando dirijo la vista a lo que me ha sucedido y cuando lo hago a las palabras que escucho. Los argumentos que él va a exponeros son muy parecidos a los míos; en cambio, veréis que la actuación ha llegado hasta tal punto que se hace necesario estar al tanto, no sea que vaya yo a sufrir algo peor todavía de parte suya. Pero, en fin, para no alargar más de la cuenta esta introducción —que ya hace un rato que empezó a contarme el tiempo—, voy a dar comienzo a mi discurso.

Yo, miembros del jurado, que encontré a ese individuo 27 cuando era un muchacho, aún de habla extranjera, y, podríamos decir, vestido al modo asirio con un caftan dando vueltas por Jonia, lo tomé a mi lado cuando aún no sabía a lo que se iba a dedicar y lo eduqué. Puesto que me parecía un buen alumno que se fijaba en mí con atención —estaba entonces a mi disposición, se preocupaba de mí y era la única a la que él admiraba—, abandonando yo a toda otra serie de pretendientes que tenía, ricos, honrosos y de familias notables, me comprometí con ese desgraciado, un pobre y un desconocido, al que otorgué como

[17] La Oratoria, como no podía ser menos, realizaba un curioso *pastiche* para abrir su intervención; echa mano de Demóstenes y, así, le cambia la primera frase del *Sobre la corona* a la que añade la primera frase del *Olintíaco III*.

dote no insignificante, muchos y formidables discursos. Después, lo inscribí entre los miembros de mi fratría, y lo hice ciudadano sin reservas, hasta el punto de causar un buen sofoco a los que desconfiaron de aquel compromiso. Y ni siquiera lo abandoné cuando tuvo a bien ir de un lado para otro a fin de poner de relieve la dicha de su matrimonio; antes bien, siguiéndolo por todas partes, iba yo alrededor de él de un lado a otro. Embelleciéndolo y revistiéndolo, lo iba haciendo yo notable y famoso. Y los viajes por la superficie de la Hélade y de Jonia fueron discretos. Mas, cuando le dio la gana de alejarse hasta Italia, navegué con él por el mar Jonio y, por último, lo surqué con él hasta tierra celta, donde le hice enriquecerse. Durante mucho tiempo me hacía caso en todo cuanto le decía, y estaba conmigo sin faltar de casa ni una sola noche.
28 Pero cuando asumió que ya había hecho acopio suficente y que ya tenía lo suficiente para alcanzar la fama, levantando las cejas y adoptando un aire de superioridad, se desentendió de mí y me dejó abandonada por completo. Y ahora él, en un exceso de amor, vive en plan erótico con ese tipo de barba, que está ahí enfrente, el del vestido, el Diálogo, que dice ser hijo de la Filosofía, bastante mayor, por cierto, que él. Y no se avergüenza, en absoluto, de mutilar la libertad y la relajación que hay en mis argumentos ni de encerrarse a sí mismo en preguntas breves y fragmentadas. Y en lugar de expresar lo que quiere en voz alta, entreteje y recompone en sílabas unas frases cortas, de las que difícilmente podrían desprenderse para él un elogio unánime o una ovación; tan sólo, de parte del auditorio, una sonrisa y el sacudir la mano dentro de los límites, asentir un poco con la cabeza y refrendar las palabras con un ligero suspiro. De todo eso se ha enamorado el caballero, tras despreciarme a mí por completo. Y an-

dan diciendo que ni tan siquiera está muy en paz con su
amado; sino que, según creo, también le está tomando el
pelo. ¿Cómo no va a ser tildado de desagradecido el tipo 29
ése y no va a estar sujeto a las leyes respecto a la vejación,
él que abandonó, de un modo tan ignominioso, a su legíti-
ma esposa, de la que recibió tal cúmulo de atenciones y
merced a la cual es ahora famoso; él, que se dedicó a la
búsqueda de nuevas experiencias, y todo eso ahora cuando
todos me admiran a mí y solo a mí, y todos dejan constan-
cia escrita de que soy yo su protectora? Pero yo intento
plantar cara a tantos pretendientes y no quiero hacer caso
ni abrir a los que llaman a mi puerta y gritan a voces mi
nombre, pues veo que no traen más compañía que la de
su griterío. Y ese tipo ni siquiera se vuelve a mí así, sino
que tiene los ojos puestos en su amado. ¿Y qué ventajas
le parece, oh dioses, que va a obtener de él, de quien todo
lo que sabe es que no tiene más que un triste capote?

He dicho, miembros del jurado. Vosotros, caso que quiera hacer su discurso de defensa a mi estilo, ruego no se lo permitáis; sería necio que volviera la espada contra mí. Anda; que pronuncie su discurso de defensa al modo de su amadísimo Diálogo, a ver si es capaz.

HERMES. — Eso es inconcebible. Es imposible, Retórica, que él solo se defienda según el esquema del Diálogo; así que suelte él también una parrafada.

SIRIO. — Puesto que la parte litigante, miembros del 30
jurado, se enfada si empleo el párrafo largo habiendo to-
mado ella el poder hablar así, no voy a deciros muchas
cosas; me limitaré a replicar a las acusaciones más impor-
tantes que me ha formulado y dejaré a vuestra considera-
ción detallada todo lo demás. En todo lo que explicó acer-
ca de mí no dijo más que la verdad. Me educó, viajó con-
migo, me inscribió en el censo de los griegos y, justamen-

te, por eso, le podía yo dar las gracias por la boda. Escuchad ahora los motivos por los que tras abandonarla a ella me volví al Diálogo, aquí presente, miembros del jurado; y no vayáis a pensar que, por sacar alguna ventaja en provecho propio, voy a engañaros.

31 Yo, al ver que ella ya no estaba en sus cabales y que no permanecía en la actitud de moderación de la que estaba revestida cuando aquel hombre de Peania [18] la llevó a su casa, sino maquillada y con los cabellos bien cogidos, al modo de una hetera, rebozada en colorete, con los ojos pintados, yo, digo, al instante sospechaba y estaba al acecho a ver dónde ponía la vista. Dejaré a un lado otros puntos. Cada noche nuestra calleja se llenaba de amantes embriagados que venían a rondarla, que daban golpes en la puerta e, incluso, tenían la osadia de forzar la entrada en tropel.

Ella se reía y se divertía con esos sucesos, y en muchas ocasiones, o se asomaba desde la azotea a escuchar a quienes cantaban con voz escabrosa canciones eróticas, o abriendo las ventanas poco menos que a hurtadillas, creyendo que yo no me estaba dando cuenta, perdía la compostura y se amancebaba con ellos. Y, aunque yo no lo soportaba, no consideré oportuno denunciarla por adulterio, sino, más bien, acercándome al Diálogo que vivía en el círculo de nuestros vecinos, le pedí que me recibiera en su casa.

32 Éstos son los grandes agravios que he cometido contra la Retórica. En verdad, si nada de esa índole hubiera sido llevado a cabo por ella, mejor hubiera sido para mí, un hombre ya de casi cuarenta años, verme libre de aquellos jaleos, de procesos judiciales, y dejar tranquilos a los miembros del jurado, evitando acusaciones de tiranos y elogios

[18] Alusión obvia a Demóstenes, natural del demo de Peania.

de magnates, y de camino a la Academia o al Liceo dar un paseo en compañía del mejor hombre, del Diálogo, dialogando tranquilamente sin necesidad alguna de elogios ni aplausos.

Aunque puedo decir muchas más cosas, voy a poner ya punto final. Vosotros depositad vuestro voto conforme al juramento prestado.

JUSTICIA. — ¿Quién gana?

HERMES. — El Sirio por unanimidad con excepción de un voto.

JUSTICIA. — Algún orador parece ser el que ha votado al revés que los demás.

HERMES. — Tú, Diálogo, habla ante los mismos jue- 33
ces. Vosotros, esperad, y así os llevaréis paga doble por ambos procesos.

DIÁLOGO. — No quisiera, miembros del jurado, distraer vuestra atención con largos discursos, sino a base de párrafos cortos como acostumbro. Sin embargo, formularé la acusación según es costumbre en los tribunales, estando como estoy totalmente falto de experiencia y práctica en estas lides. Y para introducción, ya tenéis bastante con estas palabras.

Los agravios y los desprecios que he recibido de él son los siguientes. Él, a mí que era entonces venerable y que hacía investigaciones respecto de los dioses y de la naturaleza y el ciclo del universo, surcando el aire por las alturas, encima de las nubes, donde el gran Zeus se pasea conduciendo su carro alado en el cielo, me echó abajo cuando volaba por encima del cenit y remontaba mi vuelo sobre la espalda del cielo. Y, desgastando mis alas, me puso a la misma altura que la mayoría y me quitó la máscara trágica, que me daba un aire de sensatez, y me colocó encima otra cómica y satírica, que es prácticamente ridícula. A

continuación, metiéndonos en el mismo cajón me encerró con la Burla y el Yambo y el Cinismo, Éupolis y Aristófanes, unos hombres tremendos, que se pitorrean de lo más respetable y ponen en solfa, todo lo positivo. Y, para colmo, a un tal Menipo, de los antiguos «perros»[19], muy ladrador, al parecer, incisivo, desempolvándolo, va y me lo ha lanzado a mí también, un perro que asusta realmente, que nunca se sabe cuándo te va a morder, y que encima se ríe cuando te muerde.

¿Cómo no voy a sentirme enormemente ultrajado cuando ya no estoy yo en mi propio papel, sino que es él quien hace de cómico y bufón al tiempo que yo represento para él unos papeles inauditos? Y lo que es más absurdo de todo, me han hecho una mezcolanza tan extraña[20] que no voy ni a pie ni a caballo sobre los metros, sino que a quienes me escuchan les doy una imagen compuesta y extraña al modo de un Hipocentauro.

34 HERMES. — ¿Qué vas a decir a eso, Sirio?

SIRIO. — Miembros del jurado, me estoy viendo procesado ante vosotros en un proceso inesperado. Lo último que podía esperar es que el Diálogo dijese esas cosas de mí. Cuando lo tomé a mi vera, aún resultaba antipático a la mayoría y fastidioso por la sucesión constante de preguntas, y por eso justamente parecía hacerse acreedor a un cierto respeto, pero en absoluto entretenido o capaz de resultar atractivo para la mayoría. En primer término,

[19] Una vez más «Cínico», derivado de *kýōn kynós*, en sentido estricto. Para un griego, decir «cínico» era literalmente decir «perruno». He preferido dejar la palabra «perro», pues luego hace alusión a ladridos y mordiscos.

[20] Posible alusión a la sátira menipea, composición peculiar de Menipo de Gádara en la que alternan sin mucho orden prosa y verso. Luciano echa mano del invento para algunas de sus composiciones.

lo acostumbré a caminar con los pies en el suelo, al modo de los hombres; después, limándole toda su mugre y forzándole a sonreír, conseguí hacerle más grato a los espectadores. Y, ante todo, lo equiparé a la comedia y, manejándolo en esta línea, se granjeó una gran simpatía de parte del auditorio, que antes temía las espinas que había en él, como si se guardaran de tener un erizo en las manos al aceptarlo. Pero yo sé que lo que más le molesta es que no me siento a su vera a entretenerme en detallitos sobre aquellos temas farragosos y sutiles, a ver si el alma es inmortal, cuántos vasos de vino puro echó a la cratera en la que iba mezclándolo todo la divinidad, cuando preparaba el mundo, o si la Retórica es la imagen falsa de una división de la política, la cuarta modalidad de la vida ociosa [21]. No sé cómo se complace discutiendo semejantes sutilezas, como los que se rascan con gusto la sarna [22], y la preocupación le parece agradable y se pone orgulloso si se dice que no está al alcance de todo hombre captar las penetrantes reflexiones que él hace sobre «las ideas».

Ésas son las cosas que me exige, y anda buscando sus alas de antaño y mira hacia arriba sin ver lo que hay a sus pies. Puesto que de los demás aspectos no podría reprocharme nada, lo despojé de ese manto griego embutiéndolo a cambio en este extranjero, y eso que en esos aspectos yo mismo paso por ser extranjero. En efecto, podría ofenderlo transgrediendo las leyes en esos puntos contra él y despojándolo de sus vestidos patrios. Hasta donde me ha sido posible, acabo de realizar mi defensa. Vosotros, como habéis hecho anteriormente, depositad el voto.

---

[21] Alusión a pasajes de los diálogos plátonicos, concretamente al *Timeo* 35a y 41a, y al *Gorgias* 463b-d y 465c.

[22] Nótese el refrán castellano «sarna con gusto, no pica».

35 HERMES. — ¡Vaya! Ganas otra vez los diez votos. Tampoco ahora ha votado como los demás el que discrepó anteriormente. Sin duda es una costumbre y ese individuo en todos los procesos lleva la ficha estropeada. ¡Ojalá que no deje de emular a los mejores! Y vosotros marchaos. ¡Que os vaya bien! Mañana resolveremos los restantes procesos.

30

ACERCA DE LOS SACRIFICIOS

Breve ensayo en el que Luciano arremete contra las creencias religiosas tradicionales. No son tanto los actos de culto —sacrificios—, en contra de lo que parece indicar el título, cuanto los relatos míticos que dan fundamento a las diversas creencias los que se ponen aquí en tela de juicio. El autor saca punta a relatos aludidos o narrados por Homero y Hesíodo, y el mismísimo Zeus no sólo no se libra, sino que es blanco preferido de los ataques de Luciano. En la idea de que no es sólo el hombre griego, sino, en general, cualquier hombre el que practica rituales vanales y sostiene creencias absurdas, se presenta al final del diálogo un botón de muestra de las divinidades en Egipto. En todas partes, parece querer decir Luciano, cuecen las mismas habas de la estupidez humana. Discrepo de quienes piensan que este opúsculo es la primera parte de un escrito más amplio cuya segunda parte sería otro escrito, de extensión similar, *Sobre el luto.*

No sé si hay alguien tan mustio y afligido como para 1
no reírse, al ver la serie de tonterías que se contienen en los rituales que llevan a cabo los hombres necios en las fiestas y procesiones de los dioses, y las súplicas e imprecaciones que les formulan y los conocimientos que de ellos tienen. Y mucho antes que reírse, creo yo, se parará a pensar, en su fuero interno, si, realmente, les cuadra el nom-

bre de piadosos o si, por el contrario, el de enemigos de los dioses y desgraciados, a unos hombres que tienen asumido que la divinidad es tan indigna y mezquina como para necesitar de los hombres, alegrarse cuando la adulan y enfadarse cuando se despreocupan de ella.

Los padecimientos etolios y las desgracias de los calidonios y tantos asesinatos y la descomposición de Meleagro, todo eso dicen que es obra de Ártemis, que se sintió despechada porque no se la invitó al sacrificio ofrecido por Eneo; tan hondo le caló la marginación de los sacrificios. Incluso a mí me parece estar viéndola en el cielo, ella sola, dado que los demás dioses se habían encaminado a casa de Eneo, haciendo cosas espantosas y soltando maldiciones por la fiesta tan estupenda de que se había visto marginada [1].

2 Y alguien podría decir con razón que los etíopes son bienaventurados y tres veces dichosos, si Zeus les devolviera el favor que —al principio de la obra de Homero [2]— le hicieron dándole de comer doce días sin parar trayendo él, además, a ese banquete, a los otros dioses. No hacen nada de lo que hacen, me parece a mí, gratis, sino que les venden las cosas buenas a los hombres, y es posible comprarles a ellos, si viniera al caso, la salud por un ternero, la riqueza por cuatro bueyes, el poder político por cien bueyes, el regresar de Troya a Pilos sano y salvo por nueve toros y el navegar desde Áulide hasta Ilión por una donce-

---

[1] Alusión a la historia de Meleagro, hijo de Eneo rey de los etolios. Eneo, después de la recolección, había ofrecido un sacrificio a todas las divinidades, con excepción de Ártemis, a la que olvidó. Ártemis se vengó enviando al país de Calidón un jabalí gigantesco al que acabaría dando muerte Meleagro. Luciano alude al momento del relato mitológico anterior a la aparición del jabalí.

[2] Pasaje que no aparece en todas las ediciones. Alude a *Ilíada* I 423-425.

lla de sangre real. Hécuba compró, por aquel entonces, a Atenea el que la ciudad no fuera tomada, por doce bueyes y un peplo. Y es fácil imaginar que hay muchas mercancías entre ellos que se compran por un gallo, una corona o un simple vaho de incienso.

Crises [3], creo yo, sabía bien todos esos trucos, porque, 3
siendo sacerdote, anciano y experto en temas de dioses,
después que se retiró de la vera de Agamenón con las ma-
nos vacías, como si le pidiera a Apolo el favor, se dirige
a él con palabras justas, solicita una respuesta a cambio
y le dice de todo, excepto insultarle...

> *Apolo, el mejor de los dioses, muchas veces yo adorné tus templos, que no tenían flores, con guirnaldas, quemé para ti tanto perniles de toros y cabras sobre los altares, y tú no me haces caso ahora, que estoy en mala situación y en nada estimas a quien no ha hecho sino portarse bien contigo.*

Pues bien, tanta lata le dio con estas palabras, que Apolo,
sacando sus flechas y su arco y sentándose sobre la rada,
asaeteó con las flechas de la peste a los aqueos, incluidos
sus animales de carga y sus perros. Y dado que aludí por 4
una vez a Apolo, quiero contar también otras anécdotas
que cuentan de él los sabios de los hombres, no lo que
se refiere a sus avatares amorosos, ni lo del asesinato de
Jacinto [4], ni lo del desprecio de Dafne [5], sino lo que hace

[3] El sacerdote Crises pronuncia las palabras, que se citan más abajo, también *ibid.*, I 37-41.

[4] Yacinto o Hiacinto o Jacinto, hermoso joven del que estaban enamorados Apolo y Céfiro. Un día en que se hallaba lanzando el disco en compañía del dios, Céfiro decidió tomar venganza de ambos y desvió la trayectoria del disco provocando su choque contra una roca y su posterior rebote mortal sobre la cabeza del joven.

[5] Apolo estaba enamorado de la ninfa Dafne. Perseguida por Apolo,

alusión al hecho de que, siendo condenado por dar muerte a los Cíclopes, expulsado en ostracismo del cielo por ello, fue enviado a la tierra para, en sus carnes, experimentar el destino humano. Cuando trabajó como obrero, en Tesalia, en casa de Admeto, y, en Frigia, en casa de Laomedonte, no él solo, sino en compañía de Posidón, ambos, debido a la indigencia en la que estaban, trabajaban apilando ladrillos para levantar las murallas [6]; y no llegaron a cobrar un céntimo del Frigio; antes bien, dicen que les dejó a deber más de treinta dracmas troyanos.

5 ¿No es cierto que los poetas narran de modo solemne todas estas historias respecto de los dioses, e incluso algunas desventuras mayores que éstas respecto de Hefesto y Prometeo y Crono y Rea y casi toda la casa de Zeus? Invocando a las Musas como compañeras de cantos al inicio de sus poemas, por las que llegan a estar inspirados, según parece, cantan cosas tales como que Crono, una vez que castró a su padre Urano, ocupó el trono en su lugar y devoró a los hijos, como hizo más tarde el argivo Tiestes [7]. Que Zeus, dejándose llevar por Rea, que le había puesto, sin que se diera cuenta Crono, una piedra, transportado

---

suplicó a su padre, el dios-río Peneo, que hiciera algo por salvarla de manos del dios que estaba a punto de darle alcance. Peneo la convirtió en laurel —*dáphnē* es el vocablo griego para designar dicho árbol—, que pasó a ser la planta predilecta de Apolo.

[6] Alude a las murallas de Troya, que, según la leyenda, fueron levantadas por Apolo, Posidón y Éaco. Laomedonte se negó a pagar el precio convenido, y Posidón se vengó haciendo salir del mar un monstruo marino que sembró el temor entre los troyanos.

[7] Alusión al macabro festín de Tiestes, en el que éste se vio forzado a comer, sin saberlo, la carne de sus propios hijos, a los que había dado muerte, guisando previamente su hermano Atreo en venganza por los devaneos amorosos que Tiestes prodigaba con su cuñada Aérope, la esposa de Atreo.

a Creta, fue criado por una cabra —igual que Télefo lo fue por un ciervo y el persa Ciro el Mayor por una hembra de cisne—, y, expulsando al padre y encarcelándolo, ocupó él el trono y se casó con otras muchas mujeres, la última de las cuales fue su hermana, conforme a las leyes de persas y asirios. Siendo hombre proclive a caer en la tentación amorosa y enormemente inclinado a los goces del placer, llenó enseguida el cielo de muchachos, a los que creó, en algunos casos, de sus iguales, y algunos bastardos, de un linaje mortal y terrenal, ora convirtiéndose en oro, ora en toro, ora en cisne o en águila; en resumen, más variopinto que el propio Proteo. Que a Atenea, ella sola, la engendró Zeus por sí mismo de su propia cabeza, simplemente apretando con sus manos el encéfalo. Dicen también que a Dioniso, prematuro aún, arrancándolo de su madre que ardía en la pira, llevándoselo, lo implantó en el muslo y, después, le cortó el cordón umbilical cuando llegaron los dolores del parto.

Respecto de Hera cantan los poetas historias parecidas, 6
tales como que, sin tener contacto sexual con su marido, resulta que engendró a un hijo protegido por el viento, Hefesto, no muy afortunado, ya que trabaja como peón y herrero y fogonero y que pasa toda su vida en el humo y lleno de cenizas como un deshollinador, y además no anda bien de los pies: quedó cojo de resultas de una caída, cuando Zeus lo precipitó desde cielo; y si los lemnios, actuando estupendamente, no lo hubieran recogido en su caída, se nos hubiera muerto el pobrecito Hefesto, como Astianacte al caer desde lo alto de la torre.

Pero, en fin, las peripecias de Hefesto son normalitas. ¿Quién ignora, en cambio, los sufrimientos de Prometeo por pasarse de rosca en su amor a los hombres? Llevándolo a Sicilia, Zeus lo crucificó en lo alto del Cáucaso dejan-

do a su lado a un águila que le golpeaba el hígado cada día; al fin y al cabo cumplió su condena hasta el final.

7 ¿Y Rea —hay que contar eso también—, es que no sacó los pies del tiesto y perdió la compostura, pues siendo ya vieja, estando ya pocha, madre de tan importantes dioses, tuvo amoríos con un muchacho y, en un acceso de celos, se llevó a Atis y a sus leones, y eso que ya no podía él «servirle de nada»? [8]. ¿Con qué cara, pues, podría uno hacerle reproches a Afrodita por cometer adulterios o a Selene por bajar a estar con Endimión [9] muchas veces en mitad de su camino diario?

8 Pero, en fin, dejemos estos temas y vayamos hasta el cielo en plan poético, remontando nuestro vuelo por el mismo camino que Homero y Hesíodo, y veremos cómo están organizados los asuntos de allá arriba. Que lo de fuera es de bronce ya se lo oímos a Homero, que lo contó antes que nosotros. Pero a quien sube hasta lo alto y desde allí se asoma un poquito hacia arriba y se instala sobre el dorso del Globo, se le da a ver una luz más brillante, un sol más puro, unos astros más resplandecientes. El suelo es dorado, y siempre es de día. Nada más entrar, las primeras que allí viven son las Horas; claro, como que son las centinelas. A continuación, Iris y Hermes, que son los servidores y mensajeros de Zeus; seguidamente, la fragua

---

[8] Atis, dios frigio, no podía hacerle ningún «servicio» de tipo erótico a Rea, pues en estado de enajenación mental se castró; la castración se produjo en el transcurso de una ceremonia de tipo orgiástico y formaba parte de los rituales de Cibeles, divinidad a la que se asimiló Rea ya en época romana.

[9] Endimión, joven pastor de quien se enamoró con pasión Selene, la luna, a la que le pidió dormir un sueño eterno, que, según algunos, le permitía conservarse eternamente joven. Según otras versiones, Endimión fue el único de los mortales a quien *Hýpnos* —el sueño— le permitió dormir con los ojos abiertos a fin de poder ver siempre su rostro.

de Hefesto, plagada de obras de arte; más allá, las casas de los dioses y los palacios de Zeus, todos ellos preciosos, obra de Hefesto;

los dioses que se sientan a la vera de Zeus [10] 9

—viene al caso, creo yo, elevar la voz, pues en las alturas estamos— miran con detenimiento desde allí la tierra y están al acecho por doquier asomándose a ver si ven que desde algún lugar sube una volada de humo o que, se deja subir

grasa revuelta en espirales de humo [11].

Y si alguien está haciendo un sacrificio, se ponen todos más contentos que unas castañuelas, al tiempo que aspiran vahos de humo con la boca abierta y beben sangre derramada en las alturas como las moscas. Y si comen en casa, su menú es néctar y ambrosía; en épocas pasadas compartieron pan y vino con ellos Ixión y Tántalo [12]; pero, por insolentes y charlatanes, están pagando aún su castigo; el cielo es inaccesible y vedado al linaje de los mortales.

Ésa es la clase de vida que llevan los dioses. Evidente- 10
mente, las costumbres de los hombres en estos temas de culto religioso se ajustan y se acomodan a ellos. En un principio talaban bosques, ofrendaban montañas, consa-

---

[10] *Ilíada* IV 1.

[11] *Ibid.*, I 317.

[12] Dos ilustres moradores del Tártaro, donde sufrían suplicios y castigo eternos. Tántalo, que había robado néctar y ambrosía en los banquetes divinos por dárselos a sus amigos se hallaba inmovilizado, condenado a no poder atrapar toda una serie de frutos y manjares que tenía aparentemente al alcance de su boca. Ixión, por su parte, entre otra serie de actos sacrílegos, tuvo la osadía de enamorarse de Hera y de intentar forzarla, por lo que Zeus lo ató a una rueda encendida que giraba sin cesar.

graban aves y atribuían plantas a cada divinidad. Después, desperdigados, los veneran por razas y se esfuerzan por hacerlos «paisanos» suyos. Así, el hombre de Delfos y de Delos, a Apolo; el ateniense, a Atenas —véase el testimonio inequívoco de lo bien puesto que está el nombre—; el argivo, a Hera; el Migdonio, a Rea, y el de Pafos, a Afrodita. Y los cretenses no se contentan con decir que Zeus nació y se crió en su tierra, sino que enseñan su propia tumba. ¡Y nosotros que hemos estado tanto tiempo engañando, creyendo que Zeus hacía llover y tronar, que disponía todo, y resulta que no nos habíamos dado cuenta de que había muerto hace tiempo y está enterrado con los cretenses!

11 Después, erigiendo templos para que no estuvieran sin casa y sin hogar, hacen imágenes suyas que les encargan a Praxíteles o a Policleto o a Fidias. Y éstos, no sé donde los vieron antes así, van y esculpen a Zeus barbudo, a Apolo como si fuera un niño ya para la posteridad, a Hermes, con un bigote incipiente, a Posidón con cabello azul marino y a Atenea con ojos verdes. Y quienes entran al templo no creen estar viendo marfil de las Indias ni metales de Tracia, sino al mismísimo hijo de Crono y de Rea, de mudanza a la Tierra por obra y gracia de Fidias y con orden de inspeccionar la desierta Pisa y contento si cada cinco años completos alguien le hace un sacrificio como un suplemento en el transcurso de los Juegos Olímpicos.

12 Estableciendo altares y fórmulas y rituales, ofrendan sus sacrificios: el labrador un buey del arado, el pastor un carnero, el cabrero una cabra, el de más acá incienso o un tortel; el pobre se granjea el favor del dios con sólo besar su diestra. Pero los que realizan los sacrificios —vuelvo de nuevo a ellos—, llenando de guirnaldas al animal, examinando con mucha antelación si se trata de un

animal sin defecto, a fin de no degollar alguno que no les sirva para el sacrificio, lo aproximan al altar y a los ojos del dios, le dan muerte, mientras muge lastimero, emitiendo, según parece, sonidos que indican buenos presagios, entremezclados con sones de flauta.

¿Quién podía deducir que los dioses no disfrutan vien- 13
do todo esto? Y la norma previamente establecida dice que nadie puede tener acceso al recipiente de agua lustral para las aspersiones, si no tiene las manos limpias; el sacerdote mismo se queda ahí plantado, manchado de sangre y, como el famoso Cíclope, troceando la víctima, seleccionando las vísceras, extrayendo el corazón y vertiendo la sangre en derredor del altar; ¿cómo va a estar haciendo rituales que no sigan las directrices de la piedad? Y, para remate, encendiendo una hoguera, coloca sobre ella a la cabra con su piel, y a todo el ganado con sus lanas; el humo grasiento, divino y sacrificado, asciende a las alturas y suavemente se va difuminando rumbo al propio cielo.

Los escitas, por su parte, desterrando todos los sacrificios por considerarlos degradantes, presentan junto a Ártemis a los propios hombres, y, actuando de ese modo, agradan a la diosa.

Todas esas costumbres son tal vez razonables, y las que 14
tienen los asirios o los lidios o los frigios; pero, si vas a Egipto, entonces sí que verás muchas cosas venerables, y a decir verdad, dignas del cielo: a Zeus con cabeza de carnero; a Hermes, pobre hombre, con cara de perro; a Pan, macho cabrío todo él; un dios hecho un ibis, el otro un cocodrilo, y el de más allá un mono.

Y si quieres averiguar eso, para que lo sepas bien [13]

---

[13] Nuevamente, *ibid.*, VI 150.

escucharás a muchos sofistas y hombres de letras y profetas con la cabeza rapada que explican —primero, dice el refrán «cerrad las puertas, ¡profanos!» [14]— que los dioses, asustados por la guerra y la sublevación de los gigantes, llegaron a Egipto para pasar desapercibidos allí a los ojos de sus enemigos; entonces el uno se escondió por miedo, bajo la figura de un macho cabrío, el otro de un carnero, el otro de un animal salvaje, o de un ave; de ahí el haber preservado hasta ahora mismo las formas que entonces adquieren los dioses. ¡Esos detalles, naturalmente, están reflejados en los santuarios desde hace más de diez mil años!

15 Entre ellos, los sacrificios son igual que entre nosotros, con la única excepción de que ellos se lamentan por la víctima y, permaneciendo en pie en torno al altar, se golpean el pecho una vez que ha sido degollada; incluso, a veces, la entierran tras cortarles unos trozos. Y si muere Apis, el dios más importante para ellos, ¿quién habrá que estime su cabellera hasta el punto de no cortarla al cero y mostrar el dolor sin plumas en la cabeza, aunque tuviera el cabello ensortijado y pelirrojo de Niso?

Pero Apis es un dios al margen del grupo, votado para suceder al anterior, en la idea de que es mucho más bello y venerable que los pobres bueyes.

En fin; acciones y creencias de este tipo por parte de la mayoría, creo yo, no necesitan la crítica de un don

[14] Referencia tomada, al parecer, de una composición órfica. Las personas que no habían sido iniciadas —«profanos» en nuestra traducción— en los misterios tenían la obligación de cerrar las puertas de las casas para, prácticamente, ni ver pasar ni dejar entrar a miembros de los cortejos dionisíacos. La aversión que Orfeo sentía hacia Dioniso era proverbial.

nadie, sino de un Heráclito o de un Demócrito; el uno para reírse de su ignorancia; el otro para deplorar su estupidez [15].

---

[15] Hay, al final, un juego de palabras en griego; *ágnoia*, término que implica ausencia de conocimiento (*gnôsis*) de algo, y *ánoia*, término que implica carencia de «mente» (*noûs*). «Ignorancia» y «estupidez» nos parecen las palabras apropiadas, si bien no reflejan el juego verbal de Luciano al final del ensayo. Unido esto a la disposición de los sintagmas en un a modo de quiasmo, constituye un broche de oro a un ensayo, que, en ocasiones, resulta farragoso.

31

CONTRA UN IGNORANTE QUE COMPRABA MUCHOS LIBROS

Una auténtica invectiva de Luciano contra algún personaje de la época que, posiblemente, fuera bien conocido del auditorio.

Aparte de los detalles con los que se mencionan todas las características del libro antiguo, el texto es interesante porque en el fondo plantea un tema que sigue estando de actualidad. La adquisición y la posesión de libros no dan la formación cultural; es el uso que se haga de ellos el que la puede proporcionar. Acudiendo a ejemplos tomados del mundo de la música, el autor defiende con una cierta insistencia esa teoría. Al final arremete contra el personaje en el terreno de lo puramente personal. Se trata de un ataque que se me antoja feroz sin paliativos y, hasta cierto punto, obsesivo. En cualquier caso el personaje está perfectamente caracterizado. Un opúsculo breve, pero preciso y bien logrado.

1 Y, desde luego, lo que estás haciendo ahora es lo contrario de lo que tú deseas hacer. Crees que vas a parecer ser alguien en el mundo de la cultura, porque te afanas en comprarte los mejores libros. Los tiros, sin embargo, van por otro lado, y eso, en cierto modo, es una prueba de tu incultura. Y, sobre todo, no compras los mejores,

sino que te fías del primero que te los pondera y eres toda una presa fácil de quienes andan soltando mentiras en asuntos de libros, y un tesoro bien a punto para sus vendedores. Porque ¿de cuándo acá crees que te sería posible discernir cuáles son antiguos, cuáles son valiosos, cuáles no merecen la pena y están remendados, a no ser que saques las conclusiones por el número de picaduras y cortes que presentan y admitas a los gusanos como consejeros a la hora de proceder a ese examen? Pues ¿qué capacidad tienes tú para discernir sobre la exactitud y ausencia de erratas que haya en ellos?

Pon que se te diera el haber escogido aquellos ejempla- 2
res de lujo que Calino o el ilustre Ático escribieron con todo esmero, ¿qué sacarías en limpio de su adquisición tú, buen hombre, que no captas su verdadera belleza, ni le sacas más provecho que el que le sacaría un ciego a la belleza de los jovencitos? Tú, con los ojos abiertos de par en par, vas leyendo los libros, sí, por Zeus, en voz alta, y vas leyendo algunas líneas a toda velocidad, los ojos más deprisa que los labios. Pues eso tampoco me parece suficiente, a no ser que aprecies las cualidades y los defectos de cada línea que allí se ha escrito y captes el hilo conductor de todo, cuál es la construcción de la frase, qué expresiones han sido corregidas por el escritor en aras de una mejora de estilo, así como cuántas expresiones son ambiguas y espurias y marginales.

¿Por qué sigues afirmando que sabes, y eso sin haberlo 3
aprendido, las mismas cosas que nosotros? ¿De dónde has sacado la ciencia, si no es de una rama de laurel de manos de las Musas, como el pastor aquél? El Helicón [1], donde

[1] Alude, posiblemente, a Hesíodo (cf. *Teogonía* 29 y ss.). El Helicón, a su vez, es un importante monte de Beocia.

se cuenta que tenían sus tertulias las Musas, no lo has oído
nombrar en tu vida, ni tenías en tu infancia tertulias como
las nuestras; casi resulta un sacrilegio que menciones a las
Musas. En efecto, aquéllas no vacilarían en mostrarse en
todo su esplendor a un pastor, un hombre tosco y velludo
con la piel curtida por el sol [2]; pero, a un tipo como tú
—permíteme, por la Libanítida [3], que en el momento ac-
tual no hable de ti con todo detalle—, sé muy bien que
ni se dignarían siquiera acercarse; antes bien, en vez del
laurel, azotándote con mirto o con hojas de malva, te ha-
brían mantenido a distancia para que no contaminaras ni
el Olmeyo ni el Hipocrene, cuyas aguas sólo pueden beber
rebaños sedientos o labios puros de pastores. Pero, desde
luego, tu falta de escrúpulos y tu osadía en esta materia
llegan a tal punto, que no tendrías reparo en decir que
recibiste educación o que te preocupó siempre tener un li-
4 bro al alcance de la mano o que tu maestro fue fulano
de tal o que acudías a la escuela de mengano de cual. Y,
ahora, tienes la esperanza de recorrer todas esas etapas con
éste único afán, el adquirir muchos libros. Por esta regla
de tres, retén todos aquellos párrafos de Demóstenes, que
el propio orador escribió de su puño y letra, y los de
Tucídides, al menos así se descubrió fueron copiados
ocho veces por parte de Demóstenes y, sobre todo, todos
aquellos escritos que Sila mandó a Italia desde Atenas. ¿De
cara a la adquisición de cultura, qué sacarías en limpio
de todo eso, aunque durmieras con ellos debajo de la al-
mohada o los pegaras con cola unos con otros y te dieras

---

[2] El texto dice literalmente: «que da a ver mucho sol sobre la piel».

[3] La Libanítida o mujer del Líbano es, posiblemete, Afrodita, cuyo culto se había propagado por el Líbano en la época de nuestro autor. También podría referirse a Astarté, divinidad asimilada a la luna.

una vuelta embutido en ellos? El refrán dice que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda [4].

Pues tú tienes siempre un libro en la mano y estás constantemente leyendo, pero no entiendes ni jota de lo que lees; escuchas moviendo las orejas como un burro cuando oye la lira.

Porque si el haber adquirido libros fuera señal evidente de que es un hombre culto su propietario, la posesión de ellos sería costosísima, y exclusiva de vosotros, los ricos, dado que sería posible comprarlos en el mercado despreciándonos a nosotros, los pobres.

Así las cosas, ¿quién podría rivalizar acerca de su nivel cultural con comerciantes y libreros, que tienen y venden tantísimos libros? Pues, si quieres corroborar esta opinión, verás que, en lo que a nivel cultural se refiere, no son ellos mucho mejores que tú; antes bien hablan con tosquedad como tú, cerrados de entendederas, como es lógico que sean, gentes que no han podido distinguir lo exquisito de lo vulgar.

Y fíjate que tú tienes dos o tres libros que les has comprado, mientras que ellos están noche y día con libros que
pasan de mano en mano. ¿Qué provecho sacas compran- 5
do, a no ser que pienses que hasta las estanterías son cultas porque contienen tantísimas cantidades de escritos de los antepasados?

Y, ahora, si te parece, contéstame; o mejor, como te va a resultar imposible, afirma o niega moviendo la cabeza a lo que te pregunte. ¿Si alguien que no supiera tocar la flauta comprara las flautas de Timoteo o las de Ismenias,

---

[4] El refrán griego dice exactamente: «un mono es un mono, aunque tenga medalla de oro». Nótese que indica lo mismo que nuestro refrán castellano, que se emplea curiosamente el nombre del mono, y que, en vez de oro, nosotros hemos preferido la seda.

que el propio Ismenias se compró en Corinto por siete talentos [5], sería por el hecho de comprarlas capaz de tocar o, por el contrario, en nada le aprovecharía el haberlas comprado por no conocer la técnica para poderlas tocar? Razón llevas al negar con la cabeza [6]. Ni siquiera comprando las flautas de Marsias o de Olimpo sería capaz de tocar sin haber aprendido antes. ¿Y qué, si alguien, no siendo Filoctetes, comprara el arco y las flechas de Heracles con la intención de poder tensarlo y disparar las flechas certeramente? ¿Qué opinión te merece ese hombre? ¿Crees que hará alguna exhibición digna de un arquero? También ahora has hecho bien negando con la cabeza. Precisamente, por eso, el que no sabe pilotar una nave y el que no se ha ejercitado en montar a caballo, si el primero tomara una nave formidable, terminada en sus últimos detalles para ofrecer la mayor belleza y seguridad, o si el segundo comprara un caballo persa o un Centauro, o un caballo de marca [7], se demostraría, creo yo, que ninguno de los dos sabría qué hacer con ninguna de las dos cosas. ¿Afirmas ahora con la cabeza? Toma nota y asiénteme también a lo que voy a decirte a continuación. Si alguien, como tú, sin cultura, comprara muchos libros, ¿no daría pie a que se burlaran de él a costa de su incultura? ¿Por qué vacilas en asentir también a esto?

Ésa, creo, es la prueba más evidente y cada uno de los que lo ve inmediatamente recita en voz alta aquel dicho

---

[5] Ismenias y Timoteo son dos famosos flautistas del siglo IV a. C.

[6] No sé si se ha dicho ya en algún lugar que los griegos para negar con la cabeza la mueven de abajo arriba y no de izquierda a derecha como nosotros. Esa costumbre se ha mantenido hasta nuestros días.

[7] El texto dice un *koppafóron*, esto es, que lleva marcada una *kóppa*, ϙ, que equivale en el alfabeto corintio a la *k* (*káppa*). La *kóppa* en cuestión se toma como abreviatura que indica «corintio».

popular: «¿Qué tiene que ver un perro con una bañera?»

No hace mucho tiempo hubo en Asia un hombre rico 6
al que, fruto de una desgracia, le amputaron ambos pies, gangrenados por la acción del frío, creo, porque en cierta ocasión le tocó ir andando por la nieve. Ese hombre sufría una coyuntura digna de lástima y, para mitigar su desgracia, se hizo unos pies de madera y, calzándoselos, caminaba apoyándose en sus criados. Hacía, no obstante, algo ridículo. Estaba constantemente comprándose unos zapatos preciosos, al último corte de la moda, y a costa de ellos tenía el mayor problema, pues se había adornado los pies de madera con unos zapatos preciosos. ¿No haces lo mismo tú, que, pese a tener unos conocimientos renqueantes y flojos cual tronco de higuera, andas comprando zapatillas de oro, con las que a duras penas un hombre normal podría caminar?

Pues, ya que entre los otros libros compraste muchas 7
veces los de Homero, que alguien coja y te lea el canto segundo de la *Ilíada*, de la que no interesa examinar los otros cantos; nada tienen que ver contigo.

El autor ha pergeñado un personaje, un hombre ridículo de los pies a la cabeza, en actitud de soltar un discurso al pueblo, deforme y jorobado. Ese personaje, el famoso Tersites, ¿crees que, si hubiera tomado la armadura de Aquiles, se habría vuelto por ello, al punto, hermoso y fuerte y habría pasado de un salto el río, habría manchado su corriente con la sangre de los frigios, habría matado a Héctor, y, antes que a él, a Licaón y a Asteropeo, cuando no es capaz de llevar sobre los hombros ni la lanza de fresno? No podrías decir que sí. Antes bien se expondría a ser motivo de burla cojeando bajo el escudo, y cayendo de bruces por el peso de la armadura, y exhibiendo bajo el yelmo aquellos sus ojos bizcos, siempre que inten-

tara alzar la cabeza, levantando la coraza con su joroba y arrastrando las grebas; doble motivo de oprobio, tanto para el fabricante, como para el propietario de las armas. Pues, ¿tú no ves que te pasa lo mismo cada vez que tienes un libro estupendo en la mano, con tapa de púrpura, botón dorado, y que cada vez que lo lees lo envileces, lo afeas y lo distorsionas, al tiempo que se ríen de ti los hombres cultos, mientras que los cuatro aduladores que se juntan contigo te elogian, ellos que volviendo sus caras se ríen también en muchas ocasiones?

8 Quiero, al menos, explicarte algo sucedido en Pitoo [8]. Un tarentino llamado Evángelo, alguien de una cierta notoriedad en Tarento, quiso vencer en los Juegos Píticos. Las características de las competiciones gimnásticas enseguida le parecieron imposibles para él, que por su propia constitución no reunía la fuerza, ni la agilidad necesarias. En cambio, en los certámenes musicales y de canto, fácilmente fue persuadido de que ganaría por unos hombres detestables a los que tenía a su alrededor y no paraban de elogiarlo y animarlo cada vez que le arrancaba a la cítara el más mínimo sonido. Llegó, pues, a Delfos, llamando la atención en todos los aspectos. Se había hecho un vestido bordado en oro y una preciosísima corona de laurel dorado, que en vez de las bolitas de laurel tenía esmeraldas del mismo tamaño que las bolitas. Y la cítara misma, una maravilla, preciosa y bien rematada, toda ella de oro puro, adornada por todas partes con gemas y piedras preciosas, con las imágenes de las Musas, de Apolo y de Orfeo grabadas en ella; una auténtica sensación para quienes la veían.

9 Bueno, pues llegó el día del certamen; eran tres los participantes. A Evángelo le correspondió actuar en segundo

[8] Nombre corriente para referirse a Delfos.

lugar. Y, detrás de Tespis el Tebano, que había tenido una actuación destacada, entra, deslumbrante todo él con el oro y las esmeraldas, los berilos y los zafiros; y la púrpura le sentaba muy bien, pues, destacaba en medio del oro. Con todos estos aditamentos llamó la atención del auditorio y llenó de expectación al público. Pero, cuando no tenía más remedio ya que cantar y tocar la cítara, entonces va y arranca un sonido desafinado y disonante y, echándose materialmente encima de la cítara con más ímpetu del necesario, va y rompe tres cuerdas de golpe, y empieza a cantar algo con voz desafinada y debilucha, de tal modo que se produjo una carcajada por parte del público. Los jueces del certamen, irritados por su osadía, lo expulsaron del teatro a latigazos. Entonces fue, precisamente, cuando el «dorado» Evángelo ofreció una imagen totalmente ridícula llorando, y arrastrado por mitad del escenario por sus azotadores, con las piernas llenas de cardenales debido a los latigazos, recogiendo del suelo las joyas de la cítara, que habían caído al suelo al compartir con él los latigazos. Al cabo de un pequeño rato, entra a continuación un 10
tal Eumelo, de Élide, con una cítara vieja, con unas clavijas de madera, y un vestido, que, incluida la corona, escasamente valdría más de diez dracmas. Pero, como cantó bien y tocó la cítara según mandan los cánones, resultó vencedor; y, así, se proclamó vencedor, con lo que bien se pudo reír de Evángelo, que tanto bombo se daba con su cítara y todos aquellos avalorios. Y se cuenta que le dijo: «Ay, Evángelo, ahí estás, rico, con tu corona de laurel de oro, y yo, pobre, he ganado el laurel de Delfos; pero, por lo menos una ventaja vas a sacar de tu boato, que vas a marchar sin que nadie se compadezca de ti por tu derrota; antes bien te van a odiar sobre todo por lo poco que te ha servido todo ese boato.»

11 Como anillo al dedo te viene el ejemplo de Evángelo, en la medida en que a ti te importa un pito la risa de los espectadores. No estaría de más traer a colación una historia lesbia que sucedió hace tiempo. Cuando las mujeres tracias despedazaron a Orfeo, cuentan que su cabeza, junto con la lira, al caer al Hebro, fueron llevadas hasta el mar Negro; y que la cabeza flotaba al lado de la lira, cantando un lamento por Orfeo —eso dice la leyenda—, mientras la lira emitía sonidos cuando los vientos golpeaban sus cuerdas. Y que, así, con el canto fueron llevadas a las costas de Lesbos, y que los habitantes de la isla las recogieron y enterraron la cabeza en el mismo lugar en que ahora se levanta el templo de Baco, al tiempo que
12 ofrendaron la lira al santuario de Apolo y por mucho tiempo la conservaron allí. Al cabo de un tiempo, cuenta la leyenda que Neanto, el hijo del tirano Pítaco, al enterarse de las propiedades de la lira, que encantaba fieras y plantas y animales y que, incluso, dejaba oír melodías tras la desgracia de Orfeo sin que nadie la tocase, sintió deseos de tenerla y, sobornando al sacerdote del templo con grandes regalos, lo convenció para que, sustituyéndola por otra igual, le diera la lira de Orfeo. Él, tomándola, en la creencia de que no resultaba seguro tocarla a plena luz del día, llevándola en su regazo por la noche únicamente, en las afueras de la ciudad, poniendo su mano encima golpeaba y pulsaba las cuerdas sin arte y desafinando, jovenzuelo como era, con la esperanza de que la lira dejaría oír algunas melodías encantadoras, capaces de arrebatar y fascinar a más de uno, y que, heredando la música de Orfeo, llegaría a alcanzar la dicha eterna. Hasta que un día acudieron al son de la lira los perros —había muchos por allí— y lo despedazaron, con lo que, al menos, en este punto su sufrimiento fue igual al de Orfeo; los perros fueron los

únicos que acudieron a su llamada. De donde se deduce
con toda claridad, que no era la lira la que producía el
embeleso, sino, más bien, la técnica y el canto, lo único
que le quedó a Orfeo de parte de su madre; la lira era
un simple instrumento, no mejor que los demás instrumen-
tos de cuerda.

Pero, ¿a cuento de qué te menciono a Orfeo o a Neanto, 13
cuando también entre nosotros existió y aún vive, creo,
un hombre que compró por tres mil dracmas la lámpara
de arcilla de Epicteto el estoico? Esperaba también aquel
hombre, creo yo, que si se ponía a leer por la noche a
la luz de aquella lámpara, enseguida un sueño le propor-
cionaría instantáneamente la sabiduría de Epicteto y sería
semejante a aquel anciano admirable. Y, ayer o anteayer, 14
otro hombre compró por un talento el bastón de Proteo
el cínico, el que dejó a su lado antes de arrojarse al fuego,
y todavía lo tiene como un bien preciado y lo enseña igual
que los tegeos enseñan la piel de Calidón, y los tebanos
los huesos de Gerión, y los menfitas las trenzas de Isis.
Desde luego, el propietario de este artículo tan digno de
admiración ha arrojado más lejos que tú el dardo de su
incultura y su desfachatez; ya ves en qué situación tan la-
mentable se encuentra; ¡lo que necesita es un buen bastón
para la cabeza!

Cuentan que Dionisio [9] compuso una tragedia muy 15
floja y muy ridícula, hasta el punto de que, debido a ella,
Filóxeno en muchas ocasiones fue a parar a las mazmorras
por no poder contener la risa. Cuando se enteró de que
se reían de él, adquiriendo la tablilla de cera de Esquilo
sobre la que él solía escribir con soltura, creía que de la

[9] Parece que se refiere a Dionisio de Siracusa, 431-367 a. C.; Filóxeno, en cambio, es un poeta contemporáneo de Luciano.

tablilla le vendría la inspiración y el estado de «posesión». Pero, sin embargo, escribió en ella algo con diferencia más ridículo, como por ejemplo:

murió Dóride la mujer de Dionisio.

Y aún más:

Ay de mí, que perdí a una mujer excelente.

También eso le vino de la tablilla, y esto:

De los hombres los necios de sí mismos se burlan.

Esto último te lo podría haber dicho estupendamente a ti Dionisio, y por ello deberías haberle sacado brillo a la tablilla. ¿Qué esperanza tienes puesta en los libros, que
16 estás constantemente enrollándolos, pegándolos, arreglándolos y borrándolos con azafrán y cedro, recubriéndolos con pastas, poniéndoles ribetes, como si estuvieses gozando, en cierto modo, de ellos? Al menos, con su compra ya has mejorado, cuando hablas de ese modo —eres más mudo que los peces—, y vives de una forma que no es decoroso explicar, y de parte de todos tienes un odio feroz por tu desvergüenza. Porque si los libros llevan a la producción de semejantes sujetos, hay que alejarse lo más
17 lejos posible de ellos. Dos son las cosas que uno podría adquirir de los antepasados: el poder decir y el poder hacer las cosas como Dios manda, emulando a los mejores y rechazando a los peores. Pero, cuando se ve que uno no saca partido ni de un lado, ni del otro, ¿qué otra cosa hace sino comprar cepos para los ratones y habitáculos para los gusanos y golpes para los esclavos por si fueran negligentes?

18 ¿Cómo no resultaría una desfachatez también el hecho de que, si alguien, al verte con un libro en la mano

—siempre tienes alguno—, te preguntara de qué orador, o escritor o poeta es, tú, como sabes el título, fácilmente le pudieras contestar a esta pregunta? Pero, después —como es costumbre que se aborden estos temas a medida que va avanzando la conversación—, si te preguntara lo que aplaudirías o censurarías de su contenido, te verías en un apuro y no podrías contestar. ¿No suplicarías entonces que se abriera la tierra a tus pies, igual que Belerofonte, llevando un libro que se vuelve en contra tuya?

Demetrio el cínico, al ver en Corinto a un analfabeto 19
leyendo un libro precioso —las *Bacantes* de Eurípides, creo, en el pasaje en el que el mensajero explica el sufrimiento de Penteo y la acción de Ágave—, arrebatándoselo lo destrozó diciendo: «Vale más la pena que Penteo sea despedazado una vez por mí, que mil por ti.»

Y, por más vueltas que le doy, todavía hoy no he podido llegar a descubrir el motivo por el que te afanas tan afanosamente [10] en comprar libros. Y es que nadie de los que te conozcan un poquito entendería qué utilidad o qué provecho les sacas a los libros; más o menos el mismo que puede sacar un calvo si compra peines, o un ciego si compra un espejo, o un sordo si compra una flautista o un eunuco si compra una concubina, o un hombre de tierra adentro si compra un remo o un timonel si compra un arado. ¿No radicará el asunto en que quieres mostrar tu dinero y hacer ostentación de él ante todo el mundo, ya que gastas de entre tu mucha hacienda en algo que no te sirve para nada? En la medida en que yo puedo saberlo —también soy sirio—, si no hubieras puesto tu nombre

[10] Respeto la paronomasia del texto griego, tipo «vivir la vida», en la construcción que se ha dado en llamar «acusativo interno etimológico», *tèn spoudèn taútēn espoúdakas.*

inscrito entre las disposiciones testamentarias de aquel an-
ciano, ya habrías muerto de hambre y habrías subastado
20 tus libros. Pero, aún hay más; persuadido por una cama-
rilla de pelotilleros de que no sólo eres guapo y encanta-
dor, sino además sabio, orador y escritor sin parangón,
te dedicas a comprarte libros para hacer realidad los elo-
gios de ésos. Y dicen que tú haces gala de tus discursos
a los postres de la cena y que ellos, como ranas de tierra
firme, gritan cuando tienen sed, y no les das de beber has-
ta que se rompen por la mitad de tanto chillar.

No sé cómo eres tan tonto [11] y te crees todo lo que
te dicen, tú que en cierta ocasión llegaste a estar convenci-
do de que guardabas parecido físico con un rey, como el
Pseudo-Alejandro, y el Pseudo-Filipo —el famoso car-
dador—, y el Pseudo-Nerón, en tiempos de nuestros ante-
pasados, y quienquiera otro de los que pueden alinearse
21 bajo la etiqueta de «pseudo» [12]. ¿Y qué tiene de extraño
que tú, un necio y un iletrado, avances por ahí con la ca-
beza erguida e imitando el paso, el porte y la mirada de
aquel a quien te agradaría parecerte, cuando dicen que Pi-
rro el epirota, un hombre admirable en las otras facetas,
fue corrompido por las camarillas de aduladores por algo

---

[11] El texto griego dice literalmente: «no sé cómo eres muy fácil de arrastrar por la nariz». Por el contexto en que se emplea la expresión parece deducirse que se aplica a quien puede ser manejado con cierta facilidad.

[12] Curiosa gama de personajes que se jactaban de parecerse nada menos que a Alejandro, Filipo y Nerón. El primero de ellos parece ser un tal Balas que pasaba por ser hermano de Antíoco V Eupator y que tomó el nombre de Alejandro, de resultas del parecido con el famoso general. Andrisco, un cardador, pasaba por ser Filipo, debido a su parecido con él. El falso Nerón comenzó a darse a conocer por el Oriente unos 20 años después de la muerte del verdadero Nerón.

similar, hasta el punto de estar convencido de que era semejante a Alejandro? ¡Total —como dicen los músicos—, no había nada más que dos octavas de diferencia! Yo conocí el retrato de Pirro; y, a pesar de todo, estaba absolutamente convencido de que era una perfecta reproducción de la belleza de Alejandro. Y por esto me parece que le he faltado al respeto a Pirro, porque te he comparado a ti con él. En esa situación se encontraba Pirro y estaba convencido de todo eso respecto de sí mismo, pues no había nadie que no se juntara con él y compartiera con él sus avatares, hasta que una anciana extranjera, en Larisa, diciéndole la verdad, puso fin a su estupidez. Pirro, enseñándole a la anciana un retrato de Filipo, de Perdicas, de Alejandro y de Casandro y de otros reyes, le preguntó a quién se parecía, convencido de que la anciana le diría que a Alejandro. Ella, al cabo de un largo rato, contestó: «A Batración el cocinero» —que había en Larisa un tal Batración, cocinero, que se parecía a Pirro—.

Y no podría yo explicar a quién de los malvados que 22
están en los escenarios te pareces. Pero yo sé con todo lujo de detalles que a todos les pareces ser presa de una fuerte manía por aquel parecido. No tiene nada de extraño, pues sin tener el más mínimo conocimiento de pintura quieres asemejarte a los que han sido instruidos en ella, al tiempo que haces caso a quienes te prodigan tales halagos. Pero... ¿a santo de qué esta perorata? La razón de este afán por los libros está clarísima, por más que por mi estupidez no lo viera perfectamente desde hace tiempo. A ti, al menos te lo parece, pues así lo has pensado, que es un síntoma de sabiduría y concibes, al respecto, esperanzas no pequeñas por si el rey, que es un hombre culto y aprecia muchísimo la formación cultural, llega a saberlo. Piensas que, si llegara a sus oídos que tú andas comprando

y recopilando muchos libros, en breve tiempo sacarás taja-
23 da de él. Pero, maldito redomado, ¿crees que está tan sumido en los sopores de la mandrágora como para oír esto y no saber lo otro, a saber qué clase de vida llevas durante el día, qué clase de bebidas bebes, qué clase de noches llevas y quiénes y de qué edades son los que duermen contigo? ¿No sabes que un rey tiene muchos oídos y muchos ojos? Y, además, lo tuyo salta a la vista de tal manera que hasta los mudos y los ciegos lo saben.

Y simplemente con que dijeras una palabra, con que te desnudaras para bañarte, o mejor con que no lo hicieras, si así lo estimas oportuno, sino que te desnudaran para bañarte tus sirvientes, ¿qué crees? ¿Que no van a desvelarse al punto todos los secretos de la noche? Dime, al menos, esto. Si Baso, aquel sofista vuestro o Bátalo, el flautista, o aquel hombre de mala vida Hemiteón, el sibarita, que os redactó las maravillosas leyes, tales como que hay que maquillarse, y depilarse, y recibir y hacer tales y tales cosas; si alguno de esos sujetos echara a andar, ahora mismo, poniéndose una piel de león y con un maza, ¿qué imagen daría a quienes lo vieran? ¿Acaso que es Heracles? En absoluto, a no ser que tuvieran legañas en los ojos. Hay mil y un detalles que dan fe de lo contrario, el porte, el andar, la mirada, la voz, el cuello ceñido con un collar con doblado quebrado, el albayalde, el perfume y el carmín, con los que os arregláis, de modo que, como dice el refrán: «antes se podrían esconder cinco elefantes bajo el sobaco que un canalla». Entonces, ¿si la piel de león no hubiera podido ocultar a un individuo de esa índole, crees que hubieras pasado desapercibido detrás de un libro? Imposible; los demás rasgos de distinción de vuestra ralea te habrían traicionado y dejado al descubierto.

Me parece que no tienes ni idea, pues hay que buscar 24
las buenas esperanzas no entre los vendedores de libros, sino tomarlas de uno mismo y de la vida de cada día. ¿Crees que van a serte a la vez abogado y testigo los bibliógrafos Ático y Calino? No; serán, más bien, hombres despiadados dispuestos a machacarte, si los dioses lo quieren, y a arrojarte al punto extremo de la pobreza. Máxime, cuando lo que debías hacer, si tuvieras dos dedos de frente, es devolverles los libros a alguno de los hombres con cultura, y con ellos la casa esa recién construida y, así, pagarles a los vendedores de esclavos una parte, al menos, de las muchas deudas que con ellos tienes.

Fíjate aún en este punto. Tienes y has tenido un afán 25
enorme por dos cosas: la adquisición de libros caros y la compra de mancebos de buen ver y vigorosos, y esa actividad te tiene absorto, cautivado por completo; pero es imposible que quien es pobre dé abasto a ambas cosas; ¡fíjate bien, qué cosa tan sagrada es un consejo! Me parece razonable que tú, dejando de lado lo que no te conviene, atiendas con esmero a tu segunda enfermedad y compres aquellos servidores, para que si te dejan a un lado los de tu casa, no tengas que ir a buscar a hombres libres que luego se te marchan sin peligro, si no consiguen todo lo que desean y pregonan lo que hacéis después de beber; tal y como andaba explicando el otro día las mayores bajezas respecto de ti, un mancebo al salir de tu casa, al tiempo que enseñaba las huellas de los mordiscos.

Yo mismo podría presentar a quienes estaban allí presentes como testigos de que me enfadé y a punto estuve, irritado, de moler a palos a aquel tipo en tu defensa, máxime cuando citó a un individuo tras otro como testigos de semejantes hechos, de semejantes acciones, que explicaban con sus palabras.

A la vista de esto, amigo mío, administra tu dinero y estáte atento, para que, en tu casa y con todas garantías de seguridad, puedas hacer y dejarte hacer lo que te dé la gana. Dado que... ¿quién podría convencerte de que cambiaras y no te dedicaras a ese tipo de actividades?

26 Cuando un perro ha aprendido a morder el cuero difícilmente dejará de hacerlo [13]. Lo otro, en cambio, es más fácil; no comprar libros nunca más; ya tienes la suficiente cultura; tienes ya ciencia de sobra; casi tienes en la punta de la lengua todas las obras de la Antigüedad. Conoces la historia toda, todos los entresijos de los razonamientos filosóficos, sus excelencias y sus vilezas y el manejo del vocabulario. Merced a la enorme cantidad de libros, has llegado a ser una cosa supersabia y destacada en lo que a educación se refiere; nada me impide meterme contigo, pues parece que te gusta que te tomen el pelo.

27 Me gustaría preguntarte: ¿tantos libros como tienes, cuáles de ellos lees con más agrado? ¿Los de Platón? ¿Los de Arquíloco? ¿Los de Antístenes? ¿Los de Hiponacte? ¿O ésos los desprecias porque tienes más a mano a los oradores? Dime, ¿eres capaz de leer el discurso de Esquines contra Timarco? Conoces y entiendes todas y cada una de esas obras, de acuerdo, pero... ¿te has metido a fondo con Aristófanes y Éupolis? ¿Leíste los Baptas [14], el drama

[13] Ésta es una expresión que va con segundas; los dos párrafos anteriores aluden a actividades eróticas y sexuales evidentes. Morder el cuero, aplicado a los perros, es lo que hacen las mujeres cuando devoran o chupan consoladores. Fácilmente puede suponerse a qué tipo de actividades eróticas y sexuales se refiere. Veánse, para mayor ampliación en esta misma colección, HERODAS, *Mimiambos* VII 63, y pág. 69 y 10.

[14] Al parecer, una comedia de Éupolis en la que se saca punta a los fieles de Cotis, la diosa tracia cuyo culto estaba plagado de rituales orgiásticos.

entero? ¿Y no te ha calado nada de lo que allí se dice y no te has puesto colorado al irlo descifrando? Al menos, a cualquiera le llamaría la atención, por lo menos, el estado de espíritu en que te encuentras cuando te pones con los libros, y el de tus manos cuando los desenrollas. ¿Cuándo lees? ¿De día? Nadie te ha visto en ese trance. ¿De noche? ¿Pero acaso habiéndoles dado las órdenes oportunas a aquellos individuos o antes de hablar con ellos?
Vamos, por Cotis, ni te atrevas ya a hacer nada de eso; 28
suelta de una vez los libros y dedícate exclusivamente a lo tuyo. Y ni siquiera deberías hacer ya ni eso. Vergüenza debería darte la Fedra de Eurípides cuando irritada con las mujeres va y dice [15]:

Ni temen temblando las sombras que amparan sus obras
ni muros de casas que suelten su voz.

Y si estás firmemente decidido a permanecer en manía semejante, ¡adelante!, compra libros, tenlos bien guardados en casa, y saca el máximo partido de tan famosa compra; con eso tienes bastante. No se te ocurra ponerles la mano encima, ni leerlos, ni mancillar con tu lengua textos y poemas de hombres del pasado y que no te han hecho ningún daño.

Sé que toda esta charla no va a servirte para nada y que, como dice el refrán, estoy intentando «lavar a un etíope». Los seguirás comprando y seguirás sin sacarles ningún partido, y seguirás siendo el hazmerreír de las gentes con cultura, que se dan por satisfechos no con la belleza de los libros, ni con su elevado precio, sino con las palabras y el pensamiento de los que han escrito en ellos.
Tú crees que vas a curarte tu incultura y a recubrirla con 29

[15] Versos tomados de *Hipólito* 417 ss.

la buena fama esa que esperas lograr, y crees que vas a impresionar por tu enorme cantidad de libros, y no te das cuenta de que también los médicos peor preparados hacen lo mismo que tú cuando se hacen fabricar varitas de marfil, cortafríos de plata y cuchillas con estampados de oro. Y, cuando tienen que usarlos ellos, no tienen ni idea de por dónde meterles mano. En cambio, si alguno de los médicos bien preparados irrumpe en medio con un bisturí bien afilado, por muy lleno de herrumbre que esté, libera al enfermo del dolor. Por poner un ejemplo todavía más cómico. Fíjate, por ejemplo, en los barberos. Verás que los que de ellos son unos artistas tienen tan sólo una navaja, unas cuchillas y un espejo corrientito; en cambio, los inexpertos, por más que exhiban cantidad de cuchillas y enormes espejos, no logran disimular su ignorancia. Y les sucede lo más gracioso, que la mayoría de la gente va a arreglarse a casa de sus vecinos y, luego, en la barbería de esos individuos se miran al espejo y se atusan el pelo. Pues, tú, igual; podrías prestarle los libros a cualquiera a quien pudieran venirle bien, ya que tú serías incapaz de hacer un buen uso de ellos. Pero jamás le prestaste un libro a nadie, sino que haces lo de la perra echada en la cuadra, que ni come la cebada ni deja que se la coma el caballo, que puede hacerlo [16].

En fin, me he tomado la libertad de decirte todo esto en relación con los libros. Por lo que se refiere a otras actividades tuyas detestables, despreciables, ya tendrás muchas ocasiones de volver a oírme.

---

[16] Nos viene a la cabeza el dicho castellano que alude al «perro del hortelano, que ni come ni deja comer».

32

EL SUEÑO O VIDA DE LUCIANO

El más breve de los escritos contenidos en este tomo y, tal vez, el más original. Su originalidad consiste, precisamente, en que —aparentemente al menos— no hay ningún tipo de crítica o de diatriba.

Una lectura superficial del opúsculo puede inducir a pensar que se trata de una pequeña autobiografía. Y no es cierto. Luciano aprovecha una circunstancia de su vida real —el tener que decir «no» a la escultura en contra de la opinión familiar—, para romper una lanza en favor de la retórica frente a la filosofía, sin duda su auténtica bestia negra. No hay detalles, en el opúsculo —nombres, fechas, lugares—, que permitan catalogarlo como una auténtica biografía. No obstante, nadie duda de sus conocimientos escultóricos. Véase, si no, la última obra de este volumen, en la que traza el retrato de una hermosa mujer a partir de diversos modelos escultóricos que se matizan al detalle. Por otro lado, el hecho de presentar la narración de un sueño le da al opúsculo más peso específico, más agilidad y más encanto que si de una pura y simple biografía se tratase.

Escasamente acababa yo de abandonar la escuela, es- 1
tando bien entrado en mis años mozos, cuando mi padre examinaba con los amigos los estudios que debería seguir cursando.

A la mayoría les pareció que la continuación de los estudios requería mucho esfuerzo, mucho tiempo, no poco gasto y una posición social notable, y la nuestra era más que moderada y requería una ayuda rápida.

Caso que yo aprendiera un oficio manual, ante todo cobraría de mi trabajo lo suficiente para ganarme la vida y ya no tendría que vivir en casa a mis años y, además, al cabo de no mucho tiempo le alegraría la cara a mi padre aportando lo que fuera ganando.

2 Así las cosas, comenzó a ponerse a examen el segundo punto: cuál de las profesiones sería mejor, más fácil de aprender, y más adecuada para un hombre libre, que exigiera un desembolso asequible y proporcionara unos ingresos suficientes. Cada uno fue haciendo la loa de la que le parecía más conveniente, bien por creerlo así, bien por experiencia. Mi padre, dirigiendo los ojos a mi tío —estaba allí el tío materno que era un escultor excelente, se contaba entre los tallistas de piedras más famosos—, dijo: «No sería lícito que dominara otro oficio, estando tú aquí entre nosotros; así que, ¡venga!, coge y enséñale —y me señalaba— a éste a tallar, ajustar y esculpir la piedra como dios manda. Puede de sobra, pues —según tú sabes— tiene buenas cualidades para ello.»

Llegaba a esta conclusión por los juguetes de cera que yo hacía. Pues, al acabar las clases, raspando la cera, modelaba bueyes o caballos, o incluso, sí por Zeus, personas humanas bastante bien, al decir de mi padre. Y, por ello, algunas veces recibía yo azotes de mis maestros, pero en aquella ocasión todo eran elogios para mi destreza y todos albergaban esperanzas favorables de que yo en breve tiempo aprendería el oficio, a juzgar por lo bien que se me daba el modelado.

En cuanto pareció el día conveniente para empezar a trabajar, me entregaron a casa de mi tío, lo que, por Zeus, no me supuso problema alguno, sino que me parecía tener una especie de pasatiempo divertido y la posibilidad de enseñarles a mis compañeros a ver si podía esculpir dioses y modelar pequeñas estatuillas para mí y para aquellos a quienes más me apeteciera. Aquella fue mi primera experiencia, la normal de todos los principiantes. Mi tío, dándome un cincel, me ordenó golpear suavemente una plancha que había allí en medio poniendo en ella esta frase de uso común: «Si se empieza bien, ya está hecha la mitad» [1]. Por mi inexperiencia, golpeé con demasiada fuerza y la plancha se rompió; mi tío entonces, cabreado, cogiendo una vara que había por allí cerca me «inició» en la materia no precisamente de un modo suave ni estimulante; así que las lágrimas fueron el proemio del oficio. 3

Escapándome de allí, llego yo a las puertas de mi casa dando suspiros y con los ojos bañados en lágrimas; les cuento el episodio de la vara, al tiempo que les iba enseñando los cardenales y acusaba a mi tío de gran crueldad, exponiendo que él había hecho eso por envidia, no fuera que yo resultara ser mejor que él en el oficio. Consolándome mi madre, al tiempo que le echaba una buena bronca a su hermano, cuando llegó la noche me dormí bañado aún en lágrimas y pensando en la vara. 4

Bien; lo que se ha expuesto hasta ahora son episodios graciosos e infantiles. Lo que vendrá a continuación, señores, no es nada que deba ser despreciado; escúchenlo, pues requiere oyentes que verdaderamente estén deseosos de oír cosas. Por decirlo como Homero [2], 5

[1] Da a entender que unos inicios sólidos y prometedores son garantía de buenos resultados.

[2] Cf. *Ilíada* II 56.

Un ensueño divino llegóme en el sueño
a lo largo de una noche inmortal,

un sueño, digo, tan claro que en nada desmerece de la realidad. Al cabo de tanto tiempo, aún permanecen en mis ojos las imágenes de las distintas cosas que se me iban apareciendo y aún resuenan en mis oídos las palabras que escuché; así de claro estaba todo.

6 Dos mujeres, cogiéndome de las manos, intentaban arrastrarme cada una a su lado con fuerza y con violencia; por poco no me despedazaron en su rivalidad. Tan pronto me dominaba la una y estaba ya a punto de tenerme, como me tenía la otra. Se lanzaban gritos entre sí; la una que, como le pertenecía, quería tenerme ya comprado para siempre; la otra que en modo alguno pasaría yo a manos de otras. Una de ellas era emprendedora, varonil y con el pelo sucio, con las manos llenas de callos y el vestido ceñido, toda cubierta de yeso, como mi tío cuando esculpía las piedras. La otra tenía mucho mejor aspecto; su porte era decoroso, y su vestido bien arreglado.

Ya, por fin, me permiten emitir un juicio sobre cuál de las dos quería yo que me acompañara. La primera en hablar fue la mujer tosca y varonil de la que os hablé antes:

7 «Yo, querido niño, soy el arte de la Escultura, que empezaste a aprender ayer y que te es familiar y con el que estás 'emparentado' por parte de madre. Tu abuelo —e iba diciendo el nombre del abuelo materno— era cincelador, al igual que tus dos tíos, que gracias a mí han llegado a ser famosos. Y si quieres mantenerte al margen de las tonterías y palabrerías de ésa —y señalaba a la otra mujer—, tendrás que seguirme y vivir conmigo; al principio te trataremos muy bien y tendrás unos hombros resistentes y serás ajeno a toda clase de envidia. No te vayas nunca a otra tierra abandonando tu patria y a los tuyos,

y todos te alabarán, y no por los discursos. Que no te 8
aflija lo vulgar de mi cuerpo, ni lo desaliñado de mi vestido. Partiendo de tales circunstancias, el famoso Fidias dio a ver a Zeus, y Policleto modeló a Hera, y Mirón fue objeto de alabanzas y Praxíteles objeto igualmente de admiración. Después de los dioses, ésos son los hombres que reciben veneración. Y si llegaras a ser uno de ellos, ¿cómo no ibas a llegar a ser famoso entre todos los hombres y a hacer de tu padre blanco de envidias, y a convertir tu patria en un lugar admirado en el mundo entero?»

Esas y otras muchas palabras más dijo, trastabillándose y con acento rústico la escultora, enganchando a toda prisa una frase con otra, e intentando convencerme, pero ya no me acuerdo; la mayor parte se me ha ido de la memoria. Una vez que la primera mujer dejó de hablar, la segunda va y empieza así:

«Yo soy, hijo mío, la Educación con quien ya has 9
tenido trato y a quien ya conoces, aunque no hayas tenido de mí una experiencia total. Ya te ha explicado esa mujer cuáles son las ventajas que te reportará el llegar a ser escultor. No serás más que un simple trabajador, que se esforzará con su cuerpo y depositará en él toda la esperanza de la vida; serás un perfecto desconocido; ganarás un sueldo pequeño e indigno, con una reputación muy humilde, sin visos de medrar, sin que vayan a buscarte los amigos, sin que te teman los enemigos, sin que te envidien los ciudadanos; serás pura y simplemente eso, un obrero, uno más de entre todo el pueblo, siempre sumiso ante quien sea tu superior, siempre cortejando a quien puede hablar, llevando la vida de una liebre, siendo una especie de objeto del poderoso. Y aunque llegaras a ser un Fidias o un Policleto y realizaras unas obras maravillosas, todos alabarían tu arte, pero ni uno solo de quienes las vieran, si tu-

vieran dos dedos de frente, pediría a los dioses ser como·
tú; fueras lo que fueras, serías considerado un obrero y
10 un artesano que se gana la vida con las manos. Si me
hicieras caso a mí, en primer lugar te enseñaría muchas
obras de los hombres de antaño, te contaré sus maravillo-
sas acciones y sus palabras y te pondré en contacto, por
así decir, con toda clase de saberes; y tu espíritu, precisa-
mente lo que es más importante de ti, te lo adornaré con
los más numerosos y más excelentes adornos: con sensa-
tez, justicia, piedad, bondad, moderación, inteligencia, cons-
tancia, amor por lo bello y pasión por lo más sublime;
todo eso es el auténtico puro ornato del alma. No te pasa-
rá desapercibido ni lo pasado ni lo que tenga que pasar
ahora, sino que incluso podrás prever el futuro en mi com-
pañía, pues, en una palabra, te enseñaré en no mucho tiem-
po todo cuanto existe, tanto si es divino como si es huma-
11 no. Tú que ahora eres un pobre, un don nadie, un hombre
que está dando vueltas a su cabeza por un oficio tan
innoble, dentro de poco tiempo serás emulado y envidia-
do, honrado y elogiado, tenido en gran consideración por
tus cualidades, blanco de las miradas de hombres que te
aventajan en linaje y riquezas, con un vestido como éste
—y se señalaba a sí misma; por cierto, que lleva un vestido
precioso—, merecedor de un cargo político y de algún tipo
de distinción. Y aunque salgas fuera, no serás desconocido
o ignorado en tierra extraña. Te daré tales señas de identi-
dad que cada uno de los que te vea, espabilando al vecino,
12 te señale con el dedo diciendo: '¡Ahí está ése!' Y si algo
digno de preocupación sorprendiera a los amigos o a la
ciudad entera, todos pondrían al punto sus ojos en ti. Y
cuando por alguna casualidad sueltes un discurso, la ma-
yoría te escuchará con la boca abierta, asombrándose y
felicitándote a ti por la fuerza de tus argumentos y a tu

padre por su buena suerte. Dicen que algunos de los hombres llegan a ser inmortales; voy a procurar esto contigo. Pues aunque te alejes de la vida, nunca dejarás de estar en contacto con los hombres con cultura y en compañía de los mejores. Fíjate, por ejemplo, en el famoso Demóstenes, de quién era hijo [3] y cómo lo transformé yo. Ya ves Esquines, que era hijo de una pandeterera, y sin embargo y merced a mí, Filipo lo colmó de toda clase de atenciones. El mismísimo Sócrates fue educado también por la Escultura, pero, en cuanto tuvo conocimientos de lo mejor, se escapó de ella y vino a mi vera; ya estás oyendo
los cantos que todos entonan. Dejando marchar a unos 13
hombres de esa categoría, dejando a un lado sus acciones brillantes y sus palabras respetables, su porte digno, el honor, la fama, el elogio, la distinción, el poder y el mando, el ser afamado por la elocuencia y felicitado por la inteligencia, te pondrás una túnica raída, recobrarás un aspecto propio de un esclavo y con palanquetas, cinceles, martillos y escoplos en las manos tendrás siempre la cabeza agachada al trabajo; serás un hombre que anda por el suelo, que busca el suelo, bajo en todos los sentidos, que nunca levanta la cabeza, que nunca alberga pensamientos propios de un hombre ni de un hombre libre. Y por mucho que te preocupes de que tus obras resulten armoniosas y bonitas, aunque tú mismo seas armonioso y vistoso, como si no te hubieras preocupado en absoluto, te harás a ti mismo valer menos que las piedras.»

Y cuando estaba ella todavía con la palabra en la boca, 14
yo sin esperar a que terminara su discurso, levantándome

[3] Luciano se complace en recalcar los orígenes tanto de Demóstenes como de Esquines. (*Cf. infra, El maestro de oratoria*, pág. 333.) Demóstenes era hijo de un fabricante de cuchillos.

dejé ver cuál era mi decisión, y plantando a aquella mujer fea y obrera, cambié y me dirigí loco de alegría al arrimo de la Educación, máxime después que me vino a la mente la vara y, sobre todo, el hecho de que, nada más empezar a trabajar, ayer mismo, mi tío me moliera a palos. Cuando ella se vio abandonada, se enfadó, al tiempo que apretaba los puños y rechinaba los dientes. Por último, como oímos contar de Níobe, fue poniéndose rígida hasta quedarse convertida en piedra; y no seáis incrédulos, porque le pasara esa cosa tan extraña; los sueños son capaces de presentar hechos increíbles.

15 La otra mujer, volviendo sus ojos a mí, dijo: «Te recompensaré por este alarde de justicia que has hecho al tomar esta decisión tan justa; así que, ¡vamos!, sube a este carro —y me señalaba un carro de caballos alados, parecidos a Pegaso— para que veas lo que habrías dejado de conocer, si no hubieras decidido acompañarme.»

Una vez que monté, ella conducía y llevaba las riendas, y yo, al tiempo que me iba elevando a las alturas, iba observando, desde el Este hasta el Oeste, ciudades, naciones y pueblos, como Triptólemo [4], esparciendo sobre la faz de la tierra una cierta semilla. Y ya no me acuerdo lo que iba sembrando; excepto únicamente que los hombres, al mirar desde abajo, me ovacionaban y que aquellos por entre quienes iba pasando acompañaban mi vuelo con un silencio religioso.

16 Y tras mostrarme a mí todo eso y mostrárselo yo, por mi parte, a aquellos hombres que me ovacionaban, me llevó al punto de partida, pero entonces ya no llevaba el mis-

---

[4] Por encargo de Deméter, Triptólemo, hijo de Céleo y Metanira, reyes de Eleusis, recorrió el mundo en un carro tirado por dragones alados que la propia diosa le regaló, al tiempo que iba sembrando granos de trigo por toda la faz de la tierra.

mo vestido que llevaba yo al empezar el vuelo; me parecía que volvía vestido de rica púrpura. Y sorprendiendo a mi padre que estaba allí de pie, esperando, le señaló con el dedo aquel vestido y le hizo ver el aspecto con el que yo volvía y le hizo mención de las deliberaciones, de estrechas miras, que habían tenido respecto a mí.

Eso es lo que recuerdo haber visto cuando era casi un niño, con bastante sobresalto, debido, a mi entender, al miedo que me produjeron los azotes.

Y cuando estaba a mitad de mi parlamento, alguien 17
dijo: «Por Heracles, qué sueño tan prolongado y prolijo.» Y aún interrumpió otro; un sueño invernal, cuando las noches son largas, o tal vez un sueño que dura tres noches como el de Haracles, éste también. ¿A santo de qué le ha venido a éste el contarnos todo eso y recordar una noche de su infancia y sueños de hace mucho tiempo que están ya pasados de rosca? La charleta insulsa está ya trasnochada, ¿o es que acaso nos ha tomado como intérpretes de sueños?

No, buen hombre. Jenofonte cuando explicaba, en cierta ocasión, el sueño que había tenido [5], en el que le pareció ver que la casa de su padre y demás posesiones ardían —ya sabéis todos la historia—, no lo hacía buscando una interpretación a lo que había visto, ni porque le apeteciera decir tonterías, máxime en la guerra, con una serie de situaciones desesperadas y los enemigos acechando; antes bien, por el contrario, el relato tuvo una cierta utilidad.

Exactamente igual me ha pasado a mí, y os he contado 18
este sueño que tuve para que los jóvenes vuelvan sus ojos a lo que es mejor y reciban educación, especialmente si alguno de ellos, debido a la pobreza, siente ganas de obrar

---

[5] JENOFONTE, *Anábasis* III 1, 11.

mal y se inclina por derroteros nefastos, echando a perder unas condiciones naturales bastante notables. Estoy seguro de que al escuchar el relato le han entrado fuerzas, al tomarme como un ejemplo idóneo para él, pensando cómo era yo cuando me sentía impulsado a lo mejor y anhelé vivamente la educación sin que me arredrara la pobreza, y cómo soy ahora que he regresado, si no nada del otro jueves, sí al menos un poquito más digno de estima que cualquiera de los escultores.

33

SOBRE EL PARÁSITO O QUE EL PARASITISMO ES UN ARTE

Tal vez sea este diálogo uno de los que más llamen nuestra atención. Ocultando posiblemente su personalidad bajo la etiqueta de «Tiquíades», Luciano fuerza una confrontación con un tal Simón, experto «parásito», hábil como nadie para demostrar que «vivir de gorra» tiene un mérito y requiere esfuerzo y trabajo. Por otro lado y siguiendo una línea argumental e incluso conceptual de corte estoico, se demuestra que el vivir de gorra o el parisitismo es un arte, entendido al modo que lo definían y lo precisaban los estoicos. Requiere su técnica, tiene sus limitaciones y, obviamente, también sus compensaciones.

Luciano, al pergeñar esta imagen del gorrón o parásito no hace sino alinearse con la Comedia Nueva, en la que los «personajes» han dejado sitio a los «tipos». En este sentido la figura estereotipada del Simón de este diálogo está francamente conseguida y realzada, pues no se trata de un parásito de los que a veces resultan en las comedias lo más parecido al payaso-clown, sino de un parásito capaz de argumentar con solidez y de defender con tenacidad sus puntos de vista, que desde luego son muy particulares. ¿Se puede admitir, como hace el tal Simón, que Patroclo vivía a costa de Aquiles, es decir que era un auténtico gorrón o parásito del hijo de Tetis? Respuestas afirmativas a preguntas de esta índole y aseveraciones por el estilo hacen que el diálogo nos obligue a sonreír y a reír una vez más.

1 Tiquíades. — ¿Cómo es, Simón, que el resto de los hombres, tanto libres como esclavos, conocen un oficio por medio del cual se hacen útiles unos a otros, mientras tú, por lo que se ve, no tienes ningún trabajo del que tú mismo pudieras extraer algún beneficio o compartirlo con otro?

Simón. — ¿Cómo me haces esa pregunta, Tiquíades? No tengo ni idea. Prueba a hacerme una pregunta más fácil de comprender.

Tiquíades. — ¿Qué actividad sabes realizar?, por ejemplo. ¿La música?

Simón. — En absoluto, por Zeus.

Tiquíades. — ¿La medicina?

Simón. — Tampoco ésa.

Tiquíades. — ¿La geometría?

Simón. — En modo alguno.

Tiquíades. — ¿Qué, entonces? ¿La retórica? Pues estás a la misma distancia de la filosofía que el vicio.

Simón. — Pues yo más lejos aún si cabe. Así que no creas que me has ofendido por ello, porque no lo sé. Afirmo, en cualquier caso, que soy un hombre vicioso y peor de lo que tú crees.

Tiquíades. — Sí. Pero tal vez no aprendiste esos oficios por su envergadura ni su dificultad. Pero... ¿acaso alguno de los vulgares, el oficio de albañil o de zapatero? Porque no se te ve que andes tan bien como para no necesitar de algún tipo de oficio.

Simón. — Llevas razón, Tiquíades; no conozco ninguno de esos oficios.

Tiquíades. — ¿Cuál, entonces?

Simón. — ¿Que cuál? Uno formidable, a mi entender. Y si lo aprendieras, creo que lo elogiarías sin reservas. En

su práctica soy bastante diestro, pero, en la teoría, no puedo decir lo mismo.

TIQUÍADES. — ¿Cuál es ese oficio?

SIMÓN. — Me parece que aún no me he preocupado de sus aspectos teóricos. De manera que conozco un oficio; bástete con saber eso y, en consecuencia, no debes enfadarte al respecto conmigo. Pronto oirás en qué consiste.

TIQUÍADES. — No voy a poder aguantarme.

SIMÓN. — A lo mejor te resulta chocante la naturaleza del oficio en cuestión cuando lo oigas.

TIQUÍADES. — Precisamente, por eso, ardo en deseos de saberlo.

SIMÓN. — En otro momento, Tiquíades.

TIQUÍADES. — De ninguna manera. Habla ahora..., a no ser que te de vergüenza hablar.

SIMÓN. — ...El parasitismo.

TIQUÍADES. — Pero, vamos a ver, ¿alguien que no sea 2
un demente podría darle a eso el nombre de «oficio» [1]?

SIMÓN. — Pues yo, por ejemplo. Y si te parece que no estoy en mi sano juicio, piensa que en esa demencia radica la clave del no saber ningún otro oficio, y déjame ya libre de tus acusaciones. Dicen que ese extraño duende es duro en los demás terrenos con quienes lo llevan dentro, pero que les perdona sus errores como un maestro o un pedagogo, haciendo recaer sobre sí mismo las culpas de ellos.

TIQUÍADES. — Entonces, Simón, ¿el parasitismo es un oficio?

SIMÓN. — Naturalmente, y yo el experto que lo ejerce.

---

[1] Se habla, en español, de Escuela de Artes y Oficios. En griego, al menos a lo largo del diálogo, no existe distinción entre artes y oficios, pues se da por sentado que el dominio del primero implica el ejercicio del segundo. De ahí que sea el contexto el que nos obligue a traducir bien por arte, bien por técnica, bien por oficio.

TIQUÍADES. — ¿O sea que eres un parásito?

SIMÓN. — Buen insulto me has lanzado, Tiquíades.

TIQUÍADES. — ¿No te pones rojo de vergüenza al oírte llamar parásito?

SIMÓN. — ¡Qué va! Me avergonzaría si no pudiera yo decirlo.

TIQUÍADES. — Entonces, por Zeus, caso que queramos que te conozca alguno de los que no te conocen, cuando estime oportuno saber algo, está claro que diremos «aquí el parásito».

SIMÓN. — Y con más propiedad, incluso, que al referiros a Fidias diríais «el escultor», porque disfruto con mi oficio no menos que Fidias lo haría con su Zeus [2].

TIQUÍADES. — Al pararme a pensar una cosa, me ha entrado mucha risa.

SIMÓN. — ¿Qué cosa?

TIQUÍADES. — Que, al mandarte una carta, pondremos en el encabezamiento, como es costumbre: «A Simón el parásito.»

SIMÓN. — Pues claro, me daríais más gusto que si os dirigierais a Dión llamándolo el filósofo [3].

3 TIQUÍADES. — Me importa un pepino si te gusta oírte llamar así: hay que fijarse en la otra faceta absurda.

SIMÓN. — ¿Qué faceta absurda?

TIQUÍADES. — Si pudiéramos clasificar esa actividad entre los demás oficios, de modo que, si alguien pregunta qué oficio es, se le pueda contestar «el parasitismo», como «la gramática» o «la medicina».

SIMÓN. — Pues, yo incluso me atrevería a afirmar, Tiquíades, que esa actividad constituye casi un oficio más

---

[2] Alusión, posiblemente, a la obra más colosal de Fidias; la estatua de Zeus en oro y marfil destinada a su famoso templo en Olimpia.

[3] Dión de Siracusa, el tirano, amigo y discípulo de Platón.

propiamente que cualquier otra. Si te agrada escucharme, creo que podría explicarte el porqué, aunque, como me apresuré a decirte, no estoy totalmente preparado para ello.

TIQUÍADES. — Nada importará, siempre que lo que digas, aunque sea poca cosa, sea verdad.

SIMÓN. — Bien. Fijémonos, primero, si te parece, en el oficio en general; veamos cuál es su naturaleza. Así podríamos continuar examinando los distintos oficios por sus características, si es que con razón participan de ella.

TIQUÍADES. — Entonces, ¿qué es el oficio en general? Lo sabes perfectamente.

SIMÓN. — Perfectamente.

TIQUÍADES. — Pues, si lo sabes no sé a qué esperas para decirlo.

SIMÓN. — Un oficio es, según voy recordando por ha- 4
berlo oído de labios de un hombre ilustrado, un conjunto de *katalêpseis* que funcionan de forma combinada con vistas a una finalidad práctica en la vida [4].

TIQUÍADES. — Muy bien lo dijo el sabio aquel [5] y muy bien lo acabas de recordar tú.

SIMÓN. — Pues, si el parasitismo participa de todos estos datos, ¿qué otra cosa podría ser sino oficio?

TIQUÍADES. — Si así fuera, un oficio sería, no hay duda.

SIMÓN. — Bien. Apliquemos una por una las características de un oficio al parasitismo y veamos si el enunciado teórico, al respecto, se ajusta o si, como las ollas de mala calidad cuando uno las prueba dándoles un golpecito, suena a hueco. Se hace necesario, pues, que éste, como

---

[4] Simón acuña términos de la filosofía estoica para realzar su definición, que lógicamente oscurecen la traducción; por *katalêpseis* podemos entender captaciones, aprehensiones.

[5] Un estoico, sin duda, cuyo nombre no podemos precisar.

cualquier otro oficio, sea un conjunto de *katalépseis*... Y, lo primero de todo, habrá que examinar y dilucidar qué clase de persona es apropiada para cultivarlo y a quién le cuadraría empezar a ejercer el ejercicio del parasitismo sin tener que arrepentirse de su actitud después. ¿O es que, acaso, diremos que alguien posee el oficio de acuñador de monedas si sabe distinguir las monedas falsas de las que no lo son, mientras que el parásito sin necesidad de oficio distingue a los hombres falsos de los que son buenos, y eso que evidentemente los hombres no son como las monedas?

Razón llevaba el ilustre Eurípides [6] cuando reprochaba esto diciendo:

...y en cambio en el cuerpo de los hombres
no hay marca alguna con que reconocer al malvado...

Por lo cual el oficio de parásito resulta más importante, pues distingue y llega a conocer mejor que la propia mán-
5 tica lo que es tan oscuro y tan recóndito. Pues el saber decir dichos [7] convenientes y el hacer hechos por los que uno va cogiendo confianza y demuestra su afecto con quien le da de comer, ¿no te parece que requiere inteligencia y una sólida *katálēpsis*?

TIQUÍADES. — Naturalmente que sí.

SIMÓN. — ¿Y salir de los banquetes llevándose más que nadie y rivalizar en buena reputación con los que no han adquirido el mismo oficio que él, crees que es posible llevarlo a la práctica sin una base teórica y sin conocimientos?

TIQUÍADES. — Claro que no.

---

[6] *Medea* 518.

[7] Mantengo, como tantas veces, el llamado acusativo interno etimológico; decir, «dichos» y hacer «hechos».

SIMÓN. — Pues, ¿qué? El conocer las ventajas y los inconvenientes de los alimentos y la peculiaridad de los manjares, te parece que no requiere oficio alguno, y ya lo dice el insigne Platón:

> *Quien se apresta a celebrar un banquete, si no tiene conocimientos de cocina, tendrá una opinión hasta cierto punto poco válida respecto del festín que tiene preparado* [8].

Que el oficio de parásito no se adquiere sólo a partir 6
de una serie de *katalḗpseis,* sino que implica también una combinación activa de elementos lo vas a comprender ahora mismo fácilmente.

Las *katalḗpseis* de los demás oficios permanecen sin ejercitarse durante días, meses e, incluso, años y, sin embargo, los que dominan esos oficios no pierden su técnica; en cambio, la *katálēpsis* del parásito, si no se ejercita cada día, no sólo echa a perder el oficio en sí, sino a quien lo ejerce.

Y en lo que a «tendente a algo útil en la vida» se refie- 7
re, ¿no crees que sería de locos ponerse a investigar? No encuentro yo que haya nada más útil en la vida que el comer y el beber; sin ambas cosas, no es posible vivir.

TIQUÍADES. — De acuerdo, pues...

SIMÓN. — Pues resulta que el parasitismo no es igual 8
que la belleza o la fuerza, hasta el punto de que se le considera más que un arte una cierta capacidad.

TIQUÍADES. — Llevas razón.

SIMÓN. — Pero, no es una carencia de arte. La ausencia de arte nunca jamás reporta algo recto a su poseedor. Veamos; si te echaras a la mar en una nave y en medio de la tempestad, ¿lograrías salvarte sin saber pilotar?

---

[8] PLATÓN, *Teeteto* 178d.

TIQUÍADES. — Desde luego que no.

SIMÓN. — ¿Y qué piensas de alguien que se dedica a criar caballos sin saber llevar las bridas?

TIQUÍADES. — No creo que pudiera salvarse.

SIMÓN. — ¿Por qué, como no sea que más que por no tener el arte por cuya mediación podría salvarse?

TIQUÍADES. — Naturalmente.

SIMÓN. — Entonces, si el parasitismo fuera una carencia de arte, ¿no podría salvar al parásito?

TIQUÍADES. — Claro que no.

SIMÓN. — ¿Le salva entonces un arte y no la carencia de un arte?

TIQUÍADES. — Así es.

SIMÓN. — Entonces, sin lugar a dudas, el parasitismo es un arte.

TIQUÍADES. — Un arte, así parece.

SIMÓN. — Yo sé que muchas veces buenos pilotos sucumben en naufragios y expertos aurigas se caen de los carros, y los unos se rompen los huesos y los otros perecen sin remedio; nadie, en cambio, podría contar un naufragio de un parásito. Así que si el parasitismo no es ni una carencia de oficio, ni una capacidad, sino un «complejo de *katalêpseis* que funcionan armoniosamente», está claro que hemos llegado hoy a la conclusión evidente de que es un arte.

9 TIQUÍADES. — En base a todo lo dicho, sí, pero... danos una definición genuina del parasitismo.

SIMÓN. — Bien hablas. Me parece que podría definirse de la siguiente manera: el parasitismo es un arte de bebidas y comidas, y de lo que se debe decir para obtenerlas, que tiene como finalidad el placer.

TIQUÍADES. — Me parece que has definido tu oficio a las mil maravillas, pero fíjate a ver no sea que, en lo que

a su finalidad se refiere, entres en liza con algunos de los filósofos [9].

SIMÓN. — Ya es bastante que el objetivo final de la felicidad y del parasitismo sea el mismo, y así se va a poner de manifiesto enseguida. Pues el sabio Homero, admirando 10
la vida del parásito porque era el único dichoso y envidioso, dice así [10]:

Afirmo, por mi parte, que no hay un objetivo más gozoso
que cuando el disfrute embarga al pueblo entero
y al banquete se entregan en palacio escuchando al aedo
sentadas en fila, y a su lado rebosan las mesas
de panes y viandas. De cráteras extrae vino y lo escancia
el esclavo que lo vierte después en las copas...

Y no contento con admirar todo eso, pone más de relieve su propio punto de vista al decir:

eso es lo más hermoso que parece haber en mis entrañas [11],

pensando, a juzgar por lo que dice, no otra cosa, sino que el parasitismo es algo estupendo. Y no le ha atribuido esas palabras al primer hombre que le ha salido al paso, sino al más sabio de todos. Si Ulises hubiera querido elogiar la finalidad según los estoicos, habría podido decir lo mismo cuando se llevó a Filoctetes de Lemnos, cuando saqueó Ilión, cuando retuvo a los griegos en su huida, cuando llegó a Troya habiéndose azotado y vestido con los raídos harapos de los estoicos. Pero, entonces, no dijo que ésa era una finalidad más entretenida. Antes bien, tras llegar

---

[9] Alusión clara a epicúreos y estoicos, aunque por motivos contrarios; para los epicúreos es el fin al que hay que tender, mientras que para los estoicos es su contrario, la virtud, la meta que debe perseguirse.

[10] *Odisea* IX 5 ss.

[11] *Ibid.*, IX 11.

a meterse, una vez, en la vida de los epicúreos en la isla de Calipso, cuando tuvo al alcance de su mano el vivir sin dar golpe, a todo lujo, y el poder hacer el amor con la hija de Atlante disfrutando del contoneo de su suave piel, ni siquiera entonces le llamó a eso «el objetivo más gozoso», no, sino a la vida de los parásitos; por cierto que entonces los parásitos se llamaban «convidados»[12]. ¿Y cómo dice? Vale la pena recordar de nuevo los versos, pues no hay nada como oírlos recitar varias veces:

al banquete se entregan sentados en fila
y a su lado las mesas rebosan
de panes y viandas.

11 Epicuro, quitándole sin ningún recato el objetivo final al parasitismo, lo convierte en el objetivo final de la felicidad según él. Y pronto te darás cuenta de que el hecho es un plagio, y de que el placer no es de la competencia de Epicuro, sino del parásito. Yo, al menos, pienso que el placer consiste, ante todo, en la relajación total de la carne y, después, en el no tener el espíritu abrumado de barullo y confusión; y sólo el parásito alcanza las dos cosas, mientras Epicuro ni una, ni otra. Pues él, cuando investiga sobre la forma de la tierra, y la infinidad de los mundos y el tamaño y las distancias del sol, y los elementos primarios, sobre los dioses, a ver si existen o no, y sobre la causa final, enzarzado constantemente en disputas y discusiones con la gente, se ve envuelto en una serie de alteraciones no sólo de índole humana, sino, incluso, de índole cósmica. El parásito, por el contrario, creyendo que las cosas están bien como están, convencido de que si estu-

[12] Luciano se permite, en el colmo de su ingenio, esta sutil distinción. Homero, obviamente, no habla de «parásitos», sino de *daitymónes*.

vieran de otro modo no estarían mejor, con enorme relajo y calma chicha, sin que ningún problema de esa índole turbe su paz, se dedica a comer y a tumbarse boca arriba dejando caer los pies y las manos, como Ulises en su navegar rumbo a la patria desde Esqueria [13]. Y no sólo por 12
esa razón no es el placer en absoluto de Epicuro, sino por lo que voy a decir ahora. El Epicuro ése, por muy sabio que sea, o tiene que comer o no. Si no tiene, no vivirá con placer; es que ni siquiera vivirá. Y si tiene, o se procura la comida él o la obtiene de otro. Ahora bien, si obtiene su comida de otro, es un parásito y no el que él dice que es. Y si se la procura por sí mismo, no vivirá con placer.

TIQUÍADES. — ¿Cómo que no vivirá con placer?

SIMÓN. — Si se procura el sustento por sí mismo, forzosamente lo acompañarán a lo largo de su vida muchas situaciones incómodas; calcula cuántas, pues es necesario que quien se apresta a vivir según los dictados del placer llene a rebosar todos los apetitos que se le vayan presentando. ¿Qué tienes que decir a eso?

TIQUÍADES. — Pues que estoy de acuerdo contigo.

SIMÓN. — Así pues, a quienes han logrado hacerse con muchos recursos se les ofrece esa oportunidad, pero a quien ha logrado reunir escasos o nulos, no. Con lo que un pobre nunca llegaría a ser sabio, ni llegaría al objetivo final, me refiero al placer. Y ni siquiera el rico, por más que quiera prestar un servicio a sus deseos con derroche de su hacienda, podrá llegar a él.

TIQUÍADES. — ¿Y, entonces?

SIMÓN. — Cuando alguien gasta su propio dinero, se ve inexorablemente envuelto en muchas situaciones desagradables, bien peleando con su cocinero porque le ha pre-

[13] *Od.* XIII 79 y 92.

parado mal las viandas, o, si no llega a pelear, comiendo una comida mala, que es tanto como decir verse privado del placer, y discutiendo con el mayordomo porque no lleva una correcta administración de la casa. ¿O no es así?

TIQUÍADES. — Sí, por Zeus, estoy de acuerdo.

SIMÓN. — Es verosímil que todo eso le haya sucedido a Epicuro, que nunca logrará alcanzar el objetivo final. El parásito, en cambio, no tiene cocinero con el que enfadarse, ni finca, ni administrador, ni dinero, cosas éstas por las que puede ser corrompido y sentir vergüenza por ello, y tiene una situación tal que le permite ser el único que come y bebe sin verse fastidiado por toda esa serie de co-
13 sas que forzosamente fastidian a los ricos. Pues bien, me parece que con estos y otros argumentos ha quedado demostrado que el gorroneo es un oficio. Falta por demostrar que es el mejor, y no pura y simplemente eso, sino, en primer término, que difiere de todos los demás oficios globalmente considerados en conjunto y, después, de cada uno en particular. Difiere de todos ellos en conjunto en lo siguiente. Resulta inexorable que el aprendizaje de todo oficio lleve aparejado en sus comienzos esfuerzo, temor, golpes, cosas todas de las que cualquiera suplicaría poder librarse. En cambio, este oficio es, por lo que se ve, el único que puede aprenderse sin esfuerzo. ¿Quién se ha marchado alguna vez de un banquete llorando, como vemos que salen muchos de manos de los maestros [14]? ¿A quién se ha visto con aire triste a la salida de un banquete, como se ve a los que acuden a las escuelas? El parásito se dirige al banquete con ganas locas de ejercer su oficio, mientras

[14] Alusión a los azotes que propinaban los maestros a los niños en la escuela. Recuérdese la amarga experiencia que el propio Luciano sufrió en sus carnes de manos de su maestro escultor, su propio tío.

que el resto de los hombres aprenden unos oficios que odian hasta el punto de que algunos se escapan de casa por culpa de ellos.

Y no estaría de más que se te metiera en la cabeza que los padres y las madres, a los hijos que progresan en los distintos oficios, los premian de un modo especial con lo mismo que premian cada día al parásito. Van y dicen: «¡Por Zeus!, ¡qué bien ha escrito el niño!, dadle una golosina»; «No ha escrito bien, no se la deis». El asunto, pues, es importante tanto a la hora de premiar como de castigar.

Los restantes oficios logran su objetivo al final del 14
todo, después de su aprendizaje, y es entonces cuando recobran sus frutos alegremente; pero es escarpado el camino que lleva a ellos. El parásito es el único de entre todos que disfruta del propio oficio en el mismo momento en que está aprendiendo, y casi en el mismo punto están el principio y el final.

Y de entre todos los demás oficios no algunos, no, todos se han inventado con vistas a procurarse el sustento, mientras que el parásito lo consigue en el momento mismo de comenzar a ejercer su oficio. ¿O no te has parado a pensar que el agricultor cultiva los campos no por el hecho de cultivarlos, y el albañil construye edificios no por el hecho de edificarlos, mientras que el parásito no anda persiguiendo otra finalidad, sino que, para él, vienen a ser lo mismo la actividad y el objetivo que se persigue con esa actividad?

Y no hay nadie que no sepa que quienes desempeñan 15
los demás oficios «pringan» el resto del tiempo; sólo se toman uno o dos días de fiesta al mes, y entonces es cuando se dice que disfrutan; el parásito, en cambio, tiene fiesta los treinta días del mes; para él, todos los días son días festivos en honor de los dioses.

16 Además, como quienes desean llevar bien el desempeño de los otros oficios no abusan de la comida ni de la bebida, como los enfermos, es imposible que los aprendan al lado de un hombre que disfruta comiendo y bebiendo a base de bien.

17 Por otro lado, los restantes oficios en modo alguno pueden prestar un servicio a quienes los han adquirido sin sus instrumentos; no se puede tocar la flauta sin flauta, ni se puede cantar salmodias sin lira, ni cabalgar sin caballo; el parasitismo, en cambio, es tan fenomenal y tan liviano para el parásito, que le permite ejercer su oficio sin necesidad de tener aparato alguno.

18 Y en lo que a los demás oficios se refiere, parece
ser que pagamos dinero por aprenderlos, mientras que en
19 éste lo recibimos; pues de los demás oficios existen pro-
fesores, pero del parasitismo, ninguno, sino que se adquie-
re como el arte, según Sócrates, por un cierto designio
divino [15].

20 Fíjate, además, que no podemos ejercer los demás oficios, mientras caminamos o mientras navegamos y, en cambio, éste —el parasitismo— se puede ejercer en el camino y en el barco.

TIQUÍADES. — Estoy de acuerdo.

21 SIMÓN. — Además, Tiquíades, me parece que los demás oficios tienen envidia de éste, mientras que éste de ningún otro.

TIQUÍADES. — ¿Por qué? ¿No te parece que quienes cogen lo ajeno transgreden la justicia?

SIMÓN. — Por supuesto que sí.

TIQUÍADES. — Entonces, ¿cómo es que el parásito es el único que coge lo ajeno y no transgrede la justicia?

---

[15] Idea expuesta en *Ión* 534b-c.

SIMÓN. — No puedo contestarte. Los comienzos de los 22
demás oficios son vulgares y carentes de importancia, mientras que los del parasitismo son muy elevados, ya que el tan cacareado nombre de «amistad» no es otra cosa que el comienzo del parasitismo.

TIQUÍADES. — ¿Qué quieres decir?

SIMÓN. — Quiero decir que nadie invita a su mesa a ningún enemigo, o desconocido, ni siquiera a alguien con quien no tenga un cierto trato. Me parece a mí que antes debe hacerse amigo para poder compartir con él las libaciones, la mesa y los demás secretos de este oficio. Yo, al menos, oigo decir a la gente con frecuencia frases como ésta: «¿Qué clase de amigo es ése que ni ha comido ni ha bebido con nosotros?» Es evidente que quienes así hablan, piensan que sólo es un amigo auténtico el que comparte la bebida y la comida.

Y por lo que te voy a explicar a continuación podrías 23
llegar a entender que es el más regio de los oficios. Los hombres ejercen los demás oficios no sólo con esfuerzos y sudores, sino que, además, por Zeus, trabajan sentados unas veces, otras de pie, como si fueran esclavos de sus oficios, mientras que el parásito ejercita su oficio repantingado, como un rey. ¿Y qué decir de su felicidad? Baste, 24
simplemente, con citar al sabio Homero: es el único que

ni planta una planta con sus manos ni mueve el arado
sino que todo se le da sin sembrarlo y sin ararlo [16].

Y a un orador o a un geómetra o a un herrero nada 25
le impide ejercitar su oficio por muy perverso y necio que sea, mientras que ningún hombre perverso o necio puede dedicarse al parasitismo.

---

[16] *Od.* IX 108-109.

TIQUÍADES. — ¡Madre mía! ¡Qué cosa debe ser el parasitismo! Me parece que me están ya entrando ganas de ser un parásito, en vez de lo que soy.

26 SIMÓN. — Bien, me parece que ya ha quedado lo suficientemente demostrado que difiere de todos los oficios conjuntamente considerados. Veamos ahora cómo difiere de cada uno de ellos en particular. Compararlo con cualquiera de los oficios manuales es insensato, más bien propio de quien intenta rebajar la dignidad del oficio en cuestión. Debe demostrarse ahora claramente que difiere de los oficios más nobles y más importantes. Es del dominio común que éstos son la retórica y la filosofía, a las que por su enjundia algunos se esfuerzan en demostrar que son ciencias. Me gustaría demostrar, sin embargo, que el parasitismo es superior a ellas. Y se verá bien a las claras, entonces, que es mucho más superior que los demás oficios; algo así como Nausícaa entre sus criadas.

27 En bloque difiere de ambas, de la retórica y de la filosofía, lo primero de todo en el fundamento [17]; el parasitismo lo tiene, ellas no. No pensamos que la retórica sea una y la misma cosa, sino que unos la consideran un oficio, otros, por el contrario, su carencia, otros un mal oficio, y así sucesivamente. Lo mismo con la filosofía, que no es uniforme y consistente, pues a Epicuro le parece que las cosas son de una manera, y a los de la Estoa de otra, y a los de la Academia de otra, y a los del Perípato de otra, y así sucesivamente; cada uno tiene su propio concepto de la filosofía. Y, hasta la fecha, ni las mismas personas sostienen su opinión, ni se ve por ningún lado que su oficio sea uno solo; de todo lo cual se desprende con

[17] No sé hasta qué punto es correcta la traducción por «fundamento» de la palabra griega *hypóstasis*.

enorme claridad la siguiente conclusión: afirmo que no es un oficio aquello que no tiene una base fundamental. Porque, ¿no es cierto que la aritmética es una y la misma, y dos por dos son cuatro aquí y en Persia, y sus teorías coinciden en Grecia y fuera de ella, mientras que vemos muchas y muy diversas filosofías cuyos principios y cuyos fines no coinciden en absoluto?

TIQUÍADES. — Llevas razón. Dicen que la filosofía es una, pero ellos la hacen muchas.

SIMÓN. — Pues, en lo que a los demás oficios se re- 28
fiere, aunque existan en ellos ciertos desajustes, podría uno perdonárselos, dado que parecen «estar en el intervalo medio» y sus *katalḗpseis* no son inmutables. Pero ¿quién podría sostener la teoría de que la filosofía no será una y en mejor armonía consigo misma que los instrumentos musicales? Pero la filosofía no es una sola, pues estoy viendo que es una infinitud, y, sin embargo, no pueden ser muchas, por cuanto que la filosofía es una.

Lo mismo se podría decir sobre la base fundamental de 29
la retórica. El hecho de que no puedan decir todos lo mismo sobre un único tema propuesto, sino que se produzca una batalla de carácter contradictorio, es la mayor demostración de que aquello de lo que no hay una única *katálēpsis* no existe. El andar investigando a ver qué más es eso y el no reconocer que es uno, eso destruye la esencia misma de aquello que se investiga.

El parasitismo no es así, sino que, tanto entre los grie- 30
gos como entre los bárbaros, es único y consistente y nadie podría decir que unos practican el parasitismo así y otros asá. No existen, entre los parásitos, sectas como los estoicos o los epicúreos que sostienen doctrinas distintas; al contrario, existe entre todos y con todos una afinidad de ideas total y una consonancia entre las acciones y sus fines. En

ese punto, al menos, mucho me temo que el parasitismo es sabiduría.

31 TIQUÍADES. — Me parece que ya has expuesto el tema con suficiente amplitud. ¿Cómo vas a demostrar que la filosofía es en otros aspectos inferior a tu oficio?

SIMÓN. — Antes que nada hay que decir que un parásito nunca jamás ha sido un amante de la filosofía, mientras que por el contrario están, en la mente de todos, muchísimos filósofos que sí han sentido amores por el parasitismo, y aún hoy los sienten.

TIQUÍADES. — ¿Qué filósofos podrías mencionar que estuviesen deseosos de dedicarse al parasitismo?

SIMÓN. — A los que quieras, Tiquíades. Tú, aunque los conoces, haces como que no; ¡como si de ello se derivara para ellos un baldón y no un honor!

TIQUÍADES. — No, Simón, por Zeus, sino que de verdad no puedo decir a quiénes te podrías referir.

SIMÓN. — Querido amigo, me parece que estás un poco desconectado de las biografías de esos hombres, pues de otro modo podrías reconocer, de todas todas, a quienes yo me estoy refiriendo.

TIQUÍADES. — ¡Vamos, por Heracles, que me muero de ansia por oír quiénes son!

32 SIMÓN. — Te los voy a enumerar por orden, y no a los más flojos, sino —así me lo parece— a los mejores y a los que menos te imaginas. Esquines el socrático, el que escribió los largos y sutiles diálogos y se presentó con ellos, en cierta ocasión, en Sicilia a ver si por medio de ellos lograba darse a conocer a Dionisio el tirano. Tras leer el *Milcíades*, creyendo que había tenido una acogida favorable, se estableció en Sicilia por el resto de sus días viviendo de gorra a costa de Dionisio tras decir adiós
33 muy buenas a los diálogos de Sócrates. Y... Aristipo,

el cirenaico, ¿no te parece uno de los filósofos sobresa-
lientes?

TIQUÍADES. — Claro que sí.

SIMÓN. — Pues también ése, más o menos al mismo
tiempo, vivió en Siracusa a costa de Dionisio. De entre
toda la corte de parásitos, él era el que gozaba de mayor
favor de Dionisio; le enviaba cada día a los cocineros para
que aprendieran algo de él. Ese hombre, al parecer, ejercía 34
el oficio de un modo excelente. Y Platón, vuestro filósofo
más sobresaliente, llegó, también él, a Sicilia al círculo de
Dionisio y, tras pasar unos pocos días viviendo de gorra,
a expensas del tirano, fue expulsado por inepto y regresó
a Atenas. Trabajando duro, preparándose a conciencia, se
embarcó en una segunda expedición para Sicilia y, tras pa-
sar unos días de banquete en banquete, fue nuevamente
expulsado por incompetencia. Me parece que a Platón le
ocurrió en torno a Sicilia la misma desgracia que a Nicias [18].

TIQUÍADES. — ¿Y quién, Simón, habla de eso?

SIMÓN. — Numerosos y diversos autores, Aristóxeno, 35
el músico [19], acreedor a gran consideración; también él era
un parásito de Neleo.

Eurípides, que no dejó de vivir de gorra a expensas
de Arquelao hasta que murió, y Anaxarco, lo mismo, a
expensas de Alejandro; lo sabes perfectamente. Aristóteles 36
tuvo tan sólo una iniciación en el parasitismo, más o me-
nos como en los demás oficios. He demostrado que, tal 37
como eran los hechos, los filósofos han procurado con to-
das sus fuerzas dedicarse al parasitismo, pero nadie puede

---

[18] Desde luego no fue Sicilia lugar propicio, ni para el famoso filósofo que fracasó en sus intentos de instaurar allí el modelo de Estado que diseñó en su *República,* ni para Nicias el general ateniense que cosechó en las Guerras del Peloponeso la derrota más sonada, preludio del gran desastre final.

[19] Discípulo de Aristóteles, autor de una *Vida de Platón.*

decir de un parásito que haya tenido intención de dedicarse a la filosofía.

38 Y si la felicidad consiste en no pasar hambre ni sed ni frío, en ningún otro hombre se da todo eso más que en el parásito. Uno podría encontrarse a muchos filósofos tiritando y muertos de hambre, pero a un parásito no; o mejor, no sería un parásito, sino un pobre mendigo semejante a un filósofo.

39 TIQUÍADES. — El tema parece lo suficientemente discutido. ¿Cómo vas a demostrar ahora que también en los demás aspectos el parasitismo difiere de la retórica?

SIMÓN. — En la vida de los hombres, amigo mío, existen coyunturas diversas, unas de paz, otras de guerra. En ellas es absolutamente obligatorio que se pongan de relieve todos los oficios y quiénes son los que los ejercen. Fijémonos en primer término, si te parece, en las etapas de guerra, a ver quiénes serían los hombres de mayor utilidad, tanto en el plano individual como en el colectivo, para la ciudad en general.

40 TIQUÍADES. — ¡Qué insensata confrontación de hombres me estás anunciando! Incluso yo mismo llevo rato riéndome pensando conmigo mismo cómo resultaría un filósofo comparado con un parásito.

SIMÓN. — Pues bien, para que no te quedes anonadado ni te parezca el asunto algo baladí, imaginemos que se nos anuncia, de golpe y porrazo, que los enemigos han invadido nuestro territorio, y que no hay más remedio que hacerles frente y no permitir que sea devastado el territorio que queda fuera de la muralla, y que el general en jefe ordena el alistamiento de todos cuantos están en la edad militar, y que los demás acuden también, entre ellos, algunos filósofos, oradores y gorrones. Desnudémoslos primero, pues es obligatorio que quienes se disponen a empuñar

las armas se despojen previamente de sus vestiduras. Inspecciona a esos hombres, amigo mío, y examina sus cuerpos uno por uno; verás que algunos de ellos, por las privaciones que soportan, están delgados, pálidos, temblorosos, como si estuvieran ya abatidos por alguna herida. Sin duda resultaría ridículo decir que pueden soportar un certamen, un combate a pie firme, una serie de acometidas, polvo y heridas unos hombres como aquellos que necesitan que alguien les eche una mano. Pasa y observa el aspecto 41
que presenta el parásito. ¿No es su cuerpo, primero, bastante consistente, y su piel agradable —ni negra, ni blanca, por una parte parece una mujer, por otra un esclavo—, y su mirada ardiente con un fulgor como la mía, importante y altanera? Y no está bien llevar a la guerra a quien tiene una mirada temerosa y femenina. Pero, ¿no sería un hombre así un excelente hoplita si viviera y un hermoso cadáver si muriera?

Pero, ¿a qué hacer este tipo de comparaciones cuando 42
tenemos ejemplos de ello? Por decirlo en dos palabras: en la guerra, de los oradores o filósofos que en el mundo han sido, algunos ni siquiera han podido resistir el asomarse fuera de las murallas. Y si alguno ocupó su lugar en formación porque no tuvo más remedio que obedecer las órdenes que le dieron, abandonó su puesto y dio media vuelta, lo aseguro.

TIQUÍADES. — ¡Asombroso todo lo que dices, y desde luego no te muerdes la lengua! Pero sigue, sigue.

SIMÓN. — De entre los oradores, Isócrates, por ejemplo, nunca jamás fue a la guerra, sino que, por cobardía creo, ni siquiera subió al tribunal, pues tengo entendido que por eso es por lo que casi no tenía voz [20]. Y Démades

[20] Era del dominio público que Isócrates no intervenía en los tribuna-

y Esquines y Filócrates, en cuanto se produjo la declaración de guerra de Filipo, presos de temor, ¿no entregaron su ciudad y sus propias personas a Filipo, y eso que controlaron en Atenas los intereses políticos de Filipo, que no paraba de guerrear por ellos contra los atenienses? Pues también aquél era amigo suyo en aquellas circunstancias.

Hipérides y Demóstenes y Licurgo que parecían los más valerosos y estaban constantemente incitando a las masas y lanzando improperios contra Filipo, ¿qué acción destacada protagonizaron en la guerra que mantuvieron contra él? Hipérides y Licurgo ni siquiera salieron a luchar; ni se atrevieron siquiera a asomarse un poquito fuera de las puertas, sino que, metidos bien dentro de las murallas, se sentaban como si estuvieran ya sitiados, al tiempo que exponían sus flojas opiniones y sus pobres consejos. Y su «corifeo» cabeza visible, el que no paraba de decir en las asambleas:

Filipo, el destructor macedonio, ese país en el que uno no podría comprar ni un simple esclavo [21],

cuando se decidió a avanzar hasta Beocia, antes de que los ejércitos entablaran combate y llegaran a las manos, mandando a paseo el escudo, huyó. ¿No le habías oído a nadie esto, que es archisabido no para los atenienses, pero sí para los tracios y escitas, de donde era esa calamidad de hombre?

43 TIQUÍADES. — Ya lo sé. Pero el ejercicio de esos hombres consistía en recitar discursos, no en hacer alardes de valor. ¿Y qué me dices de los filósofos? A ésos seguro que no puedes censurarlos como a los oradores.

---

les, porque tenía una voz muy débil. Lo que es curioso es que Luciano piensa que por cobardía no le llegaba la voz a la garganta.

[21] Palabras pronunciadas por DEMÓSTENES en *Contra Filipo, III* 31.

SIMÓN. — Esos tipos, Tiquíades, que se pasan todo el día dialogando sobre la valentía y desgastando el nombre del valor, me parecen con mucha diferencia más cobardes y más flojos que los oradores. Fíjate. Primero; no se puede decir de ningún filósofo que haya muerto en la guerra. Segundo; ni siquiera han formado parte de un ejército; y si alguna vez lo han hecho, todos huyeron. Antístenes y Diógenes y Crates y Zenón, Platón y Esquines y Aristóteles y toda esa panda ni llegaron a conocer el alistamiento en filas. El único que tuvo el valor de salir a luchar a la batalla de Delión, el sabio Sócrates, huyendo de aquel lugar se refugió en la palestra de Taureas a donde llegó procedente de Parnes [22]. Claro, le parecía más enjundioso sentarse y hacerles cucamonas a unos mozalbetes de tres al cuarto y proponer acertijos sabihondos a quienes le salían al paso, que luchar con un hombre de Esparta.

TIQUÍADES. — Amigo mío; de eso ya estoy enterado por otras personas que, por Zeus, no tenían intención de burlarse de ellos o de insultarles. Así que no me parece que forme parte del disfrute de tu oficio el difamar a esos hombres. Explica, pues, si te parece, cómo se comporta el 44
parásito en la guerra y di si, de entre los antepasados, se sabe de alguno que haya sido un parásito.

SIMÓN. — Amigo mío; no hay nadie que no haya oído hablar de Homero, por muy inculto que sea, y no sepa que sus héroes más excelentes son todos unos parásitos. El famoso Néstor, aquel de cuya lengua fluía la palabra

---

[22] Si hemos de dar crédito a Alcibíades cuando toma la palabra en el *Banquete* de PLATÓN, la actuación de Sócrates como soldado debía de ser más propia de un espartano que de un ateniense; salvando al propio Alcibíades en la batalla de Delión se hizo acreedor a condecoraciones militares, que no aceptó (*Banqu.* 220e).

como la miel, era un parásito del mismísimo rey. Y Agamenón no elogia ni admira a Aquiles, como se podría pensar, por tener el cuerpo más destacado, ni a Diomedes ni a Ayante en la misma medida que a Néstor. Él no les pide a los dioses tener diez Ayantes, ni diez Aquiles; tiempo ha que habría tomado Troya si hubiera tenido diez soldados como el parásito aquél, y eso que era ya un anciano [23]. Y lo mismo se dice de Idomeneo, el hijo de Zeus, parásito de Agamenón [24].

45 TIQUÍADES. — Todo eso ya lo sé yo, pero no me parece que pueda admitirse que esos dos hombres eran parásitos de Agamenón.

SIMÓN. — Haz memoria, buen hombre, de las palabras que le dice Agamenón a Idomeneo.

TIQUÍADES. — ¿Qué palabras?

SIMÓN.

Tu copa está siempre llena, como la mía
por si el ánimo te impulsa a beber [25].

En ese pasaje, cuando dice que la copa estaba siempre llena, no quiere decir que la copa de Idomeneo estuviera siempre llena a rebosar tanto cuando estaba luchando como cuando estaba durmiendo, sino que a su alcance y sólo al de él estaba el compartir la mesa con el rey durante toda la vida, no como los demás soldados a los que se invitaba algunos días.

Y a Ayante, después de sostener un excelente combate singular con Héctor, dice Homero:

llevaronlo ante el divino Agamenón [26],

---

[23] *Ilíada* II 371-374.
[24] *Ibid.*, IV 257-263.
[25] *Ibid.*, IV 262-263.
[26] *Ibid.*, VII 312.

y como gran premio se le concedió compartir mesa con el rey. Idomeneo y Néstor lo hacían todos los días, según dice él mismo. Y, a mi entender, Néstor es el gorrón que mejor ejerció su oficio de entre los reyes. Y no empezó a ejercerlo en tiempo de Agamenón, sino que hay que remontarse a la época de Ceneo y Exadio [27]. Y si Agamenón no hubiera muerto no habría dejado de ejercer su oficio.

TIQUÍADES. — Ése sí que fue un parásito notable. Si conoces a algunos más, procura decirlo.

SIMÓN. — Vamos a ver, Tiquíades, ¿no era Patroclo un 46
parásito de Aquiles y eso que en su juventud no desmerecía física, ni psíquicamente, en nada; de los demás griegos? Creo que por sus actuaciones se podría llegar a la conclusión de que ni siquiera era inferior a Aquiles. Él rechazó a Héctor, cuando perforó las puertas y luchaba dentro junto a las naves, y apagó el incendio sobre la nave de Protesilao que ya ardía. Y los tripulantes de esa embarcación no eran precisamente los más flojos, que eran los hijos de Telamón, Áyax y Teucro, el primero buen hoplita, el segundo diestro arquero. Y mató a muchos de los bárbaros, entre ellos a Sarpedón, el hijo de Zeus, el parásito de Aquiles. Y murió no de un modo semejante al de los demás, pues a Héctor lo mató Aquiles, uno contra uno, y a Aquiles, Paris, pero al parásito Patroclo, un dios y dos hombres. Y, al morir, pronunció unas palabras no como las del ilustre Héctor que se inclinó ante Aquiles y suplicó que su cadáver fuera entregado a sus familiares, sino las propias de un parásito. ¿Que cuáles eran?

Aunque me hubieran hecho frente veinte hombres,
habrían sucumbido domeñados por mi lanza [28].

---

[27] Esto es, dos generaciones anteriores (cf. *ibid.* I 250, 264).
[28] *Ibid.*, XVI 847.

47 TIQUÍADES. — Ya basta, intenta ahora explicar que Patroclo no era un amigo, sino un parásito de Aquiles.

SIMÓN. — Te voy a presentar al mismísimo Patroclo diciendo que era un parásito.

TIQUÍADES. — ¡Increíble!

SIMÓN. — Escucha estos versos:

Que mis huesos yazcan no lejos de los tuyos, Aquiles,
sino juntos, pues junto a ti me crié en vuestras man-
[siones [29].

Y un poco más adelante dice:

Y ahora, Peleo, acogiéndome,
me crió con esmero y me llamó criado suyo... [30].

es decir, lo tenía a sus expensas. Pues si hubiera querido llamar a Patroclo «amigo», no le habría dado el nombre de criado, y Patroclo era un hombre libre. ¿A quiénes, entonces, llama criados, si no es ni a los amigos ni a los esclavos? Está claro, que a los parásitos. También lo llama del mismo modo a Meriones, que era criado de Idomeneo, pues ése, creo, es el nombre que se daba a los parásitos.

Fíjate que tampoco le parece oportuno llamarle a Idomeneo, que era hijo de Zeus,

semejante a Ares, sino a Meriones [31],

48 su parásito. Y, además, ¿Aristogitón, que era un hombre del pueblo y sin recursos, según dice Tucídides [32], no era un parásito de Harmodio? ¿No era también su amante? Evidentemente los parásitos son también amantes de quie-

---

[29] *Ibid.*, XXIII 83.
[30] *Ibid.*, XXIII 89.
[31] *Ibid.*, XIII 295.
[32] TUCÍDIDES, VI 54, 2.

nes los mantienen. Pues bien, ese parásito devolvió la libertad a una Atenas sujeta al yugo de la tiranía y ahí tienes su estatua de bronce, erigida en el ágora junto con las de sus mancebos. Esos hombres, de una categoría tal, eran unos excelentes parásitos.

Y bien, ¿cómo te imaginas que se comporta el parásito 49
en tiempo de guerra? Lo primero de todo, ¿no crees que, bien desayunado, se dirige a su puesto en filas como el propio Odiseo estima oportuno que se haga? No es posible, dice, luchar de otro modo en la guerra, sobre todo si hay que ponerse a pelear en cuanto amanece. Y mientras el resto de los soldados, temerosos y preocupados pierden el tiempo, el uno ajustándose el casco, el otro poniéndose la coraza, el de más allá se pone a temblar barruntando los horrores de la guerra, el parásito come con un aspecto radiante, y después de partir para la guerra, combate en las primeras posiciones. Quien le alimenta se parapeta tras su parásito, que lo cubre con su escudo como Áyax a Teucro, y cuando las flechas vuelan sobre ellos se queda al descubierto y protege a su patrón; prefiere que éste se salve antes que hacerlo él.

Y si el parásito sucumbe en la guerra, ni capitán, ni 50
soldado se avergonzaría de tener junto a sí un cadáver importante y, como en el banquete, airosamente reclinado. Bien valdría la pena ver, tumbado junto a uno, el cadáver de un filósofo, enjuto, sucio, con larga barba, muerto antes de la lucha, un hombre enclenque. ¿Quién no sentiría un enorme desprecio por esta ciudad al ver que sus abanderados son estos tipos tan desarrapados? ¿Quién no se imaginaría, al ver a esas piltrafas de hombres por el suelo, pálidos, y melenudos, que la ciudad, por no poder contar con alianzas, ha sacado de la cárcel para que luchen en la guerra a los canallas que tenía en prisión?

51 Frente a los oradores y los filósofos, así se comportan los parásitos en tiempo de guerra. Y me parece que, en tiempo de paz, se diferencia el parasitismo de la filosofía lo mismo que la paz de la guerra. Fijémonos, primero, si te parece, en los parajes de la paz.

Tiquíades. — Aún no acierto a comprender lo que quieres decir, pero es igual, fijémonos.

Simón. — Yo diría que los parajes de una ciudad son plaza, tribunales, palestras, gimnasios, cotos de caza y banquetes.

Tiquíades. — De acuerdo.

Simón. — El parásito no aparece por la plaza ni por los juzgados, porque, creo yo, todos ésos son parajes que les cuadran, sobre todo, a los sicofantas y porque nada de lo que en ellos sucede es, diríamos, «normal»; va buscando, más bien, las palestras, los gimnasios y los banquetes y él les da un toque de distinción, sin necesidad de nadie más. Pues ¿qué filósofo u orador, al quitarse la ropa, podría compararse con el físico de un gorrón? ¿Quién de ellos, si se le ve en un gimnasio, no es otra cosa sino un baldón para el lugar? En un desierto ninguno de ellos resistiría el hacer frente a un animal salvaje; el parásito en cambio resiste, espera que se le venga encima y lo recibe fácilmente, pues se ha preocupado de despedazarlos en los banquetes. Y ni un ciervo, ni un jabalí erizado le impresionan, sino que, aunque el jabalí le roce con sus dientes, el parásito le devuelve el mordisco. Como una liebre los persigue más que los perros. Y en un banquete, ¿quién rivalizaría con un parásito en el deporte o en la comida? ¿Quién podría poner contentos a los comensales mejor que él? ¿Acaso él con sus cantos y sus chistes o un hombre que no se ríe, embutido en su capotillo, mirando al suelo como si estuviera asistiendo a un duelo y no a un banque-

te? Me parece a mí que un filósofo en un banquete es como un perro en una bañera.

Pero, en fin, dejemos estos temas y vayamos a la vida 52
del parásito; fijémonos y comparémosla con las demás.

Lo primero que salta a la vista es que el parásito está constantemente despreciando la fama y que no le importa, en absoluto, lo que los hombres piensan de él. En cambio, cualquiera podría encontrar oradores y filósofos, no unos cuantos sino todos, que se consumen por los aires de superioridad y la gloria, y no sólo por la fama, sino por lo que es más vergonzoso, por el dinero. Pues la actitud del parásito ante el dinero es la que cualquiera tendría por las piedrecitas de la playa, ya que le parece que en nada se diferencia el oro del fuego. Los oradores y, lo peor de todo, los que dicen dedicarse a la filosofía están afectados, en lo que a estos aspectos se refiere, de tal modo que de los filósofos más famosos de ahora —¡qué decir, por cierto, de los oradores!— al uno, cuando estaba formando parte del jurado en un tribunal, lo pillaron culpable de soborno; el otro le exige un sueldo al rey por su asesoramiento y no le da vergüenza que un anciano tenga que exilarse y vivir de un sueldo como un indo o un prisionero escita, pues no le da vergüenza ni siquiera el nombre que asume por ello.

Y no sólo encontrarás eso en relación con esos indi- 53
viduos, sino otras muchas situaciones negativas, como, por ejemplo, tristezas, enfados, envidias y toda clase de pasiones. El gorrón está al margen de todo eso. No se irrita porque tiene una gran resignación y porque no tiene con qué irritarse. Y si alguna vez se enfada, su cólera no se manifiesta de un modo agresivo o taciturno, sino más bien divertido, capaz de distraer a los presentes. Y lo que menos de todo hace es ponerse triste, pues su oficio le pro-

porciona, encima, gratis, la siguiente cualidad: el no haber nada que le pueda poner triste. No tiene riquezas ni casa, ni criado, ni mujer, ni hijos; cuando se echan a perder, se disgustan, quiéranlo o no todos los que las tienen, una vez que las han perdido. No tiene ganas de fama ni de riquezas, ni tan siquiera de un apuesto mozo.

54 Tiquíades. — Pero, Simón, es lógico que se disgusten por la propia falta de comida.

Simón. — Ignoras, Tiquíades, que, ya de principio, un parásito no es eso, a saber, un hombre que no tiene qué comer. Un valiente no es valiente, si le falta valentía, ni un sensato es sensato si le falta sensatez. De otro modo no existiría el parásito. Y tenemos la misión de investigar sobre un parásito que existe realmente, no sobre uno que no existe. Si el valiente es valiente por la presencia de valentía y el sensato lo es por la presencia de sensatez; así también el parásito será parásito por la presencia del parasitismo. Y, naturalmente, si no puede disponer de la comida, investigaremos sobre otro tipo cualquiera, pero no sobre el gorrón.

Tiquíades. — ¿Así, pues, a un parásito nunca le faltará comida?

Simón. — Así parece; por eso y no por ninguna otra
55 cosa se podría poner triste. Todos lo temen por igual, pero muy especialmente filósofos y oradores. Cualquiera podría encontrar a la mayoría de ellos yendo por ahí con un palo; evidentemente, si no tuvieran miedo no llevarían armas y cerrarían las puertas bien cerradas no sea que alguien, por la noche, maniobre contra ellos. El parásito, en cambio, cierra la puerta de su casa despreocupadamente, más que nada para que no se abra con el viento, y cuando se oye algún ruido por la noche se asusta en igual medida que si no lo hubiera oído, y va andando sin espada por lugares

solitarios. No teme nada en ningún lugar. He visto yo ya muchas veces a los filósofos, aunque no suceda nada grave, con la mano en el arco. Tienen bastones, y los usan al marcharse al baño y cuando van a comer.

Nadie podría acusar a un parásito de adulterio o vio- 56
lencia, ni de rapto o cualquier otro tipo de delito por el estilo; evidentemente, un tipo de esa índole no sería un parásito, sino que él mismo se haría daño a sí mismo. Así que, si por casualidad comete algún tipo de adulterio, junto con la falta asume la etiqueta que ella implica. Igual que el hombre malo, aunque actúe como un ser bueno, se queda con la etiqueta de malvado, así también, el parásito, caso que cometa algún tipo de atropello, deja de ser lo que es y pasa a ser tildado con la etiqueta que se deriva de ese atropello. Y sabemos muy bien que, entre nosotros, no sólo se cometen a porrillo atropellos de ese estilo por parte de oradores y filósofos, sino que tenemos constancia escrita en los libros de otras tantas acciones semejantes. Existe un discurso de defensa de Sócrates, y de Esquines, y de Hipérides y de Demóstenes, y prácticamente de la mayoría de oradores y filósofos, pero no hay ni uno en defensa de un parásito, pues nadie ha procesado jamás a ninguno.

Y, además, por Zeus, ¿la vida del parásito es mucho 57
mejor que la de los oradores y los filósofos y su muerte es peor? En absoluto; todo lo contrario, es en ese punto, si cabe, mucho más feliz. Sabemos que todos o, al menos, la mayoría de los filósofos que han sido malos han muerto de mala manera, unos, bebiendo el veneno, fruto de una resolución judicial condenatoria, convictos de los mayores delitos; otros, abrasados totalmente en la hoguera, otros por trastornos renales, otros en el exilio [33]. Nadie ha podi-

[33] Alusiones respectivas a Sócrates, Empédocles, Epicuro y Aristóteles.

do contar una muerte así del parásito, sino que ha muerto de la manera más feliz, comiendo y bebiendo; y así, si alguno parece haber muerto de forma violenta, es que se murió de un atracón.

58 TIQUÍADES. — Creo que ya has defendido con éxito la causa del parásito frente a la de los filósofos. Intenta explicar lo que te falta, a saber, si es una adquisición buena y provechosa para el patrón. Porque los hombres acaudalados me parece que, al tenerlos a sus expensas, les hacen un favor, como si dijéramos, y un beneficio, que resulta vergonzoso para quien lo recibe.

SIMÓN. — ¡Qué estupidez la tuya, Tiquíades!, si no puedes percatarte de que un hombre rico, aunque tuviera la fortuna de Giges, si tiene que comer solo es un pobre, y si sale a la calle sin un parásito parece un mendigo. Como un soldado sin armas, como un vestido sin adorno de púr-
59 pura como un caballo sin bridas; así, un rico sin parásito parece un hombre vulgar y gris. El rico se ve adornado por él, y él nunca constituye un adorno para el parásito. Y, además, no es ningún desdoro para él lo que tú dices, el vivir a expensas del rico; está claro que en la idea de que él, un inferior, lo hace a expensas de un superior. Sin duda, es muy ventajoso para el rico el dar de comer al parásito, quien, además de constituir un ornato para él, le proporciona mucha seguridad personal fruto de su misión como guardaespaldas. En una batalla nadie acometería al rico viendo que el parásito está a su lado, y nadie que tenga un parásito podría morir envenenado. Pues ¿quién atentaría de ese modo contra un hombre cuya comida y bebida es probada de antemano? Así que el rico no sólo se ve engalanado, sino que por la acción del parásito se ve a salvo de los mayores peligros. El parásito arrostra toda clase de peligros por cariño hacia el patrón, y

no le permitiría, al hombre rico, comer solo, sino que prefiere morir compartiendo su comida con él.

TIQUÍADES. — Me parece, Simón, que has explicado 60
todos los puntos sin dejar en el tintero nada de tu oficio. No estabas, como decías, poco o nada preparado, sino que has demostrado la destreza de quien ha sido entrenado por los mejores maestros. Por último, quiero saber si no es oprobioso el propio nombre del parasitismo.

SIMÓN. — Mira a ver si mi respuesta te parece satisfactoria e intenta tú contestar a la que te pregunte, como mejor te parezca. Dime, ¿a qué llaman trigo los antiguos?

TIQUÍADES. — A la comida.

SIMÓN. — ¿Qué es el aprovisionarse de trigo? ¿No es sinónimo de comer?

TIQUÍADES. — Sí.

SIMÓN. — Pues, de ello se deduce impepinablemente que el parasitismo no es otra cosa más que eso.

TIQUÍADES. — Eso es justamente, Simón, lo que parece oprobioso.

SIMÓN. — Veamos. Respóndeme otra vez, ¿qué te pa- 61
rece mejor de estas cosas y cuál elegirías: navegar o navegar al lado de alguien?

TIQUÍADES. — A mí, navegar al lado de alguien.

SIMÓN. — ¿Correr o correr con alguien al lado?

TIQUÍADES. — Correr con alguien al lado.

SIMÓN. — ¿Montar a caballo o montar a caballo con alguien al lado?

TIQUÍADES. — Montar a caballo con alguien al lado.

SIMÓN. — ¿Lanzar la jabalina o lanzarla con alguien más al lado?

TIQUÍADES. — Lanzarla con alguien más al lado.

SIMÓN. — Entonces y por la misma regla de tres, ¿preferirías comer con alguien al lado antes que comer?

TIQUÍADES. — No tengo más remedio que reconocer que sí. En fin, de ahora en adelante iré a tu casa como los niños, temprano y desayunado, para aprender el oficio, y es de justicia que me lo enseñes sin reservas, pues soy tu primer alumno y dicen que las madres quieren más a los hijos que tienen primero.

34

EL AFICIONADO A LA MENTIRA O EL INCRÉDULO *

En el mundo espiritual y religioso en que se desenvuelve Luciano, y como resultado de las influencias de todo tipo que le van llegando desde el Oriente, hay un lugar importante para las creencias pseudorreligiosas. Me refiero a toda una serie de historietas que no son mitos, sino relatos fantasiosos de hechos que difícilmente pueden suceder en la realidad. Casas hechizadas, estatuas que andan, suben y bajan, mangos de mortero que se convierten en improvisadas empleadas del hogar que van a la compra y friegan la casa... Y lo curioso del caso —que es lo que pone de relieve Luciano— radica en que no son los ciudadanos rasos y sin cultura los que creen a pies juntillas todas esas fabulaciones; prestigiosos médicos y filósofos echan aquí su cuarto a espadas. Tiquíades —posiblemente el pseudónimo bajo el que se

---

* El texto griego dice *philopseudês*. Realmente el adjetivo le cuadraría a quien siente pasión por lo falso, *tò pseûdos*. Pero, ¿qué se entiende por *tò pseûdos*, por falso? ¿Lo que es contrario a la verdad, o lo que no se ajusta a la realidad? Ahí está el *quid* de la cuestión. Y es evidente que los personajes del diálogo NO MIENTEN; su sinceridad está a prueba de bomba. En todo caso, se engañan a sí mismos, pero de buena fe. Su afición no es a lo falso, sino a lo *fantasioso*, a lo irreal. Creo que la traducción iría más en ese sentido.

expresa el punto de vista de Luciano— hace cuanto puede por mantenerse en el plano de la realidad. Sus interlocutores están en el de la fantasía y hacia él intentan atraerlo, pues cada relato es un peldaño más en la irresistible ascensión hacia el absurdo. Al final, Tiquíades, que ha ido resistiendo historietas tras historietas, abandona la reunión confesando que, al menos, su contundencia a la hora de negar la veracidad o la verosimilitud de los relatos que ha escuchado, ya no es tan fuerte como al principio. Y a su amigo parece sucederle lo mismo.

Interesante documento, pues, para penetrar en el mundo misterioso y fascinante de las creencias pseudorreligiosas del siglo II d. C.

1 TIQUÍADES. — ¿Puedes decirme, Filocles, qué razón impulsa a muchos hombres a sentir un enorme deseo de contar fabulaciones, hasta el extremo de divertirse sin decir nada saludable, al tiempo que prestan enorme atención a quienes se dedican a contar relatos de esta índole?

FILOCLES. — Hay muchas razones, Tiquíades, que fuerzan a algunos hombres a contar fabulaciones de cara a obtener algún provecho.

TIQUÍADES. — Eso nada tiene que ver con la epopeya [1], como dicen, y mi pregunta no iba en el sentido de los que mienten para obtener algún provecho. Se les podría disculpar, y en especial algunos de ellos son dignos de aplauso, por ejemplo, quienes engañaron a los enemigos o quienes en situaciones embarazosas, para salir indemnes, emplearon ese tipo de estratagema, tal cual solía hacer, pongamos, Ulises para sacar a flote su propia vida y el regreso de sus compañeros. Me refiero, querido amigo, a los que

[1] Nótese que nosotros decimos: «eso no viene a cuento», para aludir a algo que no afecta al tema objeto de conversión.

sin justificación de tipo práctico ponen la mentira muy por delante de la verdad [2], disfrutando y complaciéndose machaconamente en ello sin justificación explicable alguna. Quiero saber qué ventajas obtienen de ella.

FILOCLES. — ¿Es que has llegado ya a distinguir a tipos 2
de ese estilo, a quienes es consustancial la pasión por la mentira?

TIQUÍADES. — Ya lo creo; muchísimos.

FILOCLES. — ¿Pues qué otra, sino la estupidez, va a ser la causa de que no digan la verdad, dado que por lo visto prefieren lo peor frente a lo mejor?

TIQUÍADES. — No es eso, Filocles. Podría yo ponerte como ejemplo a muchos hombres inteligentes y de criterio excelente que, sin embargo, se han visto atrapados, no sé cómo, por ese vicio y se han convertido en embusteros [3], hasta el punto de que me solivianta si hombres tan extraordinarios en las demás facetas se complacen engañándose a sí mismos y a quienes les salen al paso. Debes de haber conocido a los hombres de antaño antes que yo, por ejemplo, Heródoto y Ctesias de Cnido, y antes que ellos, a los poetas y al propio Homero, hombres famosos todos ellos que, sin embargo, echan mano de lo fantasioso en sus escritos, hasta el punto que han conseguido engañar no sólo a quienes en aquella época los escuchaban; antes bien la huella de sus fantasías se ha ido transmitiendo sucesivamente hasta nuestros días, bien envuelta en versos y metros preciosos. Por lo menos yo siento vergüenza muchas veces por esos versos de ellos, cuando explican, por

---

[2] Realmente debiera de decir: ponen la «fantasía» por delante de la realidad; el propio término griego *alḗtheia* implica algo que no está escondido, que salta a la vista.

[3] Auténticos «cuentistas», mejor que «embusteros».

ejemplo, la castración de Urano y el encadenamiento de Prometeo, y la sublevación de los Gigantes, y todo el panorama trágico del Hades y cómo, por amor pasional, Zeus se convirtió en toro o en cisne, y cómo una persona cualquiera, de mujer cambió su forma en ave o en oso, y en lo que a Pegasos, Quimeras, Gorgonas y Cíclopes y demás seres semejantes se refiere, variopintas y portentosas fabulillas podrían hechizar almas de niños que aún tienen miedo de Momo y de Lamia [4].

3 Y a lo mejor es corriente entre los poetas ese tipo de temas, pero ¿cómo no va a resultar ridículo que ciudades y naciones enteras cuenten cuentos pública y oficialmente, si los cretenses no se avergüenzan de enseñar la tumba de Zeus, y los atenienses cuentan de qué don de la tierra nació Erictonio [5], y que los primeros habitantes brotaron del Ática como las verduras; y aún son más respetables ellos que los tebanos que explican que algunos hombres, los llamados «espartos» [6], salieron de los dientes de un dragón? Y quien no crea que toda esa serie de fabulaciones irrisorias son verdaderas, sino que, examinando punto por punto con toda sensatez esas historias, se piensa que es propio de un Corebo o de un Margites el hacer caso de cuentos tales, como que Triptólemo avanzó por los aires a lomos

---

[4] Equivalentes al «coco» de nuestros días.

[5] Comienza aquí una serie de alusiones a mitos «nacionales», lo que confirma nuestra teoría inicial de que el autor saca punta a relatos que no tienen consistencia en la realidad. Quienes los asumen y los cuentan, no engañan a nadie. El caso de Erictonio es claro y forma parte de la saga ateniense. Hefesto enamorado de Atenea la persigue. En su aposionado deseo, el dios moja de semen la Tierra y la pierna de Atenea; la Tierra así fecundada hace brotar un hijo, Erictonio, a quien cuida la diosa.

[6] Hemos mantenido «espartos», tal cual; realmente deberíamos haber dicho «sembrados», pues eso es lo que «espartos», vb. *speírō*, significa.

de dragones alados, o que Pan vino desde la Arcadia como un aliado especial para la batalla de Maratón, o que Oritía fue raptada por Bóreas; quien piense así, digo, es tildado, a ojos de los demás, de impío y de necio por no creer unas historias tan claras y tan verdaderas. Hasta ese punto es poderosa la mentira.

FILOCLES. — Yo podría disculpar, Tiquíades, a los poe- 4
tas y a las ciudades. Los primeros entremezclan con la literatura lo más entretenido del mito, que suele ser lo más atractivo y que es, a su vez, lo que más interesa a los oyentes. De esta manera atenienses, tebanos y quienesquiera otros demuestran que sus patrias son muy dignas de veneración y respeto. Si alguien suprimiera de la Hélade esos relatos míticos, nada impediría que quienes se dedican a explicarlos yendo de un lado a otro murieran de hambre, pues ni los extranjeros querrían escuchar la verdad, aunque fuera gratis. Quienes sin ningún motivo de esa índole se complacen en la mentira, me parece que deberían ser el hazmerreír general.

TIQUÍADES. — Llevas razón. He venido a tu casa desde 5
la de Éucrates, de cuya boca he escuchado una serie de relatos absolutamente increíbles. En mitad de su conversación me marché, porque no podía soportar la exageración del tema; sin embargo, de hecho, como las Erinis, me expulsaron explicándome muchas historias prodigiosas y pintorescas.

FILOCLES. — Pues en verdad, Tiquíades, Éucrates es un hombre digno de todo crédito y nadie podría creer que él, un sesentón apacible con su barba poblada, con amplios conocimientos de filosofía, podría soportar oír a alguien decir una mentira en su presencia ni aun en el caso de que él se permitiera tal osadía.

Tiquíades. — Querido amigo; no sabes qué clase de cosas dijo, cómo se las creía, cómo las confirmó la mayoría de ellas con juramento, poniendo por testigos a sus hijos, hasta el punto de que, mientras dirigía mi vista hacia él, mi mente se llenaba de ideas pintorescas, ora que estaba loco y no estaba en sus cabales, ora que se trataba de un impostor y que durante tanto tiempo no me había dado cuenta de que un mono ridículo se escondía bajo una piel de león; hasta ese punto eran absurdas las historias que contaba.

Filocles. — En el nombre de Hestia, dime, Tiquíades, qué tipo de historias eran. Quiero saber qué clase de impostor se esconde bajo una barba tan poblada.

6 Tiquíades. — Yo solía ir en otro tiempo a su casa alguna vez que tenía tiempo libre. Y hoy que tenía necesidad de estar con Leóntico —compañero mío según sabes—, al oír a su esclavo que se había marchado a casa de Éucrates y temprano para visitarle, pues estaba enfermo, voy y me acerco también a su casa con dos intenciones; para ver a Leóntico que estaba allí con él y para verle a él personalmente, pues ignoraba que estuviera enfermo.

Llego y ya no encuentro allí a Leóntico —dicen que hacía un minuto que acababa de salir—, pero sí a un nutrido grupo de personas entre los que estaba Cleodemo, el del Perípato, y Deinómaco, el estoico, e Ión, ya sabes, que se consideraba acreedor al aplauso por ser el único que había llegado a captar en los *Diálogos* de Platón el conocimiento del hombre y que podría explicarlo en su nombre al resto de la gente.

¿No ves de qué clase de hombres te estoy hablando, personas muy cultas y muy excelentes, la flor y nata de cada secta filosófica, todos ellos respetables y que casi dan miedo cuando se les mira? Estaba allí el médico Antígono,

llamado, creo, por razones prácticas de la enfermedad. Me parecía que Éucrates se encontraba ya un poco mejor, y eso que la enfermedad era crónica; el reúma le había bajado otra vez hasta los pies.

Éucrates me invitó a sentarme sobre la cama bajando el tono de voz como si estuviera débil, cuando me vio, y eso que yo le oía, al entrar en mitad de la casa, gritar y esforzarse. Con muchísimo cuidado, no fuera a rozarle los pies, disculpándome con las excusas de costumbre, a saber, que no sabía que estaba enfermo y que en cuanto me enteré acudí volando, me senté a su vera.

Los demás habían intercambiado ya muchas impresio- 7
nes sobre la enfermedad; algunos seguían aún hablando del tema y cada uno proponía ciertos tipos de tratamiento. Cleodemo, va y dice:

«—Si alguien recoge del suelo con la mano izquierda el diente de una musaraña a la que se ha dado muerte del modo que dice la gente, y lo envolviera en una piel de león recién desollada y la atara en torno a las piernas, el dolor cesaría inmediatamente.

»—Yo he oído, dijo Deinómaco, que no con una piel de león, sino de cierva aún virgen y aún no penetrada; y el tratamiento es así mucho más convincente, pues la cierva es veloz y de las patas deriva fundamentalmente su fuerza. El león es fuerte y su solidez, su zarpa derecha y los pelos de su melena pueden grandes cosas si alguien supiera utilizarlos con el conjuro apropiado a cada caso; no obstante la curación de los pies no parece que la garantice demasiado.

»—Yo también, dijo Cleodemo, sabía desde hace mucho que lo que le convenía era la piel de cierva, ya que la cierva es veloz. Pero, hace poco, un hombre libio bastante culto me hizo cambiar de opinión con sus enseñan-

zas, diciéndome que los leones eran más rápidos que las ciervas. 'Descuida, dijo, que si las persiguen las atrapan'.»

8 Los presentes elogiaron la intervención en la idea de que el libio llevaba razón. Pero yo les dije: «¿Creéis que van a cortársele los dolores con ese tipo de encantamientos o con cualquier tipo de aplicaciones externas, cuando el mal está afincado en el interior?» Se echaron a reír ante mi ocurrencia, pues, evidentemente, habían captado mi mucha ignorancia, a no ser que supiera las cosas más evidentes y respecto de las cuales nadie con dos dedos de frente podría argüir que no eran así. Me parecía que Antígono, el médico, se complacía con mi pregunta. Tiempo atrás no se le había hecho caso, creo, cuando estimaba oportuno tratar a Éucrates con sus conocimientos técnicos, exhortándole a abstenerse del vino, a alimentarse de verduras y a rebajar su tensión.

Cleodemo, esbozando una sonrisa dijo:

«—¿Qué dices, Tiquíades? ¿Te parece que de este tipo de prácticas no se deriva ninguna utilidad para las enfermedades?

»—Claro que me parece, repliqué yo, a no ser que tuviera la nariz tan taponada de mocos, como para creer que los remedios externos, y que no tienen nada en común con los internos, alivian las enfermedades, y aplicados con fórmulas, según decís, y una cierta dosis de magia son eficaces y proporcionan la curación. Eso no sucedería ni aunque alguien se atara dieciséis musarañas completas a la piel del león de Nemea. Yo, al menos, he visto en muchas ocasiones al león cojeando por los dolores envuelto en su propia piel entera bien completa.

9 »—Eres un hombre de tres al cuarto, dijo Deinómaco, y nunca te has preocupado de aprender cómo cosas como éstas pueden aplicarse con utilidad a las enfermedades, y

ni aún las que son más claras y evidentes me das la impresión de admitir, por ejemplo, las eliminaciones de fiebres periódicas, los encantamientos de reptiles, las curaciones de tumores y toda una serie de cosas que, por cierto, hacen ya las viejas. Y si todo eso sucede, ¿por qué no crees que pueden conseguirse esas curaciones por medios semejantes?

»—Estás deduciendo, dije yo, lo indeducible, Deinómaco, y como dice el refrán, estás sacando un clavo con otro clavo. Ni siquiera queda claro que todo eso que dices se produzca merced a un poder de esa índole. Y si no me convences antes, demostrándomelo con argumentos sólidos, de que toda esa serie de cosas suceda así, de un modo natural, esto es que la fiebre o la hinchazón sientan miedo ante una palabra mágica o un conjuro bizarro y, por ello, se escapan corriendo de la ingle a toda prisa, tus fabulaciones siguen siendo cuentos de viejas.

»—Me parece, dijo Deinómaco, que al decir eso no con- 10
fías en la existencia de los dioses, pues ni siquiera crees que es posible que las curaciones se produzcan por palabras sagradas.

»—No digas eso, buen hombre, repliqué yo. Nada impide que los dioses existan, y que todo eso sean fabulaciones. Yo respeto a los dioses y veo las curaciones que ellos obran y sus actuaciones positivas recuperando a los enfermos a base de fármacos y de conocimientos de medicina. Asclepio y sus hijos curaban a los enfermos aplicándoles fármacos y no envolviéndolos en pieles de leones o musarañas.

»—Déjalo, dijo Ión; yo voy a contaros algo prodigio- 11
so. Yo era escasamente un muchacho, más o menos de unos catorce años. Pues bien; vino un hombre a darle a mi padre la noticia de que Midas, el viñador, un sirviente

fuerte y trabajador para toda clase de actividades, al filo del mediodía había sufrido una mordedura de víbora y se hallaba postrado con la pierna infectada. Mientras andaba atando los sarmientos y los iba enlazando a los rodrigones, el bicho, reptando, le mordió el dedo gordo, y el animal se apresuró a meterse de nuevo en su guarida mientras Midas gemía consumido de dolores.

»Ésas son las noticias que nos traían, al tiempo que veíamos a Midas en persona transportado en una camilla por los compañeros todo él hinchado, lívido, despidiendo un olor nauseabundo y con un soplo de aire en sus pulmones. Y alguien de los presentes se dirigió a su padre, que se encontraba muy preocupado y le dijo: '¡Ánimo!; voy a ir a buscarte ahora mismo a un babilonio, de los caldeos, según dicen, que va a curar a ese hombre.' Para no entrar en detalles; llegó el babilonio y consiguió recuperar a Midas expulsando de su cuerpo el veneno con una fórmula mágica, acoplándole, además, al pie una piedra que arrancó de la estela de una doncella muerta.

»En fin; tal vez eso es algo corriente. En cualquier ca-
so, Midas, levantando por su propio brazo la litera sobre
12 la que lo llevaban, fue y se marchó al campo; tal fue el
poder del hechizo y de aquella piedra de la estela funera-
ria. Obró otros prodigios semejantes aquel hombre, en
verdad.

»Se dirigió al campo muy de mañana y, repitiendo siete palabras sagradas que sacaba de un viejo libro, al tiempo que purificaba el lugar dando vueltas en derredor con azufre y una antorcha, llamó para que salieran de su guarida a todos los reptiles que había en aquel paraje. Como si los llevaran a rastras, acudían al hechizo muchas culebras, serpientes, víboras, cerastas [7], boas y reptiles de todo tipo;

[7] Matizar toda la serie de reptiles que aquí se citan es muy difí-

faltaba un viejo dragón, que, debido a sus muchos años, creo, no podía salir a rastras y, por ello, no había obedecido la orden. El mago afirmó que allí no estaban todos; eligió por votación a la más joven de las culebras y se la mandó al dragón; al cabo de un rato, éste acudía. Una vez que estuvieron ya todos los reptiles reunidos, el babilonio sopló sobre ellos y, al punto y de resultas del soplo, quedaron reducidos a cenizas, mientras nosotros contemplábamos perplejos los hechos.

»—Dime, Ión, intervine yo, la culebra que fue enviada 13
como recadera, la joven, ¿llevó de la mano al dragón, que, según dijiste, era ya muy viejo, o aquél tenía algún palo en el que apoyarse?

»—Estás de cachondeo, dijo Cleodemo. Hace tiempo yo tenía menos fe que tú en todo este tipo de cosas —en modo alguno pensaba yo que pudieran suceder—. Sin embargo, cuando vi por vez primera al extranjero bárbaro volando —del país de los Hiperbóreos, solía decir—, me lo creí y me consideré vencido, aunque antes me resistía con todas mis fuerzas. ¿Qué otra cosa podía hacer al verle transportado por los aires en pleno día, caminando sobre el agua, pasando a través del fuego despacito y a pie?

»—¿Viste eso tú, dije yo, que el hombre hiperbóreo iba volando o que caminaba sobre el agua?

»—Claro que sí, replicó, y calzado con sandalias de cuero, como se suelen calzar los hombres de esa tierra por regla general. ¿Y a qué contar esas otras pequeñas cosas que hacía, enviando hechizos amorosos, evocando espíri-

cil. Culebras, serpientes y víboras son, al margen de lagartos y lagartijas, los más corrientes. He conservado la palabra «dragón», aunque, obviamente, no se trata de un dragón como tal sino de un tipo de serpiente, porque con ello envolvemos el pasaje de un cierto halo de fantasía que se percibe a lo largo de todo el relato.

tus, llamando a cadáveres estadizos, presentando a la mismísima Hécate a la vista de todos y haciendo bajar a Selene? Os voy a contar lo que por obra suya aconteció en
14 casa de Glaucias, el hijo de Alexicleo. En fecha reciente, Glaucias, al morir su padre, heredó su fortuna y se enamoró de Crisis, la hija de Demeas. Yo le prestaba servicios en temas de filosofía, y si aquel enamoramiento no le hubiera distraído, conocería ya las doctrinas del Perípato, pues a los dieciocho años resolvía problemas y había llevado hasta el final el curso de la *Física* [8]. Desconcertado, va y me cuenta su problema amoroso de pe a pa. Yo, como era natural, pues era su profesor, lo llevo a casa del famoso mago hiperbóreo, pagando cuatro minas a tocateja —era necesario pagar por anticipado el precio de las víctimas— y dieciséis si conseguía hacerse con Crisis. Esperando a que la luna estuviera crecida —en ese momento es en el que, generalmente, surten mayor efecto tales hechos prodigiosos— y excavando un hoyo en un espacio abierto de la casa, nos llamó, al filo de la medianoche, en primer lugar, a Alexicleo, padre de Glaucias, que había muerto siete meses antes. El anciano estaba disgustado y enfadado con el tema del enamoramiento, pero al final no tuvo más remedio que consentir en él. A continuación el mago hizo subir a Hécate que llevaba a su lado a Cerbero, al tiempo que hizo bajar a Selene, un espectáculo variopinto que adquiría formas distintas según las distintas ocasiones. Primero presentaba forma femenina, después se convertía en un buey precioso, otras veces parecía un cachorrillo. Por último, el hiperbóreo cogiendo un poco de barro y modelando con él un amorcillo, dijo: 'Márchate y llévate a Crisis.' La figura de barro tomó alas, y al cabo

---

[8] Se refiere obviamente a la *Física* de Aristóteles.

de un pequeño rato ella se apostó a la puerta, llamó y, tras entrar, abrazó a Glaucias como quien está loca de amor y con él estuvo hasta que oímos los gallos cantar. Entonces, Selene remontó su vuelo hasta el cielo y Hécate se sumergió bajo tierra, al tiempo que desaparecieron las demás visiones; nosotros enviamos a Crisis a su casa al filo mismo del amanecer. Si hubieras visto todo eso, 15
Tiquíades, ya no tendrías ningún recelo respecto del gran cúmulo de ventajas que encierran los hechizos.

»—Razón llevas, contesté yo; lo habría creído si lo hubiera visto, pero ahora ruego me disculpéis si no puedo ver los hechos con tanta claridad como vosotros. Sólo que yo conozco a la Crisis de quien habláis, mujer propensa al amor y que siempre está a tiro, y no comprendo a santo de qué tuvisteis que recurrir a un recadero de barro, a un mago llegado de los hiperbóreos, a la Luna en persona, cuando cualquiera, por veinte dracmas, la podría haber llevado hasta los hiperbóreos. La mujer en cuestión se ha metido de lleno en ese hechizo y le ha pasado lo contrario que a los fantasmas; éstos, si oyen ruido de bronce o hierro, salen pitando —eso decís vosotros al menos—; ella, en cambio, si por algún lado tintinea la plata, a su sonido acude disparada. Y aún más atónito me quedo ante el mago, pues siendo capaz de conseguir el amor de las mujeres más acaudaladas y de cobrarles todos los talentos del mundo, va y se dedica a hacer amante a Glaucias, un tacaño, por cuatro minas.

»—Tu actitud de no creerte absolutamente nada, es ri- 16
dícula, dijo Ión. Me gustaría preguntarte qué me dices de todos esos que liberan de temores a quienes están 'endemoniados' haciendo salir a los espíritus a base de exorcismos de forma clara. Y no es que lo diga yo. Todos conocen al sirio de Palestina, experto en la materia y saben

a cuántos que se desplomaban a la luz de la luna y quedaban con los ojos en blanco y tenían la boca llena de espuma los cogía y los recuperaba y los mandaba a casa en su sano juicio [9]; los liberaba de terribles males y les cobraba unos honorarios bien retribuidos. Y, cuando a la vera de los enfermos pregunta desde cuándo se le han metido en el cuerpo, el enfermo calla y el demonio contesta, ya en griego, ya en otra lengua extranjera, según de donde sea, cómo y cuándo se ha metido en esa persona. Yo vi salir a uno, negro y con la piel como 'ahumada'.

»—No tiene importancia, aduje yo, para ti ver ese tipo de cosas, Ión, pues las 'ideas' mismas que señala vuestro padre Platón te parecen claras siendo como son confuso objeto de contemplación para nosotros, los cortos de vista.

17 »—¿Es que sólo Ión, dijo Éucrates, ha visto tales sucesos? ¿No hay mucha más gente que haya topado con esos 'demonios', unos de noche, otros en pleno día? Porque yo no acabo de ver hechos de esa índole no ya una sino mil veces. Al principio me asustaba, pero ahora me he acostumbrado, y ya no me parece estar viendo nada extraño, en especial desde que el árabe me dio el anillo de hierro hecho de cruces y me enseñó el conjuro de muchos nombres. Pero, tal vez, no me creas a mí tampoco, Tiquíades.

»—¿Cómo podría, dije yo, desconfiar de Éucrates, hijo de Deinón, hombre culto, máxime cuando está expresando su parecer con toda libertad, en su propia casa, sin limitaciones de ningún tipo?

---

[9] Se ha querido ver en este pasaje una alusión a los milagros de Jesucristo, en especial los que hacen referencia a curación de epilépticos, y endemoniados. No parece que sea ningún disparate pensar que Luciano aludiera a él; pudiera tratarse de otro cualquiera de los muchos exorcistas y milagreros de su época.

»—Por lo menos lo que se refiere a la estatua, dijo Éucrates, a saber, que se les aparece por las noches a todos los de la casa, niños, jóvenes y ancianos, eso lo podrías oír, no sólo de boca mía sino de cualquiera de nosotros. 18

»—¿Qué historia es ésa de la estatua, dije yo?

»—¿No has visto —dijo—, al entrar, una estatua preciosa levantada en el patio, obra de Demetrio el realizador de retratos?

»—¿Te refieres, dije yo, al lanzador de disco, el que está ligeramente inclinado en posición de lanzamiento, vuelto hacia la parte en que lleva el disco, mientras se apoya suavemente en la otra, con aspecto de pegar un salto y salir él también hacia adelante en el momento del lanzamiento? No es eso, replicó; esa de que hablas es una de las obras de Mirón, el discóbolo, precisamente. Tampoco me refiero a la que está al lado, el que se está ciñendo la cabeza con una cinta, hermoso él, obra de Policleto [10]. Deja de lado a los que se hallan a la derecha, según se entra, entre los que están los tiranicidas [11], obra de Critias y Nesio. A ver si ves cerca de la fuente la figura de un hombre, con una cierta barriga, calvo, con el vestido cubriéndole medio cuerpo, con algunos pelos de su barba movidos por el viento, las venas bien señaladas, que parece un hombre de carne y hueso, a esa estatua me refiero. Parece que es Pelico el general corintio [12].

---

[10] El famoso *diadoúmenos.* Nótese cómo era corriente en ciertas casas el tener copias de las estatuas más famosas del arte griego.

[11] Las imágenes de Harmodio y Aristogitón.

[12] ¿Quién puede ser este general corintio al que se acaba de retratar con pelos y señales? Tal vez el padre de Aristeo, que tomó parte en la expedición militar contra Epidauro narrada por Tucídides, en 434 a. C.

19 »—Sí, por Zeus, repliqué; he visto una a la derecha del chorro con unas cintas y guirnaldas secas y el pecho adornado con láminas de oro.

»—Yo mismo la adorné, dijo Éucrates, cuando me curó al cabo de tres días que me moría de tiritona.

»—¿Es que también era médico el ilustre Pelico?

»—Claro que lo es y no te burles, replicó Éucrates, o ese hombre no tardará en castigarte. Yo sé el enorme poder que tiene esa estatua si es objeto de burlas por tu parte. ¿O no comprendes que está en su mano el enviar calenturas a quien le plazca, puesto que puede quitarlas?

»—Que te sea propicia, repliqué, la estatua que es tan mitigadora de males y tan varonil. Y, en fin, ¿qué otra cosa veis todos los de la casa que hace la estatua de marras?

»—En cuanto se hace de noche, dijo, descendiendo del pedestal sobre el que ha estado apoyada, empieza a dar vueltas en derredor de la casa, de modo que todos nos topamos con ella, a veces cantando, y nunca se ha metido con nadie; lo único que hay que hacer es darse media vuelta. Ella pasa de largo sin molestar a quienes ve a su paso. Y muchas veces se baña y practica el deporte durante toda la noche, hasta el punto de que se oye el sonido del agua al caer.

»—Mira a ver, dije yo, no vaya a ser que no sea Pelico la estatua, sino Talo el cretense, el hijo de Minos. Aquel era de bronce e iba dando vueltas de inspección por Creta [13]. Y si no lo hubieran hecho de bronce, Éucrates, sino

---

[13] Talo, guardián de Creta, dotado de una gran capacidad para vigilar cualquier movimiento que se produjera en la isla. Según unos era una especie de robot; según otros, un ser humano. Era invulnerable en todo su cuerpo, con excepción de la parte más baja de la pierna en donde tenía una vena cerrada por una clavija que le rompió Medea con sus hechizos.

de madera, nada le habría impedido no ser obra de Demetrio, sino una de las obras maestras de Dédalo. Por lo que cuentas, se escapa de su basamento éste también.

»—Fíjate, Tiquíades, no tengas que arrepentirte des- 20
pués de tus chanzas actuales. Yo sé qué le sucedió a quien le quitó los óbolos que le ofrendábamos el primer día de cada mes.

»—Algo terrible debió de ser, exclamó Ión, pues esa acción era sacrílega. ¿Cómo se le castigó por ello, Éucrates? Tengo ganas de oírlo, aunque tampoco el Tiquíades éste se lo crea.

»—A sus pies estaban tirados óbolos y demás monedas, algunas de plata, pegadas con cera al muslo, y láminas de plata, ofrendas de alguien o justo pago por una curación, tal vez de alguno de los muchos que por su mediación dejaron de tener calentura. Teníamos un criado libio, detestable, palafrenero. Intentó una noche llevarse todo aquello y se lo llevó, tras aguardar a que la estatua hubiera descendido ya de su pedestal. En cuanto regresó y volvió a subir a su sitio, Pelico se dio cuenta de que había sido desvalijado. Fíjate cómo se vengó y pilló en flagrante delito al libio. Durante toda la noche daba vueltas en derredor del patio sin poder salir el miserable, como si hubiera caído en un laberinto hasta que al hacerse de día lo pillaron con toda la carga. Apresado, recibió no pocos golpes, y no vivió mucho tiempo más, pues el malvado murió de mala muerte, azotado, según contaba, cada noche de modo que los moratones se le podían ver por todo el cuerpo al día siguiente. A la vista de estos hechos, Tiquíades, búrlate de Pelico y a ver si te parece que chocheo como si fuera de la quinta de Minos.

»—Pero Éucrates, repliqué yo, en la medida en que el bronce es bronce, y el autor de la obra es Demetrio

de Alópece, que es un fabricante no de dioses sino de hombres, nunca tendré miedo de la estatua de Pelico al que, incluso vivo y todo, nunca jamás habría temido yo, ni por mucho que me hubiera amenazado.»

21 A renglón seguido, intervino Antígono el médico.

«—Yo también, Éucrates, tengo un Hipócrates de bronce, de un codo de altura más o menos, que en cuanto se apaga la lamparilla se pone a dar vueltas a toda la casa, haciendo ruidos revolviendo las cajitas, mezclando las medicinas, volviendo del revés el mortero, en especial cuando nos excedemos con la víctima del sacrificio que le ofrecemos cada año.

»—¿Incluso Hipócrates, dije yo, estima lógico que se hagan sacrificios en su honor, y se enfada, si no se le agasaja en la época apropiada con víctimas sin mancha? Debería estar contento si alguien le hiciera sacrificios o derramara libaciones de miel mezclada o adornara con guirnaldas su tumba.

22 »—Escucha, replicó Éucrates; eso está confirmado por testigos y es algo que vi hace cinco años. Era más o menos la época de la vendimia. Al volver del campo a mediodía dejé a los trabajadores vendimiando y me metí a mi aire en medio del bosque, preocupado y dándole vueltas a algún problema. Cuando ya estaba en la zona tupida, se produjo primero un ladrido de perros, y yo me imaginé que Masón, mi hijo, estaba haciendo deporte, según costumbre, persiguiendo a los perros y había entrado en la parte frondosa con sus compañeros. Pero no era así. Pasado un breve lapso de tiempo, se produjo un temblor acompañado de un estruendo como de un trueno y veo que se me acerca una mujer de aspecto terrible, de una altura como de medio estadio. Tenía una antorcha en la mano izquierda y una espada en la derecha como de veinte codos. Por

debajo tenía pies de serpiente y por arriba era semejante a una Gorgona, me refiero a la mirada y al centelleo de su vista. Y en lugar de cabellera llevaba unas serpientes enrolladas en bucles en torno al cuello y algunas de ellas le caían desparramadas por los hombros. Fijaos, amigos, cómo estoy temblando al contároslo.» Y al tiempo que 23
así hablaba, Éucrates se señalaba los pelos del codo puestos de punta de miedo que tenía. Los que estaban a ambos lados de Ión y de Deinómaco y de Cleodemo, con la boca abierta le escuchaban atentamente, ancianos arrastrados de la nariz [14], inclinándose suavemente ante tan poco convincente coloso, una mujer de cincuenta metros, una especie de espantapájaros gigante. Yo, mientras, pensaba: «¡Hay que ver cómo son! ¡Se juntan con los jóvenes para instruirlos, y muchos les admiran, pero sólo se diferencian de los bebés en las canas y en la barba; en lo que a lo demás se refiere, sé que ellos, son más proclives a los cuentos!»

Entonces Deinómaco dijo: 24

«—Cuéntame, Éucrates, ¿qué tamaño tenían los perros de la diosa?

»—Más altos, replicó, que los elefantes de la India, negros, peludos, sucios y polvorientos. Al verlos me quedé inmóvil, al tiempo que daba vueltas a la piedra preciosa que me dio el árabe hacia la parte interior del dedo. Hécate, golpeando con violencia el suelo con su pie de serpiente, hizo en él una enorme grieta, tan profunda como el Tártaro. Por allí se marchó de un salto al cabo de un rato. Yo, echándole valor al asunto, me asomé agarrado de un árbol que había por allí cerca, no fuera que me mareara

[14] El texto dice: «arrastrados de la nariz», pareciendo dar a entender: «fácilmente de manejar».

y me cayera de cabeza. Entonces vi todo cuanto hay en el Tártaro, el Piriflegetonte, la laguna, el perro Cerbero, los muertos, lo justo como para reconocer a algunos de ellos. Vi, con todo detalle, a mi padre que aún conservaba los mismos vestidos con que lo amortajamos.

»—¿Qué hacían, Éucrates, preguntó Ión, las almas?

»—¿Qué otra cosa, contestó, sino clasificadas por tribus y fratrías [15] en compañía de los amigos y los parientes esperar tumbadas sobre el campo de asfódelos?

»—¡Sigan aún llevando la contraria, dijo Ión, los partidarios de Epicuro al sagrado Platón y a su teoría respecto de las almas! ¿No viste también al mismísimo Sócrates y a Platón entre los muertos?

»—A Sócrates no pude verlo con claridad, pero me imaginé que era él, pues era un individuo calvo y barrigudo. No pude reconocer a Platón —creo que a los amigos hay que decirles la verdad—. Cuando ya había visto todo lo suficientemente bien, la hendidura se contrajo. Y algunos de los criados que me andaban buscando y Pirrias ahí presente entre ellos permanecieron pegados a la grieta que aún no había terminado de cerrarse. Di, Pirrias, si digo la verdad.

»—Sí, por Zeus, dijo Pirrias, yo mismo oí un ladrido a través de la grieta y el resplandor de un fuego, que me pareció proveniente de la antorcha.» Y yo me eché a reír al ver que el testigo valoraba como testimonio el ladrido y el fuego.

[15] Nótese que las almas de los muertos están clasificadas, a la espera de que les llegue el momento de realizar la travesía de la laguna para comparecer, al otro lado, ante el tribunal de Minos, al igual que estaban los habitantes del Ática desde época de Clístenes, que fue el artífice de esa clasificación.

Cleodemo, por su parte añadió: 25

«—No viste nada novedoso ni no visto antes por otros hombres, pues yo mismo cuando estuve enfermo, no hace mucho tiempo, vi algo semejante. Me trataba y me recetaba Antígono, ahí presente. Era el séptimo día y la fiebre era como una brasa ardiente.

»Todos, dejándome en soledad, cerrando las puertas, esperaban fuera, pues así lo ordenaste personalmente tú, Antígono, a ver si de ese modo, podría conciliar el sueño. Entonces se coloca ante mí, despierto, un joven guapísimo, vestido con túnica blanca y, levantándome, me conduce a través de una hendidura al Hades, de modo que, nada más verlos, reconocí a Tántalo y a Titión [16] y a Sísifo.

»¿Qué podría decirnos respecto de otros asuntos? Una vez que llegué a estar bajo el tribunal, estaban allí presentes Éaco, Caronte, las Moiras y las Erinis. El que parecía ser el rey, Plutón, me parece, se sentó recitando los nombres de quienes iban a morir enseguida, pues habían vivido ya más días de la cuenta. El jovencito, llevándome, se puso en pie a su lado. Plutón se enfadó y a quien me llevaba va y le dice: 'Aún no ha llegado hasta el final su hilo [17], así que, que se largue. Tú trae a Démilo el herrero; está viviendo ya por encima del huso.' Yo, por fin, feliz, fui corriendo arriba sin fiebre ya, anunciando a todos que Démilo iba a morir enseguida. Vivía cerca de nuestra casa y estaba enfermo él también, según comentaban. Al cabo de poco tiempo escuchábamos el lamento de quienes lloraban por él.

---

[16] Tres ilustres habitantes del Tártaro, que cita Luciano con frecuencia a lo largo de su obra, siempre que se refiere al mundo subterráneo. Los tres cumplían condena que implicaba tremendos suplicios.

[17] Se refiere al hilo de la vida humana, que, en mano de las Moiras, se va enebrando primero, estirando después y cortando al final.

26 »—¿Qué hay de asombroso en ello?, dijo Antígono. Conozco a uno que, al vigésimo día de haber sido enterrado, resucitó, pues traté al individuo en cuestión antes de su muerte, y después de su resurrección.

»—¿Y cómo, interrumpí yo, en el transcurso de veinte días no se corrompió su cuerpo y ni siquiera resultó dañado por el hambre, a no ser, eso sí, que estuvieras tratando a un Epiménides [18]?»

Mientras hablábamos de estas cosas, entraron los hijos de Éucrates que venían del gimnasio; el uno era ya de los efebos, el otro al filo de los quince años, y, tras saludarnos, se sentaron en la tumbona junto a su padre. A mí me trajeron un sillón. Y Éucrates, como si recobrara la memoria al ver a sus hijos, dijo:

«Por ellos te podría jurar —y ponía su mano sobre ellos— que lo que te voy a contar es verdad, Tiquíades. Todos saben qué cariño le tuve a mi bendita esposa, la madre de estos niños, y lo puse bien de relieve con mis actitudes respecto de ella, no sólo mientras vivía, sino también después de muerta, quemando con ella todo su ajuar y el vestido que le gustaba cuando vivía. Al séptimo día de haberse muerto estaba yo como ahora, echado en la tumbona intentando distraer mi pena. Estaba leyendo el
27 libro de Platón sobre el alma, tranquilamente. De pronto irrumpe la mismísima Demeneta y se sienta a mi vera, como está ahora Eucrátides —señalaba al más joven de sus hijos; éste, por cierto, temblaba como un niño y desde hacía un rato estaba pálido escuchando el relato—. Yo, dijo Éucrates, en cuanto la vi, la abracé mientras lloraba entre sollozos. Ella no me dejaba gritar; antes bien me recrimina-

[18] Alusión al famoso sacerdote cretense que pasó cuarenta años durmiendo.

ba, porque, al darle el último adiós, con todas sus cosas no había quemado en la pira una de sus dos sandalias que eran de oro, y según decía, había ido a parar bajo la caja; precisamente por eso nosotros, como no la encontramos, incineramos sólo la otra. Estábamos aún charlando cuando un maldito perrillo que estaba bajo la tumbona, un Meliteo, ladró y ella se esfumó ante el ladrido. La sandalia se encontró debajo de su cofre y se incineró después.
¿Te parece lógico seguir incrédulo aún, Tiquíades, ante 28
hechos clarísimos, que están sucediendo cada día?

»—Por Zeus, repuse yo. Quienes no se lo creen y manifiestan tan gran falta de respeto por la verdad, merecerían que se les pegara en el culo, como a los niños, con una sandalia de oro.»

En estas estábamos cuando entró Arignoto, el pitagóri- 29
co, con su melena y su aspecto venerable —ya sabes que a quien destaca por su sabiduría le dan el sobrenombre de sagrado—. Pues bien, cuando lo vi, respiré aliviado, pensando que su llegada sería un especie de hacha que cortaría todas aquellas historietas; ese hombre culto, me decía yo, les cerrará el pico cuando cuenten todos esas historias prodigiosas. Y, como dice la expresión, creía que me lo había enviado por la tramoya el Azar, como *deus ex machina.* Cleodemo le dejó sitio, y, luego que se hubo acomodado, preguntó primero por su enfermedad y, tras escuchar de boca de Éucrates que se encontraba ya bastante mejor, preguntó:

«—¿Sobre qué versaba vuestra filosofía? Nada más entrar escuché un poco y me parecía que estabais llevando la conversación a un punto muy interesante.

»—¿Sobre qué otro tema iba a ser, dijo Éucrates? Estamos intentando convencer a este tipo, que es duro como el acero —y me señalaba a mí—, de que piense que existen

espíritus, fantasmas y de que almas de muertos deambulan por la tierra y se aparecen a quien quieren.»

Yo me sonrojé y bajé la cabeza en gesto de respeto hacia Arignoto.

«—Mira a ver, Éucrates, dijo, no sea que Tiquíades esté diciendo que sólo las almas de quienes han tenido una muerte violenta andan deambulando por ahí, como es el caso de uno que se ahorcó, o de otro a quien le cortaron la cabeza, o uno que murió crucificado u otro que abandonó la vida de cualquier otro modo semejante; mientras que las de quienes han muerto porque les ha llegado su hora, ya no pueden andar por ahí dando vueltas. Mientras diga eso, no andará del todo descabellado.

»—No, por Zeus, replicó Deinómaco; piensa él que no suceden cosas de ese estilo, ni cree que se vean, aunque están sólidamente constituidas.

30 »—¿Cómo dices?, comentó Arignoto fulminándome con la mirada. ¿Crees que ninguna de esas cosas sucede realmente, pese a que todos, según dicen, las ven?

»—Defiéndeme, dije yo, si no creo en ellas porque soy el único que no las veo: si las viera, también yo las creería como vosotros.

»—Pero, vamos a ver, replicó, si alguna vez vas a Corinto, pregunta dónde está la casa de Eubátidas, y una vez que te indiquen que junto al *Cráneion*, cuando estés ya allí, dile al portero Tibío que te gustaría ver el lugar de donde el pitagórico Arignoto excavó su espíritu y lo hizo salir y consiguió que, a partir de entonces, se pudiera vivir en la casa.

31 »—¿Qué pasaba, Arignoto, preguntó Éucrates?

»—Por los miedos hacía mucho tiempo que era imposible vivir en ella. Y si alguien se instalaba allí, huía enseguida espantado, perseguido por una alucinación terrible y

turbulenta. Se metía dentro y se desplomaba el tejado, de manera que nadie tenía el valor suficiente para entrar en ella. Después de oír eso, cogiendo los libros —tengo muchos, egipcios sobre todo, que tratan de esos temas— llegué a la casa al filo del primer sueño, pese a que mi anfitrión intentaba hacerme desistir y dejó de acompañarme en cuanto supo a dónde pretendía dirigirme, a un callejón sin salida. Yo, con la antorcha en la mano, voy y entro sólo y, tras dejar la luz en la habitación más grande, me dedicaba a leer tranquilamente sentado en el suelo. Se me pone al lado el 'demonio', creyendo que venía sobre uno cualquiera de tantos y esperando amedrentarme, como había hecho con los demás, polvoriento, melenudo y más negro que las tinieblas. Pegándose a mí, me tanteó acechándome por todas partes a ver por dónde podía dominarme, adoptando la forma unas veces de perro, otras de toro, otras de león. Yo, echando mano de la más terrible de las maldiciones, encantándolo en lengua egipcia, lo acorralé hacia una esquina de una tenebrosa habitación. Vi dónde lo metí y dormí el resto de la noche.

»Al amanecer, cuando todos habían dado el tema por perdido y creían que me encontrarían muerto como a los demás, voy y sin que nadie se lo espere me acerco a Eubátidas con la buena noticia de que podrá vivir ya en su casa que ha quedado por fin limpia y libre de temores. Así que acompañándole a él y a otros muchos —que nos seguían más que nada por lo sensacional del suceso— les exhorté, llevándoles junto al lugar en donde había visto bajar al demonio, a excavar con palas y pico. Y así lo hicieron y apareció un cadáver amojamado, enterrado a una braza de profundidad, que sólo tenía los huesos en su forma normal. Tras sacarlo del hoyo lo enterramos, y a partir de aquel momento la casa dejó de ser molestada por los fantasmas.»

32 Cuando Arignoto, hombre de una sabiduría genial y respetable en todas las facetas de su persona, acabó de contar aquello, no había nadie de los presentes que no reconociera que era muy grande mi insensatez por no creer tales historias, máxime después de haberlas contado Arignoto.

Sin embargo, yo, sin dejarme impresionar ni ante su larga cabellera ni ante su fama, dije:

«—¿Cómo es esto, Arignoto? ¿También tú eras de esa clase de hombres, tú, la única esperanza de la verdad, también estás lleno de humo y de alucinaciones? Lo que dice el refrán: 'El tesoro ha resultado que son trozos de carbón' [19].

»—Y tú, replicó Arignoto, si no me crees a mí, ni a Deinómaco, ni a Cleodemo, ni al mismísimo Éucrates, vamos di, ¿a quién consideras más digno de crédito que sostenga puntos de vista contrarios a los nuestros respecto de esos temas?

»—Sí, por Zeus, repliqué yo; un hombre asombroso, el famoso Demócrito de Abdera, que estaba firmemente convencido de que ningún fenómeno de este estilo puede tener consistencia, hasta el punto de que, encerrándose a sí mismo en una estela funeraria, fuera de las puertas pasaba allí el tiempo escribiendo y componiendo día y noche. Algunos jovencitos que querían burlarse de él y asustarlo, vestidos como los muertos con traje negro y, para la cabeza, con máscaras que los imitaban, colocándose alrededor de él, danzaban en torno suyo, saltando con ritmo acompasado. Demócrito ni se asustaba al ver sus pintas, ni levantaba sus ojos para mirarlos, sino que, al tiempo que

[19] Expresión para mostrar la decepción fruto de contrastar la realidad con expectativas desorbitadas.

escribía, decía: 'Dejad de hacer estupideces.' Hasta tal punto tenía el firme convencimiento de que las almas no son nada una vez que están fuera de los cuerpos.

»—Lo que dices, comentó Éucrates, no hace sino evidenciar que también Demócrito era un estúpido, si es que tenía esa opinión. Os voy a contar otro suceso que me 33
ocurrió a mí personalmente, no es que lo haya oído de otro. Tal vez tú, incluso, Tiquíades, cuando lo oigas te confirmarás en la veracidad del relato.

»Cuando yo vivía en Egipto, siendo todavía joven, enviado allí por mi padre con el propósito de mejorar mi formación, sentí ganas de navegar rumbo a Copto y, desde allí, llegando a las inmediaciones de Memnón, escuchar su maravilloso canto a la salida del sol. Lo que escuché de su boca no fue, como era la norma general, una voz ininteligible, sino que el tal Memnón, abriendo personalmente la boca, me dio un oráculo en siete versos; y si no es porque me desviaría del tema, podría recitaros yo esos versos. Durante la navegación río arriba, dio la casualidad 34
que navegaba con nosotros un hombre de Menfis, uno de los escribas sagrados, admirable por su sabiduría y su formación, que conocía todo Egipto. Se decía que había vivido bajo tierra en los santuarios recónditos durante veintitrés años, enseñado por Isis en el arte de la magia.

»—Te refieres, interrumpió Arignoto, a Páncrates, mi maestro, hombre sagrado, siempre impecablemente afeitado, inteligente, que no habla bien griego, alto, chato, con los labios hacia fuera y las piernas ligeramente delgadas. Justo, ése era, el mismísimo Páncrates. Yo, al principio, no sabía quién era, pero, en cuanto lo vi realizando muchos prodigios mientras conseguimos fondear el barco, montando a lomos de cocodrilos y nadando en compañía de animales salvajes, al tiempo que éstos movían alegres la

cola y la replegaban, me di cuenta de que se trataba de
un hombre sagrado. Demostrándole mi amistad, poco a
poco casi sin darme cuenta me hice compañero y asiduo
acompañante suyo hasta el punto de que él compartía con-
migo los secretos de los rituales misteriosos.

»Ya, por fin, me convence de que deje a todos los cria-
dos en Menfis y que vaya yo solo con él, pues no nos
faltaría quien estuviera dispuesto a atendernos.

35 »Cuando llegamos a una posada, tomando o bien el
barrote de la puerta o el cepillo o el palo del mortero,
recubriéndolos con túnicas, pronunciando sobre ellos un
conjuro, los hacía caminar, dando a todos la impresión
de que se trataba de una persona. El objeto en cuestión
salía a la calle, sacaba agua, hacía la compra, preparaba
la comida, cumplía sus cometidos y nos atendía correcta-
mente. Y cuando ya nos habían prestado el servicio ade-
cuado, de nuevo volvía a transformar el cepillo en cepillo
o el palo en palo pronunciando sobre ellos un nuevo con-
juro. Por más interés que yo ponía, no podía aprender
de él. Él me miraba con recelo, pues estaba más enfrasca-
do en las otras acciones. En cierta ocasión, un día, sin
que se diera cuenta, escuché la palabra mágica —era de
tres sílabas— apostándome en un lugar muy oscuro. Él
se dirigía a la plaza, tras dejarle ordenado al palo del mor-
36 tero lo que tenía que hacer. Al día siguiente, mientras él
gestionaba unos asuntos en la plaza, tomando el palo del
mortero y vistiéndolo de modo semejante, pronuncié sobre
él las sílabas mágicas y le mandé ir por agua. Cuando vol-
vió con el ánfora llena, le dije: '¡Quieto, no vayas ya por
agua; vuelve a ser un palo de mortero!' Pero él no quería
hacerme caso, sino que no paraba de ir por agua hasta
que nos llenó la casa a base de echar cubos dentro. Yo,
sin saber cómo resolver el problema —temía que Páncra-

tes, al volver, se enfadara, como así fue, por cierto—, cogiendo un hacha, corté el palo del mortero en dos trozos. Pero cada trozo, tomando el ánfora, iba por agua, con lo que en vez de uno me habían surgido dos asistentes. En ese momento se me presenta Páncrates y, captando al instante lo que había sucedido, convirtió aquellos trozos en madera, como estaba antes del conjuro, y, abandonándome sin que yo me diera cuenta, se marchó a algún lugar en que no pudiera vérsele.

»—¿Entonces, dijo Deinómaco, por lo menos sabes hacer un hombre de un palo de mortero? Sí, por Zeus, contestó, pero a medias. No puedo volverlo a su primitiva forma, si es que se convierte alguna vez en aguador, así que no tendríamos más remedio que dejar que la casa se inundase con el agua que eche dentro.

»—Ancianos, como sois, interrumpí yo, ¿no vais a 37
dejar de contar historias fantásticas de esa índole? Y si no, al menos en atención a los muchachos esos, aplazad para otra ocasión esos relatos fantasiosos y horrendos, no sea que sin daros cuenta los llenéis de temores y de extrañas fabulaciones. Debierais tener un poco de consideración con ellos y no acostumbrarles a escuchar historias de esa índole que les acompañarán durante toda la vida y les causarán molestias y les harán asustarse a cada ruido que oigan, pues están llenas de pintorescas supersticiones.

»—Hablando de superstición, dijo Éucrates, me has 38
refrescado la memoria. ¿Qué opinas tú, Tiquíades, respecto de estos temas? Me refiero a oráculos, profecías o gritos de quienes están poseídos por la divinidad o que se escuchan provenientes de los santuarios o de una doncella que dejando oír su voz en verso profetiza el futuro. Es evidente que tampoco crees en esas cosas. No quiero yo decir que tengo un anillo sagrado que tiene grabado en el sello

la imagen de Apolo Pitio ni que el propio Apolo me dirige la palabra, no te vaya a parecer que exagero por lo que a mí se refiere, hasta límites de lo increíble. Quiero ahora contaros lo que oí de labios de Anfíloco, en Mallo, en el curso de una conversación que tuvo conmigo, en la realidad, mientras me aconsejaba respecto a mis problemas, y lo que vi.

»Acto seguido, lo que vi en Pérgamo y lo que escuché en Patara. Cuando regresaba a mi tierra desde Egipto, oyendo que el oráculo que había en Mallo era muy famoso y muy ajustado a la realidad y que daba los oráculos de forma clara, contestando palabra por palabra a las preguntas que previamente uno había escrito en la tablilla y entregado al profeta, pensé que estaría bien poner a prueba al oráculo al pasar y pedir consejo a la divinidad respecto del futuro [20].»

39 Como Éucrates andaba aún contando esas historias, yo, viendo a dónde iba a llevarnos aquel asunto, y que no sería de poca monta el episodio referente a los oráculos en que se había metido, no pareciéndome procedente estar yo constantemente oponiéndome a todos, dejándole cuando aún andaba navegando desde Egipto rumbo a Mallo —y estaba convencido de que les fastidiaba mi presencia en la medida en que refutaba con argumentos sus historietas— dije: «Yo me marcho a buscar a Leóntico; necesito estar con él para una cosa. Vosotros, pues que no os parecen suficientes las historias de los hombres, llamad ya a los mismísimos dioses, para que os echen una mano a vuestras fábulas.» Y mientras hablaba así, me marché. Ellos, con-

[20] Alusión al famoso santuario de Cilicia al que se alude con cierto detenimiento en la obra inserta en este volumen: *Alejandro o El falso profeta* (19 ss.).

tentos porque tenían ya plena libertad, seguían su festín, como era de esperar, dando rienda suelta a sus fantasías.

Ahí tenéis, Filocles; tras oír todo eso en casa de Éucrates voy dando vueltas sí, por Zeus, como los que han bebido vino dulce, con el vientre lleno de aire y con necesidad de vomitar. Con gusto me compraría en cualquier sitio y al precio que fuera una medicina que hiciera olvidar lo que oí para que el recuerdo de ello no hable dentro de mí y me produzca algún mal. ¡Me parece que no paro de ver monstruos, demonios y Hécates!

Filocles. — Creo que yo también me he visto afectado 40
de modo semejante por tu relato. Dicen que no sólo tienen la rabia y la hidrofobia aquellos a quienes muerden los perros rabiosos, sino que si el hombre que resulta mordido muerde a su vez a otro, su mordedura tiene una fuerza semejante a la del perro y él también tiene los mismos temores. Pues, sin lugar a dudas, parece que en casa de Éucrates has sido mordido por muchas patrañas, y me has traspasado a mí la mordedura; hasta ese punto me has llenado de duendes el alma.

Tiquíades. — En fin; ánimo, amigo, tenemos como fármaco protector ante tales patrañas la verdad y el razonamiento correcto. Si hacemos uso correcto de él, no hay cuidado de que nos veamos perturbados por historietas baladíes y vanales.

35

JUICIO DE DIOSAS

Luciano trata un tema tradicional de la mitología clásica: el juicio de Paris. No se puede decir que el autor haga de él una caricatura con la finura, la agudeza y el ingenio de que hace gala al ocuparse de temas similares. Si se nos permite la expresión, «el primer concurso de 'misses'» de la Antigüedad podía haberse puesto en solfa con más gracia y más ironía. Normalmente, cuando uno lee las obras de Luciano, se ve más obligado a reír que a sonreír. En este caso, sucede lo contrario, y dado que el tema parece prestarse a la carcajada, no podemos por menos de tener la sensación de que nuestro autor —genial e incomparable— ha desperdiciado, en este caso, una buena ocasión de divertir a sus lectores.

Inscrito muchas veces en el conjunto de los «Diálogos de los dioses», consta como obra aparte en todos los manuscritos.

1 ZEUS. — ¡Hermes!, toma esta manzana y vete a Frigia a casa del hijo de Príamo, el pastor de bueyes, que apacienta las manadas en el Gárgaro, en las estribaciones del Ida, y dile: «A ti, Paris, puesto que eres hermoso y entendido en temas del amor, te encarga Zeus juzgar a las diosas, a ver, cuál de ellas es la más hermosa. La que resulte vencedora obtendrá la manzana como premio del concurso.»

(A las diosas.) Es ya hora de que acudáis ante vuestro juez. Yo me retiro del jurado, pues os amo a todas por igual, y si fuera posible, me gustaría veros vencedoras a las tres. Pero, forzosamente, si le otorgara a una sola el premio a la más hermosa, me atraería el odio de todas las demás. Por ello, no soy yo el juez apropiado; en cambio, ese joven, el frigio, ante quien vais a marchar, es de estirpe real y pariente del mismísimo Ganimedes; y, por lo demás, es un tipo sencillo y de las montañas; nadie podría pensar que no es digno de presenciar un espectáculo de tal categoría.

AFRODITA. — Yo, por mi parte, Zeus, aunque nos hubierais designado al mismísimo Momo en persona como 2
juez, muy animada voy a la exhibición, pues ¿qué pegas me podría poner [1]? El individuo en cuestión debe de parecerles bien.

HERA. — Afrodita, no te tenemos miedo, ni aunque tu Ares [2] dirimiera el certamen; aceptaremos al Paris ése, quienquiera que sea.

ZEUS. — ¿Estás de acuerdo tú con eso, hija? ¿Qué dices? ¿Te das la vuelta y te sonrojas? Es natural que asuntos de esta índole os den vergüenza a vosotras, las doncellas. Asientes, sin embargo. Bien. Marchad, pues, y las que resultéis derrotadas procurad no enfadaros con el juez ni causarle daño alguno al jovencito. No es posible que las tres seáis igual de hermosas.

---

[1] Recojo en la traducción el juego de palabras que realiza Luciano, si bien en su caso no es con la *p* sino con la *m; «mōmḗsaito mou»*.

[2] Alude a una de las más pintorescas aventuras de Afrodita. Cuando yacía con Ares, tras haber burlado a Hefesto con quien vivía, fue descubierta por Helios quien comunicó la noticia al dios fuego. Éste fabricó una red invisible en torno al lecho de Afrodita. En ella quedaron presos la diosa y Ares para regocijo y rechifla de los demás dioses.

3 HERMES. — Vayamos derechos a Frigia; yo os guiaré, y vosotros, acompañadme sin tardanza, y ¡ánimo! Yo conozco a Paris. Es un joven guapo y muy sensible a los temas del amor, muy capacitado para un juicio de esta naturaleza; no ha de emitir un veredicto desacertado.

AFRODITA. — Todo lo que estás diciendo es positivo para mí, a saber, que el juez es justo. ¿Es que está soltero, o qué mujer vive con él?

HERMES. — Soltero, pero no del todo, Afrodita.

AFRODITA. — ¿Cómo dices?

HERMES. — Me parece que vive con él en casa una mujer del Ida, una mujer que no le va mal, campesina [3] y terriblemente montaraz, pero parece que él no le hace mucho caso. ¿A cuento de qué preguntas eso?

AFRODITA. — Era una pregunta sin mayor importancia.

4 ATENEA. — ¡Eh, tú!; te estás pasando en tus funciones como mensajero, pues desde hace un buen rato no paras de hablar más que con ella.

HERMES. — No es nada importante ni que tenga que ver con nosotros; simplemente me preguntaba si Paris está soltero.

ATENEA. — ¿Y cómo es que se toma interés por ese punto?

HERMES. — No sé. Dice que le vino la pregunta de improviso; no la formuló a propósito.

ATENEA. — Y bien. ¿Está soltero?

HERMES. — Parece ser que no.

ATENEA. — ¿Cómo? ¿Tiene ganas de gestas guerreras y afán de gloria, o es pura y simplemente un pastor?

HERMES. — A ciencia cierta no te lo puedo decir, pero hay que imaginarse que, siendo joven, le apetecerán

---

[3] Parece tratarse de Enone, hija del dios-río Cebrén.

empresas de esa índole, y querrá ser el primero en las batallas.

AFRODITA. — ¿Lo ves? No te voy a echar en cara ni a acusarte de estar charlando ahora en privado con ella. Esos reproches son propios de personas gruñonas no de Afrodita.

HERMES. — También ella me estaba preguntando lo mismo, así que no te enfades ni pienses que estás en desventaja, pues le estoy respondiendo a ella también de forma
escueta. Pero hablando, hablando, hemos avanzado mucho 5
y nos hemos alejado ya de las estrellas y estamos casi en Frigia. Ya estoy viendo el Ida y el Gárgaro con todo detalle. Y si no me engaña la vista, también a Paris, nuestro juez.

HERA. — ¿Dónde está? Yo no lo veo.

HERMES. — Por ahí, Hera, mira con atención por la izquierda, no a la cima del monte, sino a la ladera, donde está la cueva; cerca de donde estás viendo también el rebaño.

HERA. — Pero es que no veo el rebaño.

HERMES. — ¿Qué dices? ¿No estás viendo unos terneros por donde te estoy señalando con el dedo, que avanzan entremedio de las piedras, y a un tipo que corre, picos abajo, con un cayado intentando impedir que la manada se despeñe y se desperdigue?

HERA. — Si es aquél, sí, lo estoy viendo.

HERMES. — Pues aquél es. Una vez que estemos cerca, si os parece, apoyándonos ya en tierra firme, iremos a pie, no sea que se alarme si nos dejamos caer de improviso desde los aires.

HERA. — Llevas razón. Hagámoslo así, y una vez que hayamos echado pie a tierra, es momento para ti, Afrodita, de avanzar y guiarnos el camino; evidentemente, tú tie-

nes ya experiencia de haber pasado por estos parajes en muchas ocasiones, según cuenta el mito, cuando bajabas a entenderte con Anquises.

AFRODITA. — No me afectan demasiado este tipo de chirigotas.

6 HERMES. — Yo voy a guiaros. Yo también pasé mucho tiempo en el Ida cuando Zeus se enamoró del muchacho frigio, y con frecuencia venía, enviado por él, para visitar al niño [4]. Y cuando ya estaba transformado en águila, volaba a su lado y le ayudaba con ligereza al hermoso joven, y si mal no recuerdo, lo raptó y se lo llevó arriba desde esa roca. Se encontraba él casualmente tañendo la siringe para el rebaño, cuando Zeus bajó volando por detrás y, abrazándolo suavemente con las uñas y mordiendo con el pico la tiara que llevaba en la cabeza, se llevó a lo alto al muchacho aterrado, al tiempo que miraba para atrás con el cuello vuelto. Entonces, yo, tomando la siringe —tenía tanto miedo que se le cayó—... Pero ahí está ya
7 cerca el juez, con que... saludémoslo. ¡Salud, pastor de bueyes!

PARIS. — ¡Salud, jovencito! ¿Quién eres tú, que has llegado a mis dominios? ¿Quiénes son esas mujeres que traes contigo? Tan hermosas como son no les cuadra andar dando vueltas por las montañas.

HERMES. — No son mujeres, Paris; estás viendo a Hera, Atenea y Afrodita. Y a mí, Hermes, me ha enviado Zeus... ¿por qué tiemblas y palideces? No temas, no pasa nada. Te ordena ser juez de la belleza de cada una de ellas.

---

[4] Todo el pasaje alude al llamado «rapto de Ganimedes», al que aquí no se menciona por su nombre. Joven de extraordinaria belleza, había sido objeto del amor de Zeus, quien, convertido en águila, lo llevó hasta el Olimpo, donde prestaba servicios como copero de los dioses.

Como eres hermoso y experto en temas del amor, dice, te traspasó la responsabilidad de la decisión a ti. Sabrás cuál es el premio del concurso cuando leas la manzana.

PARIS. — Trae que vea qué quiere decir. «Que la tome la más hermosa», dice. ¿Cómo podría yo, Hermes, mi señor, que soy un mortal y un hombre del campo, ser juez de un concurso insólito y que desborda las posibilidades de un pastor? Asuntos de esta índole mejor los juzgan los hombres refinados y de la ciudad. Yo tal vez tendría la técnica necesaria para discernir qué cabra es más hermosa que otra o qué ternera es más hermosa que otra. Estas 8
tres son igualmente hermosas, y no sé cómo alguien, apartando los ojos de una, podría ponerlos en otra. Ese alguien no querría alejarse fácilmente, sino que en donde primero se fije, ahí se mantiene y elogia lo que tiene delante. Pero si pasa los ojos a otro punto, también ve que aquello es precioso y ahí se mantiene y queda deslumbrado por lo que tiene más cerca. En una palabra, su belleza me tiene confundido, me ha causado impacto y estoy disgustado, porque, como Argos, no puedo mirar con todo el cuerpo. Me parece que el veredicto correcto sería otorgarles la manzana a las tres. Y aún hay algo más; resulta que una es hermana y esposa de Zeus, y las otras hijas. ¿Cómo no va a ser difícil adoptar una decisión con este cúmulo de condicionantes?

HERMES. — No sé nada, excepto que no es posible escabullirse de lo que ha ordenado Zeus.

PARIS. — Convéncelas solamente de una cosa, Paris; 9
que las dos que resulten derrotadas no se enfaden conmigo; que piensen que se trata de un ligero defecto de mis ojos.

HERMES. — Dicen que así lo harán. Pero es ya hora de pasar al juicio.

PARIS. — Vamos allá. ¿Qué otra cosa puede hacer uno? Quiero conocer primero un detalle; ¿basta con examinarlas así como están o será mejor que se desnuden para que el examen se lleve a cabo con todo lujo de detalles?

HERMES. — Eso depende del juez, que eres tú, así que ordena y di cómo deseas verlas.

PARIS. — ¿Que cómo deseo? Deseo verlas desnudas.

HERMES. — ¡Eh, vosotras! Quitaos la ropa. Tú fíjate bien en ellas; yo me he dado la vuelta.

10 AFRODITA. — Muy bien, Paris. Voy a desnudarme yo la primera para que aprendas que no sólo tengo los brazos [5] blancos, ni presumo de ser de ojos de novilla [6], sino que toda yo soy hermosa por igual, por todas partes de mi cuerpo.

ATENEA. — Que no se desnude ella la primera, Paris, antes de quitarse el cinturón —es una bruja—, no sea que te hechice con él. Por cierto, que debería comparecer sin tantos adornos ni tantos coloretes como si fuera auténticamente una fulana, sino que debería mostrar su belleza al natural.

PARIS. — Llevan razón en lo que se refiere al cinturón; quítatelo.

AFRODITA. — Entonces, Atenea, ¿por qué no te quitas tú también el casco, y enseñas la cabeza al natural, en vez de hacer tremolar el penacho y asustar al juez? ¿O tienes miedo de que no se te note lo chispeante [7] de tu mirada si miras sin ese casco aterrador?

ATENEA. — Bien, ahí tienes el casco; ya me lo he quitado.

---

[5] y [6] Alusión a las característicos epítetos homéricos para designar por antonomasia a Afrodita *Leukōlénē* y a Hera *Boôpis*.

[7] Tercera y última alusión a Atenea como la «de ojos de lechuza», (*Glaucôpis*).

AFRODITA. — Ahí tienes también el cinturón. Vamos a desnudarnos.

PARIS. — ¡Oh prodigioso Zeus, qué espectáculo, qué 11
hermosura, qué placer! ¡Cómo está la doncella! ¡Con qué estilo regio y venerable y auténticamente digno de Zeus resplandece la hermosura de ésa! ¡Y ésta mira con una dulzura y un encanto y tiene una sonrisa seductora! Pero, en fin; ya he disfrutado bastante. Si os parece, me gustaría ahora echaros un vistazo por separado, porque ahora estoy dudoso y no sé en qué fijarme, con los ojos yendo de un lado para otro en todas direcciones.

DIOSAS. — Muy bien, vamos allá.

PARIS. — Marchaos vosotras dos. Tú, Hera, quédate.

HERA. — Ya me quedo, y una vez que me hayas visto con todo detalle, será momento de prestar atención a ver si te resultan también hermosos los regalos que te daré por mi victoria. Si dictaminas, Paris, que yo soy la más bella, serás dueño y señor de toda Asia.

PARIS. — Nuestro asunto no tiene que ver con regalos. 12
Así que márchate; se hará como me parezca. Acércate tú, Atenea.

ATENEA. — Aquí estoy, a tu lado, y si dictaminas que yo soy la más bella, nunca jamás saldrás derrotado de batalla alguna, sino siempre triunfador. Haré de ti un guerrero y un campeón.

PARIS. — No me importa en absoluto la guerra ni la batalla. La paz, como ves, preside ahora Frigia y Lidia y el reino de mis padres está exento de guerras. Ten ánimo; no se te hará de menos aunque no vayamos a juzgar en base a regalos. Pero... vístete ya y ponte el casco. Ya he visto suficiente. Es el turno de Afrodita.

AFRODITA. — Aquí estoy yo ya, cerca de ti. Y observa 13
uno por uno sin correr, recreándote en ellos, cada uno de

mis miembros. Y si quieres, guapo, escucha además mi voz. Yo, que he visto hace mucho que eres joven y hermoso cual dudo que Frigia críe otro igual, te felicito por tu belleza, pero te reprocho que no abandones los peñascos y esas rocas y vivas en una ciudad, y que por el contrario estés echando a perder tu belleza en la soledad. ¿Qué disfrute sacas de las montañas? ¿Hasta qué punto disfrutan las vacas de tu belleza? Te cuadraría haberte casado ya, no con una mujer campesina y lugareña como son las que hay por el Ida, sino con alguna procedente de Grecia, bien de Argos, o de Corinto o Laconia, como Helena, una joven hermosa, en modo alguno inferior a mí, y lo que es más importante, ardientemente amorosa. Simplemente con que esa mujer te viera, estoy segura de que dejaría todo y, ofreciéndose a sí misma, sin condicionantes, te seguiría y viviría contigo. Ya has oído todo lo que tenías que oír respecto de ella.

PARIS. — No he oído nada, Afrodita. Ahora me gustaría escuchar todo lo que sepas sobre ella.

14 AFRODITA. — Es hija de la hermosa Leda, aquella sobre la que bajó en vuelo Zeus convertido en cisne.

PARIS. — ¿Qué aspecto tiene?

AFRODITA. — Es de piel blanca, como es natural, pues ha nacido de un cisne, y blanda, pues ha crecido de un huevo, muy dada al ejercicio físico y al deporte, y muy codiciada por ello, hasta el punto de que por poseerla a ella se producen guerras, pues la raptó Teseo cuando era aún muy joven. Y aún más; cuando llegó al momento de su máximo esplendor, todos los más nobles príncipes de los aqueos, rivalizaron por conseguir su mano, y resultó triunfador Menelao, de la estirpe de los Pelópidas; pero si quisieras, yo podría llevar a feliz término su boda contigo.

PARIS. — ¿Cómo dices? ¿La boda con una mujer ya casada?

AFRODITA. — Tú eres joven y rústico; yo sé cómo hay que maniobrar en esas ocasiones.

PARIS. — ¿Cómo? Quiero saberlo yo también.

AFRODITA. — Tú te irás de tu tierra, so pretexto de 15
visitar la Hélade, y cuando hayas llegado a Lacedemonia, Helena te verá. Entonces será ya asunto mío que se enamore de ti y se vaya contigo.

PARIS. — Eso me parece increíble, que esté dispuesta a dejar a su marido para hacerse a la mar en compañía de un hombre bárbaro y extranjero.

AFRODITA. — Estáte animado en ese punto. Tengo yo dos hijos hermosos, el Deseo y el Amor. Yo te los entregaré para que sean guías de tu recorrido. Eros acercándose a ella sin reservas, obligará a la mujer en cuestión a amarte, y el Deseo rondando en torno tuyo, te infundirá ardor y pasión amorosa, sus cualidades. Yo misma, allí presente con vosotros, les pediré a las Gracias que nos acompañen, y entre todos la seduciremos.

PARIS. — No está claro, Afrodita, cómo vaya a resultar ese plan. Desde luego, yo estoy ya enamorado de Helena y no sé como; creo que estoy viéndola, que navego rumbo a Grecia, que llego a tierras de Esparta y que regreso llevando conmigo a esa mujer, y me aflijo porque no estoy ya desarrollando todo ese plan.

AFRODITA. — No te enamores, Paris, sin antes haber- 16
me dado respuesta con tu veredicto a mí, la promotora de tu desposorio, la que te ha presentado a la novia. No estaría de más que os acompañara tras haber resultado la triunfadora en este certamen, y así celebraríamos con una fiesta la boda y mi victoria en el concurso. En tu mano

está el comprarlo todo, el amor, la belleza, la boda, al precio de esa manzana.

PARIS. — Temo que, después del juicio, te desentiendas de mí.

AFRODITA. — ¿Quieres que te lo jure?

PARIS. — ¡De ninguna manera! Pero vuélvemelo a prometer.

AFRODITA. — Te prometo que te entregaré a Helena como esposa, que te acompañará y que llegará con nosotros a Troya. Yo misma estaré a tu lado y llevaré contigo todo a término.

PARIS. — ¿Y llevarás al Amor, al Deseo y a las Gracias?

AFRODITA. — ¡Ánimo! Y, además de ellos, al Anhelo y a Himeneo los llevaré.

PARIS. — Entonces, en base a esas promesas, te doy la manzana. Bajo estas condiciones, ¡tómala!

36

SOBRE LOS QUE ESTÁN A SUELDO

No vamos a encontrar, a continuación, oradores, ni filósofos, ni divinidades, ni magos, ni adivinos. No se va a arremeter aquí y ahora contra ningún personaje concreto, ni de los de antes ni, a la sazón, de los de ahora. Luciano pone en guardia a un amigo —Timocles— sobre la serie de inconvenientes que acarrea la prestación de servicios como profesor, diríamos, particular en mansiones de romanos de la alta sociedad. El profesor en cuestión se ajusta con el dueño de la casa por un sueldo, si no miserable, sí de poca monta, y, además de ejercer como profesor, parece un auténtico mayordomo. Se ve obligado a realizar una serie de funciones con frecuencia humillantes y su reputación, que podría pensarse buena e importante, queda por los suelos.

Carente de rasgos humorísticos, se trata de un ensayo serio, que proporciona un buen documento para conocer las vicisitudes por las que pasaron ciertos griegos, más o menos cultos, en plena época romana.

¿Por dónde empezaré o por dónde acabaré, como suele 1
decirse [1], amigo mío, de contarte lo que inexorablemente sufren o hacen quienes entran en consorcios a sueldo, má-

[1] *Odisea* IX 14.

xime si se para uno a mirar las amistades que tienen con los hombres prósperos —si es que se le puede dar el nombre de amistad a una sumisión de ese estilo—? Conozco muchos, por no decir la casi totalidad de avatares que les suceden y no, por Zeus, precisamente por haberlos yo experimentado. Nunca me he visto en la necesidad ineludible de pasar por ese trance, y ojalá que nunca, oh dioses, me vea. Pero muchos de quienes habían ido a caer en ese tipo de vida me lo contaban abiertamente; unos, que aún se hallaban sumidos en la desgracia, lamentando la cantidad y el tipo de sufrimientos que padecían; otros, como si acabaran de escapar de una cárcel, recordaban no sin agrado lo que habían sufrido, pues al menos se ponían contentos al hacer el relato de todo aquello de lo que se habían liberado.

Precisamente éstos eran los más dignos de crédito, pues, por decirlo de alguna manera, habían cubierto todo el proceso, iniciándose como en los rituales de Deméter de principio a fin. Así, no escuchaba yo su relato de un modo distraído o despreocupado, mientras iban narrando su, diríamos, naufragio o inesperada salvación, como quienes con las cabezas rapadas se agrupan cerca de los santuarios y cuentan sin parar las olas gigantes, tempestades, espolones, sacudidas, roturas de mástil, fracturas de timones y, sobre todo, apariciones de los Dioscuros, que son, por cierto, muy apropiados para este tipo de tragedia, o de cualquier otro *deus ex machina* que, sentado sobre la proa, o en pie junto a los mandos de timón, logró enderezar la nave rumbo a una playa de fina arena, donde pudiera, una vez atracada, irse hundiendo despacio, poquito a poco, mientras ellos descendían a tierra sanos y salvos por la gracia y la merced del dios en cuestión.

Estos hombres exageran el cariz trágico de sus relatos, con vistas a obtener un resultado práctico inmediato, a ver si reciben dinero de la mayor parte de la gente, dando la impresión no sólo de ser hombres desgraciados, sino, sobre todo, tocados por el cariño de los dioses. Los otros, 2
en cambio, cuando contaban las tempestades que hay en sus casas, y las olas de tres y, por Zeus, hasta de cinco o de diez metros, si se pudiera decir así, cuando explicaban cómo se hicieron a la mar por vez primera, en medio de una aparente bonanza, y cuántos avatares existieron en el transcurso de la travesía —padeciendo sed, mareándose, viéndose inundados por el agua salobre y, por fin, cómo vieron encallar su pobrecilla barquichuela contra una roca sumergida o algún escollo descollado y a duras penas los pobres se salvaron a nado desnudos y carentes de todo lo necesario—, cuando explicaban —insisto— [2] todo eso, me daba la impresión de que intentaban ocultar por vergüenza la mayor parte de los hechos y que deliberadamente la omitían. Por lo que a mí respecta, no tendré reparos en contarte, hermoso Timocles, todo; no sólo sus historias, sino cualquier otra cosa que yo vaya componiendo por lo que se deduzca del relato y que sea inherente a este tipo de consorcios. Me parece que, desde hace mucho tiempo, me he dado perfecta cuenta de que andabas tramando meterte en este tipo de vida. Primero, en cuanto que la 3
conversación va a parar a estos temas. Después, que alguien de los presentes alabó esa forma de conseguir un sueldo diciendo que son tres veces dichosos aquellos que, además de tener como amigos a los más distinguidos de los romanos y de comer los manjares más caros sin pagar

[2] Hemos tenido que repetir el añadido «—insisto—», para recoger el «cuando» que había quedado varias líneas más arriba.

un cuarto [3] y de vivir en una casa preciosa y de marcharse de viaje con todo lujo y placer a lomos de un caballo blanco, si les viene en gana, además, digo, de todo eso, no es de despreciar el sueldo que reciben por su amistad y el buen trato de que son objeto, y todo esto le viene a esta gente sin mover un dedo, sin necesidad de sembrar ni de arar; y cuando estabas escuchando esas historias y otras parecidas, veía yo cómo te quedabas atónito ante ellas y cómo ofrecías la boca abierta de par en par con todas tus fuerzas como para morder el cebo [4].

Para que, en lo que a nosotros se refiere, quedemos libres de culpa de cara al futuro, y no puedas decir que, viéndote tragar un anzuelo de tal categoría con la gamba incluida, no te contuvimos ni te apartamos ni te previnimos antes de que se te metiera en la garganta, sino que permanecimos a la expectativa hasta verte ya desgarrado y llevado a la fuerza por él, que te arrastraba y se te había clavado dentro, y que, plantados allí, no parábamos de llorar sin poder hacer nada que sirviera de algo; para que nunca puedas decir eso —que si llegara a contarse, sería un relato estupendo e imposible de eludir por nosotros con el argumento de que no cometimos falta alguna contra ti por no prevenirte de antemano—, escucha todo desde el

---

[3] El griego emplea el término *asýmbola* para referirse a una cuota que no se paga; en este caso, el «escote» corresponde al banquete.

[4] Comienza aquí un par de párrafos bastante farragosos. Se echa mano de la imagen del pez mordiendo el anzuelo. Una vez que lo ha mordido y lo va a tragar, hay que intentar interceptarlo; habrá que tener cuidado para no provocar tirones que desgarren la garganta. Timocles está casi atrapado en el consorcio de los asalariados, y hay que rescatarlo. Los matices y detalles de lo referente a los utensilios de pesca posiblemente se presten a correcciones e interpretaciones distintas, por parte del filólogo y del lector.

principio, y examina la red y la impermeabilidad de los agujeros a tu gusto y desde fuera, pero no desde dentro, desde el fondo. Y tomando en las manos la curvatura del anzuelo y el doblez de la espina y las puntas del tridente, y probando a acercarlos a la boca llena de aire si no se revelan ni incisivos ni ineludibles ni dolorosos en las heridas, tirando con fuerza y resistiéndose con fuerza, inscríbeme a mí en la lista de los cobardes que, precisamente por eso, pasan hambre, y tú, henchido de ánimos, échale mano a tu presa, si quieres, tragándote el cebo entero como una gaviota.

El relato completo se va a contar fundamentalmente 4
por ti, pero no sólo tiene que ver con quienes de vosotros se dedican a la fiolosofía ni con quienes han optado por la opción [5] más ardua en la vida, sino también con los maestros, los oradores, los músicos y, en general, los que consideran lógico entablar un consorcio para actividades educativas y cobrar un sueldo por ello. Y como lo que les sucede es común a todos y, poco más o menos, por el estilo, es evidente que como lo que sucede con los filósofos es lo mismo que con los demás, no es excepcional, sino más defraudador para ellos, dado que los miden por el mismo rasero que a los demás y quienes les pagan el sueldo no tienen con ellos una consideración especial. Y así, según se verá por lo que pueda ir descubriendo la conversación a medida que avanza, la culpa de ello es fundamentalmente de quienes hacen cosas así y, después, de quienes las aguantan. Yo estoy libre de culpas, a no ser que la verdad y la franqueza sean algo censurable.

En lo que respecta a los tipos de la otra ralea, como gimnastas, aduladores, ignorantes, mediocres, hombres de

---

[5] Se ha mantenido, una vez más, el acusativo interno del griego: *prohaíresin proharireîn,* esto es, «optar por la opción».

baja estofa, no merece la pena hacerles desistir de tales «consorcios»; ni se les convencería ni tendría sentido echarles algo en cara por no abandonar a sus «pagadores», a no ser que sean explotados excesivamente por ellos; al fin y al cabo son los indicados y quienes no desmerecen de esta clase de vida. Y es más, no tendrían ninguna otra actividad a la que podrían inclinarse a prestar sus servicios, sino que, si alguien les quita este modo de vida, se quedan, de golpe y porrazo, sin oficio y sin trabajo; están de sobra. Así que no sufren nada del otro jueves ellos, ni podrían decir que se excedan sus patronos, si, como se dice vulgarmente, «usan el orinal para mear en él» [6]. Para toparse con este tipo de abusos se acercan a las casas desde el principio, y su habilidad consiste en soportarlos y resistirlos.

Respecto de los hombres con cultura que mencioné anteriormente, es lógico preocuparse e intentar que sea posible devolverlos a sus sitios y rescatarlos a la libertad.
5 Me parece que haría bien si analizara con todo detalle las causas por las que algunos van a parar a este tipo de vida, causas no del todo forzosas ni inexorables. Así, la defensa y el primer fundamento de su voluntaria esclavitud quedarían eliminados de antemano. La mayoría de ellos, pretextando la pobreza y la falta de lo necesario, creen que han puesto delante de sus ojos una tapadera suficiente de su voluntario ingreso en este tipo de vida, y piensan que ya es un triunfo para ellos si pueden decir que hacen algo bien disculpable al tratar de evitar por todos los medios

[6] Muy gráfica y muy dura la expresión griega. Dado que el autor considera escoria a toda una serie de ciudadanos que ejercen profesiones, diríamos, de tercera, sus patronos parecen darles el trato que sería de esperar. Si ellos son el orinal, los patronos los usan para hacer en él sus necesidades. Duro, en verdad.

la pobreza, que es lo peor que puede haber en la vida. Como anillo al dedo viene aquel verso de Teognis:

todo hombre, encadenado a la Pobreza [7],

y todos cuantos consejos sobre la pobreza nos han aportado los poetas más desarrapados.

Pues si yo viera que, a raíz de este tipo de «consorcios», habían encontrado una cierta y auténtica liberación de la pobreza, yo no sería quisquilloso con ellos en defensa de una libertad excesiva. Pero, puesto que —como dijo en algún lugar el magnífico orador— toman «lo que se parece a las comidas de los enfermos», si el soporte de su vida sigue permaneciendo igual para ellos, ¿qué artilugio mental puede haber para no asumir que también en este punto han sido mal aconsejados?

La pobreza de por vida y el pasarse la vida cogiendo lo que les den no hay quien se lo quite, y nunca tendrán nada de sobra para ahorrar. Lo que les den, aunque se lo den, aunque reciban lo que les dé de golpe, todo se lo gastan sin satisfacer plenamente la necesidad. Sería mejor no meterse en la cabeza tales motivos que protegen la pobreza socorriéndola sólo a ella, sino los que definitivamente la quitan, y en pro de ese ideal precipitarse incluso al profundo mar si así conviene, Teognis,

rocas abajo escarpadas,

como dices.

Y si alguno que es siempre pobre, necesitado y dependiente de un sueldo, cree que por esto precisamente ha evitado la pobreza, no entiendo cómo un tipo así no tiene la impresión de estarse engañando a sí mismo.

---

[7] Cf. *Teognis* 173 ss.

6 Otros dicen que no les asustaría ni les impresionaría la pobreza en sí, si trabajando de modo semejante a los demás, pudieran proporcionarse el pan, pero que ahora, que sus cuerpos están ya agotados por el paso de los años, han ido a parar a esta forma de ganarse el sueldo, que es la más fácil. Veamos, pues, si lo que dicen es cierto y si lo que les dan deriva, precisamente, de la comodidad sin trabajar mucho o por lo menos no algo más que los demás. A éstos les cuadraría cobrar un dinero preparado sin tener que pasar las penalidades ni las fatigas del trabajo. Y es imposible que este deseo se exprese con palabras adecuadas. En sus «consorcios» sufren tantas penalidades y fatigas, que en ellas y para esos trabajos necesitan mejor y más salud, pues cada día son miles los trabajos que, desgastando el cuerpo y machacándolo, lo llevan hasta el límite de la desesperación. Contemos todo eso en el momento oportuno, una vez que hayamos explicado sus demás dificultades. De momento bastaría con poner de relieve que quienes alegan que se venden por ese motivo no dirían la verdad.

7 Queda otro motivo, muy cierto, y que casi nunca mencionan ellos, a saber, que se meten de golpe y porrazo en las mansiones por razón del placer y muchas y constantes esperanzas, impresionados por la cantidad de oro y de plata, congratulándose de los banquetes y demás tipos de lujo y con la esperanza de beber en copa de oro con avidez todo lo que puedan, sin que nadie acierte a cerrarles la boca. Todo esto los subyuga y los hace esclavos en vez de libres; no la carencia de lo necesario, como solían decir, sino el deseo de lo que no es necesario y el afán por tener todas esas cosas tan abundantes y tan caras. Así, unos tipos expertos y versados en lides amorosas los acogen como a amantes desgraciados y sin éxito, y los tratan de forma

despectiva, tomando las precauciones para ser siempre amados por ellos sin darles opción a gozar de los mancebos ni tan siquiera de un simple beso; saben que si se topan con ellos se producirá la disolución de su amor. Así que los tienen bien encerrados y los guardan celosamente; en las demás facetas tienen a los amantes en actitud constante de esperanza; temen, en efecto, que la desesperación pueda desposeerlos de su excesiva pasión y los lleve a no amarles a ellos. Les sonríen, les hacen promesas de que harán cosas por ellos, que serán generosos y que recompensarán sus desvelos con amplitud. Y claro, sin darse cuenta, se han hecho viejos y se les ha pasado ya el momento, al uno de amar, y al otro de entregarse a ser amado. En toda su vida no han hecho otra cosa más que esperar...

Y al fin y al cabo, el aguantar todo por afán de placer 8
no es, tal vez, del todo censurable, sino que incluso puede ser disculpable si alguien se complace en el placer y le dispensa los mayores cuidados con vistas a participar de él. Entonces, tal vez le resulte ignominioso y esclavizante el venderse a sí mismo por él; es mucho más agradable el placer de la libertad. Pero, en fin, pase y discúlpesele si llega a alcanzarlo. Creo, sin embargo, que es ridículo y absurdo el soportar toda una serie de incomodidades nada más que por la pura y simple esperanza de conseguir placer; y estamos viendo continuamente que, mientras las molestias son evidentes, clarísimas e inexorables, lo que ellos esperan, lo que quiera que sea el placer, ni se ha hecho realidad al cabo de tanto tiempo ni parece que vaya a hacerse, si es que uno fía sus cálculos en la realidad. Los compañeros de Ulises, cuando comían la dulce flor de loto [8], se descuidaron de lo demás y despreciaron las cosas

---

[8] Alusión a la aventura de Ulises y sus compañeros en el llamado país de los lotófagos, narrada por Ulises a Alcínoo en el canto IX de

buenas que tenían, frente al placer del momento; de modo que no era totalmente absurdo el olvido de lo bueno, mientras el espíritu se veía envuelto en aquel placer. Pero el que un tipo con hambre esté al lado de otro que se le lleva el loto sin darle nada a cambio y que se ate a él con olvido total de lo que es bueno y recto, por la única esperanza de llegar a probarlo él también algún día, ¡por Heracles, mira que resulta ridículo en grado sumo y, con toda propiedad, digno de los golpes a los que hace referencia Homero!

9 Las razones que impulsan a éstos a los «consorcios» y por las que se entregan a los ricos, a fin de que hagan de ellos lo que quieran, son ésas o las más parecidas posibles a esas que he detallado, a no ser que alguien crea que merecería la pena hacer mención de los que optan por ese tipo de vida debido a la fama que comporta el entablar consorcio con hombres de nobles familias y destacada posición social. Hay quienes piensan que así se dan a ver y se colocan por encima de la mayoría, como yo mismo cuando estuve en el consorcio del gran Rey y en esa situación me vieron sin que llegara a obtener nada positivo al margen del puro disfrute de su compañía.

10 Siendo ése el fundamento principal, vamos ya a fijarnos en lo que soportan antes de ser aceptados y de alcanzar su objetivo, y en lo que sufren cuando ya están en él y, sobre todo, cuál es el funesto desenlace de su drama.

En efecto, no viene al caso decir aquello de que, si todo eso es negativo, por lo menos es llevadero y no implica mucho quehacer, sino que hace falta únicamente querer y, entonces, todo se lleva a cabo con comodidad. No es

---

la *Odisea*. Quienes comían la flor de loto perdían al instante el deseo de volver a su patria.

así; el asunto exige muchas idas y venidas, constantes esperas a las puertas de la casa; está uno levantado desde el alba y aguarda mientras lo empujan y lo bloquean, dando la impresión de ser un caradura, un incordión, a las órdenes de un portero que chapurrea con acento sirio y de un mayordomo libio a quien hay que dar propina para que recuerde el nombre de uno. Y tiene uno que estar pendiente de la vestimenta por encima de las posibilidades reales, debido a la categoría del personaje objeto de consideración, y elegir los colores que le agraden, para no desentonar ni llamar la atención cuando te mire, y seguirle a toda costa, o mejor guiarle escoltado por los criados como si estuviera uno completando una comitiva oficial.

Pero él no se fija ya al cabo de varios días; en el mejor 11
de los casos, si tienes suerte y te ve y, haciéndote venir, te pregunta cualquier cosa que se le ocurra, entonces empiezas a sudar a chorros, te entra un mareo total y un temblor inoportuno que es motivo de burla para los demás al verte en tal aprieto. Y, en muchas ocasiones, cuando deberías responder a la pregunta de «¿quién era el rey de los aqueos?», vas y dices: «el que tenía mil naves». A eso las personas sensatas lo llaman timidez; los hombres osados, cobardía, y los malvados, falta de cultura. Así, después de haber tenido una experiencia personal de que el primer contacto amistoso ha resultado bastante inestable, te largas tras darte una gran desesperanza como veredicto de tu propia causa. Una vez que, como dice Homero,

hayas pasado muchas noches en vela y hayas vivido unos
[días teñidos de sangre [9],

no, por Zeus, por causa de Helena ni de la Troya de Príamo, sino por andar esperando cinco cochinos óbolos, tal

[9] Véase *Ilíada* IX 325.

vez se te presente un dios de los de la tragedia [10] y te someta ahí mismo a un examen a ver si te sabes la lección.

Para el hombre rico ese tipo de vida no es desagradable, pues de ella se derivan para él elogios y felicitaciones. A ti, en cambio, te parece que estás entonces sometido a un certamen en el que se dirime tu alma y toda tu vida; con toda probabilidad se te mete en la cabeza la idea de que, si eres rechazado y no pareces ser aceptable para su predecesor, no llegarás a ser admitido por ningún otro. Entonces, forzosamente, te torturas pensando mil cosas distintas; te da envidia de los otros que se han sometido al examen —pon, por caso, que realmente haya otros que compitan contigo por los mismos objetivos—; empiezas a pensar que tus respuestas han sido del todo insuficientes; temes y esperas y miras al rostro de ese hombre fijamente y, si desprecia algo de lo que dices, te sumes en la desesperación, mientras que, si escucha risueño, te pones loco de contento y albergas esperanzas.

12 Como es lógico, son muchos los que maquinan maniobras contra ti y que proponen a otros en lugar tuyo, cada uno de los cuales te ha disparado sin que te des cuenta como desde una posición de emboscada. Imagina un hombre con barba poblada y cabello canoso que va a someterse a un examen a ver si sabe algo que merezca la pena; a unos les parecerá que sabe; a otros que no.

Pero, entonces, se produce un paréntesis y toda tu vida anterior es objeto de muchas intrigas. Y si un ciudadano, por envidia, o un vecino, ofendido por algún motivo insig-

---

[10] El *deus ex machina* de la tragedia euripídea. Aparición inesperada de una divinidad a la que se introducía en escena desde la tramoya para dar solución a un conflicto al que, desde una óptica puramente humana, no se le veía una buena solución.

nificante, responde, cuando le pregunten, que eres adúltero o pederasta, entonces es que el testigo habla por boca de las tablillas de Zeus. Pero, si, por el contrario, todos a una te aplauden, entonces se les considera sospechosos, ambiguos y corruptos. Hace falta, pues, tener muy buena suerte y que nadie se te oponga; sólo así podrías conseguir salirte con la tuya.

En fin, todo te ha salido bien, por encima de lo que pedías en tus ruegos. El patrón ha aprobado tus palabras y los amigos que gozan de su estima y en quienes más confía para asuntos de esa índole no lo han vuelto en contra tuya; y aún más, su mujer quiere, y no se oponen ni el tutor ni el mayordomo; nadie ha podido hacer un solo reproche a tu vida; por el contrario, todo es favorable y, por todas partes, la coyuntura se presenta propicia.
Por fin has triunfado, dichoso tú, y te han coronado con 13
los laureles olímpicos, o mejor, has tomado Babilonia o has devastado la acrópolis de Sardes, y tendrás el cuerno de la abundancia y ordeñarás leche de aves [11]. En compensación de tantas fatigas debes tener ventajas de esta naturaleza, para que tu corona no se limite a ser una corona de hojas; para que tu sueldo quede fijado en unos términos bien estimados y se te entregue sin problemas cuando lo necesites; para que en las demás facetas seas honrado por encima de la mayoría y pongas ya punto final a todos aquellos quehaceres, al barro [12], a las idas y venidas, a las noches de insomnio; para, que, como se suele pedir al rezar, duermas a pierna suelta, haciendo única y exclusi-

[11] Nótense las expresiones que va usando nuestro autor para decir: has llegado a la meta que tanto deseabas.

[12] Se refiere a estar caminando y aguardando bajo la lluvia por las callejas hasta conseguir que algún hacendado romano se fije en él y lo contrate.

vamente las tareas para las que te cogieron en un principio y por las que te pagan. Así debería ser, Timocles, y no constituiría una gran desgracia al agacharse y llevar un yugo ligero, fácil de llevar y lo mejor de todo, chapado en oro. Pero para eso aún falta mucho, o mejor, falta prácticamente todo. Hay miles de cosas insoportables para un hombre libre que se producen en el transcurso de los consorcios entablados. Fíjate tú a ver, cuando las oigas una tras otra, si alguien con un mínimo grado de cultura po-
14 dría soportarlas. Voy a empezar, si te parece, por el primer banquete que, como es lógico, ofrecerán en tu honor como antesala del futuro consorcio. Enseguida se acerca uno que te invita a acudir al banquete, un criado no precisamente de los menos sociables, al que no tendrás más remedio que atraértelo dejando caer alguna moneda en su mano, para no parecer tacaño —¡qué menos que cinco dracmas!—. Él, con disimulo, dirá: «¡Vamos! ¿Que cojo yo algo de ti? ¡Por Heracles, no suceda eso nunca jamás!» Al final, con una explicación se convence y se larga dejándote con la boca abierta. Tú, echando mano de un vestido limpio y poniéndote tus mejores galas, luego de lavarte, te irás con cuidado de no llegar antes que los demás; es de mal gusto, igual que llegar el último es grosero. Así pues, esperando el momento oportuno, esto es, a la mitad [13], entras ya. El patrono te recibe con toda clase de honores, y alguien te acompaña y te acomoda reclinándote un poco por encima del hombre acaudalado en medio tal vez de dos
15 viejos amigos. Tú, como si hubieras llegado a casa de Zeus,

---

[13] *Tò méson toû kairoû* «en mitad del momento oportuno». Obsérvese que esta costumbre —no llegar el primero ni el último a una fiesta— es considerada, ya en época de Luciano, un síntoma de delicadeza y de buena educación.

has admirado todo y estás sorprendido ante cada detalle que se produce; todo te resulta extraño y desconocido. Todo el servicio dirige sus miradas hacia ti y cada uno de los presentes está al acecho de lo que vayas a hacer; incluso al hombre acaudalado no deja de interesarle este tema; antes bien, de antemano ha encargado a algunos de los criados que se fijen desde su puesto de observación en cómo miras a sus hijos o a su esposa o a sus concubinas. Los acompañantes de los comensales, al ver que estás cohibido por la falta de experiencia en lo que allí se hace, hacen chistes al respecto y sacan en conclusión que no has asistido nunca antes a ningún banquete, pues estaba sin estrenar la servilleta que llevabas puesta.

Como es natural no pudiste hacer otra cosa que ponerte a sudar por la inexperiencia; y ni te atrevías a pedir de beber, aunque tenías sed, no fuera que les parecieras un borracho; y, cuando te presentaban manjares variados colocados con arreglo a un cierto orden, no sabías a cuál debías echarle mano en primero o en segundo lugar; no te quedaba más remedio que mirar de reojo al vecino, hacer lo mismo que él y aprender el protocolo del banquete.
En lo que a otros puntos se refiere, estás aturdido y con 16
el ánimo lleno de confusión, impresionado ante cada gesto que se va haciendo, y lo mismo consideras feliz al hombre acaudalado por el oro y el marfil y todo el boato de esa índole, que te compadeces de ti mismo, pues sospechas que estás vivo cuando no eres nada. A veces te viene la idea de que vas a vivir una existencia envidiable, participando del lujo con todos aquellos hombres y en igualdad de honores. Te crees que vas a estar siempre en las fiestas de Dioniso. Tal vez hermosos jovencitos a tu servicio, sonriéndote con dulzura te pintarán la vida delicada que te

aguarda de modo que puedas estar continuamente recitando aquel verso de Homero [14]:

...no hay castigo para troyanos y aqueos de hermosas [grebas,

que padecieron y soportaron muchas fatigas por tan gran felicidad.

Después vienen los brindis y, pidiendo una copa de gran tamaño, bebe a tu salud, a la tuya, llamándote profesor o lo que sea. Tú, por falta de experiencia, tomando la copa, no sabes qué debes replicar y das entonces una impresión de ordinariez.

17 Por este brindis, sin embargo, te has granjeado la envidia de muchos de sus viejos amigos; ya antes habías molestado a algunos de ellos con tu colocación en la mesa, porque, recién llegado hoy, tuviste preferencia sobre hombres que habían sido exprimidos hasta el final en una esclavitud de muchos años. Enseguida, pues, se produce entre ellos una conversación sobre ti más o menos del tipo siguiente:

«Encima de las otras penalidades, esto nos ha quedado a nosotros, el ser segundos a la mesa detrás de los recién llegados; la ciudad de los romanos está abierta únicamente a los griegos; ¿en base a qué gozan de más honores que nosotros? ¿Creen que nos aportan algo sumamente útil cuando cuentan historias tristes?» Otro dirá: «¿No viste cuánto bebía, y cómo devoraba a dos carrillos lo que le ponían en el plato? Ese tipo es un grosero, lleno de hambre y ni en sueños se ha llenado de pan blanco ni del ave de Númida o Fasiana [15], de las que escasamente nos ha

---

[14] Nuevamente hay que remitirse a HOMERO, *Il.* III 156.

[15] Creo que se refiere a la llamada «gallina de Guinea» y al faisán, respectivamente.

dejado los huesos.» Y aún otro comensal añadirá: «¡Qué necios sois! Al cabo de cinco días lo veréis aquí mismo, entre nosotros, lamentándose de la misma manera que nosotros. Ahora, como sucede con los zapatos nuevos, goza de una cierta estima y consideración, pero después que esté bien usado una y mil veces, bien pringado de barro, lo tirarán debajo de la cama en mal estado, bien cubierto de mierda, como nosotros.»

Ellos, pues, siguen dando vueltas y más vueltas en su 18
conversación en torno a ti, y algunos de ellos se aprestan a desatar calumnias. El banquete en cuestión es todo tuyo y sobre ti versan la mayoría de las conversaciones. Y, claro, tú, por tu propia falta de experiencia, como bebiste más vino de la cuenta, y desde hacía tiempo te acucia el vientre, te encuentras mal, y ni es de buena educación levantarte y marcharte, ni se garantiza tu seguridad si te quedas [16]. Dado que la bebida se prolonga y que conversaciones y espectáculos se suceden uno tras otro —quiere mostrarte todo lo que tiene—, bastante penitencia tienes; no ves lo que está aconteciendo o no escuchas cuando algún jovencito famoso se pone a cantar o a tocar la cítara, sino que aplaudes por puro compromiso y ruegas a los dioses que todo aquello se venga abajo con algún terremoto o que se dé la noticia de un incendio espantoso, para que de una puñetera vez se interrumpa el banquete.

Así pues, tan sumamente agradable te resultará, amigo 19
mío, tu primer banquete, que a mí al menos no me resulta más agradable que unas yerbas y unos terrones de sal comidos cuando quiera, como quiera y cuanto quiera a mi

[16] Nuestro amigo está, obviamente, en un apuro. Si se levanta para ir al servicio da una nota de mala educación. Si se queda, corre el peligro de no poder dominar sus urgencias fisiológicas más perentorias.

aire. Pasaré por alto la flatulencia que vendrá después y la vomitona nocturna. Por la mañana temprano, tendréis que reuniros para tratar del sueldo, la cuantía y la época del año en que lo recibirás. En presencia de dos o tres amigos te llamará, te invitará a sentarte y empezará a hablar más o menos de este modo:

«Ya has visto cómo son nuestras cosas, que no hay lujo alguno en ellas; todo es desprovisto de boato, pedestre y rutinario, y así tiene que ser para que todos podamos compartirlo todo. Sería ridículo si yo te encomendara lo más importante: mi propia alma o la de mis hijos, por Zeus —imagínate que tuviera hijos que precisaran formación—, y no te considerara igualmente capacitado para hacerte cargo de los demás asuntos. Pero, como hay que definir una cantidad, veo perfectamente lo sobrio y austero de tu carácter y me doy perfecta cuenta de que no has venido a esta casa con la esperanza de ganar dinero, sino por otros objetivos, por el afecto que te dispensaremos y la estima que a buen seguro tendrás de parte de todos nosotros. Sin embargo, póngase un precio. Di tú lo que quieras, teniendo bien presente, querido amigo, lo que con toda posibilidad te ofreceremos en las fiestas anuales; no nos desentenderemos de detalles de esa índole, aunque ahora no las consideramos; ya sabes que son muchas las fiestas al cabo del año. Así que conviene que fijes unos honorarios bastante moderados sin perderlas a ellas de vista; máxime sería un buen tanto a favor vuestro, los hombres con formación, el teneros en más que el dinero.»

20 Con toda esta palabrería y tras conmoverte con toda esa serie de esperanzas, se te ha metido ya en el bolsillo. Tú que habías soñado con miles de talentos y fincas enteras y posesiones, captas de algún modo su tacañería; sin embargo, saludas su propuesta como los perros cuando

mueven la cola, y precisas que el «todo será común para nosotros» será algo firme y verdadero, sin saber aquello de que

Abría los labios pero no el paladar[17].

Al final, por vergüenza, lo dejas a su albedrío. Él responde que no va a decirlo, al tiempo que invita a alguno de los presentes a intervenir en el asunto y a decir una cantidad que no le resulte gravosa a él, pensando que tiene que hacer frente a gastos más perentorios que ésos, ni escasa a quien va a percibir el salario. Él, un viejo de su mismo estilo, acostumbrado a la coba y la adulación desde que era niño dice: «Oye, cómo no vas a decir que eres el hombre más feliz de cuantos hay en la ciudad, tú, a quien de buenas a primeras le ha venido lo que muchos suspirarían que les viniera de parte de la Fortuna; me refiero al hecho de ser considerado digno de nuestra compañía, y de compartir la mesa con nosotros, y de haber sido aceptado en la primera casa de las del Imperio Romano. Si sabes comportarte con sensatez, esto está por encima de los talentos de Creso y de las riquezas de Midas. No puedo por menos que felicitarte por la suerte que has tenido al recibir como sueldo tamaña felicidad, máxime cuando veo a muchas personas ilustres a las que les gustaría, aunque tuvieran que pagar dinero, simplemente el hecho de estar en su consorcio y, al ser vistos a su alrededor, ser tenidos por amigos y compañeros suyos. Creo, pues, que salvo que seas un manirroto te basta con tanto y cuanto.» Y menciona una cantidad ínfima, muy al revés de
las esperanzas aquellas que tú albergabas. Sin embargo, 21
no tienes más remedio que poner buena cara. Una vez que

[17] *Il.* XXII 495.

estás dentro de las redes, te tomas el bocado con los ojos cerrados, y al principio te llevas bien con él, ya que no te aprieta en absoluto ni te anda achuchando con acritud, hasta que, sin darte cuenta, has pasado a acostumbrarte por completo a él.

La gente de fuera envidia lo que de ello se deriva, al ver que tu existencia transcurre dentro del coto privado al que entras sin que nadie te lo impida, y que has llegado a ser alguien ahí dentro. Por lo demás, estás contento y te engañas a ti mismo y estás constantemente pensando que el futuro será mejor. Pero las cosas resultan al revés de como tú las imaginaste, y como dice el refrán: «el tema avanza hasta la tierra de Mandrobulo» [18], disminuyendo cada día y retrocediendo hacia atrás.

22 Lentamente y poco a poco, como si miraras fijamente en medio de una luz difusa, empiezas a darte cuenta de que aquellas esperanzas de oro no eran más que soplos chapados en oro; las tareas son pesadas, reales, ineludibles y constantes. «¿Cuáles son esas tareas?, me preguntarás tal vez. No veo qué hay de arduo en tales 'consorcios' ni capto las fatigas ni la imposibilidad de soportarlos que decías.» Escucha, pues, buen hombre, fijándote no sólo en si hay cansancio fatigoso en la tarea, sino sin dejar al margen del relato lo vergonzoso, humillante y totalmente
23 esclavizador del tema. Recuerda, en primer término, que lo que procede de él no es libre ni aunque te consideres a ti mismo eupátrida. Todo eso, el linaje, la libertad, los antepasados, sábete bien que los dejarás fuera del umbral

[18] Del tal Mandrobulo se cuenta que encontró un tesoro en la isla de Samos. Agradecido, ofrendó un ternero de oro a Hera en el santuario que la diosa tenía en dicha isla. Al año siguiente ofrendó uno de plata y, al siguiente, uno de bronce. Su ofrenda, pues, era cada vez peor.

cuando hayas entrado, habiéndote vendido antes en semejante estilo de servidumbre. La libertad no querrá acompañarte cuado te metas en unos asuntos tan innobles y mezquinos. Por más que te pese el nombre, esclavo eres, y no de un solo hombre; antes bien, de muchos serás inexorablemente esclavo e, inclinando la cabeza como un peón, bregarás de sol a sol por un sueldo insultante. Pues, como no te criaste desde niño en compañía de la Esclavitud, sino que la has conocido tarde y estás siendo educado en ella en una edad avanzada de tu vida, no gozarás de buena estima ni de mucha consideración a ojos de tu señor. El recuerdo de la libertad que se desliza por tu mente te tortura y algunas veces te hace rebelarte y, por ello, liberarte de mala manera en la esclavitud. Incluso piensas que, para obtener la libertad, te bastaría el no ser hijo de un Pirrias o un Zopirión [19] y el no haber sido vendido en pública subasta por un pregonero voceras, como un bitinio cualquiera. Pero, ¡ay, buen hombre, cuando llegue el primer día del mes y, entremezclado con Pirrias y Zopirión, extiendas tu mano igual que los demás criados o recibas la paga, sea la que sea! Entonces es cuando se produce la venta; no hace falta pregonero para vender a un hombre que se subasta a sí mismo y que desde hace un montón de tiempo
está reclamando un amo para sí. Entonces, ¡ay escoria!, 24
diría yo especialmente a quien anduviera por ahí diciendo que se dedica a la filosofía, ¿si un bandolero o un pirata te raptara mientras navegas y te vendiera, no te compadecerías a ti mismo por tu suerte adversa? ¿O si alguien cogiéndote te llevara diciendo que eres un esclavo, no invocarías a gritos las leyes y armarías un buen escándalo, y te cabrearías diciendo a voz en grito: «¡Ay tierra y dio-

[19] Nombres corrientes de los esclavos en Grecia.

ses!»? Y, en cambio, por cuatro cochinos óbolos en este momento de tu edad, en el que, aunque fueras esclavo por tu propio nacimiento, sería ya la ocasión de divisar la libertad, ¿te has largado y te has vendido con la virtud y la sabiduría, sin tener respeto alguno por aquellos consejos que el noble Platón y Crisipo y Aristóteles pronunciaron elogiando la libertad y denostando la esclavitud? ¿No te da vergüenza que se te compare con hombres aduladores, gárrulos y bufones, y que entre tan gran multitud de romanos seas el único extranjero que va por ahí con un capotillo, chapurreando el latín de mala manera y, además, tomando parte en ruidosos y concurridos banquetes, al vaivén de los tipos más miserables? También en ellos tus elogios son chabacanos y bebes más de la cuenta. De madrugada, levantándote a toque de campana, despertado en lo mejor del sueño, darás vueltas con ellos arriba y abajo llevando aún en ambas piernas el barro de ayer. ¿Así te tiene la necesidad de altramuces o de verduras del campo y así te han faltado las fuentes que manan agua fría, como para llegar a este punto acuciado por la falta de recursos? Es evidente que tú estás atrapado no por tener ganas de agua o altramuces, sino de guisos, manjares y vino de reserva, como el lenguado ensartado con todas las de la ley por la garganta, por donde le tendieron el cebo.

Ahí tienes la recompensa correspondiente a esa voracidad y, como los monos, encadenado con un collar al cuello, eres el hazmerreír de los demás, mientras tú crees vivir en la molicie, porque está a tu alcance hartarte de higos sin limitación. La libertad y la nobleza con todos sus compañeros de tribu y de fratría [20] se han ido al garete, y ya no queda ni recuerdo de ellos.

[20] Ya hemos aludido a la división de los ciudadanos del Ática en tribus y fratrías desde la época de Clístenes. Se refiere aquí a las demás

Y habría que darse por contento, si lo vergonzoso de 25
la situación se limitara, simplemente, al hecho de parecer ser esclavo en vez de libre y las tareas no fueran como las de los criados. Pero mira si lo que te mandan hacer a ti es más sencillo que lo que le mandan hacer a Dromón o a Tibío [21]. El motivo por el que te acogió diciendo que tenía ganas de aprender le importa un pepino. ¿Qué tienen en común, dice el refrán, un asno y una lira? ¿No lo ves? Se consumen con el anhelo de la sabiduría de Homero o la habilidad de Demóstenes o la sublimidad de Platón; y si alguien les quitara del alma lo dorado, lo plateado y las preocupaciones al respecto, lo que quedaría es lujo, molicie, buena vida, desenfreno, insolencia y falta de educación. En modo alguno necesita él de tus servicios para alcanzar esos objetivos. Pero, como tienes una barba poblada, presentas un aspecto respetable, llevas bien puesto el traje griego y todos saben que eres un gramático, un orador o un filósofo, le parece estupendo que un tipo así se haya mezclado con quienes le hacen cortejo y le dan escolta. Por ello parecerá ser amigo de los estudios griegos y, en general, persona amante de la belleza en las letras; así que corres el riesgo, buen hombre, de que se te pague, en vez de por tus maravillosos discursos, por tu barba y tu capote. Conviene que te vean constantemente con él, y que nunca le abandones, sino que nada más levantarte te presentes ante él para que vea que te preocupas, y no debes abandonar tu puesto. Él, poniéndote alguna vez la mano en el hombro, charlará contigo sobre cualquier tema que se le ocurra, poniendo de relieve ante quienes se en-

---

prebendas o privilegios o, simplemente, connotaciones de los atenienses no sujetos a esclavitud.

[21] Probablemente, nombres de esclavos.

cuentra que ni aun cuando va por la calle se despreocupa de las Musas, sino que dedica el tiempo de su paseo a
26 una actividad noble. Y tú, pobre de ti, unas veces vas corriendo a su lado, otras veces a paso lento —venga a subir, venga a bajar, que así es, ya lo sabes, la ciudad—, hasta que de tanto dar vueltas estás empapado en sudor y casi sin respiración. Entonces, mientras él está dentro charlando con algún amigo a quien fue a visitar, no teniendo tú donde sentarte, ante la falta de otra cosa que hacer, te pones de inmediato a leer el libro que previamente te habías echado a la mano.

Cuando la noche te sorprenda en ayunas, haciéndote un lavado de gato, llegarás al banquete al filo de la media noche, a una hora intempestiva, y los asistentes no te dispensarán ya las mismas consideraciones ni sus miradas, sino que si llega alguien que supone una novedad, tú, ¡a la cola! Así, te acomodas empujado hasta el rincón más desfavorable, viendo pasar tan sólo la comida; y si llegan hasta ti los huesos, como los perros, los roes, o si es la hoja tiesa de lombarda que sirve de guarnición a otros manjares, caso que la desechen los comensales que están a la cabecera de la mesa, te la comes, contento, del hambre que tienes.

Y no te falta otro tipo de humillación; eres el único que no tiene ni un huevo —no es necesario que tú aspires siempre a las mismas cosas que los extranjeros y los desconocidos, ¡sería una insensatez!—, ni un ave parecida a las demás; la de tu vecino es maciza y grasienta; el tuyo un parajillo partido por la mitad o un pichón ligeramente duro; una ofensa sin ambages y una humillación. En muchas ocasiones, si sobra algo y aparece otro comensal de improviso, el camarero quitándolo de tu lado se lo lleva y se lo ofrece al tiempo que murmura por lo bajo: «tú eres

de la casa»[22]. Y cuando ponen en medio para trinchar un jabalí boca abajo o un ciervo, por todos los medios debes o bien tener un detalle para tener contento al que reparte o bien llevarte a la boca la ración de Prometeo, a saber, huesos envueltos en grasa. El que la fuente se detenga ante el comensal que está a renglón seguido tuyo sin que renuncie a comer a reventar, y que tú la veas pasar de largo, ¿cómo va a poderlo soportar un hombre libre y que tiene tanta bilis como las ciervas? Y eso que no he mencionado otro punto; a saber, que mientras los demás beben el vino de mejor paladar y más añejo, tú eres el único que bebe un vino peleón y pastoso, cuidándote muy mucho de beber en copa de plata o de oro, no sea que por el color puedas dar una falsa impresión tú que eres un comensal que merece tan pocos honores. ¡Ojalá si pudieras beber hasta la saciedad!...

Ahora, en cambio, por más que lo pidas muchas veces, el muchacho «te dará la impresión de no escucharte»[23].

Hay un montón de cosas que te fastidian; prácticamen- 27
te todo; pero más que nada cuando te disputa la buena reputación algún individuo de baja estofa o algún profesor de danza, o algún tipejo de Alejandría que recita versos jonios. ¿De cuándo acá podrías gozar tú de la misma estima que esos hombres, que están al servicio permanente de esos temas eróticos y que llevan las letrillas consigo bajo el brazo? Así, echado en lo más recóndito del comedor, agazapado por vergüenza, suspiras, como es lógico, y te compadeces a ti mismo y culpas a la Fortuna porque no te ha salpicado ni siquiera con unas pocas gotas de gracia.

---

[22] Literalmente, «tú eres nuestro». Llamo la atención para que se vea que hoy día empleamos en nuestra lengua expresiones parecidas.

[23] Véase *Il.* XXIII 430.

Me parece que habrías tenido buen gusto para componer canciones eróticas y que habrías podido interpretar con dignidad los poemas de otro; ya ves en qué consiste el gozar de las mayores preferencias y distinciones. Aguantarías, si tuvieras que representar el papel de un mago o un adivino de esos que andan prometiendo herencias de muchos miles de talentos, cargos públicos, y riquezas incontables. Ya ves que se llevan bien con sus amigos y que gozan de gran estima; gustosamente llegarías a ser uno de ellos con tal de no ser un tipo despreciable y raro. Pero ni siquiera para eso eres tú, desgraciado, convincente. Así que no hay más cáscaras que rebajarse y aguantar en silencio suspirando por lo bajo y sin que a nadie le importe.

28 Y si algún criado de los que van por ahí chismorreando te acusa de ser el único que no aplaudes al muchachito de la dueña de la casa cuando baila o toca la cítara, piensa que de ello puede derivarse para ti un riesgo no pequeño. Tenías que, como una rana de la ribera, haber gritado con voz sedienta para que te hubieras hecho notar entre quienes aplaudían, preocupado por ser su corifeo. Y en muchas ocasiones, sin embargo, cuando los otros guarden silencio, tú añadirás un cumplido bien pensado que haga ver tu gran capacidad de adulación. Y el que una persona que está conviviendo, por Zeus, con el hambre y pasando sed, sea ungida con perfume de mirra y se adorne la cabeza con coronas, es algo ciertamente ridículo. Pareces entonces la lápida de un cadáver amojamado que estuviera celebrando sus honras fúnebres; derramando sobre ellas perfume, y colocando coronas encima, luego se dedican a beber y a disfrutar de lo que han preparado.

29 Y caso que el señor sea un individuo celoso y tenga unos hijos guapos o una mujer joven, aunque tú no seas precisamente hijo de Afrodita ni de las Gracias, no vas

a tener paz al respecto ni es desdeñable el peligro que corres. Muchos son los oídos y los ojos de un rey que no sólo ven la realidad, sino que siempre ven más allá de ella, para que no parezcan que están pitarrosos. Como en los banquetes persas, tienes que tumbarte con la cabeza baja, no sea que algún eunuco te vea que diriges la vista a una de las concubinas, puesto que otro eunuco que lleva un rato largo con arco tensado, por ver lo que no debes, te atravesará la mejilla con la flecha cuando estés a medio beber.

Tal vez al salir del banquete te quedabas un poquito 30
dormido; al ser despertado por el canto de los gallos, dices: «¡Qué desgraciado e infeliz soy, por haber dejado mi vida de antaño, mis compañeros, una existencia sin problemas, un sueño medido por las ganas, unos paseos a mi aire! ¡En qué hoyo he ido a meterme! ¿Y a santo de qué, dioses?, ¿qué significa este sueldo notable? ¿No habría sido posible haber ganado más por algún otro procedimiento y, encima, haber mantenido la libertad y el actuar en todo a mi aire? Ahora, lo de la fábula, como un león encadenado con copo de lana, voy dando vueltas arriba y abajo, y lo más lamentable de todo es que no sé cómo granjearme su favor ni cómo podré caerle en gracia. Soy inexperto y poco ducho en esas lides y, sobre todo, cuando se me compara con hombres que se han hecho unos profesionales del oficio, puesto que yo no tengo gracia ninguna, no soy bebedor en absoluto y ni siquiera soy capaz de hacer reír. Comprendo que se enfade muchas veces cuando me mira y, sobre todo cuando, pretende ser más simpático de lo que de por sí es; sin duda le parezco antipático; y no sé cómo hacer para congeniar con él. Y si me reservo para los temas serios, parezco inoportuno y, si se me apura, alguien de quien hay que huir. Si sonrío y pongo los

gestos más agradables que puedo, me desprecia al momento y me pone en evidencia, y la situación me resulta semejante a la de alguien que estuviera representando una comedia con una máscara de tragedia. En resumen, ¿qué otra vida viviré para mí yo, necio de mí, que he vivido la presente para otro?»

31 Aún estás en medio de estas reflexiones cuando toca la campanilla y tienes que ponerte a lo de todos los días, dar unas vueltas y quedarte en pie, habiéndote untado antes ligeramente las ingles y las pantorrillas si quieres resistir hasta conseguir el premio; entonces tiene lugar un baquete parecido que se prolonga hasta la misma hora. En tu caso el estilo de vida es el reverso de la medalla de tu vida de antaño, y el insomnio, el sudor y la fatiga te van minando lentamente, y van abocando a agotamiento, bronconeumonía, dolor general del cuerpo o la linda gota. Le haces frente, sin embargo, y muchas veces deberías guardar cama, aunque no te dejan; la enfermedad puede parecer una tomadura de pelo y un rechazo a tus obligaciones. Así que de resultas de todo eso estás constantemente pálido y parece que vas a morir de un momento a otro.

32 Y todo eso si estás en la ciudad. Si por alguna razón tienes que salir fuera, mejor no hablar. Con frecuencia llueve y, como eres el último en llegar —tan mala suerte has tenido hasta en el tema del carruaje—, esperas hasta que por no haber ya plazas libres en la posada te acojan al zorrón-borrón con el cocinero o con el peluquero de la señora sin tener el detalle generoso de darte una de las muchas tablas para domir.

33 No vacilaré en contarte lo que me contó Tesmópolis el estoico; algo que le sucedió, muy gracioso, por Zeus, y no se descarta que lo mismo pudiera sucederle a otro cualquiera. Vivía con una mujer acaudalada y ostentosa,

de las más ilustres familias de la ciudad. En cierta ocasión tuvieron que salir fuera y lo primero que le pasó, dijo, fue la siguiente experiencia superridícula; que para que se sentara con él le habían dado a él, todo un filósofo, a un tipo desarrapado de los que llevan las piernas depiladas y la barba afeitada; la señora, como es lógico, lo tenía en gran estima y conservaba en el recuerdo el nombre del individuo en cuestión; se llamaba Golondrino [24]. Hay que ver lo que era eso al principio, para un hombre hosco y ya mayor con las sienes canosas —ya sabes qué barba tan poblada y venerable tenía Tesmópolis— sentarse al lado de un individuo rebozado en colorete, con los ojos pintados, la mirada como ida, el cuello abatido, no una golondrina, por Zeus, sino un buitre, desplumadas las alas de la barba. Y si no se le hubieran hecho muchas súplicas, se hubiera sentado con él llevando la redecilla de los rulos en lo alto de la cabeza. En fin, en otros puntos, a lo largo del trayecto tuvo que soportar mil impertinencias; cantaba en voz baja, mosconeaba, y si él no lo hubiera contenido, quizás se hubiera puesto a bailar en el carro.

Se le ordenó, entonces, lo siguiente. La mujer llamán- 34
dolo, le dice: «Tesmópilis, por favor, concédeme el favor no pequeño que voy a pedirte sin rechistar y sin que tengas que esperar a que te lo pida otra vez.» Él, como era lógico, prometió que haría todo. Ella dijo: «Como veo que eres bueno y atento y cariñoso, te lo pido, coge a la perra Mirrina, a la que ya conoces, llévala al carro vigilándola y preocúpate de que no le falte nada; la pobrecilla tiene

[24] Como el episodio es un tanto cómico y viene a romper la seriedad con la que viene argumentando el autor, he preferido traducir el nombre, que, en griego, es *Chelidónion*, esto es, Quelidonio, como derivado de *chelidṓn* (golondrina).

el vientre pesado y está ya a punto de parir. Esos malditos y desobedientes criados no se toman mucho interés en los viajes no ya por ella, sino ni siquiera por mí. Así que no creas que me haces pequeño favor preocupándote de poner a buen recaudo a mi diligentísima y simpática perrita.» Tesmópolis le prometió que lo haría; se lo pedía con mucho interés y casi lloraba. La situación era ridícula a más no poder; una perrita asomando un poquito por el manto, justo a la altura de la barba, meándolo con frecuencia y —aun cuando Tesmópolis no hubiera añadido este detalle— ladrando con voz aguda —así son los perros meliteos— y lamiendo la barba del filósofo, sobre todo si entre los pelos le habían quedado algunos residuos de sopa del día anterior. Y el tipejo desarrapado, el compañero de asiento, no sin cierta gracia gastaba bromas a los presentes en el transcurso del banquete. Cuando le llegó a Tesmópolis el turno de los chistes, dijo: «Respecto de Tesmópolis, sólo puedo decir lo siguiente, que de estoico que era se nos ha vuelto cínico [25].» Me enteré también de que la perrita había parido en el capote de Tesmópolis.

35 Ese tipo de burlas y de tomaduras de pelo las gastan a quienes están con ellos, amoldándolos poco a poco a ser dóciles a su insolencia. Conozco yo también a un orador de los más incisivos a quien se le ordenó preparar un discurso en un banquete, por Zeus, no de cualquier manera, sino con un estilo agresivo y muy elaborado; contó con el aplauso su discurso en mitad de la bebida, porque no se le midió el tiempo con agua, sino con vino [26]. Y se decía

---

[25] Ingenioso chiste que nos remite, por enésima vez, a la etimología de la palabra cínico y al lugar en que se reunían los filósofos cínicos. Cínico quiere decir «perruno».

[26] Recuérdese la manera de medir el tiempo para pronunciar discursos en los tribunales de justicia con la clepsidra o reloj de agua.

que este hombre había tenido tal osadía por doscientas dracmas.

Y, tal vez, eso no llame excesivamente la atención. Si al rico le da por componer o por escribir y, al hilo del banquete, recita sus obras, entonces no hay más remedio que deshacerse en elogios y adulaciones y procurar traer a la mente nuevas maneras de aplauso. Hay algunos a quienes les gusta ser elogiados por su belleza; hay que llamarlos Adonis o «Jacintos», aunque alguno tenga una nariz de un codo. Si no los aplaudes enseguida, irás a las canteras de Dioniso porque envidias a tu amo y conspiras contra él. Además de bellos, tienen que ser sabios y oradores, y si por alguna circunstancia incurren en un solecismo, en base a ello sus palabras parecen estar impregnadas del Ática y del Himeto [27] y en el futuro es norma de ley expresarse así.

Y tal vez podrían soportarse las manías de los hom- 36
bres. Las mujeres... Precisamente en un punto se toman ellos el máximo interés, en que haya viviendo en la casa con ellas hombres cultos tributarios de un sueldo y dispuestos a seguir su silla gestatoria; les parece un toque de distinción, entre otras exquisiteces, que se diga que también ellas son cultas y filosofan y componen cancioncillas que en nada desmerecen de Safo; por eso, también ellas van acompañadas de oradores, gramáticos y filósofos a sueldo, y los escuchan con atención. ¿En qué momento? También esto es cómico; pues mientras se están maquillando o mientras se peinan, o en el banquete; en otros momentos... ¡no tienen tiempo libre!

---

[27] El Himeto es el nombre de un monte cercano a Atenas, famoso por la miel que producían sus abejas; impregnarse del Ática y del Himeto quiere decir impregnarse de la suavidad y la fluidez y la delicadeza del dialecto ático.

Muchas veces, mientras algún filósofo está explicando algo, la nodriza se acerca y le extiende una nota del amante; y aquellos párrafos sobre la prudencia y la sensatez, ahí se quedan bien plantados hasta que ella le responda al amante con otra nota y vuelva corriendo a la disertación.

37 Cuando, ya al cabo de un largo tiempo, sean las fiestas de Crono o las Panateneas y se te envíe un mantucho de nada o una tunicucha medio roída, entonces es cuando, más que nada, debe tener lugar una gran y solemne procesión. El primero, en cuanto oye a su amo que está aún analizando el tema, corriendo antes que los demás y mencionando el asunto antes que nadie, se retira llevándose de antemano por su noticia un sueldo no despreciable. Al amanecer acuden treinta con la misma historia; cada uno dice, que «habló mucho del tema», que le refrescó la memoria, que a él se lo encargaron y que seleccionó lo mejor. Todos se largan tras haber cobrado, y encima rezongan si no les diste más.

38 El sueldo en cuestión es asunto de dos o cuatro óbolos y al pedirlo resultas pesado y molesto. Para que lo cobres, él tiene que hacerse adular y de rogar. Y también hay que tener algún detalle con el administrador; ése es otro estilo de consideración. Tampoco del consejero ni del amigo debes desentenderte. Y de que te paguen ya ha sacado antes algún provecho algún vendedor de trajes, algún médico o algún zapatero; no te da gratis ni de balde lo que te da.

39 Una envidia muy grande y una cierta calumnia se va originando poco a poco contra el hombre que haya aceptado ya con gusto tus teorías. Fíjate que a ti, ya molido por los constantes trabajos, renqueante y desfallecido como para que te cuiden, te viene además la gota. En resumen: como él seleccionó el pétalo más productivo que había en ti, y le sacó bien el jugo a lo mejor de tu edad

y al momento de mayor apogeo de tu cuerpo, y te hizo trabajar a base de bien, te mira ya como a un trapo roto, y llevándote a donde tiran la basura, cogerá a otro de entre los que tengan fuerza para soportar los trabajos. Y porque tú, un hombre viejo, pegaste alguna vez a su hijo o porque estás corrompiendo a la doncella esclava predilecta de su mujer, o acusado de cualquier otra cosa, te tendrás que largar de noche con la cara tapada, repudiado, dejado de todos, solo, cargando con una gota estupenda, en la vejez misma, y «desaprendiendo» en tanto tiempo lo que hasta entonces sabías, echarás una tripa más abultada que un saco de harina, una enfermedad insaciable e inevitable. Pues la garganta pide lo suyo, como de costumbre, y como desaprendió todo eso, se aflige. Y nadie te acogería ya, que 40
estás pasado de rosca, parecido a los viejos percherones de los que ni la piel vale tan siquiera. Además, la calumnia de la que se derivó tu salida brusca de la casa, fantasiosamente exagerada te hace parecer un adúltero o un hechicero o cualquier otra cosa por el estilo. Tu acusador goza de credibilidad, aunque guarde silencio; tú eres un griego de carácter simple y proclive a todo tipo de ultraje. Creen que todos nosotros somos gente de ese estilo, y hasta cierto punto es lógico. Y tengo para mí que he llegado a captar la razón por la que ellos tienen esa opinión formada de nosotros. Muchos que entraron en las casas, sobre no saber nada útil, prometieron adivinaciones, conjuros, y favores por los servicios amorosos e invocaciones contra los enemigos. Van diciendo que han sido instruidos en esas materias, al tiempo que se envuelven en los típicos capotes y se dejan crecer unas barbas no desdeñables. Lógicamente, pues, tienen una opinión semejante respecto de todos nosotros; al verlos así los creían excelentes, sobre todo cuando observaban perplejos la galantería de que hacían gala

en los banquetes y en cualquier otro tipo de reunión y la servilidad de cara a obtener algún provecho.

41 Una vez que se los han sacudido de encima, los odian y con mucha razón, y por todos los medios andan buscando la forma de destruirlos por completo, si es que pueden. Calculan que transgrederán los múltiples e insondables misterios de la naturaleza, en la idea de que han visto todo con detalle y, como los iniciados, los han visto desnudos; eso, claro, les ahoga. Absolutamente todos son calcados a esos libros cuyos botones son de oro, la cubierta apergaminada de color púrpura, y lo de dentro o es un Tiestes dando un festín a costa de sus hijos o un Edipo copulando con su madre o un Teseo casado a la vez con dos hermanas. Así son ellos, brillantes y vistosos por fuera y por dentro guardan bajo la púrpura la tragedia. Si le quitaran el velo a cada uno de ellos, encontrarías un drama no insignificante de Eurípides o de Sófocles, mientras lo de fuera es púrpura florida y botón dorado. Teniéndose todo esto ellos muy bien sabido, odian y conspiran contra alguien que se retire de su puesto conociéndolos perfectamente y que pueda hacer una tragedia del asunto y contársela a mucha gente. Quiero yo ahora, sin embargo, como el famoso Cebes [28] pintarte un gráfico de este tipo de vida,
42 para que, al mirarlo, sepas si debes meterte en ella. Al pelo me vendrían para hacer el grabado Apeles o Parrasio o Etión [29]. Pero, dado que no es posible encontrar ahora ninguna pintura tan excelente ni con una técnica tan perfecta, te explicaré el grabado, como pueda, sin adornos.

Imagínate que pinto unos patios de entrada altos, cha-

---

[28] Se refiere a un famoso pintor, autor de un mural en el que se representaba una alegoría de la vida humana.

[29] Nombre de famosos pintores griegos a los que se alude de forma especial en el último diálogo del presente volumen.

pados en oro, y no abajo, sobre el suelo, sino arriba de la tierra, en la cima de una colina. Y la subida es prolongada, escarpada y resbaladiza, pues muchas veces ya a quienes esperaban llegar a la cima les ha fallado el pie y se han desnucado al caer. Imagina que está allí sentada la Riqueza en persona, toda de oro, como le cuadra, preciosa e impresionante y que quien la pretende, subiendo a duras penas y acercándose a la puerta, se quede allí pasmado mirando el oro. Imagina que la Esperanza llevándolo a su lado, de aspecto hermoso ella también y envuelta en variopinto manto, se lo lleva dentro a él, totalmente impresionado por la entrada. Imagina que la Esperanza lo guíe siempre, mientras otras mujeres, el Engaño y la Esclavitud, lo reciben y se lo entregan al Trabajo. Imagina que éste, despojando al pobre hombre, lo pone por fin en manos de la Vejez, cuando ya está enfermo y con la piel arrugada. Imagina que, por último, la Insolencia, haciéndose cargo de él lo arrastre hasta la Desilusión. Imagina que la Esperanza deja de ser vista por él y se desvanece, y que ya no por los portalones de oro por los que entró, sino por un sendero de salida apartado y oculto lo echan fuera a empujones, desnudo, barrigudo, pálido y anciano, cubriendo sus vergüenzas con la izquierda y estrangulándose a sí mismo con la derecha. Imagina que al salir se encuentre con el Arrepentimiento, que llora sin que le sirva de nada y contribuyendo a rematar al pobre hombre. Así acaba el gráfico. Tú, Timocles, buen amigo, observando cada punto al detalle piensa bien si te conviene meterte en el grabado por esas puertas y salir de forma ignominiosa por aquel sendero. Hagas lo que hagas recuerda lo que decía el sabio [30]: el dios no tiene la culpa, la culpa es de quien elige.

---

[30] PLATÓN, *República* X 617e.

37

ANACARSIS O SOBRE LA GIMNASIA

La caja de sorpresas del sofista de Samosata parece ser inagotable. He aquí puesta en solfa de un modo curioso una de las facetas más importantes y peculiares de la formación griega: la educación física. Nadie podría esperar un diálogo de este estilo, pero así es. Por lo que nuestro autor nos cuenta, el sistema educativo en Grecia, en el siglo II d. C., no debía de ser esencialmente muy distinto del de la época clásica. La importancia del deporte, consustancial al ideal agonal griego, sigue vigente en época de Luciano. Anacarsis, un hombre que viene del país de los escitas o de las estepas de lo que hoy llamaríamos Rusia Meridional, no comprende nada de lo que ve en un gimnasio griego. Luciano hace salir a escena nada menos que al mítico Solón para que dé a Anacarsis cumplida réplica. Personalmente pienso que no es el sistema educativo el que se critica; es el ideal agonal. Se insiste en lo absurdo del enfrentamiento entre dos hombres que se llevan bien —se dan masaje uno al otro—, en lo ridículo de los premios —hoja de laurel—, en lo inconsistente de los propios certámenes olímpicos. Solón confiere a todo ello un valor pedagógico, de preparación y adiestramiento, tanto para situaciones de guerra como de paz. Al final, la pelota en el tejado —valga el símil deportivo—.

ANACARSIS. — ¿A santo de qué, Solón, hacen esas pamemas vuestros jóvenes? Unos entrelazándose doblan las piernas una bajo otra; otros resuellan y se ahogan y se revuelcan entremezclados por el barro como jabalíes. Y desnudándose antes de empezar —los veía yo—, se frotaban con aceite y se daban friegas en plan totalmente pacífico el uno al otro por turno. No sé qué les pasa después que empiezan a empujarse y, con la cabeza ligeramente agachada, juntan sus frentes y se topan como los carneros. Y fíjate, aquel que te estoy señalando coge y levanta al otro por las dos piernas y lo deja caer al suelo; va entonces y, cayendo sobre él, no lo deja levantarse; al revés, lo vuelve a empujar contra el barro; por último, entrelazándole las piernas bajo el vientre y echándole el antebrazo bajo la garganta lo estrangula al pobrecillo, quien, a su vez, lo golpea en el hombro suplicándole, pienso yo, que no lo ahogue del todo. Y no tienen empachos, y no por motivo del aceite —con el que se untan—, en ponerse perdidos, sino que sin que se les note ya la loción, rebozándose a base de bien en una plasta de barro y sudor, a mí, al menos, se me antojan ridículos, pues se escurren uno de las manos del otro como las anguilas. 1

Otros, en el pórtico del patio, se dedican a hacer lo mismo, si bien éstos no en el barro, sino que preparándose un profundo montón de arena, debajo en el hoyo, se salpican unos a otros y, además, deliberadamente se echan polvo por encima al modo de los gallos como si así fueran a estar menos escurridizos a la hora de trabarse, siendo así, pienso yo, que la arena absorbe la grasa y permite al rival agarrarse mejor en seco. 2

Otros, levantándose de golpe, recubiertos de polvo, acosándose, se ponen a darse golpes y pisotones. Ése de ahí, el pobrecillo, parece que va a echar fuera los dientes, 3

así tiene la boca hecha una plasta de arena y sangre; le han pegado, según ves, un puñetazo en la mejilla. Pero la autoridad competente ahí presente, no los separa ni interrumpe la lucha —por el vestido que lleva parece que es uno de los arcontes—; al revés, los azuza y ovaciona al que ha dado el puñetazo.

4 Otros, en otros tantos lugares, desentumecen los músculos, al tiempo que saltan como si corrieran sobre el propio terreno; saltan juntos bien alto, al tiempo que dan patadas al aire [1].

5 Quiero saber qué ventajas reporta el hacer todo eso, porque a mí el asunto me parece más bien de locos, y no hay nadie capaz de convencerme, así, de buenas a primeras, de que quienes actúan de ese modo no están un poco «tocados».

6 SOLÓN. — Con toda razón, Anacarsis, todo eso te ha causado esa impresión. Se trata de cosas extrañas y totalmente distintas de las costumbres escitas; exactamente igual que las cosas que tienes que aprender y vuestras costumbres nos resultarían chocantes a nosotros los griegos, si alguno de nosotros las estuviera conociendo como tú ahora. Pero, no tengas miedo, amigo mío. Lo que están haciendo no obedece a la locura; no se dan puñetazos ni se rebozan en el barro, ni se echan la arena encima por humillar al rival; antes bien, todo eso tiene una utilidad no desdeñable y proporciona a los cuerpos un vigor nada insignificante. Si te quedas algún tiempo en Grecia, como creo que harás, tú también serás, dentro de poco, uno de esos tipos cubiertos de barro o de polvo; ya verás cómo el tema te va a resultar entretenido y útil a un tiempo.

---

[1] Típicos ejercicios para desentumecer los músculos; son algunos de los llamados ejercicios de calentamiento, consistentes en correr y saltar sobre el propio terreno.

ANACARSIS. — Quita, quita, Solón; a lo mejor a vosotros os podría resultar todo eso entretenido y provechoso. En lo que a mí respecta, si alguno de los vuestros me diera ese trato, que sepa que no llevamos en vano el sable
corto [2] ceñido al cinturón. Pero, dime, ¿qué nombre le 7
dais a estas evoluciones? ¿O qué diremos que están haciendo?

SOLÓN. — El lugar en sí, Anacarsis, se conoce entre nosotros con el nombre de «gimnasio», y es un recinto sagrado de Apolo Licio; ya estás viendo su estatua: el cuerpo apoyado sobre la columna; lleva un arco en el brazo izquierdo, mientras que el derecho, doblado por encima de la cabeza, da a entender que el dios está descansando de alguna tarea muy penosa. De los ejercicios gimnásticos,
el que se práctica en el barro se llama boxeo [3] y también 8
lo practican los que están en el polvo; al levantarse de un salto e intercambiar golpes lo llamamos «lucha libre» [4]. Pero tenemos, además, otras modalidades deportivas: boxeo, lanzamiento de disco y saltos; de todas ellas organizamos competiciones; el vencedor es considerado el mejor de los de su modalidad y se lleva los trofeos.

---

[2] Este «sable corto» era un arma típica de los escitas, que, sin embargo, pasaban por ser especialmente diestros en el manejo del arco.

[3 y 4] En la actualidad el tipo de deportes que podrían proporcionarnos una terminología adecuada son el boxeo y la lucha libre. Sin embargo, donde nosotros tenemos dos términos el griego tiene tres: *pálē, pykteúō* y *pankrátion*. El primero hace alusión, por el significado de su raíz, al hecho en sí de luchar y pelear; el segundo, al empleo de los puños y el tercero a todo tipo de llaves. Lo suyo sería reservar el nombre de boxeo para el segundo y decir aquí «lucha» y «lucha libre» por ejemplo. Dado que en esta ocasión no se hace referencia al empleo de los puños, para diferenciar la llamada lucha libre de otras modalidades —lucha canaria, lucha americana, por ejemplo— he preferido incluirlas bajo la etiqueta de «boxeo».

9 ANACARSIS. — ¿Y en qué consisten vuestros trofeos?

SOLÓN. — En los Juegos de Olimpia, una corona de olivo silvestre; en los Juegos de Corinto de pino; en Nemea, de apio; en Delfos, manzanas consagradas de Apolo, y entre nosotros en las Panateneas, el aceite que se extrae del olivo sagrado [5]. ¿De qué te ríes, Anacarsis? ¿Es que te parecen poca cosa?

ANACARSIS. — No, Solón, los trofeos que has mencionado me parecen fenomenales; para quienes los establecieron muy dignos de ser loados en base a tanta generosidad y, para quienes compiten, muy de tener en cuenta que rivalicen por conseguir trofeos de esta índole, hasta el extremo de pasar tantas fatigas para obtener manzanas o apios y de correr el riesgo de quebrarse o estrangularse entre sí. Como si no estuviera en la mano de quien le viniera en gana comprar sin molestia alguna buena cantidad de manzanas, o tejerse una corona de apio o de pino sin tener que ponerse la cara perdida de barro, ni sin que le peguen sus rivales una patada en el estómago.

10 SOLÓN. — Amigo mío, nosotros no nos fijamos en la simplicidad de los trofeos; son símbolos de la victoria y distintivo de quiénes son los vencedores. La fama que va aparejada a los que han vencido merece muchísimo la pena, y por alcanzarla, quienes buscan fieramente la gloria que se deriva de los esfuerzos dan por bueno, incluso, el recibir patadas. Y no se da gratis; antes bien, quien aspira a ella tiene que hacer frente a muchas situaciones difíciles en los comienzos hasta esperar el resultado positivo y favorable, que se deriva de tantos sacrificios.

ANACARSIS. — ¿Quieres decir, entonces, Solón —un ob-

[5] La leyenda decía que Atenea había plantado un olivo en la parte nordeste de la Acrópolis.

jetivo positivo y estupendo—, que todos se verán coronados y se les ovacionará por la victoria, cuando mucho antes los compadecían por los golpes, y que ellos son felices cuando reciben manzanas o apio a cambio de duros esfuerzos?

SOLÓN. — Quiero decir que aún no estás hecho a nuestras costumbres. Al cabo de poco tiempo tendrás una opinión distinta al respecto, cuando acudas a las competiciones y veas a tal cantidad de personas reunidas para presenciarlas, y teatros abarrotados, y deportistas ovacionados y, al vencedor de ellos, gozar de la misma consideración que un dios.

ANACARSIS. — Precisamente eso es lo que más lástima 11
da; que no realicen todos esos esfuerzos ante poca gente, sino ante tantos espectadores testigos de la violencia, quienes, por lo que se ve, los consideran felices cuando los ven chorreando sangre o estrangulados por sus rivales; pues, ése es el tipo de felicidad que comporta su victoria. Entre nosotros los escitas, Solón, si alguien golpea a alguno de los ciudadanos o si se le echa encima y lo tira al suelo o si le hace girones el manto, los ancianos le imponen castigos muy importantes, aunque a alguien le suceda eso ante pocos testigos, y no en recintos deportivos de semejante tamaño como los que tú indicabas al hablar de Delfos y de Olimpia. Yo no puedo por menos de compadecer a los participantes por lo que sufren, y, desde luego, me dejan con la boca abierta los espectadores, esos hombres excelentes, que dices que vienen de todas partes a ver las competiciones y que, dejando a un lado sus obligaciones, tienen tiempo libre para este tipo de espectáculos. No acierto a comprender qué es lo que les resulta entretenido al ver a hombres pegándose y entrelazándose, estampados contra el suelo y restregándose unos con otros.

12 SOLÓN. — Si fuera la época, Anacarsis, de los Juegos Olímpicos o Ístmicos o Panateneos [6], los propios acontecimientos se encargarían de demostrarte que no nos tomamos en vano tanto interés por ellos. Así, hablando, nadie lograría imbuirte del placer que proporcionan los ejercicios que allí se desarrollan, con la misma fuerza que si, sentado allí, en medio de los espectadores, presenciaras cualidades de hombres, bellezas de cuerpos, contexturas asombrosas, técnicas depuradas, resistencia indomeñable, arrojo, rivalidad, voluntades indómitas y un indecible afán por alcanzar la victoria [7]. Estoy seguro de que no dejarías de ovacionar y de animar y de aplaudir.

13 ANACARSIS. — Sí, por Zeus, Solón, ni de reírme de todo eso, ni de burlarme, además. Todo lo que enumeraste, las excelencias, las condiciones físicas, las bellezas, el arrojo, veo que lo estáis echando a perder a cambio de nada; vuestra patria no corre peligro ni vuestra tierra es saqueada, ni se meten con vosotros vuestros amigos ni vuestros vecinos. Así que si, como dices, los competidores son la flor y nata, resultarían ser el hazmerreír, en la medida en que hacen en vano todos esos esfuerzos y pasan todos esos apuros y afean su belleza y su contextura con la arena y con el aspecto de sus semblantes, total para, si resultan vencedores, ser dueños de una manzana o de un ramo de olivo —me complace estar haciendo mención constante al tipo de trofeos—; por cierto, dime, ¿todos los que compiten los consiguen?

SOLÓN. — En absoluto; sólo uno de entre todos, el triunfador.

---

[6] Se refiere a las competiciones que tenían lugar en Olimpia, Corinto y Atenas.

[7] He omitido yo también el artículo determinado en toda la serie, porque es llamativo el efecto que produce al leerlo en el texto griego.

ANACARSIS. — Entonces, Solón, ¿hay tantos que realizan tales esfuerzos por lo incierto y remoto de la victoria y sabiendo que el vencedor será uno y sólo uno, y los derrotados, en cambio, muchos, reciben, los unos, pobrecillos, golpes y los otros heridas, total para nada?

SOLÓN. — Anacarsis, parece que no te has parado 14
nunca a pensar sobre la forma correcta de llevar una ciudad; no tendrías en el bando del desprecio las más hermosas de sus costumbres. Si te importara un poco saber cómo debe gobernarse una ciudad de la mejor manera y cómo deberían llegar sus ciudadanos a ser los mejores, elogiarías, sin reservas, esos ejercicios gimnásticos y la rivalidad con que rivalizamos [8] por ellos, y sabrías que entremezclado en esos esfuerzos hay mucho de positivo, aunque te parezca que se esfuerzan para nada.

ANACARSIS. — He venido, Solón, a vuestra patria atravesando tan gran extensión de tierra y surcando el enorme y tormentoso mar Euxino, sin otra finalidad que la de poder aprender las leyes de los griegos y comprender bien vuestras costumbres, y de estudiar a fondo la mejor forma de gobernar una ciudad. Por eso, fundamentalmente te elegí a ti de entre todos como amigo y anfitrión, por tu fama, pues no paraba de oír que tú eras el autor de leyes, y el inventor de las mejores normas y el introductor de comportamientos muy positivos y, en una palabra, el diseñador de un sistema de gobierno. Así que no deberías tardar en enseñarme y hacerme discípulo tuyo. Porque yo gustosamente sentado a tu lado sin comer y sin beber, en la medida en que tu puedas aguantar hablando, escucharía con la boca abierta tu disertación sobre la política y las leyes.

---

[8] Mantengo el acusativo interno griego en español para, al igual que en la nota anterior, recoger el énfasis que pone Solón en sus argumentos.

15 Solón. — No es fácil, amigo, explicar brevemente todos los puntos. Si voy por partes, irás conociendo cada tema; cuáles son nuestros puntos de vista sobre los dioses, sobre los antepasados, sobre los matrimonios y sobre otros temas. Te voy a explicar ya las ideas que tenemos sobre los jóvenes, y cómo los tratamos en cuanto empiezan a comprender qué es lo que es mejor, y a tener cuerpo de adulto y a asumir duros trabajos, para que comprendas por qué razón hemos propuesto para ellos estos ejercicios físicos y les obligamos a endurecer su cuerpo, no sólo para las competiciones, a fin de que puedan llegar a conseguir trofeos, pues son unos pocos de entre todos quienes los alcanzan, sino, más bien, intentando que de ello se derive algo positivo para toda la ciudad y para ellos mismos. Está establecida para todos los buenos ciudadanos otra competición y una corona no de pino, ni de olivo, ni de apio, sino una corona que contiene en sí la felicidad del hombre; me estoy refiriendo a la libertad de cada uno en el plano personal y a la de la patria en el plano colectivo, a la riqueza, a la fama, al disfrute de las fiestas nacionales, a la seguridad de los familiares; en una palabra, a todo lo mejor que los hombres puedan pedirles en sus rezos a los dioses para sí. Todo eso está entretejido en la corona a que aludo y se deriva de la competición aquella de cara a la que realizan los ejercicios y los esfuerzos.

16 Anacarsis. — Entonces, pintoresco Solón, ¿resulta que tienes para contarme trofeos de esa categoría y envergadura y me hablas de manzanas, apio y pino y un ramo de olivo silvestre?

Solón. — No te parecerá que carecen de importancia todos ésos cuando comprendas lo que quiero decir. Tienen su origen en la misma concepción mental y son, todos ellos, partes pequeñas de algo más grande, a saber la competi-

ción y la corona de felicidad plena que mencioné. Hemos alterado no sé cómo el orden del relato y mencioné antes los acontecimientos que se desarrollan en el Istmo, en Olimpia y en Nemea. En cualquier caso, como tenemos tiempo y tú, según dices, estás ansioso por escuchar, volveremos corriendo fácilmente al punto de partida y a la competición colectiva por la que, como te digo, se realizan todos estos ejercicios de forma habitual.

ANACARSIS. — Mejor así, Solón. Encarrilada, nuestra conversación será más fructífera y, tal vez, si me convenciera de eso, ya no me reiría de lo otro, caso que viera a alguien, a quien todos veneran con una corona de olivo o de apio. Pero, si te parece, vayamos allí a la sombra y sentémonos en los bancos, para que no nos molesten los que están animando a los atletas. Además —te lo diré sin ambages—, no puedo aguantar fácilmente el sol brillante cuando cae de plano abrasando sobre la cabeza al descubierto. Me pareció oportuno quitarme el sombrero y dejarlo en la casa para que no se notara por mi atuendo que soy el único extranjero entre vosotros. La estación del año que es la más abrasadora, cuando el astro al que vosotros llamáis Perro [9] abrasa todo con su llama y provoca un aire seco y abrasador, el sol a mediodía, cayendo sobre la cabeza, produce una llamarada de calor que los cuerpos no pueden soportar. Desde luego, me llama la atención que tú, un hombre ya mayor, ni sudas ante el calor abrasador como yo, ni parece molestarte el sol, ni andas buscando con la vista una sombra donde guarecerte, sino que tomas el sol tan campante.

SOLÓN. — Los duros ejercicios que no sirven para nada, Anacarsis, los constantes revolcones en el barro, las

[9] Nótese «la canícula» que se emplea en español para designar a la época del año que presenta un sol más intenso y abrasador.

fatigas en la arena al aire libre, todo eso es lo que nos proporciona defensa frente a los rayos del sol, y así, ya no nos hace falta un sombrero que impida que el rayo deje su huella en la cabeza.

17 Vayamos, pues. Y no tienes por qué asentir y confiar en todas las leyes que yo te vaya diciendo, sino que, en el momento en que te parezca que he dicho algo que no es correcto, inmediatamente das tu punto de vista contrario y proseguimos la conversación. Porque en uno de estos dos puntos no fallamos: o a ti te convenceremos firmemente tras sacarte todo lo que crees que debes replicar, o a mí se me pone de relieve y se me enseña que no tengo un punto de vista correcto al respecto. Y en ese punto a la ciudad le faltaría tiempo para mostrarte su agradecimiento. Cuanto puedas enseñarme y cuantos cambios me convenzas para hacer en mis esquemas mentales revertirán en beneficio de ella. Yo no puedo ocultarle nada, sino que al punto acudiré al medio de la gente y tomando asiento en la Pnix les diré a todos: «Atenienses, he redactado para vosotros las leyes que me parecía serían más positivas para la ciudad, pero ese extranjero que tenéis ahí —señalándote a ti, Anacarsis—, un escita culto, cambió mis ideas y me enseñó otras maneras mejores de formación y de comportamiento. Quede constancia escrita de ese hombre como benefactor de la ciudad y eríjasele una estatua de bronce junto a los héroes epónimos [10] o en la ciudad junto a Atenea.» Y estáte seguro de que la ciudad de los atenienses no se avergüenza de aprender de un bárbaro y extranjero lo que le viene bien.

[10] El altar de los héroes epónimos que dieron nombre a las diez tribus en que estaba dividida la población del ática se encontraba en el ágora, delante del *Bouleutérion*.

ANACARSIS. — Era, entonces, cierto lo que yo oía siem- 18
pre decir de vosotros, los atenienses, que erais pícaros en vuestros discursos. Porque ¿de cuando acá yo, un hombre nómada y vagabundo, que ha pasado su vida viajando, visitando cada vez un territorio distinto, que no ha tenido casa en ninguna ciudad, ni había visto ninguna hasta ahora, podría disertar sobre política y enseñar a unos hombres que son de aquí, que han vivido en esta antiquísima ciudad desde hace tantísimos años en perfecta armonía al amparo de la ley, y especialmente a ti Solón, que desde el principio tuviste como tema de estudio el llegar a saber cómo podría organizarse la vida de la mejor manera posible para la ciudad, y con la aplicación de qué leyes llegaría a alcanzar una prosperidad mayor? [11]. En fin, en la medida en que hay que hacerte caso a ti que eres el legislador, te replicaré si alguna de tus teorías no me parece correcta para poder aprenderla más a fondo. Bueno, pues ya nos hemos quitado del sol y estamos en el porche; el asiento es muy confortable y viene al pelo sentarse sobre la piedra fresca. Explica desde el principio tu teoría, según la cual, acogiendo a los jóvenes desde niños, les hacéis pasar enseguida esas fatigas, para que, de resultas del barro y de esos ejercicios físicos, salgan unos hombres excelentes y en qué medida contribuyen el polvo y los revolcones a conseguir la excelencia en cuestión. Ardo en deseos de saber antes que nada eso desde el principio. Lo demás enséñamelo al final cuando sea el momento oportuno y por partes. A lo largo de tu parlamento no se te olvide que vas a hablar a un hombre extranjero. Quiero decir que no hagas frases retorcidas, ni demasiado largas, pues temo que no me entere de lo que digas primero, si me sueltas después torrentes de palabras.

[11] Larguísima pregunta, que, sin embargo, se entiende con claridad.

19 SOLÓN. — Encárgate tú mejor, Anacarsis, de controlarme cuando te parezca que la explicación no está clara o si crees que voy a entrar en divagaciones. Pregúntame en mitad de mi disertación lo que quieras e interrúmpeme. Pero, mientras las palabras que diga no sean farragosas, ni se desvíen del tema, nada impedirá, creo yo, que se emplee un lenguaje elevado, puesto que ésa es la costumbre heredada de los antepasados que tiene el Consejo del Areópago, el cual es, precisamente, quien juzga entre nosotros los procesos por homicidio. Cuando sube a la colina y se sienta para juzgar una causa de homicidio o de lesiones causadas con premeditación o de incendio provocado, cada una de las partes en litigio habla cuando le toca el turno, el acusador y el defensor, o bien ellos personalmente o bien hacen subir al estrado a unos oradores para que hablen por ellos. En la medida en que hablan sobre el tema objeto de juicio, el Consejo aguanta y los escucha con paciencia. Pero si alguien hace un proemio antes del discurso para intentar predisponer a su favor a los miembros del Consejo, o si dice algo para excitar la compasión, o introduce alguna estratagema al margen del tema —artilugios, por cierto, de los que se valen de cara a mover a jueces, muchas veces, discípulos de oradores—, el heraldo acude y los hace callar al momento sin dejar que digan tonterías al Consejo, ni revestir el caso con palabras, a fin de que los Areopagitas [12] puedan considerar los hechos sin aditamentos. Así que yo en este momento te estoy convirtiendo a ti también en un miembro del Areópago. Conforme a la ley del Consejo escucha y mándame callar si notas que estoy divagando con retóricas. Mientras sea pertinente al tema lo que aquí se diga, permítaseme

[12] Se entiende que son los miembros que componen el tribunal del Areópago.

extenderme en mi discurso. Y no celebremos todavía la sesión bajo el sol, que te molestaría si mi discurso se prolongara; la sombra es tupida y nosotros tenemos tiempo de sobra.

ANACARSIS. — Tu propuesta es muy razonable, Solón, y yo te estoy ya en no poca medida agradecido, porque al margen del tema que nos ocupa me has enseñado lo que acontece en el Areópago. Asombroso, en verdad, cómo unos miembros del Consejo extraordinario aportan su voto juzgando los hechos a la luz de la verdad. Habla ya tú, bajo esas condiciones, y yo, el Areopagita —que en uno de ellos me convertiste tú—, estoy dispuesto a oírte conforme al esquema de funcionamiento del Consejo.

SOLÓN. — Entonces, debes escuchar ya, antes que na- 20
da, nuestros puntos de vista sobre la ciudad y los ciudadanos, que te expondré con brevedad. Nosotros pensamos que una ciudad no son sus edificaciones, tales como murallas, santuarios y diques, sino que todo eso está ahí como un cuerpo sólido e inamovible para acoger y proteger a los ciudadanos, pero nosotros ponemos toda la soberanía en los ciudadanos. Ellos son los que llenan, disponen, realizan y defienden cada cosa, la misma misión que desempeña el alma para cada uno de nosotros. Como nos hemos dado buena cuenta de ello nos preocupamos, ya lo ves, del cuerpo de la ciudad, embelleciéndolo para que esté lo más hermoso posible, bien equipados sus edificios en el interior y perfectamente atrincherado en el exterior con esas murallas circulares para máxima seguridad. Pero, por encima de todo, procuramos que los ciudadanos lleguen a ser buenos de alma y fuertes de cuerpo. Hombres así deben vivir en democracia y armonía, ayudándose mutuamente en tiempo de paz, y salvar la ciudad y mantenerla libre y próspera en tiempo de guerra.

Encargamos los primeros cuidados a madres, nodrizas y pedagogos para que los críen y los eduquen en la libertad. Y, una vez que llegan ya a distinguir lo que está bien de lo que está mal, y se despiertan en ellos la vergüenza, el rubor y el miedo y el afán por destacar, y sus cuerpos parecen ya estar preparados, pues han adquirido una sólida constitución para afrontar los trabajos más penosos y están bien conformados para asumir las tareas que exigen más resistencia, entonces los acogemos ya y les vamos enseñando cosas, dando importancia primordial a la formación moral y a la educación física [13], acostumbrando, en cierta medida, sus cuerpos a los trabajos duros. No nos parece suficiente respetar la disposición natural de cuerpo y espíritu de cada uno, sino que se hace necesario, para ellos, la educación y el aprendizaje para que puedan mejorar mucho más sus condiciones naturales positivas y, poco a poco, ir cambiando hasta lograr también una mejoría de sus facetas negativas. Tomamos buen ejemplo de los labradores, que abrigan y protegen las plantas mientras están a flor de tierra, recién sembradas, para que los vientos no les causen daño, y cuando ya el tallo comienza a engordar, entonces podan lo que sobra y exponiéndolos a la agitación y a merced de los vientos, obtienen de ellos el máximo fruto.

21 Educamos con bullicio su espíritu, primero, con la música y la aritmética y les enseñamos a escribir las letras y a distinguirlas con exactitud. A medida que van avanzando, les recitamos máximas de hombres sabios, gestas del pasado y útiles pensamientos adornados en verso para

[13] Por «formación moral» y «educación física» hemos traducido expresiones que literalmente querían decir «lecciones del espíritu o del alma», y «ejercicios gimnásticos».

que los recuerden mejor. Ellos, al escuchar esas gestas, hazañas tan destacadas, poco a poco se sienten inclinados a ellas y se afanan en imitarlas para, a su vez, ellos también ser cantados y admirados por la posteridad; tanto Hesíodo como Homero han compuesto muchos poemas de esa índole.

Una vez que están cerca de la política y les corresponde administrar los asuntos públicos... bueno, eso cae, tal vez, fuera de la discusión. Nuestro propósito inicial no era explicar aspectos de su formación moral, sino explicar por qué nos parece lógico entrenar sus cuerpos con ejercicios físicos de esta naturaleza. Así que me doy a mí mismo la orden de callar, sin esperar a que me lo diga el heraldo o tú, Aeropagita, que tal vez por respeto me has tolerado tanta divagación al margen del tema que nos ocupa.

ANACARSIS. — Dime, Solón, ¿no ha pensado el Consejo algún tipo de castigo para los que no dicen, sino que se callan en el Areópago lo que debieran decir?

SOLÓN. — ¿A cuenta de qué me preguntas eso? ¿No está claro?

ANACARSIS. — Porque resulta que dejas de lado lo más bonito y lo que gustosamente escucharía yo, lo que se refiere a la formación moral, y piensas, en cambio, seguir hablando sobre lo que menos conviene, a saber, sobre los ejercicios gimnásticos y el adiestramiento del cuerpo.

SOLÓN. — Tengo muy presentes tus observaciones del principio, amigo mío, y no quiero llevar la disertación fuera de sus cauces, no sea que su fluir confunda tu memoria. Por lo demás, seré breve, en la medida de lo posible. Para examinar ese tema con detenimiento sería menester otra larga conversación.

Educamos armoniosamente sus mentes enseñándoles 22
sin reservas las leyes de la comunidad, que están expuestas

en público en letras grandes para que todos las lean, y les aconsejamos lo que deben hacer y de lo que se deben abstener, y a frecuentar la compañía de los hombres de bien, de quienes aprenden lo que se debe decir y a obrar con criterios de justicia y a tratar en un plano de igualdad a los demás ciudadanos, a no lanzarse a lo que está feo, y a aspirar a lo que es noble y a no actuar con violencia. Los hombres que se comportan así reciben entre nosotros el nombre de sofistas y filósofos [14].

Llevándolos al teatro los educamos públicamente por la influencia de comedias y tragedias en las que contemplan las virtudes y los vicios de los hombres de antaño, para que se aparten de los últimos y se afanen en conseguir las primeras. Permitimos a los escritores de comedias que insulten y se burlen de los ciudadanos que ellos notan que observan un comportamiento inmoral e indigno de la ciudad, y no sólo por el bien de ellos, que se mejoran cuando se ven puestos en solfa, sino por el de la mayoría, para que eviten la censura ante comportamientos semejantes.

23 ANACARSIS. — Conozco, Solón, a los trágicos y cómicos de quienes hablas, si es que se trata de aquéllos con pesados y altos calzados, con los vestidos adornados con cintas doradas y con una ridícula máscara con la boca grande y muy abierta. Creo que la ciudad celebraba en su momento las fiestas en honor de Dioniso. Los actores de comedias eran más breves, más pedestres, más humanos y daban menos voces y sus máscaras eran mucho más graciosas; el teatro en pleno se reía de ellas; pero todos oían a los tipos altos [15] con un aire preocupado, compadeciéndolos, creo, al verlos arrastrar tales grilletes.

[14] Más bien en el sentido que hoy damos al sintagma «hombre culto» o, incluso, «intelectual».

[15] El texto indica inequívocamente «altos», y no se refiere a altura

SOLÓN. — No los compadecían a ellos, amigo mío, sino que, posiblemente, un poeta presentaba a los espectadores alguna desgracia de antaño y dirigía a la audiencia con aire trágico series de versos que moviesen a compasión para provocar con ellas las lágrimas del auditorio. Probablemente has visto a algunos hombres tocando la flauta y a otros que cantan con ellos de pie, en círculo; esos cánticos y sones de flauta no carecen de utilidad; impregnando su espíritu de todos ellos y otros por el estilo, se van haciendo mejores. Y sus cuerpos —que es, precisamente, lo que más deseoso estabas de escuchar— los entrenamos 24
de la siguiente manera. Dejándolos desnudos, como te dije, cuando ya no son blandos y están totalmente conformados, solemos acostumbrarlos primero a las inclemencias del tiempo, habituándolos a cada una de las estaciones, de modo que no les moleste el calor, ni desfallezcan ante el frío; después, los untamos con aceite y demás masajes para que tengan mayor elasticidad. Y si pensamos que el cuero suavizado por el aceite se hace más difícil de romper y más duradero, siendo como es algo muerto, sería absurdo que no pensáramos que un cuerpo, que tiene aún una vitalidad, no puede ponerse en mejor forma por acción del aceite. A partir de aquí, habiendo inventado modalidades diversas de ejercicios gimnásticos, y adjudicándoles profesores especializados, les enseñamos a uno a boxear [16], a otro a practicar lucha libre, para que se acostumbren a resistir la dureza y a afrontar los golpes y a no volver la cara por miedo a las lesiones. Con eso logramos en ellos

---

de tamaño o de estatura, sino a altura de altitud o elevación, lo que vendría a realzar la importancia del empleo del coturno en el teatro griego.

[16] Aquí no hay duda; *pukteúō*, es decir, «boxear», formado sobre la raíz que en griego significa «puño».

dos útiles objetivos para nosotros: se consigue que hagan frente al peligro con ánimo crecido sin preocuparse de sus cuerpos, al tiempo que se hacen fuertes y resistentes. Quienes de ellos pelean juntando sus cabezas ligeramente inclinados aprenden a caer sin hacerse daño y a levantarse de golpe, a empujarse, a trabarse, a revolverse, y a resistir que los ahoguen y a levantar en volandas al rival; tampoco éstos están poniendo su empeño en una actividad inútil, sino que realizan una adquisición única, primordial e indiscutiblemente importantísima: sus cuerpos se hacen más impermeables al dolor y más resistentes al curtirse en ejercicios de esa dureza. Y hay otra cosa, no de despreciar: de resultas de ello se tornan diestros si llega el momento de tener que echar mano de los conocimientos que aprendieron, en la guerra. Es evidente que un hombre así trabándose con un enemigo lo tira al suelo enseguida haciéndole una llave. Y si cae, sabrá levantarse del modo más fácil. Todo eso, Anacarsis, lo preparamos con vistas a una competición, la competición con armas, y pensamos echar mano de hombres entrenados en este tipo de ejercicios, ya que, primero, relajando con masajes sus cuerpos desnudos y entrenándolos, conseguimos hacerlos más vigorosos y resistentes, ligeros y elásticos y, al mismo tiempo, pesados para sus contrincantes. Te das cuenta, creo, de lo que viene después: qué clase de hombres serán con armas, cuando sin ellas les meten el miedo en el cuerpo a sus contrincantes. Y no exhiben una gordura fofa y blancucha o una delgadez acompañada de palidez —como cuerpos de mujeres marchitados por la sombra—, agitados, empapados en sudor y jadeantes bajo el casco, sobre todo, si como ahora, el sol de mediodía cae abrasador. ¿Qué podría hacerse con unos hombres que tienen sed y no aguantan la polvareda, y que si ven sangre al punto se descomponen y pre-

fieren morir antes que verse con una flecha clavada y llegar a las manos con los enemigos?

Sin embargo, estos jóvenes nuestros pasan de tener la piel muy roja a estar muy morenos por acción del sol y presentan un aspecto varonil; dan a ver gran vitalidad, ardor, y virilidad; destacan por su espléndida constitución; no andan nunca encorvados, ni arguellados, ni están gordos con exceso de peso, sino que con unos contornos y perfiles simétricos, a fuerza de sudores han perdido lo inútil y superfluo de sus carnes, al tiempo que han conservado vigorosamente lo que les proporcionaba resistencia y elasticidad, sin mezclarlo con lo que no sirve para nada. El efecto que producen los que aventan el trigo, ese mismo es el que operan en nuestros cuerpos los ejercicios gimnásticos: echan fuera de un soplo la broza y las impurezas y separan con nitidez el grano puro y lo apilan con cuidado.

Por eso, no hay más remedio que estar en forma y 26
resistir a tope en los ejercicios duros. Un hombre entrenado así tardaría en empezar a sudar y, en muy pocas ocasiones, ofrecería aspecto de estar enfermo.

Es como si alguien, portándolo, arroja fuego al trigo mismo, a la paja y a la broza —vuelvo de nuevo al símil de la trilla—; mucho antes, pienso yo, ardería la paja, mientras que el trigo, ni por una llamarada que se levantase, de golpe, sino al cabo de un tiempo, poco a poco envuelto en cortinas de humo, acabaría por consumirse por completo. Ni una enfermedad ni un achaque podría caer sobre un cuerpo así y ponerlo a prueba, ni mucho menos enseñorearse de él. Está bien pertrechado en su interior, y en su exterior tiene buenas defensas contra las enfermedades para no dejarlas penetrar. Y un hombre así no está dispuesto a admitir que ni el sol, ni el frío, puedan ir en perjuicio de su cuerpo. Para entregarse en los ejercicios fatigosos,

abundante energía que le fluye por dentro, pues desde siempre ha estado preparado y entrenado para caso de extrema necesidad, le rellena una y otra vez al instante el cuerpo con el vigor, y hace a esos hombres, por mucho tiempo, inasequibles a la fatiga. El haber pasado antes por ejercicios duros, el haberse entrenado previamente en la fatiga no implica pérdida de resistencia, sino aumento adicional; cuanto más baqueteado está más se engrandece.

27 Los ejercitamos en la carrera, acostumbrándolos a resistir en larga distancia y haciéndoles adquirir ligereza para recorrer muy deprisa corta distancia [17]. Y no una carrera sobre una superficie lisa y resistente, sino en arena profunda donde no es cosa fácil apoyar el pie, ni mantener el equilibrio, pues se resbala cuando se mete alguna piedrecilla por debajo. También los ejercitamos en el salto de longitud y, si llega el caso, de cualquier tipo de obstáculos, llevando, incluso, pesas en ambas manos del tamaño de ellas. Rivalizan también en ver quién lanza la jabalina más lejos. Tuviste, asimismo, ocasión de ver en el gimnasio un objeto circular de bronce, parecido a un pequeño escudo sin soporte, ni correas; como estaba allí en medio lo probaste y te pareció pesado y difícil de coger precisamente por lo delgado que es. También lanzan ese objeto al aire y a lo lejos, a ver quién consigue llegar más lejos y rebasar a los demás. Ese duro ejercicio fortalece sus hombros y proporciona elasticidad a sus extremidades.

28 El barro y el polvo que te parecieron al principio tan ridículos, escucha, buen hombre, y verás por qué se ha colocado bajo sus pies: primero, para que su caída se produzca no sobre una superficie dura, sino para que cai-

[17] Alusión clara a las dos modalidades básicas de la carrera atlética; velocidad y resistencia.

gan sin hacerse daño sobre algo blando; segundo, es de todo punto forzoso que se hagan más escurridizos cuando sudan en el barro. Cuando los comparabas con las anguilas no decías ninguna estupidez o tontería, pues eso les proporciona no pocas defensas de cara a ser resistentes y a tensar los músculos, sobre todo, cuando estando trabados se ven forzados a agarrarse el uno al otro con fuerza y a aguantar así, aunque intente el rival escabullirse. ¡Y no te creas que es empresa baladí atrapar a un tipo cubierto de sudor y barro y, encima, untado de aceite, que intenta por todos los medios escabullirse e írsete de las manos!

Y todo esto, como te dije anteriormente, es de utilidad también para las guerras, por si, llegado el caso, hay que llevarse, echándoselo al hombro con facilidad, a un amigo que ha resultado herido, o incluso, volver con un enemigo en brazos al que se ha atacado por sorpresa. Precisamente, por ello, los entrenamos hasta la exageración, proponiéndoles las pruebas más duras para que puedan resolver con suma facilidad papeletas más insignificantes. El polvo, en 29
cambio, nos parece que es útil justamente para lo contrario, para que no se escurran cuando están trabados. Una vez que se han entrenado en el barro a agarrar a una presa que se les escapa por lo escurridiza que está, se habitúan a escapar de manos de sus rivales cuando los cogen, por muy bien atrapados que estén.

Parece ser que el polvo, esparcido por encima, retiene el sudor cuando mana a raudales y hace que la fuerza se mantenga un buen rato; además, les sirve de barrera para no ser dañados por los vientos que azotan sus cuerpos, en ese momento debiluchos y con los poros abiertos; además, el polvo quita al hombre la suciedad y lo hace más limpio. Con gusto pondría yo al lado a uno de aquellos tipos de piel blanca que pasan su vida a la sombra y a

cualquiera de los que hacen gimnasia en el Liceo, tras haberle quitado previamente el polvo y el barro, y te preguntaría a cuál de los dos pedirías a los dioses parecerte; estoy seguro que enseguida escogerías a primera vista, incluso sin probar a ver qué sabe hacer cada uno, el ser consistente y resistente, antes que blando e inconsistente y paliducho por falta de sangre que fluye a las partes internas del cuerpo.

30 Éstas son, Anacarsis, las razones por las que entrenamos a los jóvenes, creyendo que serán el día de mañana buenos guardianes de la ciudad y que vivirán en libertad, unos con otros, capaces de derrotar a los enemigos si les atacan; infundirán un cierto temor a nuestros vecinos, de modo que la mayoría de ellos se inclinen ante nosotros y nos paguen tributos. En la paz echamos mano de ellos para actividades mucho más positivas, pues ni rivalizan en absoluto en desfachateces, ni por falta de actividad se vuelven arrogantes, sino que se dedican a actividades de esa índole y en ellas ocupan todo su tiempo. Y, como ya señalé, el bien común, la felicidad suprema de la ciudad, consiste en eso: cuando nuestra juventud preparada estupendamente para la paz y para la guerra parezca afanarse en lograr los objetivos más nobles.

31 ANACARSIS. — Entonces, Solón, si alguna vez os atacan los enemigos, os untáis con aceite, os recubrís de polvo y os lanzáis a la lucha dirigiendo previamente contra ellos vuestros puños; y ellos, por su parte, doblan la espalda ante vosotros y huyen presas de miedo, no sea que les llenéis de polvo la boca, que tienen abierta, o que, dando saltos alrededor de ellos como para echároslos a la espalda, les entrelacéis las piernas en torno al vientre y los estranguléis echándoles el antebrazo por debajo del casco. Es evidente, por Zeus, que algunos se defenderán lanzan-

do flechas y dardos y que a vosotros, como si de estatuas se tratara, no os llegarán los proyectiles, pues vuestras pieles están bien curtidas al sol y tenéis buena reserva de sangre. Vosotros no sois paja, ni rastrojos, como para ceder, a las primeras de cambio, ante sus golpes. Sólo algo más tarde, cortados a base de bien con heridas profundas, dejaréis asomar unas gotas de sangre. Eso es lo que dices, 32
si no he entendido mal el ejemplo. Sacaréis del cajón, entonces, todos aquellos bártulos de los actores de tragedia y de comedia, y si se os propone un éxodo, os pondréis aquellos cascos huecos con la boca abierta para darles más miedo a vuestros adversarios, ahuyentándolos como si fuerais espantapájaros, y os calzaréis aquellos calzados de tacón alto; con ligereza se escapan, llegado el caso, y si los perseguís les resulta imposible a los enemigos la huida, pues, vosotros iréis en su busca, así, a grandes zancadas.

Mira a ver no sea que todas esas sutilezas no sean más que bagatelas y pasatiempos infantiles, sobre todo formas de pasar el rato para los jóvenes, que no tienen otra cosa que hacer y quieren darse a la vida muelle. Si queréis ser de verdad libres y felices, tendréis que realizar otro tipo de gimnasia y de ejercicios atléticos en las armas, y la rivalidad no se producirá entre vosotros mismos a base de juegos, sino frente a los enemigos, ejercitándose uno en el valor en medio de los peligros. Así que, soltando el polvo y el aceite, enséñales a manejar el arco y a lanzar dardos; y no les des dardos ligeros que pueden quedar sin efecto cara al viento; dales mejor una lanza pesada que silbe lanzada al viento, y una piedra del tamaño de una mano, un hacha persa, un escudo trenzado de mimbres en la izquierda, una coraza y un casco.

Tal y como estabais ahora, me parece que sólo el favor 33
de alguna divinidad os salva a vosotros, que aún no habéis

perecido por el ataque de unos pocos soldados armados a la ligera. Fíjate si desenvainara este pequeño estilete que llevo ceñido a la cintura y cayera sólo yo sobre vuestros jóvenes; al grito de guerra tomaría el gimnasio, pues aquéllos huirían y nadie se atrevería a hacerme frente con el acero, sino que, dando vueltas en derredor de las estatuas y encontrándose en torno a las columnas, me darían risa al tiempo que muchos de ellos llorarían temblorosos. Verías que, entonces, sus cuerpos ya no estarían colorados como están ahora; antes bien, todos se pondrían pálidos al punto, pues el miedo les haría cambiar el color de la piel. La paz, que es profunda, os ha puesto en una situación tal que difícilmente resistiríais ver el penacho de un casco enemigo.

34 SOLÓN. — No decían, eso, Anacarsis, los tracios que, en compañía de Eumolpo, guerrearon contra nosotros, ni vuestras mujeres, que avanzaron sobre la ciudad en compañía de Hipólita [18], ni ningunos otros de quienes probaron suerte en las armas contra nosotros. Pero, hombre de dios, nosotros por adiestrar en el esfuerzo los cuerpos de los jóvenes desnudos no por eso los llevamos desarmados al peligro; antes bien, cuando entre ellos han llegado a destacar, se ejercitan a partir de ese momento con las armas y, como se hallan en forma, pueden utilizarlas mucho mejor.

ANACARSIS. — ¿Y dónde tenéis el gimnasio en el que se entrena con armas? No vi en la ciudad ningún lugar de esa índole, por más que la he recorrido toda de punta a cabo.

---

[18] Famosa reina de las Amazonas, cuyo cinturón debía conquistar Heracles dentro del ciclo de los Doce Trabajos. Según algunas fuentes, procedían de la Escitia Meridional, en la margen izquierda del Istro, hoy conocido con el nombre de Danubio.

SOLÓN. — Si pasaras más tiempo entre nosotros, Anacarsis, lo verías, así como las numerosas armas de cada uno, que empleamos siempre que es necesario, penachos, testeras, caballos y jinetes, casi la cuarta parte de los ciudadanos. Pero el portar armas como norma general y llevar una daga al cinto nos parece que está de más en tiempo de paz, y hay una multa establecida para quien lleve armas de metal en el recinto de la ciudad y, cuando no venga a cuento llevarlas, lleve armamento a un recinto público. A vosotros se os puede perdonar que viváis constantemente en armas, pues vivir sin protección se presta fácilmente a ser víctima de ataques; los enemigos son numerosos, y no está claro cuándo alguien puede caer sobre alguien mientras duerme, o sacar a alguien a rastras del carro y asesinarlo. La desconfianza mutua y el no estar gobernados por la ley implican inexorablemente el uso de las armas, para que uno tenga a mano con qué defenderse si le atacan con violencia.

ANACARSIS. — Entonces, Solón, os parece absurdo que 35
se lleven armas sin una necesidad inexorable. Todo lo que os preocupa de ellas es que no se estropeen por usarlas; las tenéis guardadas para usarlas cuando no haya otro remedio. Y cuando ningún terrible mal acecha los cuerpos de los jóvenes, ¿entonces, precisamente, los entrenáis con dureza y a darse golpes, venga con ellos arriba y abajo empapados en sudor, sin administrar sus fuerzas para cuando sea imprescindible, tirándolas por la borda para nada en el barro y el polvo?

SOLÓN. — Por lo visto, Anacarsis, crees que la fuerza misma es semejante al vino, al agua o algún otro de los líquidos. Temes que, como de una vasija de cerámica, sin darse uno cuenta se vaya saliendo en los duros entrenamientos y que, después, se nos vaya quedando el cuerpo

vacío y seco sin que pueda volver a llenarse con algo de su interior. Que te conste que eso no es así, sino que, en la medida en que la fuerza se sacia con los duros entrenamientos, en esa misma medida le fluye dentro más todavía, como en el mito de la Hidra, si lo has oído por casualidad, a quien le cortaban la cabeza y le nacían siempre dos [19]. Si uno está desde un principio desentrenado y en baja forma y no tiene el material imprescindible de reserva, entonces le harían daño y lo aniquilarían los duros esfuerzos, tal y como sucede con un fuego y un farol: con el mismo soplo podrías provocar el fuego y aumentarlo enseguida, avivándolo con el aire, y apagarías la luz del farol que no tiene la cantidad necesaria de combustible como para hacer frente al viento de cara; no estaba asentado, creo yo, sobre una raíz sólida.

36 ANACARSIS. — Solón, no entiendo ni jota de lo que dices. Me resulta sutil lo que me has dicho y requiere una mente penetrante y una inteligencia muy despierta y detallista. Dime, al menos, ¿por qué razón en los Juegos Olímpicos, Ístmicos, Píticos y en los demás, donde muchos, según cuentas, se reúnen para ver competir a los jóvenes, nunca les hacéis enfrentarse con armas, sino que sacándolos al medio del estadio desnudos, enseñáis cómo se dan patadas y golpes, al tiempo que entregáis a los vencedores manzanas y ramas de olivo? Merecería la pena saber por qué razón actuáis de esa manera.

SOLÓN. — Pensamos, Anacarsis, que su interés por los ejercicios gimnásticos arraigaría más en ellos, si vieran que

[19] Alusión a otro de los Trabajos de Heracles. Tenía que dar muerte a la Hidra de Lerna, monstruo feroz; por cada tajo que se le daba cercenando su cabeza, ella se reproducía de inmediato y al instante contaba con otras dos. Heracles se deshizo de ella incendiando los campos aledaños al lugar donde vivía.

los mejores reciben honores en las competiciones y son objeto de distinciones públicas delante de todos los griegos. Y, precisamente, por eso, por tener que desnudarse ante tanta gente, se preocupan de su aspecto externo, a fin de no avergonzarse al quitarse la ropa, y cada uno se afana en hacerse acreedor a la victoria. Y los trofeos, como dije antes, no carecen de importancia: el aplauso de los espectadores, el llegar a ser famoso, y el ser señalado con el dedo como el mejor de los de su categoría. Y, en verdad, muchos de los espectadores, que aún están en edad de hacer deporte, abandonan el estadio profundamente enamorados, a raíz de este tipo de competiciones, de la calidad y de la dureza de los ejercicios. Porque... si alguien, Anacarsis, echa fuera de la vida el amor a la gloria, ¿qué cosa positiva nos vendría o quién estaría dispuesto a realizar algo destacado? Ahora, a juzgar por esas competiciones, podrías darte una idea de cómo serían, con armas en la mano luchando por la patria, los hijos, las mujeres y los templos, unos hombres que por un ramillete de olivo silvestre y unas manzanas derrochan, desnudos, energías, buscando afanosamente la victoria.

¿Qué sentimiento experimentarías, si contemplases en- 37
tre nosotros peleas de codornices o de gallos y hubiera no poco interés en ellas? ¿Te reirías, está claro, sobre todo si supieras que lo hacemos al amparo de la ley y que todos los que están en la edad militar tienen orden de comparecer y ver a las aves intercambiar golpes hasta el límite extremo de sus posibilidades? Pues no es cosa de risa. Suavemente se impregna su espíritu de un cierto arrebato ante los riesgos, no vaya a parecer que tienen menos casta y menos arrojo que los gallos y que se rinden por heridas, cansancio o cualquier otro contratiempo.

Pero el verlos hacer experimentos con las armas y verlos descuartizados... quita, quita. Salvaje, terriblemente siniestro y, además, completamente inútil sería sacrificar a los mejores y a quienes mejor se podría emplear contra los enemigos.

38 Y puesto que dices, Anacarsis, que tienes intención de visitar el resto de la Hélade, acuérdate de lo que te voy a decir, si vas alguna vez a Lacedemonia: no te rías de ellos ni pienses que hacen todo eso para nada cuando todos se peguen en el estadio y caigan de golpe por una pelota, o cuando acudan a un recinto acotado con agua y, divididos en falanges, rivalicen hostilmente unos con otros, desnudos ellos también, hasta que un bando haya conseguido sacar al otro fuera del recinto acotado —los de Heracles a los de Licurgo o al revés— y empujarlos al agua. Después reina la paz y nadie se atreverá a dar un solo golpe. Sobre todo, no te rías si ves que los azotan sobre el ara del altar, bañados en sangre, en presencia de sus padres y sus madres, quienes, por cierto, están muy lejos de disgustarse ante los hechos; al revés, más bien los amenazan si no resisten los golpes y suplican que se prolongue su sufrimiento y que se hagan fuertes en terribles suplicios. Muchos murieron en la prueba, no considerando digno rendirse, vivos aún, a la vista de sus parientes, ni ceder a la tentación del cuerpo [20]. Verás las estatuas de esos famosos hombres erigidas por Esparta por suscripción popular.

Cuando veas todo aquello, no pienses que están locos ni digas que pasan todas esas penalidades sin ninguna razón de peso, pues ni los acosa violentamente un tirano, ni les dispensan mal trato los enemigos. En su favor, Li-

---

[20] La tentación consistía, en este caso, en abandonar su actitud de resistencia y capacidad de aguante.

curgo, su legislador, podría decirte razones muy numerosas por las que han decidido castigarlos; no es enemigo de ellos, ni lo hace por odio, ni por desperdiciar a lo tonto la savia nueva de la ciudad, sino porque piensa que quienes deben estar dispuestos para salvar a la patria deben ser muy fuertes y estar por encima de cualquier duro avatar. Y aunque no lo diga Licurgo, te estás dando cuenta, creo yo, de que un hombre de esa índole, si alguna vez es hecho prisionero en la guerra, jamás llegaría a revelar ningún secreto de Esparta por más que le torturen los enemigos, sino que se reiría de ellos si lo azotaran, rivalizando con su verdugo a ver quién de los dos se cansa antes.

ANACARSIS. — ¿También Licurgo en persona fue azo- 39
tado, Solón, cuando estaba en edad juvenil, o estaba ya fuera de la edad requerida para competir y, por eso, introdujo esa innovación impunemente?

SOLÓN. — Era ya mayor cuando les redactó las leyes al llegar de Creta. Había ido a visitar a los cretenses, porque había oído que tenían las mejores leyes, pues se las había dado Minos, el hijo de Zeus.

ANACARSIS. — Entonces, ¿por qué no imitar a Licurgo y azotar a los jóvenes? Eso sería una idea estupenda y os vendría pero que muy bien.

SOLÓN. — Porque ya tenemos bastante con nuestros ejercicios; no nos parece lógico copiar las costumbres extranjeras.

ANACARSIS. — ¿Ah, no? Te das cuenta, creo, de lo que supone recibir azotes desnudo colgando de las manos, sin que de ello se derive nada positivo, ni para el individuo, ni para la ciudad. Así que, si alguna vez hago una visita a Esparta en el momento en que estén realizando ese tipo de prácticas, me parece que al punto seré lapidado públicamente por ellos por reírme cada vez que vea que les pe-

gan como si fueran salteadores o ladrones o hubieran cometido alguna fechoría semejante. No hay duda; me parece que la ciudad que se somete a unos sufrimientos que ella misma le causa de forma tan ridícula necesita una buena taza de eléboro [21].

40 SOLÓN. — No creas, buen hombre, que resuelves el proceso a tu favor por incomparecencia e inexistencia de litigantes, pues sólo has hablado tú; alguien habrá en Esparta que te dará la réplica conveniente defendiendo su causa.

Por lo demás, aunque yo te he explicado nuestras costumbres, y tú no pareces estar muy satisfecho con ellas, creo que no sería ninguna ofensa preguntarte a ti para que me expliques, cuando sea tu turno, de qué modo vosotros, los escitas, adiestráis a vuestros jóvenes y con qué clase de ejercicios físicos los formáis y cómo llegan a ser hombres hechos y derechos.

ANACARSIS. — Me parece muy justo, Solón. Yo te voy a explicar las costumbres de los escitas, que tal vez no son muy venerables ni del estilo de las vuestras, pues nosotros no nos expondríamos ni a recibir un solo golpe en la cara; somos, sí, cobardes, pero te las explicaré, sean como sean. Suspenderemos la reunión hasta mañana temprano, si te parece bien, para que yo pueda analizar tranquilamente todo lo que me has explicado y pueda hacer memoria de lo que debo decirte. Si estamos de acuerdo, marchémonos, porque ya es de noche.

---

[21] Tres tragos de eléboro contribuyen, según creencia comúnmente admitida, a calmar los nervios y a serenarse. Algo así como si dijéramos nosotros «una taza de tila».

38

MENIPO O NECROMANCIA

El famoso Menipo, que ya había suscitado el interés de Luciano en un fastuoso viaje por las alturas para observar el éter y el firmamento en *Icaromenipo,* explora, en esta ocasión, el mundo subterráneo de los griegos. De la mano nada menos que de Tiresias, el adivino beocio, nuestro amigo Menipo se da una vuelta por allí abajo y vuelve a la tierra para contar lo que ha visto. En conversación con un personaje que aparece con la cómoda etiqueta de *phílos,* esto es, «amigo», Menipo va trazando una descripción tradicional del mundo subterráneo. La originalidad no radica en los aspectos descriptivos. En ese marco se sitúa una crítica muy dura contra los filósofos y los ricos. La vuelta de Menipo resulta, en cualquier caso, rimbombante, pues en sus primeras intervenciones habla por boca de autores trágicos. Llama la atención el hecho de que se aluda —tal vez por vez primera de un modo tan llamativo y tan detallado en la literatura universal— a la vida humana como lo que se ha dado en llamar «el gran teatro del mundo».

MENIPO.

Salud, palacio y puertas de la casa mía,
¡qué alegría al veros, regresando a la luz! [1].

---

[1] EURÍPIDES, *Hércules loco* 523-4.

AMIGO. — ¿No es ése Menipo, el perro [2]? Si la vista no me engaña, no puede ser otro. Menipo al completo. ¿Qué significan esas pintas extravagantes que llevas, sombrero de fieltro, lira y piel de león? Pero, en fin, hay que acercarse a él. ¡Hola, Menipo! ¿De dónde nos llegas? Hace mucho tiempo que no se te veía por la ciudad.

MENIPO.

Vengo, atrás dejando antros de muertos
y puertas de tinieblas,
donde lejos de dioses mora Hades [3].

AMIGO. — Por Heracles, ¿es que moriste y no nos hemos dado cuenta y, después, has vuelto de nuevo a la vida?

MENIPO. — No, puesto que Hades me acogió, cuando aún estaba vivo.

AMIGO. — ¿Y cuál es el motivo de esta extraña y novedosa visita?

MENIPO.

El afán de cosas nuevas y más audacia que mente me
[empujaron [4].

AMIGO. — Deja de hablar como en las tragedias y dime lisa y llanamente, apeándote del verso yámbico, ¿qué significa ese vestido? ¿Qué necesidad tenías de pasar abajo? Pues el camino no es agradable ni atractivo.

---

[2] Ya se ha aludido repetidas veces al significado del término «cínico», como derivado de la palabra griega *kýōn kynós*, que significa «perro».

[3] Nuevamente EURÍPIDES, ahora al comienzo de su *Hécuba*, vv. 1-2, en boca del espectro de Polidoro.

[4] Fragmento de EURÍPIDES (cf. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, p. 663).

MENIPO.

Oh amigo, tuve que bajar al Hades
a consultar con el alma del tebano Tiresias [5].

AMIGO. — Oye, tú, ¿qué pasa? ¿Me estás tomando el pelo? Porque, si no, no estarías hablando en verso a personas que somos amigos tuyos.

MENIPO. — No te extrañe, compañero. Como hace un instante acabo de estar en compañía de Eurípides y Homero, no sé cómo, me he visto lleno de sus poemas y de forma espontánea me vienen los versos a la boca. Pero 2
dime... ¿cómo andan las cosas de la tierra y qué hacen los que viven en la ciudad?

AMIGO. — Nada nuevo; lo de antes; roban, transgreden juramentos, practican la usura, sopesan los óbolos.

MENIPO. — Pobres son y desdichados. No saben qué medidas acaban de aprobarse entre los de ahí abajo, y qué tipo de decretos acaban de votarse contra los ricos, disposiciones, por Cerbero, que no hay forma humana de eludir.

AMIGO. — ¿Qué dices? ¿Qué los de abajo han adoptado alguna resolución concerniente a los de aquí?

MENIPO. — Sí, por Zeus, y muchas, pero no es lícito contárselas a todos, ni desvelar los sagrados misterios no sea que alguien nos denuncie ante Radamantis por un delito de impiedad.

AMIGO. — De ninguna manera, Menipo, por Zeus, no sea que por hablar aborrezcas a un amigo. Se lo dirás a quien sabe guardar un secreto y tendrá la boca cerrada como un iniciado en los misterios [6].

---

[5] Palabras de Ulises en *Odisea* XI 164; nótese que la «madre de Ulises» ha sido cambiada por el «amigo» con quien dialoga Menipo.

[6] Alusión a los misterios eleusinos en los que los *mýstai* o «iniciados» tenían prohibición expresa de contar lo que habían visto o lo que habían hecho.

MENIPO. — Me ordenas una orden difícil de ejecutar y no del todo religiosa. Pero, en fin, tratándose de ti, no queda otro remedio que arriesgarse. Han decretado que los ricos y los acaudalados que, como a Danae, guardan en una caja el oro...

AMIGO. — ¡Hombre! No digas lo que se ha decretado antes de explicarme lo que más ganas tengo de oír, a saber, cuál fue tu intención al cubrir el trayecto de bajada, quién era el guía del viaje y, sobre todo, lo que viste, lo que oíste en sus dominios. Es evidente que tú, que eres un hombre de buen gusto, no te dejas en el tintero nada de lo que has visto u oído que merezca la pena.

3 MENIPO. — En fin, no hay más cáscaras que asumir ese compromiso por ti. ¿Qué no es capaz de hacer uno cuando le obliga un amigo? En fin, primero voy a explicarte lo referente a mi actitud mental, esto es, de dónde me vinieron las enormes ganas de realizar el descenso. Yo, en mi infancia, al oír de Homero y Hesíodo que narraban guerras y sublevaciones no sólo de semidioses, sino incluso de los propios dioses y, además, sus adulterios, situaciones violentas, violaciones, procesos, destronamiento de padres y bodas de hermanos, pensaba que todo aquello era hermoso y me impresionaba no poco por ello. Cuando empecé a ser adulto, oía una y otra vez leyes que obligan a hacer lo contrario de lo que decían los poetas, que no había que cometer adulterio, ni que sublevarse ni que raptar. Quedé sumido, pues, en profunda duda sin saber a qué atenerme. Pensaba yo que los dioses nunca habrían cometido adulterio ni se habrían rebelado unos contra otros, a no ser que supieran que era bueno lo que estaban haciendo; y que los legisladores no exhortarían a hacer lo contrario, salvo que abrigaran la sospecha de obtener de ello algún tipo de ventaja.

Puesto que estaba sumido en un dilema, me pareció 4
oportuno echarme en brazos de los llamados filósofos ésos y pedirles que hicieran de mí lo que quisieran y que me enseñaran cuál era el camino recto y seguro en la vida. Con esas intenciones me acerqué a ellos, pasando a la fuerza sin darme cuenta, como se suele decir, del humo al fuego. Fijándome encontré entre ellos, sobre todo, la ignorancia y la incapacidad en grado mayor todavía, de modo que rápidamente ellos me pintaron de oro la vida ésa de los hombres de a pie.

Como es natural, el uno me incitaba a disfrutar de la vida en todas sus facetas y a dedicarme sólo al placer y nada más; que en eso consistía la felicidad. El otro, al revés, a sufrir, a padecer y a hacer pasar al cuerpo penalidades, yendo por ahí desarrapado y sucio, cabreando a todos y metiéndome con otros, sin dejar de recitar aquellos versos de Hesíodo sobre la virtud y el sudor y la subida a lo alto [7]. Un tercero me exhortaba a despreciar las riquezas y a considerar indiferente su adquisición. Un cuarto, al revés, me demostraba que la riqueza es algo bueno. Y... ¿qué decir respecto del universo? Me mareaba oyéndoles hablar de imágenes, incorporeidades, átomos, vacíos y toda una retahíla de palabrejas por el estilo. Y lo más absurdo de todo: que cada uno de esos tipos, hablando con vehemencia sobre temas totalmente opuestos, aportaba argumentos capaces de derrotar al adversario y convincentes hasta el punto de no poder replicar. Y es que yo estaba convencido, y eso sabiendo positivamente que una cosa no podía ser fría y caliente a la vez. A mí me sucedía, pura y simplemente, algo parecido a lo de los que dormi-

[7] Los versos a los que alude Menipo son los que escribió Hesíodo, *Trabajos y Días* 287 y ss.

tan; unas veces asentía y otras disentía subiendo o bajando la cabeza.

5 Pero, con mucho, lo más inexplicable de ellos era lo siguiente: fijándome con atención descubrí que esos mismos individuos observaban un comportamiento radicalmente opuesto al que predicaban en sus discursos. Quienes exhortaban a despreciar las riquezas veía yo que se aferraban a ellas, que discutían por los intereses, que educaban niños por un sueldo y que, por las riquezas, eran capaces de soportar cualquier humillación; a quienes rechazaban la fama los vi encaminar todas sus palabras y obras al único objetivo de conseguirla, y a casi todos los que ponían al placer en la picota, acomodarse a él y sólo a él.

6 Frustrado, sentía yo aún mayor desilusión, consolándome a mí mismo con el argumento de que «en medio de muchos sabios que son aclamados con fuerza por su inteligencia, yo, un ignorante, voy dando tumbos porque desconozco todavía la verdad». Por todo ello no podía conciliar el sueño; así que me pareció oportuno ir a Babilonia y solicitar los servicios de alguno de los magos discípulos y sucesores de Zoroastro. Oía que, con conjuros y rituales misteriosos, podían abrir las puertas del Hades y conducir abajo a quien quisieran sin ningún problema y, después, volverlo a enviar para arriba otra vez. Pensaba yo que lo mejor era gestionar cerca de alguno de éstos la bajada, ir a ver a Tiresias el beocio y aprender de su boca —pues no en vano es un sabio y un adivino— cuál es la mejor clase de vida y por la que optaría cualquiera que tenga un criterio sensato. Y así, de un salto, a la rapidez que me fue posible, me dirigí a Babilonia. Al llegar, me encuentro a un hombre de los caldeos, culto y con una artes milagrosas, con la cabellera gris, con una barba muy venerable; se llamaba Mitrobarzanes. Tras mucho rogarle y su-

plicarle, a duras penas pude obtener de él que, al precio 7 que él fijara, me guiara en mi camino. Este hombre, durante veintinueve días, con la luna nueva, llevándome abajo muy de mañana a orillas del Eufrates, se dedicaba a lavarme, al salir el sol, al tiempo que recitaba una larga retahíla que no pude entender con claridad; al igual que los heraldos incompetentes en cualquier tipo de competición, soltaba de carrerilla unas palabras ininteligibles; parecía invocar a sagrados espíritus. Después del conjuro, escupiéndome tres veces a la cara, regresaba sin mirar a nadie de los que le salían al paso. Nuestro alimento eran las frutas, nuestra bebida leche mezclada con miel y agua del Coaspo, y nuestro lecho el raso sobre mullido césped.

Cuando ya había hecho el suficiente régimen preparatorio, conduciéndome, al filo de la media noche, a orillas del río Tigris, me limpió, me frotó y me purificó de pies a cabeza con una antorcha y unos tipos de algas marinas y otras cosas más, al tiempo que musitaba el conjuro en cuestión. Entonces me trasformó por completo en un mago y, dando vueltas a mi alrededor para que no me hicieran daño las visiones, me lleva de nuevo arriba, a casa, como estaba, regresando a pie; a partir de entonces estábamos preparados para la travesía. Así, me puse un vestido 8 muy parecido al típico persa, me equipé con todo lo que me había traído, un sombrero de fieltro, la piel de león, y además la lira, y me ordenó, si alguien me preguntaba el nombre, no decir «Menipo», sino Heracles o Ulises u Orfeo.

Amigo. — ¿Con qué intención, Menipo? No comprendo la razón ni del atuendo ni de los nombres.

Menipo. — Pues está muy claro y no hay ningún misterio en ello. Dado que esos personajes anteriores a nosotros habían descendido vivos a las mansiones de Hades,

pensaba él que, si conseguía darme un aspecto igual al de ellos, fácilmente podría burlar la vigilancia de Éaco y, sin traba alguna, pasar inadvertido como lo más normal, camuflado con aspecto de poeta trágico por mi atuendo.
9 Ya alboreaba y, descendiendo a orillas del río, nos dedicamos a preparar la marcha. Además de una barca se cuidó de hacer buen acopio de víctimas para el sacrificio, de leche mezclada con miel y de todo cuanto se precisa para el ritual del sacrificio. Metimos todo lo que habíamos preparado y al igual que el poema...

Afligidos marchamos, derramando espeso llanto [8].

Primero nos dejamos llevar por la corriente en el río, y después navegamos bosque adentro rumbo a la laguna en cuya desembocadura desaparece el Eufrates. Atravesando hasta el otro lado, llegamos a un paraje solitario, boscoso y sin sol; desembarcamos en él —Mitrobarzanes iba de guía—, cavamos un hoyo, degollamos las ovejas y esparcimos su sangre en derredor. Entretanto, el mago, con una antorcha encendida y con voz ya no suave sino de gran intensidad, gritando hasta el límite de sus fuerzas, invocaba a voces a todos los espíritus, Tormentos y Erinis...

y a la nochera Hécate y a la terrible Perséfone [9],

entremezclando palabras extrañas e ininteligibles de vacías sílabas.

Todo aquello experimentaba bruscas sacudidas y el suelo poco a poco al conjuro se resquebrajaba y, a lo lejos, se
10 dejaba oír un ladrido de Cerbero; el paraje ofrecía un aspecto siniestro y sombrío.

Bajo tierra sintió miedo Hades, caudillo de difuntos [10].

---

[8] *Od.* XI 5; otra cita más del canto XI, la llamada *Nékyia*.

[9] *Il.* IX 457.

[10] *Ibid.*, XX 61.

Ya se iba distinguiendo cada lugar con claridad; la laguna, el Piriflegetonte y los reinos de Plutón. Descendiendo por la grieta, encontramos a Radamantis, que por poco si se muere de miedo. Cerbero dio un ladrido y se movió, pero, al tocar yo la lira y oír el canto, se amansó instantáneamente. Una vez que llegamos a las inmediaciones de la laguna, por poco no conseguimos que nos pasaran al otro lado. La barca estaba ya hasta los topes, llena de gemidos y todos navegaban con algún tipo de lesión: el uno en una pierna, el otro en la cabeza, el otro estaba hecho polvo en otra parte de su cuerpo; comparecían allí procedentes, creo yo, de alguna guerra. No obstante, el excelente Caronte, cuando vio la piel de león, creyéndose que yo era Heracles, nos acogió en la barca, gustoso nos pasó a la otra orilla y nos indicó, claramente, el sendero que debía-
mos tomar al desembarcar. Dado que nos encontramos en 11
las tinieblas, Mitrobarzanes iba delante, y yo le seguía, hasta que llegamos a un prado enorme cuajado de asfódelos, donde las sombras de los muertos chirriantes revoloteaban a nuestro alrededor. Avanzamos paso a paso y nos detuvimos en las cercanías del tribunal de Minos. Casualmente se encontraba sentado en un trono elevado, flanqueado por los Tormentos, las Erinis y las Venganzas. De uno y otro lado le iban trayendo a su presencia remesas de gentes unos tras otros, encadenados a una gruesa maroma. Decían que eran recaudadores de impuestos, adúlteros, chulos de putas, aduladores, sicofantas y una caterva de gentes de esta ralea, de los que todo lo embarullan en la vida.

Aparte, los hombres de dinero y prestamistas se acercaban pálidos, barrigudos y achacosos de gota, oprimido cada uno de ellos por una gruesa cadena al cuello y una pesada bola [11].

[11] El texto dice *kóraka ditálanton,* algo así como un pesado gancho.

De pie, allí mismo, íbamos viendo lo que sucedía y oyendo lo que decían en su defensa; los acusaban unos oradores novedosos y extraños.

Amigo. — ¿Quiénes eran, por Zeus? Dímelo volando.

Menipo. — ¿Conoces las siluetas que se recortan al sol procedentes de nuestros cuerpos?

Amigo. — Sí.

Menipo. — Después de morir, ésas son las que nos acusan, ratifican y refutan lo que cada uno de nosotros ha hecho a lo largo de su vida; algunas parecen, sin duda, dignas de todo crédito, pues están siempre unidas a ellos y nunca se separan de los cuerpos.

12 Minos, examinando escrupulosamente caso por caso, iba enviando a cada uno al lugar de los impíos, a pagar sus culpas, en proporción a las fechorías cometidas; y dedicaba mayor atención a las de aquellos que se habían visto ofuscados por la riqueza y los cargos públicos, y que, por así decir, casi esperaban a que se arrodillara ante ellos; asqueado estaba ante su fanfarronería efímera y su arrogancia, sobre todo porque no se habían acordado de que eran mortales y habían fiado su suerte a bienes mortales. Ellos, al ser despojados de todas esas cosas tan notables, me refiero a las riquezas, el linaje y las prebendas, habían comparecido desnudos con la cabeza agachada como si estuvieran repasando, en un sueño, la felicidad de que gozaron entre nosotros. De modo que yo, al ver todo aquello sentía un gran regocijo, y si podía reconocer entre ellos a alguno, me acercaba a él y, despacito, le refrescaba la memoria haciéndole ver qué importante era durante su vida y qué ínfulas se daba entonces, cuando muchos desde el amanecer se agolpaban a sus puertas esperando a que saliera, empujándose y bloqueados por los criados, y él, dejándose a duras penas ver con vestido de púrpura o sus

bordados en oro o sus profusos adornos, creía que quienes se acercaban a hablarle se considerarían felices y dichosos si extendiéndoselos les diera a besar el pecho o la mano diestra. Al oírme, estos tipos se enfadaban.

Minos concedió la gracia del perdón tan sólo en un 13
proceso. A Dionisio de Sicilia, que había sido acusado por Dión de haber cometido muchos actos terribles y sacrílegos, acusaciones que habían sido ratificadas por la sombra, Aristipo de Cirene, acercándose a él —le tienen en gran honra y goza de mucha influencia en el mundo subterráneo—, cuando ya casi estaba a punto de ser encadenado a la Quimera, lo absolvió de la acusación diciendo que él había resultado ser positivo para muchos de los hombres cultos por cuestión del dinero.

Retirándonos del tribunal, llegamos al lugar de los tor- 14
mentos. Allí, amigo, había muchas situaciones cuya contemplación o relato moverían a compasión. Se escuchaba el chasquido de los azotes, el lamento de quienes eran consumidos en la pira; había aparatos para estirar y retorcer los miembros y ruedas de tormentos. Y la Quimera desgarraba sus muslos y Cerbero los iba devorando a mordiscos. Recibían castigos todos a la vez, reyes, esclavos, sátrapas, pobres, ricos, mendigos, y buen arrepentimiento sentían todos por los excesos que habían cometido. Al verlos, reconocimos a algunos de ellos, a los que habían muerto recientemente. Ellos se tapaban el rostro y volvían la cara, y si nos dirigían la vista, lo hacían de un modo servil y lisonjero. ¿Qué grado de arrogancia crees que tendrían en vida para tener que soportar esa serie de humillaciones? A los pobres se le concedía remisión de la mitad de sus males y, dejándoseles tomar un cierto descanso, volvían a recibir su castigo. También vi lo que se cuenta en los mitos, a Ixión, a Sísifo y al frigio Tántalo; lo pasaban

francamente mal; y al hijo de la tierra, a Titión, ¡qué enorme, por Heracles, estaba tendido y ocupaba un campo entero!

15 Pasando por medio de ellos, llegamos a la llanura Aquerusia, y encontramos allí a los semidioses y a las heroínas y a otros grupos de cadáveres clasificados por naciones y tribus; a unos, ya añejos y enmohecidos y, como dice Homero, «inconsistentes»; a otros, aún frescos y compactos, en especial a los egipcios, debido a la larga conservación que les proporciona la momificación. No era fácil reconocer a cada uno; se parecen todos muchísimo unos a otros con sus huesos desnudos. Solamente y muy a duras penas los reconocíamos, tras haberlos mirado y requetemirado una y otra vez. Yacían allí hacinados unos sobre otros, confundidos, sin ninguna señal de identificación, y no conservaban ninguna de las bellezas que tenían cuando estaban entre nosotros. Sin lugar a dudas, entre tantos esqueletos que yacían en el mismo sitio, que lanzaban una mirada por igual terrible y hueca, que mostraban sus dientes descarnados, me resultaba imposible distinguir a Tersites del bello Nireo, o al mendigo Iro del rey de los feacios, o al cocinero Pirrias de Agamenón. Ninguno de los rasgos que los distinguían en vida prevalecían en ellos; antes bien sus huesos eran parecidos, imposibles de distinguir, sin inscripción alguna, imposibles de ser reconocidos por
16 nadie. A la vista de todo esto, la vida de los hombres se me antojó una larga procesión [12]. El Destino organiza y dispone cada circunstancia, adjudicándoles a los miembros de la procesión atuendos diferentes y variados. A uno lo toma y, si es su sino, lo reviste con aspecto de rey colocán-

[12] Lo que Menipo llama un «cortejo» o procesión se amplía, más adelante, hasta componer el tópico del «gran teatro del mundo» al que hemos aludido en la introducción.

dole una tiara sobre la cabeza; entregándole escuderos, corona su cabeza con la diadema; mientras a otro le pone atuendo de criado. A uno le hace ser guapo y lo adorna, y a otro ser feo y le proporciona un aspecto ridículo. Y, creo yo, conviene que el espectáculo resulte variado. Muchas veces, en medio de la procesión, cambia los atuendos de algunos sin dejar que lleguen al final del modo que primitivamente se les ordenó, sino que, dando un giro de ciento ochenta grados, a Creso, por ejemplo, le obligó a tomar el atuendo de criado y de prisionero, y a Meandrio, que durante un tiempo formaba en la procesión con el grupo de los criados, le hizo ocupar el trono del tirano Polícrates. Y, por cierto tiempo, les permite usar su atuendo.

Cuando se ha acabado el tiempo de la procesión, entonces cada uno devuelve su atuendo y, despojándose de la vestimenta que acompañaba su cuerpo, se queda como estaba antes de nacer, sin diferenciarse del vecino. Algunos, por ignorancia, se molestan y se enfadan, cuando el Destino reclama el atavío, como si se vieran privados de algo suyo propio, cuando no hacen sino devolver algo que se les prestó por un corto espacio de tiempo. Creo que, en muchas ocasiones, has visto sobre la «tramoya» del teatro a los actores que representan tragedias. Por exigencias del guión, ahora son «Creontes», después se convierten en «Príamos» o «Agamenones». Y el uno, si le toca hacerlo así, primero tiene que representar con mucha solemnidad el papel de Cécrope o de Erecteo, y al poco rato, si se lo ordena el autor, viene a dar en un criado. Cuando la obra ha alcanzado ya su final, cada uno de ellos, despojándose del vestido con bordados de oro, quitándose la máscara y bajando de los zancos, va por ahí dando tumbos pobre y humilde, ya no Agamenón, el hijo de Atreo, ni Creonte, hijo de Meneceo, sino que se llama Polo, hijo

de Caricles de Sunio, o Sátiro, hijo de Teogitón, de Maratón [13]. Así son las cosas de los hombres o, al menos, esa opinión me forjé al verlos entonces.

17 Amigo. — Dime, Menipo, ¿los que tienen esas sepulturas tan caras y lujosas sobre la tierra y lápidas y efigies e inscripciones, no gozan entre ellos de más honra que los muertos de a pie?

Menipo. — No digas tonterías. Si vieras al mismísimo Mausolo —al cario me refiero, al que es famosísimo por su monumento funerario precisamente—, estoy seguro de que no dejarías de reírte; allí está, humilde él, donde lo precipitaron, sin llamar la atención entre el restante montón de cadáveres; y a mi entender, para esto es para lo que le ha servido tan enorme monumento: para verse oprimido por un dolor tan pesado como el monumento mismo. Una vez, amigo, que Éaco le ha asignado el espacio a cada uno —el mayor que da es no superior a un pie—, no hay más cáscaras que echarse allí de buen grado acomodándose a las dimensiones. Pero creo que aún te reirías mucho más, si hubieras visto a quienes entre nosotros son reyes y sátrapas, mendigando allí y vendiendo productos para embalsamar momias, por no tener recursos, o enseñando las primeras letras, y humillados por el primero que les sale al paso y golpeados en la mejilla, en situaciones como las más deshonrosas de los esclavos. Yo, al menos, al contemplar a Filipo de Macedonia, no me podía contener. Se me dio a ver en un rincón poniendo tasa a unas sandalias raídas. Era posible ver a otros muchos reclamando su parte en las encrucijadas; me refiero a los «Jerjes», «Darío» y «Polícrates».

---

[13] Luciano nos da la filiación completa de dos famosos actores del teatro griego, Polo y Sátiro.

AMIGO. — Insólito lo que has contado respecto de los reyes y, hasta cierto punto, difícil de creer. Pero... ¿qué hacía Sócrates o Diógenes, o cualquier otro de los filósofos? 18

MENIPO. — Sócrates anda por allí también dando vueltas poniendo a todos en la picota. Están con él Palamedes y Ulises y Néstor y cualquier otro cadáver charlatán. De resultas de haber bebido el veneno aún tenía las piernas más gordas de lo normal e hinchadas. El excelso Diógenes habita al lado de Sardanápalo, el asirio, y Midas, el frigio, y otros más de entre los ricos. Al oírlos gemir y repasar su destino de antaño se ríe y se divierte. Y, muchas veces, tumbado boca arriba grita al aire sus gemidos con voz aguda y chillona, hasta el punto de cabrearlos y obligarlos a cambiar de domicilio porque no soportan que Diógenes les tome el pelo.

AMIGO. — Bueno, ya es suficiente, ¿cuál era el decreto que decías al principio se había hecho y dado a conocer públicamente contra los ricos? 19

MENIPO. — Has hecho bien en recordármelo. Empezando a hablar acerca de él, no sé como me he ido por las ramas. Mientras yo estaba entre ellos, los prítanes propusieron la celebración de una asamblea para tratar asuntos de interés general. Viendo que muchos acudían, me mezclé con los muertos y era yo uno más de los asistentes a la asamblea. Primero se trataron una serie de temas, y ya, por fin, lo referente a los ricos. Se les formularon muchas y duras acusaciones: actos de violencia, actos de fanfarronería, actitudes despectivas, atropellos de la justicia. Por fin, uno de los cabecillas levantándose leyó el siguiente decreto:

Puesto que los ricos cometen muchas acciones al margen de la ley a lo largo de su vida, llevando a cabo saqueos, actos de violencia y humillaciones cons- 20

tantes a los pobres por todos los procedimientos, ha parecido oportuno al Consejo y al pueblo que, una vez muertos, sus cuerpos reciban castigo igual que el de los demás criminales, y que sus almas, enviadas de nuevo a la vida, se encarnen en los burros, hasta que vivan en tal situación doscientos cincuenta mil años, naciendo burros de burros, llevando pesadas cargas, y arreados por los pobres, después y a partir de entonces se les permitirá morir.

Pronunció el acuerdo Cadaverón hijo de Esqueletión Cadaverio de la tribu de Mojamín [14].

Leído así el decreto, las autoridades lo sometieron a votación, la multitud lo aprobó a mano alzada, y Brimo lo aprobó a berridos, y Cerbero ladró. Así quedan sellados y adquieren rango los acuerdos que se toman.

21 Eso que te he contado sucedió en la asamblea. Yo volví al objetivo que me había llevado allí: ver a Tiresias. Acercándome le suplicaba que, tras explicarme todo, me indicara cuál pensaba que era la mejor clase de vida. Él, echándose a reír —es ciego, anciano, pálido y de voz débil—, va y me dice:

«—Hijo mío, conozco la razón del dilema en que te encuentras; deriva de los filósofos, pues resulta que no tienen la misma opinión sobre las mismas cosas. Pero no es lícito decírtelo; me lo tiene prohibido Radamantis.

»—De ninguna manera, padrecito, repliqué yo; habla, y no me hagas dar más vueltas yendo por la vida más ciego que tú.»

Él, apartándome y conduciéndome lejos de los demás, acercándoseme al oído me dice en voz baja: «La vida más

[14] He querido recoger el divertido juego que ha hecho Luciano con los términos griegos.

excelente y más sensata es la de los hombres de a pie. Dejándote de conversaciones rimbombantes y de examinar los confines de la tierra, despreciando los silogismos esos de los sabios y pensando que todo eso es pura palabrería, te afanarás en conseguir llana y simplemente el siguiente objetivo: dedicarte a vivir de buena forma el presente riéndote de la mayoría de las cosas y sin tomar nada en serio.»

Diciendo así, desapareció por el prado de asfódelos [15].

Y yo —ya era tarde— «¡vamos, dije, Mitrobarzanes! 22
¿A qué esperamos? ¿Por qué no volvemos de nuevo a la vida?» Él replicó: «¡Ánimo, Menipo! Te voy a enseñar un atajo rápido y sin problemas.» Y, llevándome a un paraje más sombrío que el otro, indicándome con la mano a lo lejos una luz que se metía débil y tenue como si pasara a través de una cerradura, me dijo: «Aquello es el templo de Trofonio, y por allí bajan los que vienen de Beocia. Sube por ahí y al instante estarás sobre la faz de Grecia.»

Contento con sus palabras, me despedí del mago y tras gatear con dificultad por aquella hendidura, como quien no quiere la cosa, voy y me planto en Levadea.

---

[15] *Od.* XI 539.

39

LUCIO O EL ASNO

Nos encontramos ante un trabajo singular. Incluido dentro de las obras de Luciano aparece un escrito que da la impresión de alejarse del estilo propio de nuestro autor. Un hombre se transforma en burro y vive una vida física de burro, al tiempo que una vida psíquica o mental de persona humana. El burro tiene nombres y apellidos, Lucio de Patras, lo que ha dado origen a múltiples conjeturas. Mientras que las restantes obras de Luciano son «únicas», por así decir, en el caso de *Lucio o El asno* resulta, de todo punto, obligado referirse al conocido libro de Apuleyo, *Metamorfosis* o *El asno de oro*. El parecido es tan asombroso, que indudablemente hay que pensar en una relación directa entre los dos relatos. Obviamente, eso plantea toda una serie de problemas, que los filólogos han abordado siguiendo el testimonio de Focio (*Bibl.* cod. 129, Migne), el primero que se planteó el problema con una cierta profundidad. Desde entonces, se han sucedido artículos y comentarios al respecto, que se orientan en tres líneas fundamentales:

a) Luciano ha compuesto este tema, y Apuleyo lo ha copiado, después, ampliándolo.
b) Apuleyo ha sido el creador de esta divertida historia, y Luciano la ha resumido copiándola, después, tras quitarle pasajes que no le parecían interesantes.

c) Tanto Apuleyo como Luciano han tenido un modelo ante sus ojos, que han copiado adaptándolo a sus propias conveniencias y a su propio gusto. Y no falta quien hace de Lucio de Patras el autor del escrito original. Apuleyo y Luciano habrían tomado los datos por separado y habrían escrito, después, sus trabajos respectivos.

Al margen de que la polémica siga abierta nuestro punto de vista es que difícilmente Luciano ha podido copiar a Apuleyo, pues el escritor latino nos dice sin ambages: «Fabulam Graecanicam incipimus», consciente de que el tema estaba ya en algún escrito de la literatura griega. Las ampliaciones de Apuleyo son obviamente numerosas, pero no hay que perder de vista la gran extensión que ocupa el cuento de «Cupido y Psique» así como otros relatos en boca de otros personajes del cuento. Quiero decir que el procedimiento para ampliar el libro está bastante carente de originalidad y exento de dificultades.

El problema, pienso yo, no es tanto si Luciano ha copiado a Apuleyo, o viceversa, cuanto si lo que tenemos ante nuestros ojos es, realmente, obra de Luciano. La traducción del texto resulta fácil y sin llegar a chocar con las obras que aparecen en el volumen, sí resulta cuando menos diferente.

¿Qué sentido tiene que Luciano escriba *El asno*? ¿Por qué y para qué? ¿Necesita tomar un tema que, al parecer, estaba en la literatura popular, para criticar o satirizar las prácticas de magia y hechicería corrientes en su época? Ciertamente, Luciano es una caja de sorpresas, pero si se compara su finura, su agudeza y su ingenio a la hora de tratar esos temas, veremos que *El asno* es un escrito, como se dice ahora, *light*.

Todo es posible en nuestro autor, pero realmente, en medio de todos los diálogos y ensayos que conforman este volumen, *El asno* parece un divertimento, un pequeño pasatiempo. Me inclino a pensar, pues, que esta obra no lleva el sello de Luciano, con las reservas propias del caso.

1 En cierta ocasión iba yo camino de Tesalia; tenía yo allí heredado de mis padres un «símbolo de hospitalidad» en casa de un hombre del lugar [1]. Un caballo me transportó a mí y mi equipaje, al tiempo que un criado me acompañaba. Iba recorriendo yo el itinerario previsto. Y, sin comerlo ni beberlo, me topé con unos tipos que se dirigían a Hipata, ciudad de Tesalia, gentes que eran de allí. Compartimos la sal [2], y recorriendo así aquel duro camino, estábamos ya cerca de la ciudad. Pregunté a los tesalios si conocían a un hombre que vivía en los arrabales de Hipata, llamado Hiparco, pues le traía yo una carta de mi casa para alojarme en la suya. Iban respondiendo que conocían al Hiparco al que yo aludía. Me explicaban en qué parte de la ciudad vivía, que tenía una fortuna considerable y que, a sus expensas, vivían una sola criada y su esposa. Se trata, decían, de un hombre tremendamente avaro. Habíamos llegado ya a los arrabales de la ciudad; había un jardín y dentro una casa apañadita en donde vivía Hiparco.

2 Ellos me abrazaron despidiéndose y, al tiempo que se marchaban, yo, acercándome, llamé a la puerta y, a regañadientes y despaciosamente, me respondió una mujer que ya por fin salió a abrir.

Le pregunté si estaba dentro Hiparco.

—Sí, está dentro. ¿Quién eres, o qué deseas que le anuncie?

—Le traigo una carta de parte de Decriano, el sofista de Patras.

—Espérame ahí —dijo, y volvió a entrar, al tiempo que cerraba la puerta.

---

[1] El «símbolo de hospitalidad», difícil de describir con palabras, es una especie de contraseña de identidad entre dos familias que permite identificar a los huéspedes.

[2] Parece sinónimo de nuestro «compartir el pan».

Al cabo de un rato, volviendo a salir, nos invitó a pasar dentro. Yo, tras entrar en la casa, saludé a Hiparco, al tiempo que le hice personalmente entrega de la carta. Casualmente estaba empezando a cenar y se hallaba reclinado sobre una tumbona estrecha; su esposa estaba sentada cerca, y al lado había una mesa vacía. Hiparco, una vez que leyó la carta, dijo: «El más querido para mí y el más destacado de los griegos, Decriano, se encuentra bien y, en un alarde de valor, envía a mi casa a sus compañeros [3]. Ya ves mi casita, Lucio, es pequeña, pero acoge generosamente a quien vive en ella. Si vives con resignación, la engrandecerás.» Al mismo tiempo, llamó a la muchacha y le dijo: «Palestra, dale al amigo cama y vete cogiendo su equipaje, si es que trae algo, y mándalo al baño; que ha hecho un viaje no precisamente cómodo.»

Dada la orden, la muchachita en cuestión, la tal Pales- 3
tra me llevó y me enseñó una habitación preciosa. «Tú, dijo, acuéstate en esa cama; a tu criado le pondré a tu lado un taburete y encima una almohada.»

Así habló y nosotros, al tiempo que nos dirigíamos a lavarnos, le dimos dinero para la cebada del caballo. Ella iba cogiendo el equipaje metiéndolo y dejándolo dentro. Nosotros, ya lavados, volvimos dentro y comparecimos enseguida. Hiparco, saludándome con agrado, me invitaba a compartir la mesa a su lado; la comida desde luego era muy frugal; el vino, de buen paladar y añejo. Una vez que hubimos terminado la comida, era momento de bebida y charla como suele hacerse en un banquete con huésped, con lo que pasamos la velada aquella tomando copas y nos acostamos.

---

[3] Hay quien ha querido ver en la frase una cierta ironía; es tan avaro y tacaño que quien envía huéspedes a su casa ¡ha tenido que armarse previamente de valor!

A la mañana siguiente, Hiparco me preguntó cuál sería mi itinerario y si me quedaría muchos días allí. «Voy, le dije, camino de Larisa, y tengo idea de pasar aquí tres o cinco días.»

4 Pero eso era un pretexto. Lo que yo anhelaba con todas mis ganas, quedándome allí, era encontrar a una de esas mujeres expertas en temas de magia y contemplar algún experimento extraordinario; por ejemplo, ver a un ser humano volando o convertido en piedra. Y, con unas ganas locas de ver ese espectáculo, deambulaba yo por la ciudad, sin saber por dónde iniciar las pesquisas; pese a todo, yo iba dando vueltas de un lado para otro. Entonces veo a una mujer, aún joven y de buena posición, al menos por lo que se podía deducir desde la calle: mantos floridos, esclavos apiñados junto a ella y oro en cantidad. Cuando estoy ya muy cerca de ella, la mujer me dirige la palabra; yo le respondo. Me dice:

—Yo soy Abroea, si quieres oír a una amiga de tu madre, y a vosotros, sus hijos, os quiero como si fuerais míos. ¿Por qué no vienes a alojarte a mi casa, hijo?

—Muchas gracias —repliqué—, pero me parece mal marcharme de casa de este hombre a quien no tengo absolutamente nada que reprochar. No obstante, en mi fuero interno, querida mujer, estoy hospedado en tu casa.

—¿Dónde te alojas, hijo?

—En casa de Hiparco.

—¿Del avaro?

—En modo alguno, madre, digas eso, repliqué yo. Conmigo ha sido generoso y ostentoso, hasta el punto de que podría acusarle de lujo excesivo.

Va y me dice:

—Ojo con la mujer de Hiparco con todos sus artilugios. Es una hechicera terrible y lujuriosa y va echando

el ojo a todos los jóvenes. Y de quien no le hace caso se venga con sus artimañas; ha metamorfoseado a muchos en animales, mientras a otros ha terminado por hacerlos perecer. Tú, hijo, aún eres joven y guapo como para gustarle a esa mujer, y extranjero, cosa nada desdeñable.

Yo, al enterarme de que tenía justamente en aquella 5
casa lo que desde hacía tanto andaba buscando, dejé de prestarle atención. Cuando me desembaracé de ella, iba yo a casa hablando conmigo mismo en el camino lo siguiente: «Vamos; tú, que no paras de decir que estás ansioso por contemplar ese insólito espectáculo, despiértateme y descubre una ingeniosa treta con la que puedas tener lo que deseas. Pégate a la criada, a Palestra, desnúdate y meneándote sobre ella, moviéndote y entrelazándote con ella, estáte seguro de que pronto lo sabrás, pues los esclavos conocen lo bueno y lo malo; guarda las distancias con la esposa de tu anfitrión y amigo.»

Mientras así hablaba conmigo mismo, llegué a casa. No encontré dentro a Hiparco ni a su mujer. Palestra estaba sentada al lado de la lumbre preparándonos la comida. En cuanto entré, la cogí y le dije:

—Hermosa Palestra, ¡con qué gracia contoneas el tra- 6
sero al compás de la cacerola; se nos están «moviendo húmedamente los riñones»; feliz el que pudiera meterse ahí dentro!

La muchacha, que era muy impulsiva y estaba llena de encantos, replicó:

—Si tuvieras dos dedos de frente, jovencito, y quisieras seguir vivo, te largarías, pues todo está aquí lleno de fuego y grasa. Con sólo tocarte te sentarías a mi lado con una herida de quemadura por fuego, y nadie te curaría ni siquiera un dios médico, a no ser la que te causó la quemadura, yo y sólo yo; y lo más fantástico, yo te haré sentir

deseo de más. Y, aunque te alivies con el tratamiento del dolor, volverás a él una y otra vez y, ni aunque te arrojaran piedras, podrías evitar el dulce dolor. ¿De qué te ríes? Estás mirando a una experta cocinera de seres humanos. No sólo guiso estos insignificantes manjares, sino que eso grande y hermoso, el hombre, sé degollarlo, despellejarlo, trocearlo y, con un gusto especial, le toco las vísceras y el corazón.

—Con razón dices eso, repuse yo. Sin lugar a dudas a mí, sin estar cerca, me has echado encima, por Zeus, no una simple quemadura, sino un abrasamiento total y, a través de mis ojos, precipitando tu fuego invisible que baja hacia mis entrañas, me las estás abrasando, y eso que no te han hecho ninguna ofensa. Así que, por los dioses, cúrame tú con esos cuidados que dices amargos y dulces a un tiempo y, degollado como me tienes ya, coge y peléame [4] como quieras.

Ella soltó una carcajada estruendosa a pleno gusto. A partir de ese momento ya era mía. Se acostaría con nosotros con vistas a, una vez que hubiera dejado acostado a sus amos, meterse en mi habitación y dormir conmigo.

7 Después que llegó Hiparco, nos aseamos y cenábamos; no parábamos de beber mientras charlábamos. Yo, pretextando que tenía sueño, me levanté y, de hecho, me marché a mi habitación. Dentro estaba todo perfectamente preparado. Al mancebo le había preparado la cama fuera, y junto a mi cama había una mesa con bebidas. Sobre ella estaba dispuesto vino y agua fría y caliente; todos los preparati-

---

[4] Hay un juego de palabras intraducible: *palaíō*, en griego, significa «agitar», de ahí «pelear». Aquí el autor utiliza los movimientos de los luchadores en la palestra con una doble intención erótica que a mí, al menos, se me antoja muy clara y que supera en crudeza la que describe Apuleyo a propósito de Fotis y Lucio —aquí Palestra y Lucio—.

vos habían sido obra de Palestra personalmente. Y yo, tras haberme dado un opíparo banquete, aguardaba a mi compañera de festín. Sobre la cama había extendido puñados de rosas, unas sueltas, otras en ramos, otras entretejidas en coronas. Ella, cuando hubo acostado a su señora, 8
vino corriendo a mi lado, y con gran goce compartíamos el vino y las caricias. Cuando hicimos buen acopio de bebida para la noche, me dijo Palestra:

—Conviene que anotes bien en tu memoria, jovencito, que has ido a parar a Palestra, y que debes demostrar ahora si has llegado a ser diestro entre los efebos y has aprendido muchas llaves de lucha entonces. No creas que rehuiría yo la demostración, así que desnúdate y venga, a la palestra [5]. Ofréceme así, dijo ella, una demostración práctica. Yo, según el reglamenteo del profesor y del entrenador, te diré los nombres de los ejercicios que deseo y tú, por tu parte, estáte presto a obedecer y a ejecutar todo lo que se te ordene.

—Dame ya las órdenes que quieras, dije yo, y fíjate de qué forma tan sencilla, relajante y distendida se van a realizar los ejercicios.

Ella, quitándose el vestido, de pie, desnuda totalmente, 9
comenzó a dar las instrucciones.

—¡Muchacho! Quítate la ropa y, dando masaje con un perfume, traba ya a tu contrincante. Agárrala por los dos muslos, y acuéstala boca arriba. Después, enganchándola por debajo por mitad de los muslos y abriéndola bien, balancea y estira las piernas hacia arriba, y déjalas caer; pégate bien; entonces mete, tira y, penetrando, hiere ya hasta que se agote, y que el riñón demuestre su fuerza. Entonces

[5] Nótese ya el doble significado que precede al episodio de la relación entre Lucio y Palestra; obsérvese cómo se va preparando el ambiente.

saca y arrastra por la ingle; empuja otra vez contra la pared, y entonces, dale duro. Cuando veas que está cansada, entonces montándola sigue atándole un buen lazo por la cintura. Procura no tener prisa; resistiendo un poco, corre a la vez que ella; entonces ya la puedes soltar.

Y yo, tras obedecer con facilidad todas sus instrucciones y una vez que nuestros «movimientos de palestra» hubieron llegado al final, le dije a Palestra sonriendo:

—Profesora, ya ves con qué facilidad y docilidad hago los movimientos de la palestra. Mira a ver no sea que los movimientos que me has sugerido no hayan estado bien; puedes encargarme más, unos tras de otros.

Ella, golpeándome en la mejilla, me dijo:

—¡Qué alumno tan insolente! Ten cuidado, no sea que cobres otros golpes aún mayores, y no, precisamente, los que se te ordenan en el transcurso de la pelea.

Tras pronunciar esas palabras, se pone en pie, se arregla un poco y dice:

—Ahora vas a demostrar si eres joven y un luchador vigoroso, y si sabes pelear y hacer lo que hay que hacer de rodillas.

Cayendo sobre la cama de rodillas, dijo: «Tú, luchador de la palestra, ahí me tienes abierta de par en par, así que, sacúdela, afílala bien y profundiza. Ya ves que por aquí está sin doblar; ¡dale por ahí! Primero, como debe ser, trábate, después arqueándote hacia arriba, mete, sigue con ella, pégate bien. Y si se afloja, enderezándola, cámbiala de postura más arriba y, arremetiéndola, arquéate un poco y fíjate no vayas a retirarla antes de que se te ordene; más bien agáchate, sácala y, volviendo a meterla por debajo, prosigue tu acoso y menéate; luego, déjala; ya ha caído y se ha 'soltado' y tu contrincante está empapada de sudor.»

Yo, soltando una gran carcajada, dije:

—Quiero yo también, profesora, encargarte algunos «movimientos de palestra». Tú, hazme caso, levántate y siéntate; dame agua para lavarme las manos, aplica el resto del masaje y arréglate... Y ahora, abrazáme, por Heracles, y acuéstate ya conmigo.

Enfrascados en placeres de ese tipo y juegos de pales- 11
tra, libramos varios combates a lo largo de la noche y nos cubrimos de guirnaldas; había en ello mucha sensualidad. Así que me olvidé por completo del viaje a Larisa. Me vino entonces a la mente aprender aquello por lo que había llegado hasta allí. Voy y le digo:

—Querida, muéstrame a tu señora cuando está haciendo prácticas de brujería o cambiando de forma [6]. Desde hace mucho, ansío contemplar ese fascinante espectáculo. Sobre todo, si tú sabes algo, haz tú alguna práctica de hechicería, de modo que te me aparezcas en distintas versiones [7]. Creo que tú no eres inexperta en estos líos. Y de ello estoy seguro, no porque lo haya aprendido de otro; mi propio fuero interno me lo dice, puesto que con tu arte me has capturado a mí, «el duro», como solían decir las mujeres, que nunca he dirigido miradas tan apasionadas a mujer alguna, y me tienes cautivado tras seducirme con tu guerra erótica [8].

Palestra va y me dice:

—Basta de cachondeo. ¿Qué encanto puede hechizar al amor que es dueño y señor de ese arte? Yo no sé una palabra de todo eso, por tu cabeza y por este lecho de felicidad. Ni siquiera aprendí a leer, y mi señora resulta ser muy celosa de su propio arte. Si se presenta la oportu-

[6] Se refiere al momento exacto de la «metamorfosis».

[7] Por «distintas versiones» entendemos, obviamente, diversas formas.

[8] Confirmación evidente de la innegable intención erótica que se halla expresada en el episodio de los «juegos de palestra».

nidad, intentaré ofrecerte la ocasión de verla en el momento en alguna nueva forma.

12 Así, con esos propósitos, nos dormimos. Al cabo de no muchos días me anunció Palestra que su señora se disponía, tras convertirse en ave, a volar rumbo a su amante. Yo le dije:

Ahora es el momento, Palestra, de que me hagas ese favor con el que puedes poner fin a la avidez de tantos años de este suplicante tuyo.

—Ánimo, dijo.

Cuando anocheció, me coge y me lleva a la puerta de una habitación en la que dormían ellos; me invita a acercarme a una rendija fina y estrecha de la puerta y a observar lo que sucedía dentro. Veo, pues, que la mujer se desnuda. Ya desnuda, acercándose a la lámpara y cogiendo dos terrones de incienso, acerca uno a la antorcha y, puesta en pie, profiere imprecaciones contra la antorcha. Abriendo entonces una caja consistente que tenía en su interior muchas cajitas, selecciona y escoge una. Contenía en su interior algo que no sé qué decir, pero que por su aspecto parecía ser aceite. Tomando algo de la caja se unta toda ella, empezando por las uñas de los pies, y, al punto, empiezan a salirle alas; su nariz se volvió córnea y ganchuda; tenía por el resto de su cuerpo todas las características y las peculiaridades de las aves. No era sino un cuervo nocturno. Cuando se vio a sí misma con alas, soltando un terrible graznido como los cuervos, levantándose, se marchó volando por la ventana.

13 Yo, creyendo estar viendo un sueño, me frotaba las pupilas con los dedos, sin creer lo que mis propios ojos estaban viendo realmente, sin creer que estaban despiertos. Cuando, suave y despaciosamente, me convencí de que no estaba dormido, le pedí entonces a Palestra que me diera

alas a mí también y que, untándome con el ungüento ese, me permitiera volar. Quería yo aprender por experiencia si, al cambiar externamente mi forma humana, tendría también alma de pájaro. Ella, abriendo en secreto la habitación, trae la cajita. Yo, desnudándome a toda prisa, me unto de pies a cabeza, pero ¡pobre de mí!, no me convierto en ave; antes bien me salió un rabo por detrás y todos mis dedos se fueron no sé a donde; en las cuatro extremidades tenía pezuñas, y ellas no eran otra cosa que herraduras; las manos y los pies se me volvieron de mulo, las orejas, anchas, y la cara, grande. Miré a mi alrededor y me veía convertido en burro, y no tenía ya voz de hombre para regañar a Palestra. Estirando el hocico para abajo y mirando de soslayo con las pintas de un burro, la regañaba con todas mis fuerzas, porque, en vez de en pájaro, me había convertido en burro.

Ella, golpeándose la cara con ambas manos decía: 14
«Desgraciada de mí; acabo de cometer un error tremendo.
Por apresurarme me equivoqué ante el parecido de las ca-
jas y cogí otra, no la que proporciona alas. Pero ten valor,
amigo. El remedio es muy fácil; en cuanto comas rosas
sueltas, perderás tu aspecto muladar y recobrarás al aman-
te mío que eres. Pero aguarda una sola noche en forma
de asno, y de madrugada corriendo te traeré rosas y, en
cuanto las comas, hallarás remedio a tus males.» Así ha-
bló, mientras me acariciaba las orejas y el resto de mi piel.
En todos los aspectos yo era un burro, pero en mis en- 15
trañas y mi mente seguía siendo aquel hombre, Lucio, con
excepción de la voz. En mi fuero interno no paraba de
regañar a Palestra por su fallo, apretando el hocico, al
tiempo que me dirigía a donde sabía que estaba mi caballo
y el otro burro «verdadero» de Hiparco. Ellos, al darse
cuenta de que yo entraba allí, temiendo que se les hubiera

añadido uno más para compartir el pienso, agachando las orejas estaban dispuestos a darme una coz en el vientre. Yo, al comprenderlo con claridad, apartándome de la paja, allí plantado, me reía; bueno lo que para mí era risa era un rebuzno. Pensaba yo conmigo mismo lo siguiente: «¡Maldito mi exceso de curiosidad! ¿Qué haré si se presenta aquí un lobo o cualquier otro animal salvaje? Aquí corro peligro yo, que no he hecho nada malo.»

16 Mientras así pensaba, ignoraba la desgracia que se me iba a venir encima. Cuando ya era noche profunda y había un silencio total y todos dormían plácidamente, se produce un estrépito en la pared como si la estuvieran perforando, y, en efecto, la perforaban. Había ya un boquete por donde podía pasar una persona. Al punto apareció por allí un hombre y luego otro; muchos entraron y todos llevaban espadas.

Entonces entraron en las habitaciones, amordazaron a Hiparco, a Palestra y a mi criado, vaciaron sin escrúpulos la casa y se llevaron fuera el dinero, la ropa y el mobiliario. Cuando ya no quedaba nada dentro, cogiendo también al otro burro y el caballo nos pusieron silla y, encima, todo lo que llevaban en las manos nos lo ataron al lomo. Pegándonos con palos nos azuzaban, a nosotros, que llevabamos una gran carga, al tiempo que intentaban escapar hacia el monte por un camino no hollado. No puedo decir lo que sufrían las otras bestias, pero yo, que no estaba acostumbrado a transitar descalzo sobre piedras picudas y llevando una carga tan enorme, creía morir. Con frecuencia tropezaba y no me estaba permitido caer, pues otro, por detrás, me pegaba en las ancas con un palo. Y cuando muchas veces me entraban ganas de clamar: «¡Oh César!», no hacía otra cosa más que relinchar, y el «¡Oh!» lo gritaba con voz potente y bien clara, pero el «¡César!» no ve-

nía inmediatamente detrás. Y, encima, por eso precisamente me pegaban, pues pensaban que los delataba con mi rebuzno. Consciente, pues, de que mis gritos surtían un efecto distinto, aprendí a avanzar en silencio y saqué en limpio, al menos, el que no me pegaran.

En esto, era ya de día y nosotros habíamos subido 17
muchos montes; nuestras bocas estaban retenidas con una cadena, para que buscando pienso no perdiéramos el tiempo del viaje desayunando. Así que para eso también seguí siendo burro. Cuando era mediodía, nos instalamos en el establo de unos hombres conocidos de ellos —en la medida en que era posible precisar, por lo que estaba sucediendo—. Intercambiaban abrazos, y los que estaban en la granja los invitaban a hospedarse y les prepararon un almuerzo, y a nosotros, los animales de carga, nos echaron cebada. Los otros comían, pero yo me moría de hambre; nunca jamás en mi vida había almorzado cebada cruda; miraba a ver qué podía comer. Veo un jardín en la parte posterior del patio, tenía muchas y muy lozanas hortalizas y, por encima de ellas, se dejaban ver unas rosas. Yo, sin que se percatara ninguno de los de dentro, que se hallaban enfrascados en el almuerzo, me dirigí al jardín con la intención, primero, de atiborrarme de verduras, pero, sobre todo, con la intención de coger las rosas. Calculaba yo que, sin duda alguna, si comía las flores, volvería de nuevo a ser un hombre. Así, metiéndome de golpe en el jardín, me atiborré de lechugas, rábanos y apios, hasta donde puede comerlas crudas un hombre. Pero las rosas aquellas no eran auténticas rosas, eran florescencias de un laurel silvestre; rododafnes [9] les llaman los hombres, nefasto almuerzo pa-

[9] No creo que revista excesiva importancia esta precisión en relación con el tipo de rosas de que se trata, ya que Lucio no llega a probarla. Se hace la salvedad, porque dice que causan la muerte a los animales.

ra todo burro y caballo; dicen que quien las come muere al instante.

18 En esto, el jardinero, percatándose de mi presencia, cogiendo un palo, penetrando en el jardín, al ver a su enemigo, el destructor de las verduras, como un hombre poderoso que no soporta a los canallas y cuando atrapa a un ladrón, así me golpeó con un palo sin dejar de pegarme ni en las costillas ni en las ancas; me abatió mis orejas y me molió la cara a palos. Yo, sin poder aguantar más, le propiné una coz con ambas patas y, dejándolo tumbado en el suelo sobre las verduras, me escapé arriba, al monte. Cuando supo que me había escapado a la carrera, dio orden a voz en grito de soltar a los perros para que me persiguieran. Los perros eran muchos, grandes y capaces de luchar contra osos. Supe que si me atrapaban me despedazarían. Tras haber recorrido un poco de terreno, pensé lo del refrán: «para escapar de mala manera, más vale quedarte donde estabas» [10]. Volví, pues, sobre mis pasos y me metí de nuevo en el establo. Ellos recibieron a los perros que se me venían encima a la carrera y los amarraron, y a mí, golpeándome, no me soltaron hasta que, de puro dolor, cagué [11] todas las verduras.

19 Cuando llegó el momento de ponerse en marcha, cargaron sobre mis lomos la mayor parte de los bultos y lo que más pesaba de lo que habían robado. Así nos alejamos entonces de allí. Cuando ya no pude más, golpeado y abrumado por la carga, con las pezuñas molidas de tanto

---

[10] El refrán parece estar recogido por Kock, *Fr. Adespota* 480.

[11] Con independencia de lo que Apuleyo indique en su obra, creo que llevan razón los filólogos que entienden «cagué» y no «vomité»; la preposición *katá* parece estar reñida con el hecho de vomitar, pues el flujo que se vomita viene de abajo arriba o de dentro afuera.

caminar, pensé dejarme caer allí, y ni aunque me degollaran levantarme de nuevo a golpes, con la esperanza de que de esa estratagema se derivaría una gran ventaja para mí. Efectivamente, creía yo que si se daban definitivamente por vencidos repartirían mis bultos entre el caballo y el mulo y a mí me dejarían allí, pasto para los lobos. Pero algún genio maléfico, captando mis planes, hizo que salieran al revés. El otro burro, tal vez pensando lo mismo que yo, va y se cae en el camino; ellos, al principio, arrancándole el pelo, instaban al pobrecillo a levantarse; mas, como no obedecía a los palos, cogiéndolo unos de las orejas, otros del rabo intentaban enderezarlo. Nada conseguían; allí estaba tumbado, como una piedra en el camino, reventado. Calibrando ellos entre sí que se estaban esforzando en vano y malgastando el tiempo precioso para la huida intentando erguir a un burro muerto, reparten todos los bártulos que transportaba entre el caballo y yo y, cogiendo a nuestro desdichado compañero de esclavitud y de carga, le dieron un tajo con la espada por las patas y, aún palpitando, lo empujaron al barranco. Abajo se marchó bailando la danza de la muerte [12].

Yo, al ver en mi compañero de viaje el cumplimiento 20
de mis planes, decidí conscientemente llevar mi porte con gallardía y caminar con aire decidido, albergando esperanzas de en cualquier momento ir a dar con las rosas y, de resultas de ellas, encontrar mi propia salvación. Les oía decir a los ladrones que no quedaba ya mucho camino y que permanecerían definitivamente en donde se instalaron.

De modo que, a la carrera, transportábamos todo aquello y, antes de caer la noche, llegamos a la casa. Dentro

---

[12] Pintoresca e inequívoca expresión; parece que pensamos en la Edad Media, cuando hablamos de «danzas de la muerte».

estaba sentada una mujer ya mayor y ardía una gran hoguera. Ellos iban acomodando dentro todo lo que nosotros transportábamos. Entonces preguntaron a la vieja:

—¿Por qué estás ahí sentada y no nos preparas almuerzo?

—Tenéis todo perfectamente dispuesto, dijo la vieja; muchos panes, barriles de vino añejo y os tengo preparada carne de caza.

Ellos, deshaciéndose en elogios a la vieja, quitándose sus vestidos, se daban masajes al arrimo de la lumbre y, sacando agua caliente de una palangana y derramándola,
21 la usaban para un lavado improvisado. Poco después llegaron muchos jovencitos trayendo montones de objetos de oro y plata, mantos, adornos femeninos y masculinos a porrillo; los compartían unos con otros. Una vez que colocaron dentro todo eso, se lavaron de la misma forma ellos también. Había, después, un almuerzo copioso y tema abundante de conversación en el banquete de los asesinos.

La vieja nos echó cebada al caballo y a mí. El caballo se la engulló a toda velocidad, temiéndome, cosa lógica, a mí, su compañero de almuerzo. Yo, en cambio, en cuanto viera que la vieja se marchaba estaba dispuesto a comerme el pan de los de dentro. A la mañana siguiente, todos los demás, dejando a un jovencito con la vieja se marcharon a la faena. Yo lamentaba mi suerte y la vigilancia tan estricta. Me era posible burlar a la vieja y escapar de sus ojos, pero el jovencito, que era alto, miraba de una forma que infundía miedo, iba siempre armado con una espada y estaba permanentemente pegado a la puerta.

22 Al cabo de tres días, ya al filo de la media noche, regresaron los piratas sin traer oro ni plata ni ninguna otra cosa: tan sólo una hermosa doncella, guapísima, deshecha en llanto, con el traje y los cabellos alborotados. Deposi-

tándola dentro sobre la paja, le decían que no tuviera miedo, al tiempo que daban orden a la vieja de permanecer siempre dentro y de tener a la chica bajo vigilancia. La muchacha no quería comer ni beber; no paraba de llorar y de arañarse la cabellera. De modo que yo, plantándome a su lado, cerca del pesebre, compartía el llanto con aquella hermosa doncella. Mientras tanto los ladrones cenaban fuera en el porche. Al filo de la mañana, uno de los encargados de la vigilancia de los caminos llega con la noticia de que, por allí, está a punto de pasar un extranjero que transporta una gran fortuna. Ellos, levantándose de golpe, tal como estaban, cogiendo sus armas, se aprestaban a ponerse en camino ensillándonos a mí y al caballo. Yo, desgraciado, sabedor de que me llevaban a la lucha y a la guerra, avanzaba remolón, y a veces ellos, acuciados por las prisas, me arreaban con el palo. Cuando llegamos al camino por donde iba a pasar el extranjero, los salteadores, cayendo sobre él y sobre sus carros, le dieron muerte, a él y a sus criados. Arrebatando todo lo que había de más valor, lo pusieron a lomos míos y del caballo, al tiempo que escondieron los demás bártulos en el bosque. A continuación nos iban azuzando de regreso, y yo, agobiado por la carga y golpeado con el palo, voy y tropiezo con la pezuña contra el filo de una piedra puntiaguda, y de resultas del choque se me produce una herida dolorosa. Cubrí el resto del trayecto, desde allí, cojeando. Ellos se decían entre sí: «¿Os parece que merece la pena dar de comer al burro ese que se está cayendo a todas horas? Tirémoslo por el barranco, que ni siquiera va a aprovechar a las aves de rapiña. Sí, sí; tirémoslo como víctima purificadora de nuestra banda.»

Esos acuerdos iban adoptando en contra de mí. Pero yo, al oírlos, caminaba a partir de entonces como si la

herida fuera de otro; el miedo a la muerte me hacía no
23 sentir el dolor. Cuando llegamos dentro a donde nos
alojábamos, ellos, quitando los bártulos de nuestros lo-
mos, los colocaron bien, al tiempo que, sentándose a la
mesa, iban tomando la cena. Cuando era ya de noche se
retiraron para poner a buen recaudo los restantes objetos.

Y alguno de ellos dijo: «¿Por qué vamos a llevar otra vez a ese pobre burro que se ha lastimado la pezuña? Llevaremos nosotros una parte de los bártulos y otra el caballo.»

Se marcharon pues, llevándose al caballo. Era un noche rutilante, pues había luna llena. Yo me dije entonces: «¿Desdichado, a santo de qué permaneces aún en este lugar? Buitres y crías de buitres te devorarán. ¿No oyes lo que están tramando respecto de ti? ¿Quieres caer por el barranco? Ahí está la noche, y hay luna llena. Ellos se han marchado y están lejos. Sálvate y escapa de unos asesinos.»

Mientras daba vueltas en mi cabeza a estas ideas, vi que ni siquiera me habían atado a nada, sino que la correa que normalmente me amarraba se había quedado enganchada en el camino. Esa circunstancia es la que me incitó más vivamente a la huida. La vieja, en cuanto vio que estaba dispuesto a escaparme, va y me coge del rabo y me retenía. Yo, diciéndome a mí mismo que era merecedor del barranco y muchas muertes si era retenido por una vieja, tiraba de ella; a su vez, desde dentro, pedía ayuda a gritos a la joven prisionera. Ella acudió y, al ver a esa vieja Dirce [13], agarrada a un burro, tuvo un gesto de arro-

[13] No parece que sea Dirce el nombre de la vieja, sino que se haga alusión a Dirce, la esposa de Lico, que recibió un terrible castigo: la ataron viva a un toro que la arrastró y la desgarró en las rocas.

jo arrogante y propio de la insensatez juvenil. Se subió en mí de un salto y cabalgó a lomos míos, al tiempo que me azuzaba para montar. Yo, con las ganas que tenía de escapar y la diligencia de la muchacha, huía a galope de caballo. La vieja había quedado definitivamente atrás. La doncella suplicaba a los dioses que encontrara en la huida la salvación. Y a mí me dijo: «Si me llevas con mi padre, hermoso, te dejaré libre de tareas y tu ración de almuerzo de cada día será un medimno de cebada.»

Yo, con el deseo de huir de mis asesinos y la esperanza de los solícitos cuidados y atenciones que me depararía la muchacha si conseguía devolverla sana y salva, corría al
galope, sin preocuparme de la herida. Después que llega- 24
mos a una encrucijada de tres caminos [14], los enemigos que regresaban nos capturaron. Al punto reconocieron a la luz de la luna a los desdichados prisioneros y, corriendo hacia mí, me sujetaron y dijeron: «Hermosa y noble doncella, ¿a dónde vas a deshora, desgraciada? ¿No temes a los espíritus? Ven de nuevo a nosotros; nosotros te devolveremos a tus parientes —y lo decían con una risa sarcástica—.» Y, volviéndose a mí, me arrastraban tras ellos. Yo, acordándome de mi pezuña y de la herida, cojeaba. Ellos decían: «¿Ahora que has sido capturado cuando intentabas escapar cojeas? Cuando decidiste huir estabas en forma, más veloz y alado [15] que un caballo.»

Detrás de esas palabras venía el palo y, fruto de aquel castigo, tenía ya una llaga en el anca. Cuando regresamos adentro, encontramos a la vieja colgada de la roca, de una

[14] No parece que sea, si nos atenemos a los datos geográficos del principio, la famosa encrucijada de los tres caminos en las estribaciones del Parnaso, donde se juntan los caminos que vienen de Delfos y de Dáulide.

[15] Ése es el adjetivo que ha preferido el autor para calificar la rapidez.

cuerda. Temiendo, como es lógico, a sus amos por la huida de la doncella, se ahorcó a sí misma entrelazándose del cuello. Ellos, alabando la sensata decisión de la vieja, la despeñaron por el barranco, con la cuerda y todo, tal como estaba, y a la doncella la amordazaron dentro. A continuación comían y bebían copiosamente. Hablaban de la joven mientras comían:

—¿Qué hacemos, dijo uno de ellos, con la fugitiva?

—¿Qué otra cosa, dijo otro, sino despeñarla a ella también con la vieja, pues hizo todo lo que pudo por quitarnos el dinero y dar al traste con todo nuestro trabajo? Estad seguros, amigos, de que ni uno solo de nosotros habría quedado con vida, si ella hubiera conseguido llegar a su casa. Todos habríamos sido capturados, al caer los enemigos premeditadamente sobre nosotros; así que deshagámonos de la enemiga. Pero que no muera de un modo sencillo, cayendo sobre una piedra; maquinemos para ella la muerte más dolorosa y más monstruosa y que la vaya torturando poco a poco hasta que acabe por consumirla definitivamente.

Andaban, pues, buscando algún tipo de muerte. Alguien dijo entonces:

—Sé que os va a gustar el ingenioso plan: el burro debe morir, pues es remolón y encima ahora finge estar cojo; además, ha sido siervo y cómplice de la joven en su fuga. Degollémoslo al amanecer, rajémosle la panza de abajo arriba y saquémosle las tripas; metamos dentro, entonces, a la buena doncella en cuestión, con la cabeza asomando un poquito fuera del burro, para que no se ahogue al punto; el resto del cuerpo escondido dentro, de manera que, cosiendo la panza con ella bien metida ahí dentro, los tiremos fuera a los dos como almuerzo original para los buitres. Fijaos, amigos, en lo terrible del suplicio; primero,

«compartir casa» con un asno muerto; después, en la estación del verano, bajo un sol abrasador, cocerse en el seno de un mulo, ir muriendo poco a poco por un hambre matadora y no poder ni tan siquiera ahogarse a sí misma. Prefiero no hablar de todos los sufrimientos que le aguardan, cuando se vaya descomponiendo el burro empapada en el hedor y los gusanos. Por último, los buitres, penetrando en el interior del burro, la despedazarán a ella igual que a él, tal vez aún con vida.

Todos aprobaron con estruendosos gritos aquel invento 26
tan prodigioso y tan tremendo. Yo, en cambio, gemía, pues iba a ser degollado, y no yacería como un muerto feliz, sino que iba a recibir en mi interior a una pobre doncella y a ser tumba de una muchacha que no había cometido mal alguno.

No había aún amanecido, cuando de repente se presentó un grupo de soldados que llegó para arrestar a esos canallas. Al momento, los encadenaron y los llevaron a la autoridad de la región. Casualmente el novio de la joven venía con ellos; él era el que había delatado el escondrijo de los bandidos. Tomando a la doncella y subiéndola a mi grupa, la llevó a casa. Los vecinos del lugar, cuando nos vieron ya allí, sin asomo de duda, al punto supieron que nos había ido bien —previo rebuzno mío de saludo a ellos— y, corriendo hacia nosotros, nos abrazaban, al tiempo que nos hacían pasar dentro.

La doncella se portó muy bien conmigo haciendo jus- 27
tos elogios de su compañero de prisión y de fuga, que, además, había corrido riesgo de aquella muerte común con ella. Me ponía para el almuerzo un medimno de cebada, y forraje en cantidad suficiente para un camello. Entonces, más que nunca, soltaba yo maldiciones contra Palestra, porque me transformó en asno y no en perro; veía

yo, en efecto, a los perros acercarse al horno y engullir muchos bocados, como en las bodas de las gentes con dinero. No muchos días después de la boda, cuando la dueña hizo mención de su gratitud hacia mí en presencia de su padre, éste con la firme intención de corresponderme con una respuesta justa ordenó que me dejaran partir libre, y apacentarme al raso con las yeguas del rebaño. «Como eres libre, dijo, vivirás a placer y montarás a las yeguas.» Aquélla me parecía entonces la respuesta más justa, si es que el asunto le hubiera correspondido juzgarlo a un burro. Llamando entonces a uno de los mozos de establos me entrega a él. Yo me alegraba en la idea de que ya no pasaría más penalidades. Cuando llegamos al campo, el pastor me mezcló con las yeguas y nos llevó a pastar.

28 Y, como no podía ser de otro modo, tuvo que sucederme a mí lo que a Candaules [16]. El mayoral de los caballos me dejó dentro al servicio de Megápoles, su mujer. Ella me unció al yugo del molino, de modo que molía para ella granos de trigo y de cebada. Y no hubiera sido gran desgracia para un burro agradecido moler para sus patronos. Pero la buena mujer aquella puso en alquiler mi desdichado cuello a disposición de todos los que había en aquellos campos —había muchos—, pidiendo harina como precio y tostando granos de cebada —mi almuerzo—, y, estando encima de mí para que moliera, los convertía en bollos que devoraba. Mi almuerzo, en cambio, era salvado. Y, cuando en alguna ocasión el pastor me azuzaba en compañía de las yeguas, creía morir golpeado y mordido por los caballos; creyendo que yo cometía adulterio con sus hembras, me perseguían soltándome coces, de modo que no podía yo soportar «los celos... hípicos».

[16] Para ver lo que le sucedió a Candaules, cf. HERÓDOTO, I 8 y ss.

En no mucho tiempo me quedé delgado y escuchimizado, sin poder gozar dentro al arrimo del molino, ni apacentándome al aire libre, blanco como era de la violencia de mis compañeros de pastoreo.

En muchas ocasiones me enviaban monte arriba y trans- 29
portaba leña sobre mis lomos; ésta era la más importante de mis desgracias. Primero, tenía que subir a un monte alto, por un camino muy empinado; después, sin herraduras por un cerro pedregoso. Y conmigo me enviaban, como arriero, a un jovenzuelo desarrapado. Él me mataba a cada paso; primero me pegaba si corría demasiado, no con un simple palo, sino con un manojo de ramas bien tupidas y agudas, y me golpeaba constantemente en la misma parte del anca hasta el punto de que se me rajó por aquel sitio de resultas de los latigazos. Me golpeaba siempre en la herida. Y, desde lo alto, el descenso era peligroso. Ponía sobre mis lomos una carga tan penosa de llevar que a duras penas podía transportarla un elefante. Si veía que me tambaleaba por la carga y que basculaba al otro lado, aunque lo que procedía era quitarme troncos, aligerarme de peso y nivelar la carga, cogiendo y levantando enormes piedras del monte me las añadía en la parte de menos peso y más alta de la carga. Así que, pobre de mí, bajaba yo con los troncos y, a la vez, con piedras inútiles. Y había un río de cauce constante en el trayecto; él, sin molestarse en quitarse las sandalias, senta-
do a lomos míos detrás de los troncos, lo vadeaba. Y si 30
en alguna ocasión caía al suelo yo cansado o abrumado por el peso, entonces el castigo era insoportable (era incapaz de bajarse a echarme una mano y ayudarme a levantarme del suelo y a quitarme carga —jamás me echó una mano—), empezando por la cabeza y las orejas me molía a palos con el tronco hasta que los golpes me espa-

bilaran. Y aún se divertía conmigo con otra desgracia insoportable.

Transportando una carga de espinos puntiagudos y entrelazándolos con una soga, me los ató detrás, al rabo. Los espinos, como era natural, al ponerme en marcha, como iban atados, se me metían dentro y, clavándoseme, laceraban mis cuartos traseros. Me era imposible deshacerme de ellos, pues los causantes de mis heridas me seguían siempre, ya que estaban acoplados a mí. Si podía avanzar despacito, preservándome de la acometida de los espinos, hubiera perecido bajo sus palos; y si evitaba sus palos entonces el terrible y puntiagudo mal de «retaguardia» se me venía encima. La intención de mi acemilero, no hay duda, era matarme.

31 Dado que no sufría más que malos tratos que ya no estaba dispuesto a soportar, le solté una coz de la que se acordó toda su vida. En cierta ocasión, se le ordenó transportar unos copos de estopa de un lugar a otro distinto. Acompañándome y llevando él conmigo mucha estopa, me la ató debajo del cuerpo y con una soga terrible me amarró a la carga y me apretó bien arteramente. Cuando aún quedaba un trecho por recorrer, robando del fuego del hogar un tizón aún caliente, cuando estuvimos delante del patio, enterró el tizón en la estopa. Ésta —no le quedaba otro remedio— comenzó a arder y ya no transportaba yo nada más que una enorme llamarada. Convencido de que enseguida me cogería, topando casualmente en el camino con una charca bastante profunda, me precipité de bruces sobre su parte más caudalosa. Allí me retorcía al tiempo que hacía rodar la carga y, restregándome en el barro, apagué aquella carga ardiente y abrasadora. Así recorría yo el resto del trayecto de un modo bastante más libre de peligros. En efecto, el jovenzuelo no tenía ya posibilidad algu-

na de quemarme, pues la estopa se había mojado con el barro húmedo. El desvergonzado mozalbete lanzó contra mí acusaciones falsas al volver, diciendo que yo, escapándome, me había metido en el fuego del hogar. Así escapé de la estopa, ciertamente sin esperármelo.

Sin embargo, el mozalbete sinvergüenza ingenió algo 32
mucho peor para mí. Acompañándome al monte y poniendo sobre mis lomos una sólida carga de troncos, la vendió a un labrador que vivía por allí cerca y a mí, llevándome sin nada y sin troncos a casa, me acusó en falso ante su amo de haber llevado a cabo una acción impía. «Amo, no sé como estamos apacentando al burro, que es enormemento lento y rácano. Ahora tiene la costumbre de hacer otra cosa; en cuanto ve a una muchacha joven guapa y hermosa, o a un muchacho, me da coces y se dedica a perseguirlos a la carrera, como si de un varón movido por una mujer a la que ama se tratase, y los muerde como si les diera besos; les obliga a 'estar con él'. De resultas de ese comportamiento no vas a tener más que pleitos y follones, pues anda metiéndose con todos y alborotándolos a todos. Ahora mismo, mientras transportaba leña, al ver a una mujer que se dirigía al campo, sacudiéndoselos de encima y golpeando en el camino a la mujer, dejó desparramados los troncos por el suelo y pretendía violarla, hasta que otros, corriendo desde otros sitios, protegieron a la mujer de ser despedazada por este 'bello amante'.»

El amo, al recibir esta información, dijo: «Pues, si no 33
quiere caminar ni transportar cargas y, encima, tiene deseos amorosos de tipo humano y lanza sus dardos sobre mujeres y muchachos, degolladlo; dad sus vísceras a los perros, y guardad sus carnes para los jornaleros. Y si alguien pregunta cómo murió, mentid y decid que lo ha devorado un lobo. El canalla mozalbete acemilero mío que-

ría degollarme al instante. Pero, casualmente, acertó a pasar por allí uno de los campesinos vecinos; me arrebató de la muerte, mas maquinando terribles planes contra mí. «En modo alguno, decía, mates a un burro que puede moler y llevar cargas. No hay que hacer tal cosa. Dado que se deja llevar por la pasión y el amor hacia seres humanos, coge y cástralo; si le quitas sus impulsos fisiológicos, al punto se tornará manso y dócil y llevará sin rechistar cargas pesadas. Si por ti mismo no aciertas a aplicarle esa receta, yo volveré otra vez dentro de tres o cuatro días y, con el navajazo que le voy a dar, te lo voy a dejar más manso que un corderito.»

Todos los de dentro aplaudían la sugerencia, que les parecía excelente, mientras yo me echaba a llorar, en la idea de que iba a perder muy pronto y para siempre al varón que había en aquel burro; decía yo que si iba a pasar a ser un eunuco, más me valía la pena dejar de existir.

Así que decidí dejar de comer a partir de entonces y precipitarme desde el monte, pues cayendo allí moriría, sí, pero cadáver íntegro y sin mutilación alguna.

34 Cuando era bien entrada la noche, llegó un ermitaño desde la aldea al campo, y a la granja, diciendo que la muchacha novia aquella que había sido capturada por los salteadores, y su novio, mientras paseaban al filo de la noche por la costa, el mar, con unas olas de altura inusitada, los había arrebatado; habían desaparecido y, como punto final a su desgracia, habían encontrado la muerte. Ellos se dieron cuenta de que la casa había quedado huérfana de sus jóvenes amos y que no permanecían ya más en situación de esclavitud; así que, arramblando con todo lo que había dentro, huyeron sanos y salvos [17]. El pastor en-

[17] El texto dice literalmente: «se salvaron en la huida».

cargado de los caballos, cogiéndome a mí también, me ató a las yeguas y a las demás mulas de carga. Yo, por un lado, estaba triste por llevar carga de un burro de verdad, pero, por otro, contento de que esa circunstancia hubiera sido un impedimento para mi castración. Avanzando durante toda la noche por un sendero abrupto y recorriendo el camino de otros tres días, llegamos a las inmediaciones de Beroya, ciudad de Macedonia, grande y muy poblada.

Allí pensaban establecerse los que nos llevaban. Había 35
en aquel momento subasta de nosotros, de los animales de carga, y un pregonero de buena voz, plantado en mitad de la plaza, iba ofreciendo a voz en grito la mercancía. Las gentes, acercándose, querían inspeccionarnos abriéndonos las bocas, y por los dientes veían nuestra edad. A los demás los iban comprando, cada uno a uno, pero yo me quedé el último. El pregonero entonces ordenó que me volvieran a llevar a casa. «Ya lo ves, decía; éste es el único que no ha encontrado amo.»

Némesis, que da muchos giros a las situaciones de la vida y hace cambiar la suerte [18], me trajo a mí también un amo que nunca habría suplicado tener. Era viejo, depravado, uno de esos que andan deambulando a la diosa siria por los campos y las aldeas, y va obligando a pedir limosna a la diosa. A ese tipo me venden por mucho dinero, treinta dracmas. Yo rezongando ya, seguía a mi amo 36
que me llevaba del ramal. Cuando llegamos adonde vivía

[18] Como divinidad, Némesis es una de las hijas de la noche, pero es, ante todo, una abstracción que quiere dar a ver un concepto básico del mundo griego; los dioses castigan cualquier tipo de exceso. Parece como si, en este pasaje, Némesis fuera la encarnación del Azar o del Destino «en estado puro», y no es así. Némesis devuelve un equilibrio que se ha alterado.

Filebo [19] —así se llamaba mi comprador—, dio al punto una enorme voz ante la puerta: «¡Muchachas! Acabo de compraros un esclavo macizo y precioso, de raza capadocia.»

Las «muchachas» en cuestión eran una tropa de tipejos depravados, compañeros de andanzas de Filebo, y todos se levantaron a aplaudir al oír el grito; creían que había comprado a un hombre de verdad. Cuando vieron que el esclavo era un burro, se burlaban ya de Filebo. «¿Es que te has traído a ése, no como un esclavo, sino como novio para ti? ¿De dónde lo has sacado? Buen partido sacarías de esas bodas y podrías engendrar, tal vez, buenos potros para nosotras.»

37 Y se reían. Al día siguiente pusieron manos a la obra tal y como decían, y preparando a la diosa, la colocaron sobre mi lomo. Salimos fuera de la ciudad e íbamos recorriendo la región. Cuando llegamos a una aldea, yo, el portador de la diosa, me quedaba plantado en pie; la tropa flautista soplaba una melodía de inspiración divina; otros, tirando al suelo los turbantes, moviendo hacia abajo la cabeza dando vueltas desde el cuello [20], se hacían cortes con las espadas en las muñecas, y cada uno, sacando la lengua por encima de los dientes, se hacía un corte también en ella, de tal modo que, en un santiamén, todo se plagaba de blanda sangre [21]. Yo, al ver aquello, temblaba plantado al principio, no fuera que la diosa necesitara también sangre de burro. Una vez que se hicieron esos cortes,

---

[19] «Filebo» quiere decir: «Ama-jóvenes»; ya se puede intuir el tipo de gentes con quienes vamos a tratar en este episodio.

[20] Creo que se puede entender a qué movimientos de cuerpo y cabeza se refiere.

[21] Por «blanda sangre» debe entenderse algo así como «sangre de maricas».

solicitaban de los espectadores óbolos y dracmas. Alguno les daba, además, higos, una cántara de vino, queso y un medimno de pienso y de cebada para el burro. De eso vivían y, así, dispensaban sus cuidados a la diosa transportada sobre mis lomos.

Una vez, haciendo una incursión en una aldea, cap- 38
turando a un joven aldeano, se lo llevaron dentro del lugar donde, casualmente, se hallaban hospedados. Allí, el joven en cuestión les dio el trato que era habitual y querido a tipos impíos y sinvergüenzas de esa calaña [22]. Yo, doliéndome en grado sumo por mi transformación, sentí enormes ganas de gritar: «¡Zeus, cabrón, hasta ahora sólo he soportado desgracias para esto!» Pero la voz no me salía, sino un gran rebuzno desde lo más profundo de la faringe. Algunos de los aldeanos resulta que habían perdido el burro por aquel entonces y, buscando a su burro perdido, al escuchar mis gritos, pasan dentro sin decir nada a nadie, en la idea de que yo era de ellos, y sorprendieron a los canallas realizando dentro prácticas indecibles. Por parte de los recién entrados se provocó una fuerte risa. Saliendo fuera a la carrera, propagaron por toda la aldea el libertinaje de los sacerdotes. Éstos, profundamente avergonzados de que eso se hubiera divulgado, esa misma noche salieron a toda prisa de allí, y en un rellano apartado del camino manifestaban su enfado y su cólera conmigo por haberles delatado en sus prácticas «indecibles». Pero, en fin, eso aún se podía soportar, el estar oyendo que hablan mal de uno, pero lo que vino después, eso sí que ya no había forma de soportarlo. Descargando de mis lomos a

[22] Sin tapujo ninguno podemos entender qué es lo que hace el joven campesino con esa *troupe* de «gays»; confírmese varias líneas más abajo que nuestra apreciación es correcta.

la diosa, dejándola en el suelo y extendiendo todas mis mantas, me ataron, sin nada encima, a un árbol de gran tamaño; entonces, golpeándome con el látigo aquel de astrágalos, pretendían matarme, al tiempo que me ordenaban ser en adelante un portador de la diosa mudo. Tras los azotes, deliberaron degollarme, porque les había inferido un grave ultraje al hacerles salir de la aldea sin haber podido realizar del todo sus propósitos. Pero de que no me mataran, hábilmente, por cierto, los disuadió la diosa, que estaba tirada en el suelo y no tenía cómo caminar en adelante.

39 Desde allí, después de los azotes, cargando a mi señora, caminaba y, al filo de la tarde, nos hospedamos en las inmediaciones de una finca de un hombre acaudalado. Él estaba dentro y con gran contento acogió a la diosa en la casa y ofreció en su honor sacrificios. Al punto comprendo que yo estaba arrostrando un gran peligro. Uno de sus amigos envió como regalo al dueño de la finca un anca de borrico montaraz. El cocinero, al tomarla para guisarla, por negligencia la echó a perder, pues se metieron dentro furtivamente muchos perros. Él, temiendo los muchos golpes y las torturas que se le vendrían encima por haber echado a perder el muslo en cuestión, tomó la decisión de ahorcarse.

Su mujer, funesta desgracia mía, le dijo:

—No mueras, amor mío, ni te entregues al desánimo. Si me haces caso todo saldrá bien. Coge el burro de los canallas esos, llévalo a un lugar apartado y, tras degollarlo, le quitas la parte del muslo y la traes otra vez, la guisas y se la das al amo; y lo que queda del burro lo tiras por el barranco; dará la impresión de que, escapándose, ha ido no se sabe a dónde y no aparecerá más. Ya verás cómo es de buena carne y, en todo, mejor que aquel borrico salvaje.

El cocinero, aplaudiendo el plan de su mujer, le dijo:

—Mujer, esa idea es excelente para ti, y es la única forma que tengo yo de escapar a los azotes, así que voy a poner manos a la obra ya mismo.

Así, mi impío cocinero, colocándose cerca de mí, com- 40
partía los planes de su mujer. Yo, previendo ya lo que iba a suceder, pensé que lo mejor era salvarme a mí mismo del tajo del alfanje y, rompiendo la correa con la que me llevaban y dando brincos, me lancé a la carrera adentro, a donde estaban comiendo los maleantes con el dueño de la finca. Irrumpiendo allí con velocidad, puse todo patas arriba con mis rebrincos, los candelabros y las mesas. Yo creía que aquello era un plan ingenioso de cara a haber conseguido mi salvación, y que el dueño de las fincas daría orden, al instante, de encerrarme y ponerme a buen recaudo a mí, un burro insolente. Pero mi ingenioso plan me llevó al límite del peligro. Creyendo que yo estaba enfurecido, blandieron contra mí muchas picas y espadas y grandes estacas, y estaban dispuestos a matarme. Yo, al ver la magnitud de la terrible amenaza, irrumpí al galope en la estancia en la que se disponían a acostarse mis amos. Ellos, contemplando ese insólito espectáculo, cerraron bien las puertas por fuera.

En cuanto amaneció, cargando otra vez con la diosa, 41
marchaba en compañía de los impostores, y llegamos a otro pueblo grande y de muchos habitantes, en el que llevaron a cabo una nueva y prodigiosa actuación. Consiguieron que la diosa no permaneciera en casa de hombre alguno, sino que viviera en el templo de la divinidad local, para así recibir más honores. Los lugareños recibieron a la diosa extranjera haciéndola compartir la vivienda con su propia diosa, y a nosotros nos indicaron una casa de hombres pobres. Pasando allí varios días seguidos, los amos

tenían ya ganas de marchar a la ciudad cercana y les reclamaron la diosa a los habitantes del lugar. Ellos, acercándose al recinto sagrado, la sacaron y, colocándola sobre mis lomos, se disponían ya a marchar. Resulta que aquellos tipos impíos, al acercarse al recinto sagrado, habían robado una ofrenda consistente en una copa de oro, que yo transportaba escondida en la diosa. Los lugareños, que se dieron cuenta de ello, nos perseguían y cuando estaban ya cerca, echando pie a tierra, les bloquearon el paso, al tiempo que les llamaban impíos y sacrílegos y reclamaban la ofrenda robada; rebuscando por todas partes, la encontraron en el regazo de la diosa. Encadenando a los maricas, los llevaban detrás, y los metieron en prisión; a la diosa, que era transportada a lomos míos, la asignaron a otro templo, y la ofrenda de oro la devolvieron a la diosa de la ciudad.

42 Al día siguiente, decidieron vender todos los atalajes, incluido yo, y me entregaron a un hombre extranjero que vivía en una aldea cercana, cuyo oficio consistía en amasar panes. Él, acogiéndome y comprando diez medimnos de forraje, colocándolo a lomos míos, me condujo a casa por un camino bastante penoso. Cuando llegamos, me metió al molino, y vi allí una enorme cantidad de animales de tiro, compañeros de esclavitud. Había muchos molinos, y a todos daban ellos vueltas y todo aquello estaba repleto de harina. Entonces, como era un esclavo «extranjero» que había llevado pesadísima carga y había recorrido un penoso camino, me dejaron descansar dentro. Pero, al día siguiente, tapándome los ojos con un velo, me uncieron al yugo del mango del molino; así me ponía en movimiento. Yo, pues lo había padecido muchas veces, sabía de sobra cómo hay que moler, sin embargo fingía no saberlo. Pero mis esperanzas fueron vanas. Cogiendo muchos de los pa-

los que había allí dentro se colocan en derredor mío y, sin yo sospecharlo, pues no veía, me golpeaban todos a la vez, de manera que yo me volvía de repente a cada golpe como un trompo. Por experiencia aprendí que el esclavo, para hacer lo que se le encargue, no tiene que esperar la mano del amo.

Así pues, poco a poco, mi cuerpo se iba quedando 43
débil y delgado, hasta el punto de que el amo decidió venderme. Me entregó a un hombre cuya profesión era la de hortelano. Tenía un huerto y tenía que arar la tierra; ésa era nuestra misión. El amo, en cuanto amanecía, colocando sobre mi lomo las hortalizas, las transportaba al mercado y, tras entregárselas a quienes se las compraban, me llevaba de nuevo al huerto.

Aquél, entonces, se ponía a cavar, a plantar y a regar las plantas. Mientras tanto, yo permanecía inactivo. Mi vida de entonces era, sin embargo, terriblemente penosa; primero, porque ya era invierno y aquel hombre no podía comprar una manta ni para él ni para mí y, además, sin herraduras pisaba yo barro húmedo y hielo rígido y punzante; segundo, porque todo lo que teníamos para comer
ambos eran escarolas tirantes [23]. Un día, cuando salíamos 44
para ir al huerto, nos salió al paso un hombre linajudo acompañando a un cortejo de soldados; primero, se dirigió a nosotros en latín; le preguntaba al hortelano a dónde llevaba al burro, o sea, a mí. El hortelano, creo yo, como no entendía el idioma, no le contestó. El hombre, irritándose, pues se sentía hecho de menos, golpeó con el látigo al hortelano; éste lo agarró por los pies y lo golpeaba, mien-

[23] Tanto si se trata de escarolas como de lechugas, es evidente que estamos ante hojas que crujen fuerte al romperse. Me consta positivamente que, en algunas zonas de España, se aplica ese adjetivo —tirante— a las lechugas o escarolas de esas características.

tras lo tenía tirado en el suelo, con manos, pies y piedras del camino. El hombre, al principio, le plantaba cara y lo amenazaba con matarlo si llegaba a levantarse. Él, como él mismo le había enseñado —para evitar peligros—, sacó de la vaina su espada y la tiró lejos; luego le volvía a golpear mientras seguía en el suelo. El hombre, viendo que su desgracia era ya insoportable, simuló que había muerto de resultas de los golpes. El hortelano, temiendo por ello, lo dejó allí tirado, como estaba, y cargando la espada sobre mis lomos avanzó hacia la ciudad.

45 Cuando llegamos, le dio el huerto a un compañero suyo para que lo cultivara, y él, temeroso por el incidente del camino, se ocultó junto conmigo en casa de uno de sus parientes que vivía en la ciudad. Al día siguiente, tal y como lo habían planeado, así lo hacen. A mi amo lo ocultan en un armario y a mí, levantándome de las patas, me llevan por la escalera arriba a una buhardilla y allí arriba me encierran.

El soldado, levantándose del suelo a duras penas, según dicen, llegó a la ciudad con la cabeza pesada por los golpes y, topando con los soldados que iban con él, les cuenta la insensatez del hortelano. Ellos lo acompañan y se dan cuenta enseguida dónde estábamos escondidos y se traen consigo a los dirigentes de la ciudad. Éstos envían dentro a alguno de sus secretarios y ordenan salir fuera a todos los de dentro. Cuando salieron, el hortelano no aparecía por ninguna parte. Los soldados decían que dentro estábamos el hortelano y yo, su burro. Se produce un follón en el pasillo y un gran griterío por parte de ellos. Metomentodo yo, deseoso de saber quiénes eran los que así gritaban, me asomo [24] por la ventana; al verme, pro-

---

[24] Realmente, el burro no se asoma; literalmente, se da a ver de arriba abajo de la ventana.

rrumpieron en un auténtico alarido. A ellos los pillaron en sus mentiras. Los arcontes, acudiendo dentro y registrándolo todo, descubren a mi amo encerrado en el armario, y apresándonos, al amo lo mandan a la cárcel para que diera razón de sus osados hechos y a mí, bajándome en volandas, me entregan a los soldados. Todos se reían sin parar de quien se había delatado desde la azotea y había traicionado a su propio amo. Creo que fue entonces, y a raíz de mí, de donde les vino a los hombres la expresión esa «de un vistazo de burro». Al día siguiente, no 46
sé qué le sucedió a mi amo, pero a mí, el soldado decidió venderme, y me subastó por veinticinco dracmas áticas. Mi comprador era criado de un hombre muy acaudalado de una de las ciudades de Macedonia, de la importante Tesalónica. Ese criado tenía la siguiente misión: preparaba la comida al amo y tenía un hermano, esclavo igual que él, encargado de amasar el pan y de hacer pasteles de miel.

Esos hermanos compartían la misma mesa, se alojaban en el mismo sitio y tenían mezcladas por igual las habilidades de su oficio. Bueno, pues además me colocaron de pie en donde ellos se alojaban. Después de la comida, venían dentro los dos con muchas sobras del amo, el uno con sobras de carnes o pescado, el otro de panes y de bollos. Encerrándome dentro a mí con ellos, colocando bajo mi custodia esa dulcísima mercancía, se retiraron como para lavarse. Yo, diciendo por fin adiós a la cebada que antaño me echaban, me entregaba a los buenos y útiles productos de mis amos; así que por un largo período de tiempo me di un atracón de comida de la que toman los hombres. Ellos, al volver, en un principio, no advirtieron el atracón que me había dado, habida cuenta de la enorme cantidad de comida que había, y eso que les robé el desayuno con un cierto miedo y una cierta consideración. Pero, al cabo

del tiempo, al darme cuenta de que no se enteraban, devoraba las mejores tajadas y otros muchos manjares. Cuando se percataron de la pérdida, al principio se lanzaban mutuamente miradas de sospecha, al tiempo que el uno le decía al otro: «ladrón, saqueador del fondo común y sinvergüenza», y, en lo sucesivo, tenían contadas exactamente hasta el número de tajadas.

47 Pese a todo, yo vivía entonces a mis anchas y en el placer; mi cuerpo, de resultas de la comida normal de cada día, se había vuelto de nuevo hermoso, y la piel brillaba con mi melena pujante. Los dueños, al verme grande y bien gordo, al ver que no se gastaba la cebada, sino que permanecía en la misma medida, comenzaron a sospechar de mis osados movimientos y, avanzando como si se marcharan al baño, cerrando tras sí las puertas, pegándose al ojo de la cerradura, observaban lo que sucedía dentro. Yo entonces iba allí y almorzaba sin darme cuenta de la trampa. Ellos, al principio, se reían viendo este almuerzo increíble; pero, después, llamaron a sus compañeros de esclavitud para que vieran el espectáculo que yo ofrecía. Había un jolgorio enorme, hasta el punto que su amo oyó las risas, pues se producía jaleo en el exterior y preguntó de qué se reían tanto. Cuando oyó el motivo, se levantó de la mesa él también y, asomándose, me vio en trance de devorar una tajada de jabalí y, riéndose a voz en grito, irrumpió dentro. Yo me enfadé, al verme pillado *in fraganti* por el amo como ladrón y glotón. Él se reía mucho de mí y, al punto, ordenó que me llevaran a su banquete y dijo después, que me colocaran una mesa junto a la suya y que hubiera sobre ella muchos de los manjares que ningún otro burro sería capaz de comer, carnes, mariscos, salsas, pescados, unos impregnados en «garum»[25]

[25] El «garum» es una salsa para acompañar al pescado. Se trata de

y aceite de oliva, otros levemente rociados de mostaza. Yo, viendo que el destino me era confortable y me sonreía, comprendiendo que sólo ese juego me salvaría, aunque estaba ya atiborrado, sin embargo seguía comiendo arrimado a la mesa. Los comensales se retorcían de risa. Uno dijo: «Ese burro también beberá vino, si alguien se lo da ya mezclado.» El amo dio las órdenes oportunas y yo bebía lo que me trajeron.

El amo, viendo que yo era una adquisición prodigiosa, 48
ordenó a uno de los administradores pagar por mí el doble a quien me había comprado. Y me entregó a uno de sus jovencitos libertos y le dijo que pregonara todo lo que yo podría hacer para entretenerle. Para él todo era fácil. Yo aprendía todo y obedecía al instante. Primero me hizo reclinarme sobre una tumbona como un hombre, apoyado en el codo, después luchar con él e, incluso, bailar tieso, apoyado en dos patas, asentir y disentir a las palabras que me dirigían y todo cuanto yo podía hacer sin necesidad de aprenderlo. La situación era del dominio público: el burro del señor, un burro bebedor, luchador, bailarín. Pero lo más grande del asunto es que yo decía que sí o que no correctamente con la cabeza cuando me hablaban. Cuando quería beber, se lo pedía al escanciador moviendo los ojos. Ellos admiraban los hechos con asombro, como quien ignoraba que en el burro se hallaba inmerso un hombre maravilloso. Y yo hacía de su ignorancia mi confort. Aprendía a andar llevando al amo sobre mi espalda, y a correr al trote sin dolor ni daño alguno para mi jinete. Mis atalajes eran caros y sobre mi lomo pusieron una manta de

---

una especie de jugo que desprendían arenques y caballas en salazón aplastados con vinagre, agua, aceite o vino. Para mayor detalle, véase APICIO, *De re coquinaria.*

púrpura; recibí bridas adornadas con profusión de oro y plata y me acoplaron unos cascabeles que despedían un sonido melodioso.

49 Menecles, nuestro amo, como iba diciendo, había llegado allí de Tesalónica por el siguiente motivo: había prometido ofrecer a su patria un espectáculo de gladiadores. Los hombres se encontraban ya en los preparativos del combate y llegó la hora del viaje. Avanzamos desde muy temprano; yo llevaba a mi amo, por si, en algún momento, había algún lugar del camino abrupto y difícilmente transitable para los carros.

Cuando descendimos a los arrabales de Tesalia no había nadie que no se apresurara a acudir al espectáculo y a verme a mí. Mi fama había avanzado a grandes pasos, al igual que el hecho de que yo bailara y peleara como un ser humano. El amo me daba a ver a los más ilustres de sus ciudadanos a la hora de beber y les proponía, en el transcurso del banquete, todas aquellas pintorescas chirigotas a costa mía.

50 Mi patrón encontró, a costa mía, una fuente de ingresos de muchos dracmas. Me tenía dentro encerrado mientras comía, y a quienes querían verme a mí y mis prodigiosas acciones les abría la puerta, previo pago. Ellos iban pasando manjares, uno tras otro, en especial aquellos que parecían menos apropiados al estómago de un burro. Y yo me los comía. Así que al cabo de unos pocos días, como había compartido la comida y la bebida con los habitantes de la ciudad, me había puesto ya crecido y gordo.

En cierta ocasión, una mujer extranjera, con una hacienda no despreciable, de aspecto externo bastante agradable, al pasar a verme mientras almorzaba, fue presa de un ardiente amor por mí; de un lado, al ver la belleza del burro; de otro, al sentir pasión irrefrenable de estar

conmigo ante lo prodigioso de mis costumbres. Le habló a mi patrón y le prometió una suma muy considerable, si no tenía inconveniente en que ella se acostara conmigo por la noche. Y aquél, sin complicarse la vida, lo mismo si ella conseguía algo de mí que si no, va y coge el dinero.

Cuando ya era de noche y el amo nos despidió del 51
banquete, subimos a donde dormíamos y encontramos a la mujer, que llevaba ya tiempo sobre mi lecho. Había traído consigo para ella blandas almohadas, y dentro había a nuestra disposición mantas y una alfombra preciosa. Los criados de la mujer dormían cerca de allí, delante de la habitación, y la lámpara, dentro, desprendía una intensa llamarada y alumbraba con mucha intimidad. Tras quitarse la ropa, se coloca totalmente desnuda junto al fuego y, derramando perfume de un alabastro, se da unas friegas, me perfuma a mí también y, sobre todo, me llena la nariz de aromas. Después, me abrazó y me besó, como si fuera su amante y humano, y, cogiéndome del ronzal, me arrastró sobre la alfombra. Yo, sin hacerle asco alguno a sus indicaciones, empapado como estaba más de la cuenta de vino viejo, excitado por las friegas del perfume y viendo la belleza integral del cuerpo de la joven, me acuesto; pero tenía muchos problemas para «montar» a una persona, pues, desde que me había convertido en burro, no había tenido contacto carnal con potras ni con burra alguna. Todo eso me llevó a un estado de preocupación no despreciable, no fuera que la mujer, por no «dejar sitio», resultara desgarrada y yo fuera condenado por asesinato. Pero ignoraba yo que mis temores carecían de sentido, pues la mujer con muchas caricias, y bien pasionales por cierto, seduciéndome, cuando vio que no podía contenerme, como si estuviera acostada junto a un hombre, me abrazó y, acoplándose, se la metió hasta dentro. Y yo, cobarde

púrpura; recibí bridas adornadas con profusión de oro y plata y me acoplaron unos cascabeles que despedían un sonido melodioso.

49 Menecles, nuestro amo, como iba diciendo, había llegado allí de Tesalónica por el siguiente motivo: había prometido ofrecer a su patria un espectáculo de gladiadores. Los hombres se encontraban ya en los preparativos del combate y llegó la hora del viaje. Avanzamos desde muy temprano; yo llevaba a mi amo, por si, en algún momento, había algún lugar del camino abrupto y difícilmente transitable para los carros.

Cuando descendimos a los arrabales de Tesalia no había nadie que no se apresurara a acudir al espectáculo y a verme a mí. Mi fama había avanzado a grandes pasos, al igual que el hecho de que yo bailara y peleara como un ser humano. El amo me daba a ver a los más ilustres de sus ciudadanos a la hora de beber y les proponía, en el transcurso del banquete, todas aquellas pintorescas chirigotas a costa mía.

50 Mi patrón encontró, a costa mía, una fuente de ingresos de muchos dracmas. Me tenía dentro encerrado mientras comía, y a quienes querían verme a mí y mis prodigiosas acciones les abría la puerta, previo pago. Ellos iban pasando manjares, uno tras otro, en especial aquellos que parecían menos apropiados al estómago de un burro. Y yo me los comía. Así que al cabo de unos pocos días, como había compartido la comida y la bebida con los habitantes de la ciudad, me había puesto ya crecido y gordo.

En cierta ocasión, una mujer extranjera, con una hacienda no despreciable, de aspecto externo bastante agradable, al pasar a verme mientras almorzaba, fue presa de un ardiente amor por mí; de un lado, al ver la belleza del burro; de otro, al sentir pasión irrefrenable de estar

conmigo ante lo prodigioso de mis costumbres. Le habló a mi patrón y le prometió una suma muy considerable, si no tenía inconveniente en que ella se acostara conmigo por la noche. Y aquél, sin complicarse la vida, lo mismo si ella conseguía algo de mí que si no, va y coge el dinero.

Cuando ya era de noche y el amo nos despidió del 51
banquete, subimos a donde dormíamos y encontramos a la mujer, que llevaba ya tiempo sobre mi lecho. Había traído consigo para ella blandas almohadas, y dentro había a nuestra disposición mantas y una alfombra preciosa. Los criados de la mujer dormían cerca de allí, delante de la habitación, y la lámpara, dentro, desprendía una intensa llamarada y alumbraba con mucha intimidad. Tras quitarse la ropa, se coloca totalmente desnuda junto al fuego y, derramando perfume de un alabastro, se da unas friegas, me perfuma a mí también y, sobre todo, me llena la nariz de aromas. Después, me abrazó y me besó, como si fuera su amante y humano, y, cogiéndome del ronzal, me arrastró sobre la alfombra. Yo, sin hacerle asco alguno a sus indicaciones, empapado como estaba más de la cuenta de vino viejo, excitado por las friegas del perfume y viendo la belleza integral del cuerpo de la joven, me acuesto; pero tenía muchos problemas para «montar» a una persona, pues, desde que me había convertido en burro, no había tenido contacto carnal con potras ni con burra alguna. Todo eso me llevó a un estado de preocupación no despreciable, no fuera que la mujer, por no «dejar sitio», resultara desgarrada y yo fuera condenado por asesinato. Pero ignoraba yo que mis temores carecían de sentido, pues la mujer con muchas caricias, y bien pasionales por cierto, seduciéndome, cuando vio que no podía contenerme, como si estuviera acostada junto a un hombre, me abrazó y, acoplándose, se la metió hasta dentro. Y yo, cobarde

de mí, aún tenía reparos y hacía ademán de retirarme con suavidad, pero ella, en cambio, se agarraba al lomo para que yo no me «saliera» y lo seguía si se retiraba. Cuando ya me convencí y me entregué al goce y al placer de la mujer, la atendía sin remilgos todo el resto de la noche, pensando que no hacía nada peor que el adúltero de Pasífae [26]. La mujer estaba dispuesta a los goces del amor y era insaciable en sus ansias de joder, así que se pasó toda la noche conmigo dentro.

52 Con la luz del día, se levantó y se fue, tras haber concertado con mi patrón pagarle el sueldo correspondiente a la noche con las mismas condiciones. Él, que se iba enriqueciendo a costa de mis actos, con la intención de mostrarle al amo una nueva faceta mía, nos encerró a mí y a la mujer. Ella me hizo el amor la mar de bien. Entonces el guardián le cuenta al amo lo sucedido, como si me lo hubiera enseñado él, y sin yo saberlo, por la noche, lo lleva al lugar donde nos acostábamos; y por la ranura de la puerta me señala a mí dentro copulando con la muchacha. Encantado con el espectáculo, le entraron unas ganas locas de exhibirme haciendo eso en público. Ordena que no se lo digan a nadie. «Para que, dijo, el día del espectáculo llevemos a éste al teatro con alguna de las mujeres que ya han sido condenadas y que la monte a la vista de todos.» Y a una de las mujeres, la que se había decidido que muriera echada a las fieras, la meten dentro a mi lado, al tiempo que le daban orden de acercarse a mí y acariciarme.

53 Así, fijado el día en el que mi patrono estableció las competiciones, decidieron llevarme al teatro. Y entré en

[26] Esposa de Minos, rey de Creta, de la que estuvo furiosamente enamorado un toro al que Posidón había hecho salir del mar.

él. Había una tumbona enorme hecha de tortugas de la India, con incrustaciones de oro. Sobre ella me acuestan y a mi lado acostaron también a la mujer. Entonces nos subieron sobre una plataforma y, llevándonos al teatro, nos dejaron en los medios. Y los hombres daban gritos y me aplaudían a rabiar. A nuestro lado había una mesa, y sobre ella todos los objetos que los hombres que viven lujosamente suelen tener en un banquete. A nuestro lado, unos hermosos muchachos nos escanciaban el vino en copa de oro. Mi patrono, colocándose detrás de mí, me daba orden de empezar a almorzar. Por mi parte, a mí me daba vergüenza estar allí, tumbado en el medio del teatro y, por otro lado, tenía la preocupación de que soltaran a la arena un oso o un león.

En esto, veo a alguien que pasa llevando flores y, 54
entre otras, veo pétalos de rosas frescas. Sin dilación alguna, pego un salto de la cama y caigo sobre ellas. La gente creía que me estaba levantando para bailar. Yo, corriendo sobre ellas, devoré las rosas de una en una. Entonces, ante el asombro general, se me cae y se me borra el aspecto de mula y ya no se ve al exterior el famoso burro de antaño. Dentro de mí se ha quedado Lucio en persona, desnudo. Ante aquel prodigioso e inesperado espectáculo, todos, impresionados, organizan un tumulto y en el teatro se produjo división de opiniones. Unos pensaban que yo, pues conocía fármacos terribles y era capaz de metamorfosearme, debía morir en la pira al instante. Otros decían que había que esperar y conocer antes mis explicaciones, y a partir de ellas, juzgarme. Yo, corriendo hacia el gobernante de la provincia —se encontraba presenciando el espectáculo—, le decía que una mujer tesalia, esclava de una mujer de Tesalia, me había convertido en burro untándome con un ungüento mágico. Le suplicaba que me

arrestara y me custodiara hasta que pudiera convencerlo
55 de que no era mentira lo que me había sucedido. El gobernador me dijo:

—Dinos tu nombre y el de tus padres y parientes, si dices que tienes algunos familiares, y el de tu ciudad.

Y yo dije:

—Mi padre es Lucio; mi hermano, Gayo. Compartimos los otros dos nombres. Yo soy escritor de relatos y otro tipo de historias, y él es poeta de elegías y un cabal adivino. Mi patria es Patras, de Acaya.

El juez, una vez que oyó mi declaración, dijo:

—Eres hijo de hombres muy queridos, anfitriones que me han acogido en casa y me han honrado con regalos. Sé que no eres de mentira hijo de aquéllos. Y, bajando del carro, me abraza y me colma de besos y me lleva a su propia casa. En eso llegó mi hermano con plata y demás regalos, y ante ello el gobernador declara públicamente que me deja en libertad. Llegamos, pues, a la costa, buscamos una nave y colocamos en ella el equipaje.

56 Yo decidí que sería estupendo ir a casa de la mujer que se había enamorado de mí cuando era burro, diciéndome a mí mismo que aparecería más hermoso ante ella, ahora que tenía apariencia humana. Ella, gozosa, me recibiría encantada —pensaba yo— ante lo prodigioso de lo sucedido y me pediría cenar y dormir con ella. Yo estaba convencido de que sería acreedor a un castigo si el burro objeto de sus amores, convertido ahora en hombre, la hiciera de menos y despreciara a su amante. Así que ceno con ella, me doy buenas friegas de perfume y me corono con una guirnalda de mi rosa más querida, la que me hizo, salvado ya, volver a contarme entre las personas. Cuando era noche profunda y hora ya de acostarse, me levanto yo también y, como haciéndole un favor especial, me qui-

to la ropa y me pongo en pie desnudo ante ella, pensando que, en contraste con el burro, yo le gustaría mucho más. Ella, cuando vio que todas las partes de mi cuerpo eran a todos los efectos las de un hombre, escupiéndome me dijo:

—¿No te irás a paseo, y te marcharás a acostarte a otro sitio lejos de mi casa?

Yo le pregunté:

—¿Qué error es el que he cometido?

Ella replicó:

—Yo no me enamoré, por Zeus, de ti, sino del burro que había entonces en ti, y no era contigo con quien dormía, sino con él. Y creía que tú habrías podido, al menos, poner a salvo aquel enorme atributo de burro, y resulta que de aquel hermoso y útil animal te me has convertido en un mono.

Llama al punto a sus criados y les ordena que me lleven en volandas fuera de la casa. Así, a empujones, fuera, delante de la habitación, desnudo, hermosamente coronado y perfumado, abrazado a la tierra desnuda, con ella dormí.

Al amanecer, como estaba desnudo, corrí a la nave y le conté a mi hermano en plan de guasa lo que me había sucedido. Después, con viento favorable nos hicimos a la mar, y al cabo de unos pocos días llegué a mi patria. Allí hacían sacrificios y ofrendé ofrendas [27] en honor de las divinidades salvadoras, ahora que, tras largas y duras peripecias, he conseguido salvarme no, por Zeus, del culo de un perro, como dice el refrán [28], sino de la curiosidad indiscreta de un burro.

---

[27] Mantengo el «acusativo interno etimológico» del texto griego y procuro marcar la diferencia aspectual entre el imperfecto y el aoristo.

[28] La misma expresión la emplea Aristófanes, *Acarn.* 863, y *Asambl.* 255.

40

SOBRE EL LUTO

Otro breve ensayo en la línea de la visión cínica de la vida. Nuevamente pone Luciano en solfa lo referente a los rituales que llevan a cabo los hombres en relación con la muerte.

Con desprecio total hacia los sentimientos que experimentan los deudos del difunto, Luciano imagina un diálogo padre vivo-hijo muerto, en el que todo el valor argumental está en boca de este último. Se imagina que el muerto puede hablar y exponer las líneas de su nueva situación. Hay un brutal retrato por contraste entre el mundo de la realidad y el mundo de la «realidad de ultratumba». No creo que esta diatriba sea, en base a su brevedad, la segunda parte o la continuación de *Acerca de los sacrificios;* más relación guarda, ya que hasta incluso repite pasajes, con *Menipo.*

1 Merece la pena pararse a observar de cerca toda la serie de cosas que hace y dice la mayoría de la gente en los duelos, y las palabras que pronuncian los que se dedican a consolar a las deudos. Los que se lamentan piensan, igualmente, qué duro de llevar resulta lo que está sucediendo, no sólo para ellos, sino para aquellos por quienes se lamentan, sin saber, por Plutón y Perséfone, con ninguna

claridad si todo eso es negativo y como para afligirse tanto o, si por el contrario, es positivo y mejor para quienes lo sufren, ya que más bien se entristecen por la inercia de la costumbre.

Después que uno muere, actúan de ese modo. Pero, antes, quiero expresar algunas opiniones que tienen sobre la muerte en sí. Así se verá más claro hasta qué punto resultan absurdas sus actitudes en esos casos.

La mayoría de la gente, a los que los sabios llaman 2
hombres de a pie, haciendo caso a Homero, Hesíodo y otros compositores de historias sobre estos temas, haciendo ley de la poesía, han dado por sentado que el Hades es un paraje profundo y subterráneo, enorme, espacioso, sombrío y sin sol —no sé cómo les parece que puede entrar ahí la luz y distinguirse con claridad cada cosa que hay allí dentro. Piensan que sobre el abismo reina el hermano de Zeus, llamado Plutón, según me explicaba uno de los que se dedicaban a contar estas historias tan horrorosas, porque se enriquecía a costa de los muertos [1]. Y que el tal Plutón organizaba el gobierno de su reino y administraba la vida de allí abajo de la siguiente manera. Decían que a él le había correspondido en herencia el tener el mando de los muertos y, acogiéndolos, retenerlos con cadenas para que no pudieran escapar, sin permitir a nadie, en absoluto, subir de nuevo a la tierra, con excepción, a lo largo de toda la eternidad, de unos poquísimos y por razones muy excepcionales. Dicen que el paraje en cuestión está 3
rodeado por ríos muy grandes cuyo nombre sólo ya infun-

[1] Ésa es una de las versiones, pero no la única. Dado que Plutón significa, más o menos, «el rico», hay quien opina que ese sobrenombre le viene a Hades por su carácter de «subterráneo», en la medida en que renueva las riquezas inagotables de la tierra.

de pavor; se llaman: Cocito, Piriflegetonte y nombres por
el estilo. El lugar más importante de todos, la laguna Aque-
rusia [2], es la primera que recibe a quienes llegan a su ribe-
ra opuesta; no es posible atravesarla ni acceder a ella sin
el barquero. Es honda para poder atravesarla a nado; ni
volando la atravesarían los esqueletos de los pájaros.
4 A un paso del camino de bajada y de una puerta de acero,
ha colocado su puesto de guardia Éaco, sobrino del Rey,
que se encarga de la vigilancia, y, a su lado, un perro de
tres cabezas y dientes muy afilados, que mira a los que
allí llegan con aire amistoso y pacífico, pero que ladra a
quienes intentan huir y los atemoriza con su boca abierta.
5 Una vez que los pasan al otro lado de la laguna, hacia el
interior, los acoge un enorme prado plagado de asfódelos
y una fuente enemiga de la memoria; por ello, justamente,
se ha quedado con el nombre de olvido. Todo eso conta-
ban a los antiguos; al menos, quienes habían llegado aquí
procedentes de allí: Alcestis y Protesilao, tesalios, y Teseo,
el hijo de Egeo, y el Ulises de Homero, testigos muy respe-
tables y dignos de todo crédito, que a mi entender, sin
embargo, no bebieron de la fuente; caso de haberlo hecho,
no se acordarían de todas esas cosas [3].
6 Plutón, según decían ellos, y Perséfone son los que
tienen el poder y lo ejercen despóticamente sobre todos;
a su servicio le ayudan en las tareas de gobierno una chus-
ma numerosa: Erinis, Tormentos y Miedos y Hermes; éste
7 no siempre está presente. Como gobernadores, sátrapas y

---

[2] Nótese que el texto griego es inequívoco al respecto. Nosotros solemos decir el Aqueronte, como si de un río se tratara. El texto dice: *hē límnē Acherousía,* esto es, la «laguna Aquerusia». Las líneas siguientes la identifican con lo que llamamos vulgarmente «laguna Estigia».

[3] Penetrante y aguda ironía la de Luciano en este pasaje.

jueces se sientan los cretenses Minos y Radamantis, que son hijos de Zeus. Ellos, a los hombres que han sido buenos y justos y han llevado una vida virtuosa, una vez que se ha formado un grupo nutrido, los envían, como si dijéramos, a una «colonia», a los campos Elíseos, para que allí, juntos, disfruten de la mejor vida. Y si cogen a 8
algunos de los malvados, entregándolos a las Erinis, los envían al lugar de los hombres impíos para que sean castigados en razón de los atropellos que cometieron. ¿Qué males no sufren allí torturados, quemados, devorados por los buitres, dando vueltas en la rueda del tormento y llevando monte arriba piedras enormes? A la orilla misma de la laguna está Tántalo, enjuto, expuesto, el desgraciado, a morir de sed. Los que han llevado una existencia mediocre, 9
que son la mayoría, vagan por el prado sin sus cuerpos, transformados en sombras, imperceptibles al tacto, como el humo. Se alimentan de las libaciones que hacemos aquí nosotros, y de las ofrendas que consagramos ante las tumbas. Así que, si no es porque algún amigo o pariente en la tierra se acuerda de él, ese muerto se quedaría sin comer y viviría hambriento entre las demás sombras.

Tan arraigado está todo esto entre la mayoría, que, 10
cuando muere algún miembro de la familia, lo primero de todo exponen su cadáver poniéndole un óbolo en la boca, destinado a ser el pago para el barquero por la travesía, sin pararse a pensar antes qué moneda es la que se cotiza y se maneja en el mundo subterráneo, y a ver si tiene validez allí el óbolo ático o macedonio o egineo, o si no sería mucho más práctico no tener que pagar el pasaje; así, si el barquero no lo recibiera, llegarían o podrían ser enviados de nuevo arriba a la vida. Después 11
los lavan —como si para bañarlos allí abajo no hubiera suficiente agua en la laguna—, perfuman con la mejor mi-

rra su cuerpo, que inicia ya una descomposición forzosa,
los coronan con flores lozanas y los exponen primorosa-
mente vestidos: está claro para que no tiriten de frío en
12 el camino y para que no los vea desnudos Cerbero. La-
mentos por ellos, quejidos de mujeres, llanto por doquier,
pechos golpeados, cabelleras desgarradas y mejillas enroje-
cidas; vestidos que se rasgan de arriba abajo, polvo que
se esparce por la cabeza y unos vivos que mueven más
a compasión que el muerto. Ellos se retuercen por la tierra
muchas veces y arañan sus cabezas contra el suelo; el muer-
to, en cambio, guapo y bien arreglado, coronado hasta
la exageración, está allí expuesto engalanado y solemne,
ataviado como para ir a una procesión.

13 Entonces, la madre o, por Zeus, el padre, destacándose de entre los demás familiares y derramando libaciones sobre él —imagina que sea el cadáver de algún joven y bello para que el drama que a su alrededor se origina sea mayor todavía—, deja oír inauditas y necias palabras a las que el muerto respondería si tuviese voz. El padre, dejando escapar en tono lastimero y prolongando cada una de las palabras, dirá: «Hijo de mi vida, te me vas y te me has muerto y te me han arrebatado antes de tiempo; me dejas, solo, pobre de mí; te me vas sin casar, sin tener hijos, sin haber ido a la guerra, sin haber trabajado en el campo, sin llegar a la vejez. No podrás ir de juerga, ni enamorarte, hijo, ni emborracharte con los de tu edad en los banquetes.»

14 Toda esa retahíla le dirá, creyendo que el hijo aún está necesitado y deseoso de todo eso, cuando, después de la muerte, ya no puede participar de ello. ¿Que a santo de qué digo esto? ¿Cuántos han sacrificado tras su muerte caballos y concubinas, incluso escanciadores de vino, y han quemado a la vez el vestido y demás adornos, o los han

enterrado con él para que puedan serle útiles y pueda él disfrutar de ellos ahí abajo?

El anciano, que se lamenta de ese modo y que pro- 15
nuncia todo ese tipo de palabras y aun otras mayores, parece estar representando una tragedia no por su hijo —sabe que no lo va a oír, ni aunque grite más que Estentor—, ni por sí mismo; bastaría con tener esas ideas y pensamientos sin necesidad de gritos. Nadie le pide que grite. Falta por decir que él profiere toda esa serie de tonterías por razón de los presentes; ni sabe lo que le ha pasado a su hijo, ni dónde ha ido a parar y, sobre todo, no se ha parado a pensar qué clase de existencia es la que lleva; no se disgustaría ante su nuevo estado como si fuera una cosa espantosa.

Tal vez, el hijo, pidiéndole permiso a Éaco y a Hades 16
para asomarse un poco por la abertura de la grieta, le diría al padre, haciéndole dejar de proferir tonterías, lo siguiente: «Desgraciado, ¿por qué gritas? ¿A qué me ofreces cosas materiales? Deja de arrancarte el pelo y de arañarte la cara. ¿Por qué me ofendes y me llamas desgraciado y desdichado, cuando he alcanzado una situación mucho mejor y más feliz que la tuya? ¿Te parece que sufro algún terrible mal o porque no llegué a ser un anciano como eres tú, calvo, con arrugas en los ojos, encorvado y torpe al andar, desgastado ya por el paso del tiempo, tras haber completado muchos meses, muchos lustros, y que, al final, va dando un cuadro de semejante calibre ante tantos testigos? ¡Ah, necio! ¿Qué te parece que será útil en el transcurso de una vida en la que ya no participaremos? Dirás, está claro, que las bebidas, las comidas, los vestidos, los goces del amor, y temes que lo pase muy mal si carezco de todo eso. ¿No te das cuenta de que no tener sed es mucho mejor que beber, no tener hambre mejor

que comer y no tener frío mejor que comprar un vestido?

17 »¡Vamos! Como parece que no te das bien cuenta, te voy a enseñar a lamentarte de un modo más acorde con la realidad. Repite, pues, y desde el principio grita de este modo: 'Pobre hijo, ya no tendrás sed, ni hambre, ni frío. Te me vas, pobre de ti, escapando a las enfermedades, sin temer la calentura, ni al enemigo, ni al tirano. No te afligirá el amor, ni ninguna "compañía" te pervertirá, ni estarás malgastando tus fuerzas en ello dos o tres veces al día, ¡ay qué desgracia! Al llegar a viejo no te despreciarán, ni resultarás molesto a los jóvenes cuando te miren.'

18 »Si dijeras eso, padre, ¿no crees que dirías palabras más acordes con la realidad y mucho más auténticas que las de antes? ¿No te aflige, además, y te obsesiona la sombra que hay aquí entre nosotros y la densa oscuridad y temes entonces que me ahogue encerrándome en la tumba? Ante eso hay que hacerse la reflexión de que, como los ojos ya se descompondrán dentro de poco, por Zeus, y se calcinarán —si es que habéis dispuesto incinerarme—, no necesitaremos ver ni luz, ni sombra.

19 »Tal vez ese temor es, hasta cierto punto, razonable. Pero, ¿qué me aprovecha vuestro lamento o el golpearse el pecho al son de la flauta o la actitud exagerada de las mujeres en la ceremonia? ¿Para qué me sirve la lápida llena de coronas sobre la tumba? ¿Qué podéis conseguir para vosotros al derramar sobre mi tumba vino puro? ¿O pensáis que rezuman las gotas hasta nosotros y llegan hasta el Hades? Y sobre las víctimas ofrendadas en sacrificio, vosotros mismos estáis viendo, creo, que lo más nutritivo de todos los rituales lo lleva el humo, asciende al cielo, sin reportarnos ninguna utilidad a los de aquí abajo; y lo que queda, la ceniza, no sirve para nada, a no ser que

tengáis fe en que nosotros nos alimentamos de ella. El reino de Plutón no carece de plantas, ni de frutas, ni nos ha faltado el asfódelo como para tener que importar la comida de vosotros.

»Así que, por Tisífone [4], hace tiempo que estaba sintiendo ganas de partirme a reír ante lo que hacíais y decíais, pero me lo impidió el velo y las lanas con los que me vendasteis las mandíbulas.

Habiendo hablado de ese modo, le cubrió el final de la
[muerte [5].»

Por Zeus, si el muerto se diera la vuelta y dijera esas palabras, apoyado sobre un codo, ¿no creeríamos que estaba diciendo cosas muy justas? Sin embargo, los muy necios gritan y, mandando a buscar a algún experto en lamentos fúnebres que ha recopilado muchas desgracias de tiempo atrás, utilizan los malos servicios de ese «sinagonista» y «corego» de la estupidez, juntándose todos para el canto fúnebre según la pauta que él les indique. 20

Y, hasta los funerales, la ley de la estupidez es la misma para todos. Lo que viene después, según las naciones así escogen las formas de enterramiento: el griego incinera, el persa sepulta, el indio empotra en vidrio, el escita expone a ser devorado y el egipcio momifica [6]. Éste —lo 21

---

[4] Una de las tres Erinis.

[5] Calco, una vez más, de *Ilíada* XVI 502.

[6] Pintorescos y variados sistemas de enterramiento. HERÓDOTO, III 24, alude a la práctica del empotrado en vidrio o resina entre los etíopes. Respecto a los escitas, cuesta trabajo aceptar que el «devora» (*katesthíei*) del texto implique unas prácticas de antropofagia difíciles de comprender no hoy día, sino en la época de Luciano. Pienso que lo que quiere decir es que expone el cadáver para que sea devorado por los buitres o cualquier otra ave de rapiña.

digo porque lo he visto—, tras disecar el cadáver, lo sienta a su mesa. Muchas veces, cuando un hombre egipcio necesita dinero, le resuelve el problema dándose como garante un hermano o el padre en el momento oportuno.

22 Túmulos, pirámides, lápidas, y epigramas, muy poco
duraderos, ¿cómo no van a ser absurdos y apropiados pa-
23 ra juegos? Algunos instituyeron certámenes y pronunciaron discursos fúnebres ante las tumbas, como si estuvieran ejerciendo de abogados o testigos del muerto ante los jue-
24 ces del mundo subterráneo. Para colmo de todo eso, llega el banquete ritual. Asisten los parientes y se dedican a consolar a los padres del difunto; los persuaden para que prueben la comida, y la toman no sin apetito, por Zeus, ni porque los fuercen ellos, sino porque están desfallecidos después de tres días ininterrumpidos sin probar bocado. Y van diciendo: «¿Hasta cuándo, oye tú, nos lamentaremos? Deja ya descansar a los espíritus del bienaventurado difunto. Y si has decidido llorar y llorar, por eso precisamente te conviene no estar sin comer, para que tengas fuerzas para hacer frente a un dolor tan fuerte.»

Una y otra vez, entonan ante todos dos versos de Homero:

pues en verdad la bien peinada Níobe echaba de menos [el pan

y

con el vientre no pueden los aqueos llorar a un muerto [7].

Ellos se ponen a comer, pero sienten un cierto respeto al principio y un cierto temor de que, tras la muerte de un ser, se les vea sujetos a apetitos humanos.

---

[7] Los pasajes corresponden a *Il.* XXIV 602 y XIX 225.

Cualquiera que observara con detenimiento vería que en los duelos se producen situaciones como éstas y mucho más ridículas que éstas, y todo porque la mayoría de la gente cree que la muerte es la mayor de las desgracias.

41

EL MAESTRO DE RETÓRICA

Curioso ensayo el que nos presenta Luciano; esta vez no son las escuelas filosóficas ni las creencias religiosas el blanco de la crítica de nuestro autor. Un joven desea dedicarse a la oratoria. ¿Qué debe hacer? ¿Seguir los cánones que, arrancando de la sofística, acaban en el peliagudo y farragoso curso de Quintiliano? ¿O, tal vez, desechar toda esa retahíla de preceptos y convenciones, y adornarse de unos toques teatrales para impresionar al auditorio sin prestar atención al contenido? La oratoria, en época de Luciano, dado que los argumentos son triviales y repetidos hasta la saciedad, resulta un género, hasta cierto punto, hueco. Nuestro autor vierte aquí una sátira contra el prototipo de orador de la época, que, por un momento, nos hace recordar aquello que decía Salustio al retratar a Catilina: «satis eloquentiae, sapientiae parum». Piénsese que esos oradores consideraban a Isócrates «charlatán», a Demóstenes «dejado de la mano de las Gracias» y a Platón «frío».

1 Preguntas, muchacho, cómo podrías llegar a ser un orador y poder asumir el muy sublime y honorable título de sofista. Dices que no puedes vivir, a no ser que te revistas de un manto de fuerza en las palabras, como para resultar inexpugnable e irresistible, ser admirado y objeto

de observación por todos, al tiempo que parecer modelo de elocuencia para los griegos. Y por eso quieres aprender bien cuáles son los caminos que conducen a ello. No hay ningún obstáculo, niño, máxime cuando un joven que tiene las más nobles aspiraciones, sin saber de dónde lo podría obtener, se acerca como tú ahora para pedir un consejo, cosa sagrada. Así que escucha, y, en lo que esté en mis manos, ten confianza y serás muy pronto un hombre diestro en conocer lo que se necesita y en expresarlo en palabras, caso que, de ahora en adelante, desees perseverar en lo que oigas de nosotros, estudiarlo con esfuerzo y recorrer con ganas el camino que te lleve hasta la meta.
El objetivo que se persigue no es insignificante ni requiere 2
poco esfuerzo; al revés, por alcanzarlo merece la pena sufrir muchas penalidades, muchas horas de insomnio y resistir todo lo que venga. Fíjate cuántos hombres que no eran nada, por sus discursos, han sido tenidos por famosos, ri-
cos y, por Zeus, los más nobles. No temas, sin embargo, 3
ni te vengas abajo ante la magnitud de lo que esperas lograr, creyendo que vas a tener que afrontar cientos y cientos [1] de penosos quehaceres. No te conduciremos por una senda abrupta ni escarpada, ni llena de obstáculos para hacerte volver de ella extenuado; no nos diferenciaríamos entonces de cuantos consideran a la habitual, ancha, escarpada, fatigosa, y en gran medida sin perspectivas de futuro. Pero lo que del consejo de nuestra parte debes entresacar es lo siguiente, que, caminando por una senda corta y agradable, accesible a los carros tirados por mulas, cuesta abajo, con relajación de ánimo y molicie por prados

[1] El griego dice «diez mil penosos quehaceres»; obviamente, no se trata de traducir numeral por numeral, sino de recoger en español la significación que tiene su empleo en ese contexto.

floridos y sombra ajustada, con tiempo de sobra y paso a paso, te colocarás sobre la cima sin esfuerzo y cobrarás tus presas sin cansarte, por Zeus, y, tumbado, banquetearás, observando desde lo alto, exhaustos, a cuantos optaron por la otra senda, en la ladera de la subida a la montaña, arrastrándose a duras penas hacia arriba por peñascos resbaladizos e inaccesibles, rodando de cabeza, algunas veces, y lesionándose, debido a lo escarpado de las rocas [2]. Tú, arriba ya desde mucho antes, coronado, serás feliz y captarás de la retórica, en un instante y durmiendo, lo que
4 es bueno. El compromiso es grande. Pero, ¡en el nombre de la Amistad!, no pierdas la fe, si decimos que vamos a mostrarte lo más sencillo y, a la vez, lo más agradable. ¿O es que Hesíodo, cogiendo unas pocas hojas del Helicón de pastor [3], no se hizo enseguida poeta y cantaba la estirpe de dioses y héroes poseído por las Musas, y no es posible, en cambio, hacer en breve tiempo un orador, algo que está muy por debajo del lenguaje elevado de la poesía, si alguien aprende el camino más rápido?

5 Quiero así contarte la historia del proyecto de un comerciante sidonio que, por incredulidad, no llegó a feliz término y resultó desaprovechado por quien lo oyó. Gobernaba ya Alejandro a los persas después de haber destruido a Darío tras la batalla de Arbela. Era necesario organizar en todas las direcciones del imperio un servicio de correos que transmitiera las órdenes de Alejandro. El trayecto desde Persia hasta Egipto era muy largo: tenían que

---

[2] El párrafo es en griego tan largo como lo hemos presentado en castellano. Luciano, que prefiere la frase corta, parece hacer aquí, al igual que en otros trabajos, una serie de concesiones a los ampulosos párrafos de la oratoria.

[3] Alude a la vara de laurel que, a modo de cetro, recibió Hesíodo de las Musas, cf. *Teogonía* 30-34.

rodear los montes, después llegar a Arabia tras atravesar Babilonia, a continuación avanzando por las arenas de un inmenso desierto y a trancas y barrancas llegar a Egipto; un hombre, aunque no lleve nada encima, tarda veinte días en recorrer ese trayecto. Alejandro se disgustaba en relación con ese tema, porque, oyendo que los egipcios tramaban algo, no podía enviar con rapidez a los sátrapas sus disposiciones al respecto. Yo, rey, dijo el comerciante sidonio, te prometo indicarte un camino no largo desde Persia hasta Egipto. Si alguien lograra escalar esas montañas —en tres días decía que las atravesaría—, en un voleo se planta en Egipto.

Así era realmente, y mira que Alejandro no le creyó; pensaba que el comerciante era un impostor. Así, lo chocante de la promesa parece poco creíble a la mayoría.
Pero que no te pase a ti lo mismo. Sabrás por experien- 6
cia que, cuando seas ya un orador, nada te impedirá que parezca que atraviesas volando, en menos, incluso, de un solo día, las montañas que separan Persia de Egipto.

Quiero, primero, como el famoso Cebes, mostrarte ambos caminos describiendo una imagen con la palabra. Sean, pues, dos los caminos que llevan a la vera de la retórica, de la que me pareces no muy comedidamente enamorado. Siéntese ella sobre una cima muy bella y con hermosa presencia, con el cuerno de Amaltea en su mano derecha rebosante de toda clase de frutos. A su lado me parece ver plantada a la Riqueza, toda ella de oro y codiciada. Comparezcan al lado, también, la Fama y el Poder, y los Elogios en derredor de toda ella, semejantes a pequeños Eros, en gran número, de todas partes, entrelazados al tiempo que revolotean. Si conocieras el Nilo reproducido en el dibujo, lo verías discurrir sobre algún cocodrilo o hipopótamo —hay muchos en él— y a algunos cachorros jugando

a su alrededor —los egipcios los llaman «codos»— [4]; así son los Elogios en torno a la Retórica.

Tú, el amante, te acercas con unas ganas locas de llegar a la cima lo más pronto posible, para, una vez arriba, desposarla y tener todo aquello, la riqueza, la fama y los elo-
7 gios; por ley, todo eso pasa a ser del marido. Pero, después que te acerques al monte, lo primero de todo pierdes las esperanzas de coronar la cima y la situación te parece semejante a la de Aorno [4bis], que se dio a ver a los macedonios que la vieron con aristas por todas partes, hasta el punto de que ni las aves podían volar con facilidad por encima de ella; necesitaba de un Dioniso o de un Heracles para ser tomada. Ésa es la opinión que te formas al principio; al cabo de un rato ves dos caminos; uno es una vereda estrecha, espinosa y escarpada, cuyo recorrido implica mucha sed y sudor. Se anticipó ya Hesíodo a indicarlo, de modo que no será preciso que lo haga yo [5]. El otro, amplio, florido y con agua abundante, tal como te lo dije antes; así que no te lo voy a repetir otra vez, no te vayas a entretener, que ya un orador casi podías ser.
8 Me parece, no obstante, que voy a insistir bastante en un punto, a saber, que la vereda aquella escarpada y dura no tenía muchas huellas de los caminantes, y si había alguna, era de hace mucho tiempo. Yo, pobre de mí, subí por ella pasando sin necesidad alguna enormes penalidades. El otro camino, como era liso y parecía no tener ningún pasaje tortuoso, me pareció como si no hubiera andado por él. Como era joven no veía lo mejor, sino que pensaba

[4] Las famosas crecidas del caudal del Nilo, tan importantes y tan esperadas por los habitantes ribereños, están simbolizadas por dieciséis «codos», en versión literal del término empleado por Luciano.

[4bis] Escarcapa montaña de Macedonia.

[5] Cf., HES., *Teog.* 286-292.

que llevaba razón el famoso poeta cuando decía que lo bueno deriva del sufrimiento [6]. Pero no era así. Veo que, sin esfuerzo, la mayoría se hace acreedora a cosas más importantes, por el buen criterio en la elección de las palabras y de los caminos.

Cuando llegues al punto inicial, estoy seguro de que te verás en apuros —de hecho ya lo estás—, a ver por cuál de los dos caminos diriges tus pasos. Te voy a decir cómo tienes que hacer para subir fácilmente a la cumbre, alcanzar la felicidad, desposarla y suscitar admiración a los ojos de todos. Basta ya de tropezar dos veces en la misma piedra y de pasar penalidades. Todo se te dará, como en la época de Cronos, sin necesidad de sembrar y sin labrar [7].

Al punto se te acercará un hombre recio, de porte viril, 9
con las huellas del sol en su cuerpo, de mirada varonil, despierto, guía de aquella senda escarpada; te dirá, el infeliz, toda una serie de tonterías invitándote a que lo sigas, mostrándote como modelo las huellas de Demóstenes, de Platón y de algunos otros, grandes y de tamaño mayor que las de los hombres de ahora, ya borrosas y confusas por el paso de los años; te dirá que serás feliz, y que, a tenor de la ley, desposarás a la Retórica, si es que caminas por esa senda como hacen los que van persiguiendo bellos objetivos. En cuanto te desvíes un poco, o pises por fuera o te desniveles hacia uno de los lados, te caerás fuera del camino recto que conduce a la boda. Te exhortará, después, a emular a aquellos hombres de antaño, poniéndote ejemplos trasnochados de sus discursos no fáciles de

---

[6] Nueva referencia a un pensamiento de Hesíodo plasmado en *Trabajos y Días* 289.

[7] Una vez más se hace referencia a Hesíodo cuando describe la llamada Edad de Oro (*Trabajos* 117 ss.)

imitar, como sucede con las esculturas de antaño, de Hegesio y las de los seguidores de Critio y Nesiote [8], comprimidas, nerviadas, secas y meticulosamente recortadas en sus perfiles. Te dirá que esfuerzo, insomnio, necesidad de beber agua y la tenacidad son inexorables e inevitables; sin ellas es imposible recorrer el camino. Y lo más molesto de todo, que te prescribirá el tiempo del recorrido como muy largo; muchos años, no puede contarse por días o por treintenas, sino que debe contarse por Olimpíadas [9], para que, al oírlo, desistas de antemano de todas esas fatigas y abandones diciendo adiós una y mil veces a aquella felicidad que con tanto empeño anhelabas conseguir. Además de todo eso, no te pedirá honorarios reducidos por penalidades de tan gran envergadura; al revés, no te guiaría, a no ser que cobrara una buena cantidad por anticipado.

10 Eso te dirá ese hombre, impostor y trasnochado, ciertamente un hombre «Crónico» [10], proponiéndote a muertos del pasado como modelo a imitar, creyendo que merece la pena exhumar palabras hace tiempo ya enterradas, como si fuera una cosa estupenda; estima conveniente emular a un hijo de un fabricante de cuchillos y espadas y a otro hijo de un tal Atrometo, el gramático [11]. Y todo ello en tiempo de paz —que ni acecha Filipo ni da órdenes Alejandro, ocasiones esas en las que las palabras de aqué-

---

[8] Escultores de cierto relieve anteriores a Fidias.

[9] Nótese la manera de contar el tiempo: por meses y por períodos de cuatro años —intervalo entre dos celebraciones de los Juegos en Olimpia—.

[10] Nótese el juego de palabras; nosotros decimos «anacrónico», pero es que aquí «Crónico», así con mayúscula, significa justamentre eso, «trasnochado», es decir, de la época de Cronos.

[11] Inequívoca alusión a las dos figuras de la oratoria griega, Demóstenes y Esquines respectivamente.

llos parecían bastante útiles—, sin saber cuál es ahora el camino nuevo, rápido y sin complicaciones para entrar de inmediato en el campo de la Retórica. Tú, ni le hagas caso ni le prestes atención, no sea que te coja a su lado y te precipite de cabeza o se las arregle para que acabes envejeciendo antes de tiempo con tantos esfuerzos.

Pero si, realmente, estás enamorado y quieres estar con la Retórica rápidamente, aún en el mejor momento de tu vida, de manera que recibas el mismo interés de parte de ella, ¡adelante!; al tipo velludo ese, varonil en exceso, le dices que se vaya a hacer puñetas; que suba él y todos a quienes pueda engañar para que vayan con él, ¡déjalo que suba sudoroso y jadeante!

Al llegar al otro camino encontrarás a mucha gente, 11
y entre ella a un hombre muy sabio y muy hermoso, contoneándose al andar, con el cuello plagado de collares, con mirada femenina, con voz atiplada, despidiendo olor a perfumes, rascándose la cabeza con el índice, arreglándose los cabellos —ya pocos— con rizos y teñidos de color violeta, un maricón como Sardanápalo o Cinira o el propio Agatón, aquel amadísimo poeta de la tragedia [12]. Quiero decir que, a partir de esos datos, podrías hacerte una idea de cómo era él, no vaya a pasarte inadvertido un ejemplar tan maravilloso, amigo de Afrodita y de las Gracias. ¿Que por qué lo digo? Si se acercara a ti, aunque estés con los ojos cerrados y te dijera algo, al abrir aquellos labios del Himeto y dejar oír su voz habitual, te darías cuenta enseguida de que no es uno como nosotros, que comemos productos de la huerta, sino que se trata de una extraña silueta que se alimenta de rocío o de ambrosía.

---

[12] Nada mejor que una lectura de las *Tesmoforías* de Aristófanes para ver puestas de relieve las veleidades *gay* del tal Agatón.

12 Si te acercas y te entregas a él, serás muy pronto un buen orador, admirado y —según dice— te instaurarás como rey de los discursos conduciendo sin esfuerzo las cuadrigas del bien decir. Tomándote a su lado, te enseñará primero aquellas cosas primeras... mejor que te lo diga él. Sería ridículo que yo hiciera los discursos por un orador de tal categoría, yo, un vulgar actor, que represento papeles de esa categoría e importancia... ¡Quita!, no sea que rompa con algún fallo al héroe al que estoy representando.

Tal vez podría decirte, llevándote a su lado, cuánto pelo le queda todavía, esbozando la sonrisa aquella fina y blanda que solía esbozar, imitando a Autotaida, la actriz de comedias, o a Maltaque o a Glicera [13] con lo delicado de su voz. El porte excesivamente masculino resulta tosco
13 e impropio de un orador delicado y con encanto. Tal vez él, usando un lenguaje comedido para hablar de sí mismo, te dirá: «¿Acaso, buen hombre, Apolo Pitio te envió a mí, aludiéndome como el mejor de los oradores, como cuando Querefonte [14] le preguntó y él le indicó quién era el más sabio de entre los de entonces?; y si no es eso, sino que vienes por la fama, al oír que todos han quedado fuertemente impresionados por nuestra doctrinas, entonando alabanzas y quedándose pasmados y agazapados de miedo,

---

[13] Esta mención me parece que echa por tierra una de las afirmaciones que se vienen dando como algo comúnmente admitido y que no necesita estudio o discusión. Después de leer esto, tres nombres de mujeres con un término inequívoco al lado —*kōmikēn*, es obvio que no significa autora de comedias, sino *actriz* de comedias—, piénsese si de verdad no hubo mujeres actrices en Grecia. Que Luciano las cite —no una sino tres— con sus nombres, igual que hace en otros opúsculos con los actores, demuestra que no se puede afirmar rotundamente que no hubo actrices en el teatro griego.

[14] Alusión al famoso pasaje de PLATÓN. *Apología* 21a.

al punto sabrás a los dominios de qué clase de hombre 'genial' has venido. No esperes ver algo que puedas comparar con fulano o mengano. Aunque alguien te hable de Titio o de Oto o de Efialtes, el asunto te parecerá fantástico y prodigioso, con mucho, muy por encima de ellos. Porque verás que su voz es superior a la de los demás, en la misma medida en que la trompeta domina a las flautas, y las cigarras a las abejas y los coros a cada uno de sus componentes. Puesto que tú también deseas llegar a ser un 14
orador y eso no lo aprenderías de otro fácilmente, sigue sólo, niño de mi alma, lo que yo te diga, imita todo lo que haga y guárdateme, al pie de la letra, las normas que yo te ordene utilizar. Avanza ya sin vacilación y sin temor, dado que no has pasado por los rituales previos a la retórica, que facilita la enseñanza elemental abriendo camino a los tontos y a los necios con mucho esfuerzo. Pero no necesitarás de nada de eso. Embárcate con los pies sin lavar —como dice el refrán—, que no vas a estar en desventaja por ello, aunque —lo más corriente— no sepas ni escribir las letras. El orador es otra cosa al margen de eso.

»Te diré, en primer término, todo lo que tienes que 15
traer de tu casa, cuando vengas, como equipaje para la travesía, y cómo debes hacer tus provisiones para poder acabar rápidamente. A continuación yo mismo, dándote unas indicaciones cuando vayas por el camino, así como algunos consejos, antes de ponerse el sol, te presentaré ante todos como un orador tal como yo soy, sin lugar a dudas, primero, mediano y último de los que se afanan en pronunciar discursos.

»Trae contigo lo más importante de todo, la ignorancia y, después, la osadía, el descoco y la desvergüenza. Déjate en casa el pudor, el decoro, la moderación y el rubor; no sirven para nada y son contraindicados para el tema que

nos ocupa. Un grito lo más alto que puedas, un tono desenfadado y un porte como el mío; eso es lo que es absolutamente imprescindible y con eso sólo basta. Que tu vestido sea tornasolado o blanco, obra de un taller tarentino para que se transparente el cuerpo. Zapatos femeninos de tacón del Ática, con muchas hendiduras, o botines de Sición [15] adornados con flecos blancos; muchos acompañan-
16 tes y siempre, siempre, un libro. Eso es lo que tienes que hacer. Lo demás, velo y óyelo a medida que avances por el camino. Te voy a explicar las leyes a las que deberás atenerte, si quieres que la Retórica te identifique y te acoja; no te rechazará ni te enviará a paseo como si fueras un no iniciado o un espía de los rituales mistéricos. Hay que prestar mucha atención al porte externo y al buen arreglo del vestuario, y después seleccionando quince o, como mucho, veinte términos áticos y aprendiéndolos concienzudamente, tenlos listos en la punta de la lengua —el *átta* y *káta* y *môn* y *hameguépe* y *lôste* y otros por el estilo— [16] y espárcelos por encima en todo discurso como un suave condimento. No te preocupes de lo demás, si no cuadra o no encaja o desentona con ello. Fíjate bien que el vestido de púrpura sea bonito y florido de adornos, aunque
17 el manto sea una pelliza de las gruesas. Después, palabras misteriosas y extrañas, raras veces pronunciadas por los oradores de antaño y llevándolas contigo, elígelas antes y asaetea con ellas a las masas que se te acerquen. Así la plebe te mirará con consideración y asumirá como algo maravilloso la cultura que los desborda, si llamas a rascarse 'almohazarse', al agostarse por el sol, 'soligostarse',

[15] Sobre estas modalidades de calzado, véase nuestra n. 9 en HERODAS, *Mimiambos...*, B.C.G. 44, Madrid, 1981, pág. 68.

[16] Hemos preferido dejar los términos tal cual; nótese que el *káta* proviene de la crasis de *kaí* y *eîta,* y que *môn* es un término de Luciano.

a la fianza 'pronomio' y a la aurora 'altanube' [17]. Crea tú también términos nuevos y extraños y deja fijado con rango de ley llamar al que sea hábil en interpretar 'euléxico', al inteligente 'sabelotodo', al bailarín 'manisabio'. Si cometes solecismos o barbarismos, sea la desvergüenza el único remedio y ten siempre dispuesto un nombre que no sea de nadie, ni de los de ahora, ni de los de antes, sea poeta o prosista, diciendo que él, un hombre culto, muy meticuloso en su forma de expresarse, empleaba esa expresión. No leas textos de antaño, ni siquiera al charlatán Isócrates ni a Demóstenes, dejado de la mano de las Gracias, ni al frío Platón; lee los discursos de los que han vivido un poco antes que nosotros y lo que ellos llaman ejercicios, para que, bebiendo en sus fuentes, puedas echar mano de ellos como si los sacaras de la despensa.

»Y cuando sea preciso hablar y los presentes sugieran 18
algunos argumentos y puntos de partida para los discursos, todo cuanto sea molesto censúralo y menospréciaIo, en la idea de que nada de eso es propio de un hombre. Y si ya los han elegido, sin apresurarte di lo que se te ocurra en un lenguaje torpe, sin preocuparte en absoluto de que lo primero, sí, como es lo primero, lo tengas que decir en el momento adecuado, y lo segundo, después de lo primero, y lo tercero después de lo segundo; antes bien, di en primer lugar lo primero que se te ocurra, y si llega el caso te pones la espinillera en torno a la frente, y el casco en torno a la espinillera [18]. Pero, ante todo, espabi-

---

[17] Aquí, en cambio, hemos preferido traducir manteniendo en lo posible el compuesto aunque sea obsoleto, desusado o, incluso, inexistente en español.

[18] Se insta a violar la *táxis* o disposición ordenada de las ideas de un discurso, que continúa una fase obligada en su proceso de elaboración.

la, empalma frases y no te calles. Y si hablas de un chulo o de un adúltero en Atenas, cuenta también lo que sucede entre los indos y entre los ecbatanos. Y, sobre todo, el Maratón y el Cinegiro, sin los que no se puede dar un paso. Que se navegue por el Atos, que se haga una expedición a pie por el Helesponto, que se oscurezca el sol por las flechas médicas, que huya Jerjes, que Leónidas sea motivo de admiración, que se lean las letras de Otríadas, y Salamina y el Artemisio y las Plateas, que no falten todos esos numerosos y frecuentes tópicos. Unas ligeras gotas de picante le darán más realce y más vida a tus palabras, y a todas horas el *átta* y el *dépouthen* [19], aunque no venga a cuento; son bonitas, sobre todo si se dicen en el momento oportuno.

19 »Y si alguna vez te parece que es la ocasión apropiada para entonar, entona entonces todo lo que tengas que entonar, y que sea al modo lírico. Y si te ves en apuros con este tema del canto, di pura y simplemente «miembros del jurado» con armonía, y ya has completado la musicalidad de tu frase. El 'ay de mis males', a troche y moche, y bien de golpes en el muslo, y grita a voz en cuello, pon énfasis en lo que digas y camina contoneando el culo. Y si así no te elogiaran, cabréate e insúltalos. Y si enseguida se levantan, porque les da vergüenza dispuestos ya a comenzar el éxodo, manda que se sienten y conduce la situación en plan tirano.

20 »Para que admiren lo completos que son tus discursos, empieza por la saga de Troya o —sí, por Zeus— por las bodas de Deucalión y Pirra, y si te parece, ve bajando el relato hasta nuestros días. Serán pocos los que te entiendan, la mayoría de los cuales no dirán ni pío por

---

[19] Muletillas equivalentes al «entonces» y al «pues» del castellano.

discreción. Y caso que hagan algún comentario, parecerá que lo hacen por fastidiar. La mayoría admirará tu aspecto externo, tu voz, tu porte, tus andares, tu entonación, tu calzado, aquel famoso toque ático tuyo, y al ver el sudor y la respiración entrecortada, no podrán por menos que creer a pies juntillas que eres un consumado maestro de la oratoria. Y, sobre todo, el apresuramiento ese conlleva una defensa no pequeña y asombro entre el vulgo; así que, nunca escribas o vengas preparado, pues eso puede resultar una prueba clara en contra de ti.

»Que los amigos estén siempre danzando a tu alrededor 21
y te paguen como costo de los banquetes, si alguna vez se dieran cuenta de que vas a caerte, el echarte una mano y ofrecerse a encontrar lo que se debe decir en los intervalos de tiempo producidos por aplausos. Preocúpate de esto, de tener un coro casero, que cante contigo.

»Ésas son las instrucciones para ti respecto de los discursos. Además, que unos escuderos escolten tu paso mientras avanzas envuelto en tu manto y haces un repaso de lo que has pronunciado. Y si alguien te sale al paso, cuéntale mil maravillas de ti, ponte por las nubes hasta que llegues a resultarle molesto: '¿qué era el de Peania al lado mío?' y 'mi enfrentamiento es tal vez contra uno de los hombres del pasado' y expresiones por el estilo.

»¡Ah!, y lo más importante y lo más imprescindible 22
para gozar de buena reputación, por poco si me lo olvido: ríete a base de bien de todos los que hablan. Y si alguno pronunciara un buen discurso, que se vea que pone de relieve palabras de otro, no de sí mismo. Si recibe unas críticas moderadas, cuestiónenselele todos sus argumentos. Y en las lecturas públicas debes estar con todos, pues debes darte a conocer. Y cuando todos estén en silencio, añade un vocablo elogioso poco corriente que distraiga y moleste los

oídos de los presentes, para marearlos a todos con la pesadez de tus términos y hacer que se tapen los oídos. Agita, no demasiado, la mano, con moderación, y no te levantes más que una o a lo sumo dos veces. Esboza una sonrisa forzada en la mayoría de los casos y muestra ostensiblemente que no te satisface lo que se está diciendo. Consistentes son los motivos de críticas para quienes tienen prestos los oídos a calumnias.

»Por lo demás, hay que tener valor. La osadía, la desvergüenza, la mentira, siempre a punto; un juramento siempre en la punta de los labios, envidia a todos, odio, crítica maliciosa, calumnias convincentes; todo eso te convertirá en breve a ojos de todos en un hombre célebre y famoso.

23 »Este tipo de actuación es la que se nota y se da a ver al exterior. En tu vida privada que parezca que haces todo de todo: jugar a los dados, emborracharte, joder, cometer adulterio y presumir de ello, aunque no lo hagas, andar contándoselo a todos y enseñar solapadamente notas escritas por mujeres. Esfuérzate por ser galante y esfuérzate en dar sensación de que las mujeres se toman interés por ti. La mayoría achacarán eso a la retórica, de modo que con ello creerán que tu fama traspasa los círculos femeninos. Y algo más: no te avergüences si parece que estás enamorado de algún hombre, y eso, aunque seas barbudo, sí por Zeus, o calvo. Comparezcan algunos a tu lado precisamente para eso, y si no aparecieran, con los criados basta. Muchas cosas de esa índole son de suma utilidad para ejercer la retórica, pero, sobre todo, la desvergüenza y el desparpajo. ¿Ves cómo las mujeres son más charlatanas y se insultan a base de bien, más que los hombres? Pues si te sucediera lo mismo que a ellas, en ese punto diferirías de los demás. Y si hay que embadurnarse de maquillaje, mejor por todas partes, y si no, al menos

por las que más falta hace. Que tu boca esté abierta por igual a todo, y la lengua a tu servicio tanto para los discursos cuanto para cualquier otro tipo de actividades que pueda hacer. Y puede no sólo decir solecismos o barbarismos, divagar o jurar en vano o insultar o calumniar o mentir, sino que de noche puede desempeñar también alguna otra función, sobre todo si no puedes dar abasto a muchos amantes. Que ella lo sepa todo, que sea fecunda y que
no se arredre ante nada. Si aprendes eso bien, muchacho 24
—y puedes (nada hay tan pesado en todo ello)—, te prometo y te animo a llegar a ser por fin en no mucho tiempo un orador excelente y semejante a nosotros. Lo que viene después no debo decirlo yo, esto es, toda la serie de bienes que tendrás a tu lado en breve de parte de la retórica. Ya me ves a mí, que nací de padre desconocido y no puramente libre, que serví como esclavo en Xois y Tmuis [20], y de madre costurera a la puerta de una calleja. Yo, que por lo que se ve, no estaba de mal ver en mi juventud, al principio vivía con un amante miserable y pegajoso por el solo hecho de que me diera de comer. Pero, una vez que capté perfectamente que este camino era muy fácil y, abriéndome paso, llegué a la cima —tenía a mi alcance, querida Adrastea, todas aquellas provisiones para el camino que mencioné anteriormente: el desparpajo, la ignorancia y la desvergüenza—, lo primero, ya no me llamo *Potheinós* [21], sino que he adquirido ya el mismo nombre que los hijos de Zeus y Leda.

---

[20] Dos ciudades en el delta del Nilo.

[21] Extraño juego de palabras; *Potheinós,* tiene que ver con *póthos* «anhelo», «deseo ferviente»; los hijos de Zeus y Leda son, obviamente, Cástor y Pólux. Tal vez de aquí quieren extraer algunos filólogos el dato de que es el famoso lexicógrafo Pólux el destinatario de esta obra. Corroboraría este dato el hecho de que era natural de Egipto.

»Después, viviendo en compañía de una vieja, al principio satisfacía los placeres del bajo vientre a costa de ella, fingiendo que estaba enamorado de una mujer de unos setenta y cuatro años, que aún conservaba algunos dientes, postizos de oro. Pero, por mi pobreza, resistí la prueba, y el hambre hacía que me supieran a gloria aquellos besos helados, echados como desde un ataúd. Por un pelo no fui heredero de todos sus bienes, de no ser porque un maldito criado reveló que yo había comprado veneno para em-
25 plearlo contra ella. Me echaron de allí, mas sin embargo ni siquiera entonces carecí de lo necesario. Paso por ser un orador y buena prueba de ello doy en los procesos, en los que, con mucha frecuencia, soborno a los jueces para los clientes menos inteligentes; en la mayoría de los casos soy derrotado, pero las palmeras crecen a mi puerta verdes y coronadas; las uso como cebo para mis víctimas. Pero incluso el ser odiado por todos y el hacerme notar por mi carácter detestable y aún más por el detestable tono de mis discursos, el que me señalen con el dedo, al tiempo que dicen: 'éste es el colmo de la maldad', me parece que no es algo irrelevante.

»A eso te animo —sí por la Pandemo (Afrodita)—, igual que me animé previamente a mí mismo sabiendo que me hacía un favor no pequeño.»

26 En fin, el hombre venerable, cuando te diga eso, habrá terminado su misión. Tú, si haces caso a lo que te ha dicho, piensa que estás donde desde un principio anhelaste llegar. Y nada te impedirá, acompañado por la ley, el vencer en los tribunales, gozar de buena consideración y ser querido entre las masas, y el desposar no a una vieja de esas que salen en las comedias —como hizo el legislador y el maestro—, sino a la más bella mujer, a la Retórica, pues más te cuadra que se diga de ti aquel famoso pasaje

de Platón —«que vas guiando un carro alado»— que no de Zeus.

Yo —soy un hombre vulgar y cobarde— me quitaré de vuestro camino y dejaré de piropear a la Retórica, pues, en lo que a vuestros asuntos en relación con ella se refiere, yo no tengo arte ni parte. Mejor dicho, he dejado ya de piropearla, así que pregonarás que habéis logrado la victoria sin esfuerzo, se os admirará al tiempo que se os recordará que no nos habéis derrotado porque se haya puesto de manifiesto que sois más rápidos que nosotros, sino por el hecho de haberos inclinado por el camino más fácil y cuesta abajo.

42

ALEJANDRO O EL FALSO PROFETA

En este opúsculo parece que por primera vez oímos a Luciano hablar por su propia boca, sin necesidad de acudir a pseudónimos ni máscaras. Quiero decir que el presente opúsculo, más que un texto literario, es todo un documento. Ni diálogo ni ensayo; una especie de carta dirigida a Celso sirve para que Luciano se despache a su gusto contra quien, al parecer, era enemigo suyo. Desde luego el tono empleado deja traslucir un odio muy fuerte que alcanza su punto álgido cuando Alejandro recibe en persona a Luciano, que le propina un mordisco en lugar de besarle la mano. El escrito va dirigido a Celso, al parecer el mismo personaje que escribió *Contra Orígenes.*

Con independencia de los detalles de carácter individual y personal, el escrito es interesante, porque en Alejandro debemos ver retratado a un personaje-tipo. Mitad sacerdote, mitad truhán, mitad milagrero, mitad curandero, mitad hechicero, mitad adivino, tiene de todo un poco y no es más que un auténtico producto de su época. La invasión espiritual que va llegando a Grecia desde Oriente ha hecho proliferar este tipo de personajes, de quienes, al menos, debe admitirse que tenían gancho y tirón popular. Así, todo el mundo clásico de época más antigua que puso tanta fe en lugares como el oráculo de Delfos se ve recreado en este siglo II d. C.; asistimos a todo un resurgir de la mántica y de las religiones mistéricas, que irán dando al traste, poco a poco, con las creencias tradicionales de la religión oficial.

Tal vez tú, querido Celso, creas que es un encargo de 1
poca monta el escribir y enviarte, en un libro, la vida de Alejandro, el impostor de Abonoteico, y sus predicciones, sus audacias y sus sortilegios. Si alguien pretendiera explicar cada punto con exactitud, el trabajo sería no menor que el escribir de nuevo las gestas de Alejandro, el hijo de Filipo; la perversidad del otro Alejandro corre pareja con el valor de éste. No obstante, si estás dispuesto a leer con una cierta condescendencia y a añadir lo que falte al contenido de los relatos, te voy a abordar el establo de Augias; si no todo, al menos intentaré limpiarlo en la medida de mis fuerzas, echando fuera algunos cestos, para a partir de ellos calibrar qué cantidad tan enorme de estiércol habrían podido producir tres mil bueyes en muchos años.

Vergüenza me da de ambos, de ti y de mí. De ti, por- 2
que has tenido a bien echarte en brazos de un hombre mil veces maldito en memoria y escritura, y de mí, porque voy a hacer un esfuerzo en un relato de tal índole y en acciones de un hombre que ni siquiera sería digno de ser leído entre las gentes cultas, sino más bien digno de ser denostado, a la vista de todos, en un enorme teatro, por monos o zorras. Y si alguien nos pregunta la razón, podremos sacarle a colación un ejemplo parecido. También Arriano, el discípulo de Epicteto, hombre entre los primeros de los romanos y en contacto con la cultura durante toda su vida, como le sucedió algo parecido, podría hacer el discurso en defensa nuestra; él también tuvo a bien escribir la vida de Tilorobo, el bandido [1].

---

[1] No tenemos constancia de una vida del tal Tilorobo entre los escritos de Arriano que han llegado a nuestras manos, y no hay otra fuente que nos permita conocer detalles al respecto.

Nosotros vamos a trazar la memoria de un bandido mucho más cruel, ya que sus actos de pillaje no han tenido lugar en bosques ni en montes, sino en ciudades, pues no se limita sólo a devastar Misia y el Ida, ni a saquear unas cuantas zonas, las más desérticas de Asia, sino que, por así decir, ha plagado de su bandidaje el Imperio Romano.

3 Para que te hagas una idea lo más aproximada posible, intentaré primero trazar un retrato de palabra, aunque no creas que soy muy dado a los retratos. Su cuerpo, por hacer mención también de ello, era de buena estatura, de buen ver y con un auténtico empaque: blanca la piel, la barba no excesivamente poblada, y cabellera propia por un lado y añadida pero bien ajustada por otro, hasta el punto de pasarle inadvertido a la mayoría que era postiza. Sus ojos denotaban mucha chispa e inspiración, su voz era a un tiempo muy agradable y muy nítida. En esa serie de puntos nada de nada se le podría reprochar.

4 Así era su aspecto externo. Su alma y su mentalidad... —por Heracles defensor del mal y Zeus protector y Dioscuros salvadores—, ojalá pudiera él topar con enemigos y adversarios y no estar yo nunca en compañía de un tipo así. En inteligencia, sagacidad y sutileza se diferenciaba muy mucho de los demás. Capacidad de observación, capacidad de captación, capacidad de retención y una innata disposición para aprender, todo eso lo poseía en grado muy superior a los demás, pero lamentablemente hacía un pésimo uso de esas cualidades y, echando por tierra todos esos nobles instrumentos, acabó por ser el más famoso de los que están en boca de todos por su maldad, por encima de los Cércopes [2], Euríbato y Frinondas, o Aristodemo o

[2] Dos hermanos, Euríbato y Frinondas —según otras versiones, Silo y Tríbalo—, conocidos, generalmente, como los Cércopes, eran dos bandidos de gran fuerza y enorme estatura. Intentaron robar a Heracles,

Sóstrato. Él mismo, escribiendo a su yerno Rutiliano en
cierta ocasión y diciendo en favor de él los elogios más
comedidos, creía ser semejante a Pitágoras. Pero que me
perdone Pitágoras, hombre sabio y de mente genial; si hu-
biera nacido cuando ése, sé que hubiera parecido un niño
a su lado. Y, por las Gracias, no pienses que yo digo eso
de Pitágoras para ofenderle, sino que estoy intentando co-
tejarlos en base a la similitud de las acciones. Pero si
alguien, pese a todo, hiciera coincidir las peores y más di-
famantes palabras de las que se dicen para calumniar a
Pitágoras, de cuya veracidad yo no podría ser convencido,
todas ellas serían una parte insignificante de los tejemane-
jes de Alejandro. Imagínateme y plasma a ojo de buen
cubero una mezcla muy variada del alma hecha a base de
falsedad, engaños, perjuicios, y males artes, complaciente,
osada, atrevida, laboriosa para poner en práctica las ideas,
persuasiva, convincente, simuladora de lo mejor y de la
apariencia más opuesta a la intención. Nadie que se topara
con él, en un principio se marcharía con una opinión for-
mada sobre él que no fuera la de ser el más honrado, el
más discreto y, sobre todo, el más sencillo y el más llano
de todos los hombres. A todo eso añadía la altura de mi-
ras y el albergar en la mente siempre pensamientos no de
poca monta, sino el dedicar sus ideas siempre a las empre-
sas más elevadas. Siendo un muchacho muy guapo, como 5
se puede deducir por su actuación de ahora, que ya está
pocho, se iba de putas y se acostaba a sueldo con quienes
se lo pedían. Entre otros va y lo coge un amante, impos-
tor, de los que prometen brujerías y conjuros maravillosos
y favores para los servicios amorosos, asechanzas para los

mientras dormía echado en la cuneta de un camino, pero no lo consiguieron; Heracles despertó y consiguió ponerlos en fuga.

enemigos, desenterramientos de tesoros y repartos sucesorios de herencias. Él, al ver a un muchacho de tan buena presencia y tan dispuesto a colaborar en sus actividades, no menos amante de su propia maldad que de la belleza del muchacho, lo educó totalmente en lo suyo y pasaba la vida con él, utilizándolo como ayudante, sirviente y colaborador. Aquél, según la opinión general era médico, y sabía como la mujer de Thon el egipcio:

Venenos muchos excelentes mezclados, muchos funestos,

de todos los cuales él era heredero y sucesor.

Este maestro y amante era tianeo, del círculo de Apolonio y de los que sabían toda su «tragedia»; ya ves de qué ralea es el hombre del que te hablo.

6 Con barba poblada e instalado en la miseria, al morir el famoso tianeo, como se le había pasado ya la etapa de su vida de la que podía sacar para vivir, no imaginaba ya nada de poca monta, sino que, asociándose con un coreógrafo de los que se trasladan para las competiciones, de naturaleza mucho más canallesca —Coconas [3], creo que le llamaban—, iban de un lado para otro con sus charlatanerías y sus prácticas de hechicería y embaucando a los «hombres crasos» —así le llaman, en la lengua paterna de los magos, a la masa—. Entre ellos descubriendo a Macetis, una mujer acaudalada, pasada ya de rosca, pero que aún tenía pretensiones amorosas, gorronearon a sus expensas y la acompañaron desde Bitinia hasta Macedonia. Era ella de Pela, región antaño próspera en época de los reyes de los macedonios, y ahora deprimida y con muy pocos habi-
7 tantes. Viendo allí serpientes de gran tamaño, muy mansas

[3] En relación con la identidad del tal Coconas, cf. *Antología Palatina* XII 222.

y domesticadas hasta el punto de que podían ser criadas por mujeres y dormir con los niños, soportar que las pisaran, no irritarse si las apretaban, beber leche de una teta igual que los *críos* —se crían muchas serpientes de este estilo en la región, de donde procede el mito que se cuenta respecto de Olimpia, antaño verosímil, cuando engendró a Alejandro, tras dormir ella con un dragón de esa naturaleza [4]—, viendo eso, digo, van y compran una, la más bonita de las serpientes por unos pocos óbolos. Y, como 8
diría Tucídides, a partir de aquí comienza ya la guerra [5].

Y, como sería de esperar de dos pérfidos y desvergonzados caraduras muy dispuestos a cometer todo tipo de fechorías, convergiendo en los mismos intereses, comprendieron que la vida de los hombres está despóticamente gobernada por dos importantísimos factores: la esperanza y el miedo, y que quien fuera capaz de sacar mejor partido de uno y otro se enriquecería rápidamente. En efecto, veían que la predicción del futuro es inexorable y anhelada por ambos, tanto por quien tiene miedo como por quien alberga esperanzas, y que, desde antaño, lugares como Delfos, Delos, Claro y Branquidas se habían hecho ricos y célebres, pues los hombres frecuentaban los santuarios por los motivos que les inducían a profetizar esos dos despóticos gobernantes, a saber, el miedo y la esperanza, y necesitaban conocer de antemano lo que iba a suceder; por ello, hacían sacrificios de cien bueyes y ofrendaban ladrillos de oro.

Dando vueltas y más vueltas a todo eso en sus cabezas, maquinaban poner juntos un consultorio de adivinación

---

[4] Algunas versiones querían hacer creer que Alejandro era hijo de Zeus, quien había fecundado a Olimpia, su madre, bajo forma de serpiente.

[5] Insospechada alusión a Tucídides, II 1.

y un oráculo. Si les iba bien, esperaban enriquecerse y ser felices enseguida —lo que precisamente les salió mucho mejor que sus previsiones iniciales y muy por encima de lo que esperaban—.

9 Comenzaban entonces a inspeccionar, primero el lugar, segundo cuál sería el principio y el modo de organizarse. Coconas era de la opinión de que Calcedón era el paraje adecuado, bien comunicado, vecino de Tracia y de Bitinia, no muy alejado ni de Asia ni de Galacia, ni de todos los pueblos establecidos al Norte. Alejandro, al revés, prefería lugares de su propia tierra, aduciendo —cosa que era verdad— que deberían ejercer su autoridad e influencia sobre un tipo de personas bastas y simples, como decía que eran los paflagonios que habitaban al norte de Abonoteico, muchos de ellos supersticiosos e ingenuos y que, simplemente con que alguien presentara a un flautista o tamborilero o campanillero, dando a conocer al oráculo con cuentagotas [6], se quedarían todos al punto boquiabiertos
10 ante él y mirándolo como si fuera un extraterrestre. Produciéndose no poca controversia entre ellos respecto de ese tema, se impuso por fin Alejandro.

Llegando a Calcedón —pese a todo, la ciudad les pareció tener alguna utilidad—, en el templo de Apolo, que es el más antiguo para los calcedonios, entierran unas tablillas de bronce que decían que enseguida Asclepio, en compañía de su padre Apolo, se acercaría al Ponto y se instalaría en Abonoteico. Esas tablillas, halladas a propósito, hicieron propagar la noticia por toda Bitinia y por el Ponto y, mucho antes que a los demás lugares, por Abo-

---

[6] No es con cuentagotas sino con criba. Ese era un método vulgar y que gozaba de mala fama y un cierto desprestigio entre los expertos de esos temas. Para más detalles relativos al procedimiento, cf. ARTEMIDORO, *Libro de los sueños* 1, 69.

noteico. Sus habitantes votaron al punto construir un tem-
plo a toda prisa, al tiempo que se ponían a excavar ya
los cimientos. En ese momento queda Coconas abandona-
do en Calcedón, escribiendo oráculos de doble sentido, am-
biguos y retorcidos; al cabo de poco tiempo llegó al final
de sus días por picadura de víbora, según tengo entendido.
Allá que se va por delante Alejandro, melenudo ya y con 11
rizos, vestido con una túnica blanca, con ribetes de púrpu-
ra y recubierto de un manto blanco, con una hoz, al modo
de Perseo [7], de quien se hacía descender por parte de su
madre. Aquellos infelices paflagones que sabían que sus
progenitores —ambos— eran grises y de origen modesto,
daban crédito al oráculo que decía

Por su estirpe se ve que el Persida es amigo de Apolo,
el divino Alejandro, sangre de Podalirio mojando en la
[lanza.

Hasta tal punto el Podalirio [8] era, por su natural, lascivo y andaba loco por las mujeres, que andaba de cabeza desde Trica hasta Paflagonia por la madre de Alejandro.

Se decía ya un oráculo, según el cual profetizara la Sibila:

Del Ponto Euxino a orillas, cerca de Sinope,
habrá en tiempos ausonios, bajo Tirsis, un profeta
que mostrará a las claras la unidad, tres veces diez,
cinco unidades y tres veces el veinte
clave de cuatro cifras, de un hombre defensor [9].

---

[7] Hermes armó a Perseo con una especie de hoz de acero con la que decapitó a Medusa.

[8] Nada parece que tenga que ver este Podalirio con aquel famoso médico que, en compañía de Macaón, acudió a Troya en ayuda de los griegos.

[9] Este oráculo necesita, cuando menos, una aclaración. Dado que los

12 Lanzando estos oráculos con todo ese aparato teatral, al cabo de mucho tiempo era motivo de admiración y brillo en su patria, fingiendo a veces que enloquecía y llenándose la boca de espuma. Con facilidad lo conseguía masticando la raíz de la planta de teñir [10]. A ellos la espuma les parecía algo divino y que les daba miedo a la vez. Hacía tiempo que había fabricado y preparado para ellos una cabeza de serpiente, hecha de tela, que tenía un aspecto ligeramente antropomórfico con una serie de trazos, perfectamente verosímil, que abría y cerraba la boca por medio de unas crines de caballo y asomaba por delante una lengua como la de una serpiente, bífida y negra, que se movía bajo la acción de las crines ella también. La serpiente de Pela allí estaba preparada; la criaba en casa dispuesta para aparecer en el momento adecuado, y a compartir con ellos la tragedia, pero sobre todo dispuesta a ser la protagonista.

13 Siendo ya el momento oportuno de comenzar, maquina la siguiente trama. Acercándose de noche al pie de los cimientos del templo recién excavados —había allí con ellos agua, bien porque manara de allí mismo, bien caída del cielo—, pone un huevo de oca, previamente vaciado, que guardaba en su interior un reptil recién nacido, y sumergiéndolo en una hondonada del barro, desanda el camino. Al amanecer, yendo a saltos, desnudo, antes que los demás, hacia el ágora con un taparrabos que cubría sus ver-

---

griegos notan los números con las grafías con que notan las letras, resulta que las cuatro primeras letras del nombre de Alejandro se ajustan al texto griego del oráculo:

$$\mathrm{A} = 1;\ \Lambda = 30;\ \mathrm{E} = 5;\ \Xi = 60.$$

[10] El texto dice *tês baphikês botánēs,* que corresponde a nuestra traducción. Cuál sea esa planta es algo que no podemos precisar.

güenzas, eso sí de oro, y llevando la hoz aquella, agitando la melena desenfrenado como los que se reúnen posesos para el culto de la diosa madre [11], se dirigía a las masas subiendo sobre un altar elevado y le deseaba toda clase de dichas a la ciudad porque se disponía a recibir al dios radiante. Los presentes —a la carrera habían acudido casi todos los habitantes con mujeres, ancianos y niños— se miraban con asombro, hacían súplicas y se postraban de rodillas. Él, dejando oír ciertas palabras ininteligibles, que podrían ser de los hebreos o los fenicios, anonadaba a las personas que no entendían lo que decía, excepto una sola cosa, que por todas partes andaban entremezclados Apolo
y Asclepio. Después corría al pie del templo que se iba 14
a construir. Acercándose al hoyo y a la fuente del oráculo previamente organizada, metiéndose en el agua, entonaba con voz potente himnos de Asclepio, de Apolo, e invocaba al dios para que viniera con buenos augurios sobre la ciudad. Después pidió una copa; alguien se la dio, y con un simple deslizamiento tira hacia arriba y saca, con el agua y el barro, el huevo aquel en el que había encerrado al dios, pegado con cera blanca y albayalde por la fisura de la cáscara. Y, tomándolo en sus manos, decía que tenía ya a Asclepio. Ellos miraban atentamente lo que sucedía, maravillados sobre todo ante el huevo encontrado en el agua. Acto seguido, rompiéndolo, recogió en el cuenco de la mano al embrión de aquel reptil. Los presentes vieron que se movía y que se enredaba por los dedos; daban gritos, saludaban al dios, se deshacían en felicitaciones a la ciudad y, a boca llena, cada uno se iba atiborrando allí de oraciones pidiéndole al dios tesoros, riquezas, salud y

[11] Alusión a las ceremonias que tenían lugar en las fiestas en honor a Cibeles; se trataba de cultos orgiásticos rayanos en lo salvaje.

demás cosas positivas. Él, a la carrera, volvía a casa llevando consigo... al Asclepio recién nacido...

Dos veces nació cuando otros hombres sólo lo hacen una [12],

no de Corónide, por Zeus, ni de una corneja, sino engendrado de una oca. La plebe en masa lo acompañaba, entusiasmados y medio locos de tantas esperanzas como albergaban.

15 Permaneció en casa varios días esperando, como así sucedió, que, al divagarse la noticia, acudirían a toda prisa muchísimos paflagonios. Una vez que la ciudad se llenó de gente hasta rebosar, levantados previamente su seso y sus corazones, sin parecerse en nada a hombres que comen trigo, sino diferenciándose de los rebaños tan sólo en la forma, sentado él en una alcoba sobre una litera, ataviado con aires divinos, tomaba en su regazo a aquel Asclepio de Pela, muy grande y muy hermoso, como dije, y, enroscándoselo todo él alrededor del cuello y dejando caer la cola —era muy larga—, hasta el extremo que la había dejado caer en la parte del vestido que recubre el pecho con una parte arrastrada por el suelo, teniendo la cabeza sola oculta bajo el sobaco y dejando libre todo el resto, mostraba por delante la cabeza de tela a un lado de la barba de forma que pareciera que era totalmente la de la serpiente la que se veía.

16 Imagínate una alcoba no con mucha iluminación, sin recibir la luz de plano, y a una multitud de hombres arra-

[12] Corónide, enamorada de Apolo, dio a luz a Asclepio. Posteriormente fue infiel al dios. Apolo la castigó a ella, así como al pájaro —posiblemente una corneja— que le llevó la noticia de la infidelidad de su esposa. Al nacimiento «normal» de Asclepio se añadiría este segundo nacimiento tan pintoresco, a partir de una oca.

cimados, alterados y previamente impresionados, movidos por las esperanzas, a los que el asunto les parecía, como es lógico, prodigioso, ya que, en el curso de tan pocos días, de un reptil insignificante se hubiera mostrado una serpiente de semejante tamaño, antropomórfica y domesticada. Se apiñaban junto a la puerta de salida, y antes que pudieran ver con detalle, ya eran echados fuera por los que estaban entrando constantemente; hubo que perforar la pared opuesta y hacer otra salida. El relato se parece a lo que hicieron los macedonios en Babilonia cuando Alejandro estaba enfermo; cuando ya estaba en situación muy grave, los que estaban alrededor de su palacio ansiaban verlo y decirle la última palabra. Aquella exhibición se cuenta que la hizo no una sino muchísimas veces, y especialmente si llegaban algunos jovencitos acaudalados.

Entonces, querido Celso, si hay que ser sinceros, hay 17
que otorgar el perdón a los paflagonios y pónticos aquellos, gentes bastas y analfabetas, por dejarse engañar tocando la serpiente —esa posibilidad ofrecía Alejandro a quienes deseaban—, al ver en aquella tenue luz la cabeza de la serpiente que abría y cerraba la boca, hasta el punto de que el truco necesitaba de un Demócrito o del mismísimo Epicuro o de Metrodoro o de cualquier otro que tuviera una mente dura como el acero frente a ese tipo de espectáculos, para no creer lo que era evidente, y si no podía descubrir el truco, sí al menos podría tener el convencimiento previo de que no acertaba a captar el truco de la magia, pero que aquello era falso e imposible que sucediera en realidad.

A él afluían, al cabo de poco tiempo, Bitinia, Galacia 18
y Tracia, pues cada uno de los que traían las noticias decían lo que era evidente, que veían que nacía el dios y que, después, al cabo de poco, podría tocársele cuando

había pasado ya a ser de enorme tamaño y con cabeza semejante a la de un hombre. Además, surgieron dibujos, imágenes y grabados de madera, unos de oro, otros con las reproducciones de plata, y con el nombre del dios grabado. Glicón se hacía llamar a raíz de un verso, mandato divino. Alejandro lo recitaba con voz alta.

19 *Yo soy Glicón, sangre tercera de Zeus, luz para los hombres.*

Y después que era la ocasión por la que había puesto en marcha todas esas maquinaciones, a saber, profetizar e interpretar el oráculo para quienes lo solicitasen, tomando la pauta de Anfíloco el que vivía en Sicilia —tampoco a aquél, tras el fallecimiento de su padre, Anfiarao [13], y de su desaparición en Tebas, saliendo fuera de su tierra y llegando a Cilicia, le resultó mal la cosa, pues él en persona profetizaba a los cilicios el porvenir cobrando dos óbolos por cada oráculo—, bueno, pues como iba diciendo, tomando esa pauta, Alejandro va diciendo con antelación a todos los reunidos que el dios va a dar un oráculo, fijando previamente un día concreto; luego incitaba a cada uno a escribir en un libro lo que pediría o lo que le gustaría saber, y después, a coserlo y sellarlo con cera, barro o cualquier otra cosa. Él, cogiendo los libros y bajando a lo más recóndito del santuario —ya se había edificado el templo y se había preparado el tabernáculo al dios—, se aprestaba a llamar por orden, por medio de un heraldo o un experto en temas divinos, a los que habían entregado sus peticiones y, escuchando de boca del dios cada cosa,

[13] Anfiarao y Anfíloco —padre e hijo respectivamente— son dos adivinos tebanos. Anfiarao gozaba de la protección de Zeus y Apolo; Anfíloco era uno de los pretendientes de Helena, aunque no se menciona en la *Ilíada*. Junto con Calcante, el famoso adivino, fundó varios oráculos en las costas del Asia Menor.

a devolver el libro bien sellado como estaba y la respuesta escrita debajo; respondería en verso el dios a lo que le preguntaran.

Ese truco era, para un hombre como tú y como yo, 20
si bien molesto de explicar, sí al menos claro y fácil de
comprender; pero, para los ciudadanos de a pie que tienen
la nariz llena de mocos [14], algo prodigioso y poco menos
que increíble. Ingeniando variados procedimientos para abrir
los sellos iba leyendo cada pregunta y contestaba a ellas
lo que le parecía. Después, los volvía a guardar, los sellaba
y los devolvía con mucho asombro para los que los reco-
gían. Entre ellos era muy corriente esta pregunta: «¿De
dónde ha podido saber ése lo que yo le di sellado y bien
sellado con sellos difíciles de imitar, si no es porque es
un dios que todo lo sabe?» Cuáles eran sus ingeniosos 21
procedimientos, me preguntas quizás. Escucha, pues, para
que puedas comprobar lo antes expuesto. El primero es
el siguiente, querido Celso. Quemando una aguja, derri-
tiendo la parte de cera que había bajo el sello, lo levantaba
y, tras la lectura, calentando de nuevo la cera con la agu-
ja, fácilmente encolaba la parte que estaba por debajo del
hilo y la que tenía el sello.

Otro procedimiento es el que se conoce con el nombre de colirio [15]. Se obtiene de una pez de Brecia y betún y piedra transparente molida, cera y goma de lentisco. Haciendo una plasta de todos esos ingredientes y calentando el colirio con el fuego, untando el sello previamente con grasa, ponía el molde encima y lo frotaba. Inmediatamente que se secaba, abriéndolo fácilmente y leyéndolo de ca-

[14] Así dice el texto griego.

[15] He mantenido el término griego, que, como se ve, es más parecido a un pegamento que a lo que nosotros llamamos hoy «colirio».

bo a rabo, colocando encima la cera estampaba como si fuera de piedra un sello que se parecía muchísimo al molde original. Escucha ahora el tercer truco empleado para esas artimañas. Metiendo yeso en la cola con la que encolan los libros y haciendo unas pasta de él, cuando todavía estaba húmedo lo colocaba encima del sello y, quitándolo —al punto se torna seco y más duro que el cuerno o incluso que el hierro duro—, lo empleaba para el molde. Existen otros muchos ingeniosos artificios para ello, todos los cuales no me parece imprescindible mencionar ahora, para que no parezca que somos unos tipos de mal gusto, especialmente tú que, en lo que escribiste contra los magos —bellísimos y muy provechosos escritos que pueden hacer sentar la cabeza a quienes topen con ellos—, has expuesto procedimientos bastante más numerosos y, con mucho, mejores que ésos.

22 Así pues, seguía dando oráculos y profecías, echando mano entonces de una enorme picardía y adaptando imaginación a la mentalidad, dando a las preguntas de unos respuestas ambiguas y retorcidas, y a las de otros, totalmente ininteligibles. Le parecía que ése era el «estilo» del oráculo. A unos los disuadía o los exhortaba, según le parecía que era mejor. A otros les decía por anticipado tratamientos y regímenes dietéticos, pues, como dije al principio, conocía muchos medicamentos. Gozaron de especial fama entre él los *kytmídes* (nombre ingeniado por él para un potingue reconstituyente hecho a base de grasa de oso). Estaba siempre dando largas a las esperanzas, los procesos y las sucesiones de herencias, replicando a ello que «Todo será cuando quiera yo, y Alejandro mi profeta lo pida y ruegue por vosotros».

23 A todas éstas, el precio por cada oráculo era de un dracma y dos óbolos; no te creas, compañero, que era po-

co ni vayas a pensar que sus ingresos eran de poca monta [16]; al revés, cada año reunía unos setenta u ochenta mil dracmas, pues los hombres, con avidez insaciable, le pedían oráculos de diez en diez y de quince en quince. Lo que cobraba ni era para él solo ni lo ahorraba para hacerse rico, sino que, como tenía ya a su alrededor a toda una serie de colaboradores, ayudantes, espías, redactores de oráculos, guardianes de oráculos, secretarios, impresores e intérpretes, les tenía que repartir a cada uno de ellos la paga
estipulada. Iba ya enviando a algunos a otras tierras para 24
que corrieran la fama del oráculo entre los pueblos y para explicar que era capaz de profetizar, de encontrar a los fugitivos, de identificar a ladrones y salteadores, desenterrar tesoros, curar a los enfermos e, incluso, de rescatar a gentes ya muertas. Lógicamente, de todas partes venían corriendo las gentes en tropel, al tiempo que llegaban sacrificios, ofrendas, y el duplo para el profeta y discípulo del dios. Además, había dejado caer el siguiente oráculo:

Mando honrar [17] *a mi siervo y mi profeta,*
de mis bienes ya no me cuido, tan sólo de mi profeta.

Cuando ya muchos de los que tienen inteligencia, como 25
volviendo en sí de una profunda borrachera, decidieron plantarle cara, en especial los que eran seguidores de Epicuro, y dado que se iba detectando poco a poco en las ciudades la hechicería toda y todo el aparato del drama, les suelta una cosa terrible, diciendo que el Ponto está lleno de ateos y cristianos, los cuales se atreven a decir respecto de él las más espantosas calumnias. Daba orden de

---

[16] Piénsese que, en época de Luciano, el sueldo de un día eran cuatro óbolos (cf. *Timón* 6, 12).

[17] Nótese que, en griego, «honrar» y «pagar» se forman sobre la misma raíz. Véase el español «honorarios».

que los expulsaran a pedradas si querían tener propicio al dios. Al preguntarle uno qué hacía en el Hades Epicuro dijo: «En el fango está sentado con grilletes de plomo.»

¿Te asombras de que el oráculo adquiriera un gran auge, a la vista de las inteligentes y cultas preguntas de los que se acercaban al consultor? Sin tregua y sin cuartel estaba en guerra, y grande, contra Epicuro. ¿Con qué otro iba a estar en guerra con mayor justicia un hombre charlatán, amigo de la fantasía, enemigo de la realidad, que con Epicuro, hombre que había captado la naturaleza de las cosas y el único que sabía la verdad que hay en ellas? Ellos eran amigos de Platón, Crisipo y Pitágoras, y con ellos tenía paz profunda; en cambio, el inflexible Epicuro —así lo llamaba— era, con razón, su mayor enemigo, pues se tomaba todo eso a beneficio de inventario. Por ello odiaba, la que más de las ciudades del Ponto, a Amastris, porque conocía a los del círculo de Lépido y a otros muchos de su mismo estilo que estaban en esa ciudad. Nunca jamás dio cantando un oráculo a ningún hombre de Amastris. En una ocasión que se atrevió a dar un oráculo a un hermano de un senador, tuvo que despedirlo en el más absoluto de los ridículos sin poder encontrarle un oráculo favorable ni a quien pudiera hacérselo en el momento oportuno. Queriendo ordenarle a él, pues se quejaba de que le dolía el estómago, que comiera una pata de cerdo aderezada con hoja de malva, le dijo:

La malva adereza con comino y cochinillo en sagrada [perola.

26 Muchas veces, según mencioné anteriormente, enseñaba la serpiente a quienes se lo pedían, pero no toda, sino que daba a ver fundamentalmente la cola poniendo por delante su cuerpo, guardando en su regazo, para que no la vieran,

la cabeza. Deseoso de anonadar todavía más a las masas, prometió que presentaría al dios charlando, dando él personalmente el oráculo sin necesidad de profetas.

Anudando sin dificultad tráqueas de grullas y haciéndolas pasar a través de la cabeza aquella que había sido ingeniosamente fabricada, uno cualquiera, metiendo dentro su voz desde fuera, iba contestando a las preguntas, al tiempo que a través de aquel Asclepio de tela salía la voz. Aquellos oráculos se llamaban «autófonos» y no se daban a todos, ni al buen tuntún, sino tan sólo a los hombres vestidos de rica púrpura, a los ricos y a los que hacían espléndidos regalos. Al menos el que se le dio a Severiano, 27
de cara a su expedición a Armenia [18], era también de los autófonos. Impulsándolo a la incursión decía así:

Con lanza a los armenios y partos domeñando
a Roma y a las aguas del Tíber volverás
en tus sienes llevando una corona de relucientes rayos.

Pero, después que, convencido, el insensato celta aquel atacó y tuvo que retirarse con el propio ejército abatido a golpes por Osroes, saca ese oráculo del baúl de los recuerdos, y va y le pone este otro a cambio:

No empujes tú las tropas contra armenios,
no es bueno, no,
a ver si algún varón de aspecto femenino
con el arco dispara, cruel destino
poniendo fin a la luz de tu vida.

A raíz de ello tuvo una idea muy ingeniosa: los oráculos 28
«metacrónicos», para alivio de los que se habían visto de-

---

[18] Alusión a la expedición que realizó Severiano en el 161 sobre Armenia y a la subsiguiente derrota.

fraudados en sus profecías y no habían sido acompañados por la suerte. Muchas veces anunciaba a los enfermos antes de morirse la salud, y en cuanto morían, ya tenía preparado otro oráculo retractándose:

No busques tú remedios de enfermedad tan triste,
pues claro es el destino
y, encima, inevitable.

29 Sabedor de que los oráculos de Claro, Dídima y Malo eran famosos, también éstos, por practicar un estilo de adivinación semejante, se hizo amigo de ellos, enviándoles a muchos de los que a él se acercaban a consultar, diciéndoles:

Marcha ahora a Claro, para que escuches a mi padre.

Y, además:

Acércate a los santuarios y escucha los oráculos Branquí-
[deos.

Y aún todavía:

Hacia Malo avanza, oráculo de Anfíloco.

30 Todo eso sucedía dentro de los límites enmarcados por Jonia, Cilicia, Paflagonia y Galacia. Cuando la fama del oráculo se propagó hasta Italia y llegó a la ciudad de los romanos, no había nadie que no se apresurara a acudir antes que el vecino, unos yendo ellos personalmente, otros enviando a alguien, y sobre todo los más poderosos y los que gozaban de mayor dignidad en la ciudad. De ellos, el primero y el más importante fue Rutiliano [19], hombre,

[19] Este pintoresco personaje, de quien se nos va a hablar bastante, a continuación, es P. Mumio Sisena Rutiliano; recorrió prácticamente todo el escalafón político —el llamado *cursus honorum*—, llegando a ser procónsul de la provincia de Asia.

en muchas facetas, excelente y destacado y situado en muchos puestos de responsabilidad romanos, pero, en lo concerniente a los dioses, muy enfermizo y con extrañas creencias al respecto: podía ver tan sólo una piedra ungida o coronada, y caía de bruces al punto, se postraba y aguantaba mucho rato en actitud suplicante, al tiempo que le pedía mercedes. Ése, oyendo lo referente al oráculo, por poco si deja la responsabilidad que se le había encomendado y se presenta de golpe y porrazo en Abonoteico. Iba enviando a unos mensajeros detrás de otros. Los enviados, unos criados sin cultura, fácilmente eran engañados. Así, volvían tras haber visto una serie de cosas, contando otras como si las hubieran visto y adornando la historia aún más a fin de ser tenidos en mayor estima ante su señor. Inflamaron, pues, al desdichado anciano y lo lanzaron a una
locura muy fuerte. Él, como era amigo de los más grandes 31
y poderosos, iba de acá para allá explicando los hechos; unos, según los había oído narrar a sus enviados, otros, exponiéndolos a su aire. Ese hombre llenó la ciudad, la conmocionó, y turbó por completo a la mayoría de los que estaban en el palacio hasta el punto de que todos se aprestaban a escuchar algo de lo que les concernía.

Alejandro, recibiendo con aires muy amistosos a los que llegaban, se los ganaba a base de obsequios de hospitalidad y otro tipo de regalos valiosos; los despachaba no sólo para que transmitieran las respuestas que había dado a sus preguntas, sino para que entonaran himnos en honor del dios y contaran, mintiendo, prodigios fantásticos sobre
el oráculo. Pero el sinvergüenza redomado maquina algo 32
no precisamente necio ni digno del primer bribón que le salga a uno al paso. Desatando los libritos y leyéndolos, si encontraba algo resbaladizo y comprometedor en las preguntas, los retenía y no los devolvía para poder tener bajo

su férula y sojuzgados por el temor a los que habían formulado la consulta, que debían recordar qué era lo que preguntaban. Ya comprendes qué clase de indagaciones era lógico que indagaran [20] los ricos y los poderosos. Él cobraba mucho dinero de ellos que sabían que los tenía atrapados en sus redes.

33 Quiero ahora decirte algunos de los oráculos que le fueron dados a Rutiliano. Cuando le preguntó por el hijo de la primera mujer, que tenía ya edad escolar, a quién le recomendaba como maestro de sus enseñanzas, dijo:

A Pitágoras y al excelente aedo y conductor de guerras.

Muriendo el niño al cabo de pocos días, él estaba desconcertado y no podía replicar nada a quienes le exigían responsabilidades, pues sin paliativos le había dejado en evidencia el oráculo. Pero Rutiliano fue el primero en hacer enseguida defensa del oráculo, aduciendo que precisamente eso era lo que había dado a entender claramente el dios y que, precisamente por ello, en vida le había ordenado no tomar maestro alguno, y sí, en cambio, a Pitágoras y a Homero, muertos hace muchos años, con los que, evidentemente, está el muchacho ahora en el Hades. ¿Qué reproche cabía hacerle a Alejandro, si había estimado lógico entretenerse con unos hombres de tan poca monta?

34 Otra vez, cuando quería saber el alma de quién había heredado, dijo:

Pelida fuiste primero, después Menandro,
luego el que ahora pareces, después serás rayo de sol
y vivirás años hasta ochenta y cien.

[20] Una vez más se mantiene el acusativo interno de tipo etimológico, aunque en este caso no resulta muy correcto en castellano.

A los 70 años murió de «melancolía» sin esperar la promesa del dios; y ese oráculo era autófono...

En otra ocasión, cuando le preguntó por el matrimo- 35
nio, le dijo perspicuamente:

Desposa a la hija de Alejandro y de Selene.

Había extendido la noticia de que la hija que tenía había nacido de Selene. Y que Selene, al verlo mientras dormía, se había prendado de él, como era costumbre en ella de enamorarse de los hombres hermosos mientras dormían [21]. Sin ninguna demora, el listísimo Rutiliano enviaba a buscar a la muchacha y concertaba la boda, él, un novio sesentón, y con ella se acostaba, granjeándose el favor de la suegra, Selene, con hecatombes totales y creyendo que él había entrado a ser uno más de los celestes.

Como ya había tomado contacto con los asuntos en 36
Italia, estaba constantemente ingeniando cosas más importantes y a todas partes del Imperio Romano enviaba divulgadores de su oráculo, prediciendo para las ciudades a fin de que tomaran precauciones frente a epidemias, incendios y terremotos. Y él les prometía que los socorrería con seguridad para que no ocurriera nada de eso. Envió a todos los sitios un oráculo, autófono y auténtico, para todas las naciones en ocasión de la peste [22]. El verso era el siguiente:

Febo, el de incortable cabellera, aleja una nube de peste.

Y en todas partes se podía ver el verso grabado en los portales como fármaco para rechazar la epidemia. Pero

---

[21] Historia parecida a la de Endimión, joven pastor enamorado de Selene, la luna, quien le concedió el don de dormir con los ojos abiertos, a fin de que pudiera ver su rostro para siempre.

[22] Alude, tal vez, a la epidemia de peste que se propagó por el Imperio en el 165 d. C.

para la mayoría de las casas, las cosas salían al revés. Con la suerte de espaldas, se quedaban vacías las casas en cuyo portal estaba grabado el verso. Y no creas que quiero decir que perecían por efecto del verso, sino que por un cierto designio del azar así sucedió. Pronto, la mayoría, animosos, se desentendían del verso y vivían con mayor despreocupación sin hacer caso al oráculo frente a la enfermedad, como si tuvieran las sílabas como combatientes suyas de primera fila y al Febo de incortable pelo como flechador de la peste.

37 En la propia Roma estableció como espías a muchos de sus cómplices. Ellos le transmitían las ideas de cada uno y le revelaban con anterioridad preguntas y sus máximos anhelos para que estuviera preparado para las respuestas y las tuviera bien seguras antes de que llegaran los mensajeros.

38 Eso por lo que se refiere a lo que acontecía en Italia. En casa, también maquinaba actuaciones de la misma índole. Instaura unas fiestas religiosas de carácter mistérico, procesiones de antorchas y «hierofantías» cuya celebración comprendía tres días ininterrumpidos. El primer día había una *prórrēsis* [23] como en Atenas. «Si algún ateo, o cristiano o epicúreo, acude para inspeccionar las 'orgías', que se largue. Los que tengan fe en el dios, consuman hasta el final los rituales iniciáticos con los mejores augurios». Y al instante, en un principio se producía una desbandada. Uno actuaba como líder diciendo: «¡Fuera cristianos!», y la multitud toda coreaba además: «¡Fuera epicúreos!»

[23] Clara alusión al desarrollo de los misterios eleusinos: el hierofante es el personaje importante encargado de presidir las ceremonias. Con él los *dadoûchoi* o sacerdotes portadores de antorchas. Previamente tenía lugar la procesión desde Eleusis a Atenas, a la que seguía la proclamación de los excluidos por el hierofante.

A continuación tenía lugar el parto de Leto, el nacimiento de Apolo, la boda de Corónides y el nacimiento de Asclepio. El segundo día era la epifanía de Glicón y 39
el nacimiento del dios. El tercero era el día de la boda de Podalirio y de la madre de Alejandro. Se llamaba «día de las antorchas» y antorchas se encendían en su honor. Por último, el amor de Selene y Alejandro y la mujer de Rutiliano en el momento de nacer. Actuaba, como presidente de la comitiva de antorchas y como hierofante, Alejandro Endimión [24]. Él, durmiendo, estaba tumbado en el medio, y desde el techo bajaba sobre él como si viniera del cielo, en lugar de Selene, una Rutila bellísima —mujer de uno de los administradores del César, que estaba realmente enamorada de Alejandro y era correspondida en su amor por él—; a la vista de aquel tipo perverso, allí en medio prodigaba besos y abrazos. Y si no fuera porque eran muchas las antorchas, tal vez se habrían metido mano [25]. Al cabo de un rato entraba de nuevo ataviado con porte de hierofante en medio de un impresionante silencio, al tiempo que él con voz potente decía: «¡Ié, Glicón!» Le daban la réplica acompañándole, como eumólpidas y *kērukes* [26], unos paflagonios, que calzaban unas abarcas y eructaban un enorme olor a ajo: «¡Ié, Alejandro!»

Con frecuencia, en el transcurso de la procesión de 40
antorchas y en los brincos místicos, su muslo al descubierto aparecía, *ex profeso,* de oro, recubierta, como es lógico, previamente, su piel por un barniz dorado, y reful-

---

[24] Nótese que la parodia es completa, incluyendo a Endimión, tal y como mencionábamos más arriba.

[25] Así de claro, o más, lo da a entender el texto griego.

[26] *kērukes* son los heraldos; he preferido dejar el término griego, porque contribuye a reforzar los rasgos marcadamente caricaturescos de la narración.

gente al resplandor de las antorchas [27]. De modo que, en cierta ocasión, surgida una inquietud al respecto entre dos de sus sabihondos, a ver si tenía el alma de Pitágoras a través del muslo u otra semejante a ella, y trasladándole la inquietud al propio Alejandro, con un oráculo los sacó del apuro el rey Glicón:

De Pitágoras alma a veces fenece, a veces se acrece;
profético efluvio de mente divina,
le envió el padre a socorrer a hombres de bien,
y de nuevo a Zeus va, por el rayo de Zeus herida.

41 Aunque, previamente, iba diciendo a todos que se abstuvieran de contacto carnal con los mancebos, porque era algo impío, él, por su parte, llevó a cabo el siguiente apaño. Ordenó a las ciudades pónticas y paflagonias que le enviaran sacristanes para un período de tres años que entonarían himnos al dios; sabía que, previamente examinados y seleccionados, le serían enviados los más nobles y más guapos y que más destacaban por su belleza. Enclaustrándolos, los utilizaba como si los hubiera comprado con dinero, acostándose con ellos y actuando con ellos de forma ultrajante. Y había creado una ley, según la cual nadie por encima de los dieciocho años le saludaría con la boca ni se despediría con un beso; antes bien, extendiendo la mano a los demás, besaba sólo a los hermosos a los que amaba, que eran llamados «los niños del beso».
42 Daba disposiciones de esa índole, gozándose voluptuosamente en los ingenuos, corrompiendo a las mujeres y arrastrándose con los mancebos. Y era cosa grande y deseable a más de uno, si le echaba el ojo encima a su mujer. Y

[27] Alusión al muslo de oro de Pitágoras (PLUTARCO, *Numa* 65), a quien, al parecer, desea asemejarse Alejandro.

si la consideraba digna de besos, cada uno creía que le fluía a casa toda la buena suerte del mundo junta. Muchas se jactaban de haber dado a luz hijos suyos y los maridos corroboraban con su testimonio que decían la verdad.

Quiero referirte ahora un diálogo de Glicón y un tal 43 sacerdote, un hombre de Tío. La inteligencia de cada cual la calibrarás por las preguntas. Y lo leí escrito en letras doradas en Tío, en la casa de Sarpedón.

«—Dime, pues, señor Glicón, ¿quién eres?

»—Yo, replicó, un vástago de Asclepio.

»—¿Otro, además, distinto de aquel primero? ¿Cómo dices?

»—No es lícito que escuches eso.

»—¿Cuántos años permanecerás a nuestro lado dando oráculos?

»—El tercero por encima de mil.

»—¿A dónde te mudarás entonces?

»—A Bactra y a la tierra de allí, pues conviene que también los bárbaros disfruten de una visita mía.

»—Los restantes oráculos —el que hay en Dídima y en Claro y en Delfos— tienen al padre Apolo como otorgador del oráculo, ¿o los oráculos que de allí emanan ahora son falsos?

»—No quieras saberlo; no es lícito.

»—¿Quién seré yo después de mi vida actual?

»—Un camello, luego un caballo y después un hombre sabio y un profeta no inferior a Alejandro.»

Tal fue el diálogo entre Glicón y el sacerdote. Como colofón, dejó escapar de su boca un oráculo en verso, sabiendo que era compañero de Lépido:

No hagas caso a Lépido, pues le acompañará un destino [funesto.

En efecto, tenía mucho miedo a Epicuro, como indiqué anteriormente, en la idea de que era un rival de los manejos y conocimientos del arte de la magia.

44 Por cierto, que a uno de los epicúreos que tuvo la osadía de refutarlo ante un nutrido auditorio, lo puso en un peligro no pequeño. Él, acercándose, hablaba con voz potente. «Tú, Alejandro, convenciste a un paflagonio de llevar ante el gobernante de Galacia a unos criados para condenarlos a muerte, en la idea de que habían dado muerte a su hijo educado en Alejandría. Pero el jovencito está vivo y ha regresado después de la muerte de los esclavos que habían sido echados a las fieras por ti.»

Había sucedido lo siguiente. El jovencito, navegando rumbo a Egipto, arrastrada su embarcación cerca de Clusma, no tuvo más remedio que ser persuadido, también él, de navegar rumbo a la India. Pero, como se retrasaba, aquellos desdichados criados suyos, creyendo que el muchacho que navegaba por el Nilo había perecido o que había sido secuestrado por los piratas —eran muy numerosos— regresaron comunicando su desaparición. Entonces se produjo el oráculo y la condena, tras la cual se presentó el muchacho explicando la peripecia del viaje.

45 Eso decía aquél. Alejandro, cabreado ante la prueba palpable y no soportando la veracidad del insulto, daba orden a los presentes de tirarle piedras, o si no, también ellos serían objeto de maldición y se les colgaría la etiqueta de «epicúreos». Empezando a tirar piedras, un tal Demóstrato que se hallaba allí de visita, hombre importante del Ponto, protegiéndolo, salvó al joven de la muerte, cuando estaba ya a un paso de ser apedreado con toda la razón, pues, ¿a santo de qué había él de estar en los cabales entre tantos dementes y no sacar partido de la insensatez de los paflagonios?

Eso es lo sucedido en relación con aquel episodio. Y, 46
en cualquier caso, resultaba que, cuando daba los oráculos por orden —eran llamados un día antes de profetizar— y si el heraldo preguntaba si le estaba dando la profecía, respondía desde dentro: «¡Vete al carajo! A un tipo así nadie puede recibirlo en su casa ni compartir con él la lumbre ni el agua; debería recorrer tierra por tierra en la idea de que es un impío, ateo y epicúreo» —que por cierto era el mayor insulto que podía haber—.

Todavía llevó a cabo Alejandro una acción muy ridícu- 47
la. Descubriendo las sentencias más importantes de Epicuro, el más hermoso, lo sabes bien, de los libros y que contiene las principales doctrinas de la sabiduría de ese hombre, lo cogió y lo quemó en mitad del ágora prendiéndole fuego en una hoguera sobre troncos de higuera y arrojó las cenizas al mar, al tiempo que de su voz dejaba caer el siguiente oráculo:

Ordeno echar al fuego las obras de un anciano ciego.

El miserable no sabía qué serie de efectos positivos produce ese libro en aquellos en cuyas manos cae; ignora cuánta paz, serenidad y libertad hay contenidas en él; un libro liberador de temores, alucinaciones y fantasías, esperanzas vanas y deseos desorbitados; un libro que contiene la cordura y la verdad y que purifica las ideas, y no precisamente con una antorcha, la cebolla albarrana o demás pamemas por el estilo, sino por el recto razonamiento, la verdad y el diálogo franco.

Escucha, entre otros, la mayor fechoría de ese tipejo 48
execrable. Teniendo a Rutiliano en la mejor disposición para hacer una entrada solemne en palacio, le hace llegar un oráculo, cuando estaba en su apogeo la guerra de Germania, en el momento en que el divino Marcos ya tenía

atenazados a los marcómanos y cuados. El oráculo consideraba procedente que dos leones vivos fueran lanzados al Istro [28] con muchos inciensos y víctimas de sacrificios importantes. Pero, mejor, que diga el oráculo.

A torbellinos del Istro, el río nacido del cielo,
ordeno arrojar siervos dos de Cibeles,
fieras montaraces, y cuantas flores y plantas
aromáticas hace crecer el aire Índico. Al punto,
llegará la victoria y gran fama con la anhelada paz.

Llevadas a cabo estas acciones siguiendo sus instrucciones, los bárbaros capturaron a los leones que intentaban cruzar a nado a la orilla enemiga, con palos, como a perros o a lobos hostiles. Al punto se produjo el mayor desastre para los nuestros, pues perecieron a millares casi de golpe. A eso se añadió, casi a la vez, los sucesos de Aquileya y la toma de la ciudad aquella.

Él sacaba a colación, sin alterarse ante lo sucedido, la famosa justificación délfica y el oráculo de Creso, de que el dios había profetizado la victoria, sin especificar si de los romanos o de los enemigos.

49 Como quiera que afluían montones y montones de gentes y que la ciudad estaba ya saturada de masas que acudían a consultar el oráculo, y no tenía los recursos suficientes para acogerlos a todos, da vueltas a su cabeza e inventa los llamados «oráculos nocturnos». Tomando los libros, dormía sobre ellos, y según iba por ahí diciendo, como si hubiera recibido del dios un sueño, respondía en la mayoría de los casos no con palabras claras, sino ambiguas y confusas, sobre todo cuando notaba que el libro estaba muy minuciosamente sellado. Sin exponerse temera-

[28] Río que hoy conocemos con el nombre de Danubio.

riamente, anotaba lo que se le ocurría solapadamente, creyendo que ése era el estilo adaptable a los oráculos. Había algunos intérpretes establecidos para ello que cobraban unos honorarios no pequeños a los que recibían ese tipo de oráculos, por interpretárselos y resolvérselos. Ése era el trabajo por el que estaban sujetos a pagar un canon; los intérpretes le pagaban a Alejandro un talento ático cada uno.

Alguna vez, cuando nadie preguntaba ni mandaba a 50
nadie a consultar, se dedicaba a dar oráculos para impresionar a los incautos, como, por ejemplo, éste:

¿Quién de tu mujer se goza, preguntas,
Caligenea en casa y a escondidas sobre el lecho?
Protógenes, tu esclavo, de quien tanto te fías.
En justa recompensa a tu mujer devuelve
lo que con él tú hiciste.
Y a fin de que no escuches ni veas lo que hacen, 51
venenos contra ti demoledores prepararon.
Debajo de tu lecho, en el rincón del muro,
junto a la cabecera tú los descubrirás. Y en el asunto
está con ellos Calipso, tu criada.

¿Quién no se alteraría, excepto Demócrito, oyendo nombres y lugares con todo detalle y, al cabo de un rato, se quedaría pasmado comprendiendo su significado? A otro, 52
que ni estaba presente, ni tan siquiera existía, le dijo: «Vuelve atrás. El que te envió ha muerto hoy por acción de su vecino Diocles, víctima del ataque de los salteadores Magno, Celero y Búbalo, que han sido capturados y están ya en la cárcel.»

Pero también daba oráculos a extranjeros. Si alguien 53
le preguntaba en su lengua paterna, sirio o celta, encontraba fácilmente a personas de la misma nacionalidad que sus clientes. Por eso, era mucho el tiempo transcurrido en-

tre la entrega de los libros y la del oráculo, para, mientras, poder descifrar los oráculos con tiempo y seguridad y poder encontrar a quienes pudieran traducir cada punto. Así era, por ejemplo, el oráculo que le dio a un escita:

Morfi ebargoulis *a la sombra* **hkenkhikrank** *dejará luz...*

Escucha también algunos de los que me dio a mí. Preguntándole yo si Alejandro es calvo, escribe un oráculo nocturno sellado con toda minuciosidad,

Sarbadalajou malachaattēalos, *distinto era Atis.*

Preguntándole yo, otra vez, en dos libros distintos la misma pregunta —de dónde era Homero, el poeta—, uno tras otro, despistado por mi esclavo, en uno anotó —preguntado que para qué venía—, la contestación: «Te daré una cosa para curar el dolor de pleura; te ordeno untarte con ungüento y espuma de coral.» Y en el otro, una vez que había oído que quien hacía la consulta deseaba saber si le convenía navegar rumbo a Italia o si sería mejor hacer el viaje a pie, respondió algo que no tenía nada que ver con Homero: «Navegar tú, no, camina a pie por el sendero.»

54 Yo también maquinaba muchas acciones como la que te he contado. En cierta ocasión, planteándole una pregunta la escribí en el libro, como era costumbre, poniendo un nombre falso. Le envié ocho preguntas al oráculo de un tipo cualquiera enviando los ocho dracmas y lo que viniera, además, con ellos. Él, dando crédito a la expedición de los honorarios y a la anotación del libro, a una sola pregunta que era ésta: «¿Cuándo pillarán a Alejandro realizando sus prácticas de magia?», me envió ocho oráculos, que no se pueden captar ni en la tierra ni en el cielo, absurdos e imbéciles todos. Al darse cuenta, por fin, de que yo disuadía a Rutiliano de la boda y de hacer caso

a las esperanzas del arte del oráculo, me odiaba, como era lógico, y me tenía por un muy terrible enemigo.

En cierta ocasión, le dijo a Rutiliano, que le preguntó por mí:

En escuribandas nocturnas se complace y en lechos impuros.

Estaba claro que yo era objeto sumo de su odio. Una 55
vez que se percató de que yo había llegado a la ciudad y supo que aquél era Luciano —llevaba conmigo a dos militares, un lancero y un escudero de parte del gobernador de Capadocia y, a la sazón, amigo mío para que me escoltaran hasta el mar—, enseguida manda a buscarme cortésmente y con gran gentileza. Yo, al llegar, sorprendo a muchos en derredor suyo. Menos mal que iba escoltado por los soldados. Él, como solía hacer con la mayoría, me extendió la diestra para que se la besara, y yo, inclinándome como para darle un beso, por poco lo dejo manco con el mordisco tan enorme que le di.

Los presentes intentaban estrangularme y golpearme como a un sacrílego, y aún se cabrearon más porque lo llamé «Alejandro» y no «profeta». Él, dominando la situación con toda dignidad, los hizo cesar en su acoso y les prometió que fácilmente me amansaría y pondría de relieve la excelencia de Glicón, porque también transforma a los amigos que se exasperan. Y, cambiando a todos de sus sitios, defendía su causa ante mí diciendo que conocía muy bien los consejos que le había dado a Rutiliano y... «¿Qué te pasa que me tratas así cuando yo puedo hacerte medrar ante él?»

Y yo, contento, recibía sus muestras de simpatía viendo en qué situación de peligro estaba colocado, y al cabo de poco tiempo ya iba yo por ahí tras haberme hecho amigo suyo. Y claro, eso les pareció prodigio no insignificante

a los observadores, a saber, con qué facilidad se había producido mi cambio.

56 Después, cuando me disponía a zarpar, enviándome presentes de hospitalidad y muchos regalos —yo era el único extranjero, con Jenofonte, que andaba por allí, pues había enviado previamente a Amastris a mi padre y a los míos—, me promete poner a mi disposición una embarcación y remeros para transportarme. Yo creía que aquello era franco y honrado por su parte. Pero, cuando estábamos a la mitad de la travesía, al ver llorar al timonel y decirles algo a los marineros, no tenía buenas esperanzas respecto a lo que nos podía ocurrir. Por parte de Alejandro se les había ordenado arrojarme al mar. Si eso hubiera sucedido, fácilmente habría conseguido una victoria completa sobre mí. Pero aquél, con su llanto, convenció a los marineros de que no me hicieran nada malo o terrible y, dirigiéndose a mí, me dijo que, habiendo observado en los sesenta años de su vida una conducta intachable y digna, no quería, en este momento de su existencia, teniendo mujer e hijos, manchar sus manos con un asesinato, al tiempo que explicaba claramente por qué me había cogido a bordo y las órdenes de Alejandro. Me desembarcó en Egialos, lugar del que hace mención el noble Homero, y regresó.

57 Allí veo a unas gentes del Bósforo navegando a lo largo de la costa, que iban rumbo a Bitinia como emisarios de parte del rey Eupator, para el tema de la recaudación de la contribución anual. Encontrándolos acogedores, embarcándome, navego ya totalmente a salvo rumbo a Amastris, tras haber tenido la muerte tan a mi vera.

A partir de entonces me armé contra él y, con el deseo de atacarlo, movía todas mis velas. Ya antes del atentado lo odiaba y lo consideraba muy detestable por la desvergüenza de su carácter,; pero me lanzaba a acusarlo, porque

tenía muchos compañeros litigantes, en especial los seguidores de Timócrates de Heraclea. El entonces gobernante de Bitinia y del Ponto, Avito, intentaba contenernos rogándonos con insistencia que cesáramos en nuestros ataques; que, por el afecto que sentía hacia Rutiliano, aunque lo pillara en flagrante delito, no podría castigarlo. Así, me hicieron dar marcha atrás en mi impulso y me hicieron desistir de mi poco oportuna animosidad. A la vista de 58
un juez que se hallaba en tal disposición, ¿cómo no iba a ser —entre otras— enorme la osadía de Alejandro, al solicitar del emperador cambiar el nombre de Abonoteico por Ionópolis, y acuñar nueva moneda con la efigie, por un lado, de Glicón y, por el otro, de Alejandro, con las cintas sagradas del abuelo Asclepio y la hoz aquella del antepasado materno, Perseo?

Profetizando, por medio de un oráculo respecto de 59
sí mismo, que tenía asignado por el destino vivir ciento cincuenta años, y que entonces moriría fulminado por un rayo, murió de una muerte muy digna de conmiseración sin haber llegado a los setenta años, como hijo de Podalirio, gangrenado el pie hasta la ingle y borbotones de gusanos. Entonces se descubrió que era calvo, al ofrecer a los médicos, para que se la mojaran, la cabeza a fin de aliviarle el dolor, lo que no podían hacer sin quitarle la peluca.

Ése fue el fin de la «tragedia» de Alejandro y ése fue 60
el funesto desenlace de todo el drama, que se podía deducir tramado por una predicción, aunque sucedió según los designios del destino. Y, obviamente, debía ser su funeral digno de su vida y organizarse una pelea, al respecto del oráculo, por parte de todos aquellos compañeros suyos impostores, y demás «corifeos». Se reunieron bajo el arbitraje de Rutiliano, para ver a quién debían ellos elegir como jefe y heredero del oráculo y coronar con la hierofántica

y profética corona. Entre ellos había un tal Peto, médico de profesión, tipo canoso, que hacía cosas que no le cuadran ni a un médico ni a un hombre que peina canas. Pero el organizador del certamen, Rutiliano, los despachó sin coronarlos, guardando para sí el cargo de profeta incluso para después de su muerte.

Ésos son, querido amigo, unos pocos botones de muestra que me pareció oportuno escribir con ánimo de entretenerte a ti, mi compañero y amigo, a quien yo admiro al que más de todos por la sabiduría y el amor a la verdad, la dulzura de carácter, la moderación y la tranquilidad de vida, la afabilidad para con quienes tienes contigo, y, sobre todo —lo que también te resultará grato a ti—, con la intención de desagraviar a Epicuro, un hombre auténticamente de naturaleza sagrada y divina, el único que ha llegado a conocer lo bueno de verdad y lo ha transmitido y ha resultado ser liberador de quienes han estado en compañía suya. Creo que el escrito parecerá contener algo útil a aquellos en cuyas manos caiga: rebate unas opiniones y reafirma las que anidan en las mentes de quienes discurren como dios manda.

43

LOS RETRATOS

Pintoresco encomio el que presenta nuestro autor. Acudiendo al ingenioso procedimiento de extraer las partes más logradas de famosas esculturas, compone una imagen perfecta y acabada para ponerla en parangón con una hermosa mujer de su época. Dado que las esculturas revelan las facciones, pero no otros elementos, como la tez y el color del cabello, acude Luciano —por boca del personaje que traza el relato, un tal Licino— a la pintura. Cuando el retrato parece estar acabado, Luciano intenta algo más difícil todavía: unir al retrato una etopeya. Rasgos de carácter, cualidades anímicas y disposiciones de la mente se traen a colación también. Y, aquí, cada rasgo de la mujer en cuestión se pone en relación con un personaje de la Historia, que se trae a colación por antonomasia.

¿Quién era esa mujer? Parece no haber dudas al respecto: Pantea, una muchacha de Esmirna que gozaba de los favores del Emperador Vero.

Para cerrar el volumen, debemos dejar constancia de que, con este diálogo, Luciano hace gala, una vez más, de su ingenio, su imaginación y su gran creatividad.

LICINO. — Seguro que los que vieron a la Gorgona 1
sintieron la misma sensación que yo hace un instante, Po-

lístrato, al ver a una guapísima mujer; por poco si me quedo tieso del pasmo, y de hombre me convierto en piedra.

POLÍSTRATO. — Por Heracles; algo excepcional y muy impresionante espectáculo debe de ser lo que dices, cuando una mujer ha dejado anonadado por completo a Licino. Porque, claro, fácilmente sientes esa impresión por los muchachos, de modo que sería empresa más fácil mover todo el Sípilo de su base que arrancarte de tus «guapos» y apartarte de estar a su lado con la boca abierta y a veces llorando, como la hija de Tántalo [1]. Pero dime, ¿quién es la Medusa esa que se nos ha convertido en piedra, y de dónde ha salido, para que nosotros podamos verla? No tendrás inconveniente, imagino, en que nosotros la veamos, ni sentirás celos, si, al acercarnos, estamos a punto de quedarnos tan pasmados como tú al verla.

LICINO. — Conviene que sepas que, aunque le eches un vistazo por encima, te dejará boquiabierto y más inmóvil que las estatuas. Y, quizás, el efecto es más suave y la herida menos mortal, si tú la miraras a ella, porque, si ella dirigiera la vista hacia ti, ¿cómo te las arreglarías para apartarte de ella? Te llevará entrelazándote como quiera, tal como la piedra imán al hierro.

2 POLÍSTRATO. — Deja, Licino, de moldear en tu imaginación una belleza prodigiosa y dime de qué mujer se trata.

LICINO. — ¿Crees que exagero en mi descripción yo que tengo miedo de que te parezca que me quedo corto hacien-

---

[1] Alusión a Níobe, que, orgullosa de sus hijos, afirmó ser superior a Leto, madre tan sólo de dos hijos —Apolo y Ártemis—. Leto se vengó haciendo que Ártemis y Apolo asaetearan, respectivamente, a las hijas y a los hijos de Níobe. Níobe, afligida, huyó con su padre al monte Sípilo —aludido un poco más arriba—, donde fue metamorfoseada en roca, y el llanto que fluía de sus ojos pasó a ser un manantial.

do elogios? Te parecerá, sin duda, más bella. Pero quién es, no sabría decirlo; mucho séquito de criados, todo un cortejo que la rodeaba, destacado; multitud de eunucos, muchísimas doncellas y, desde luego, el asunto parece rebasar con creces el marco de lo puramente personal.

Polístrato. — ¿No pudiste enterarte ni siquiera de cómo se llamaba?

Licino. — En modo alguno; tan sólo una cosa: es de Jonia. Uno de los que estaba allí contemplándola la miró de cerca y, al volver, dijo: «Este tipo de belleza es típico de Esmirna.» Y nada de extraño tiene que la más bella de las ciudades jónicas haya producido a la más bella mujer. Claro que también me parecía de Esmirna el que hablaba; por esa razón hablaba de ella con tanto embeleso.

Polístrato. — Por lo que se ve, de verdad, te quedas- 3
te de piedra, al no acompañarla, ni preguntarle al esmirneo aquel que quién era; explícanos, pues, su aspecto en la medida que te sea posible. Quizás, así, yo podría reconocerla.

Licino. — ¿Te das cuenta de lo que pides? No hay palabras, y menos las mías, que puedan trazar un retrato tan prodigioso; a duras penas serían capaces Apeles o Zeuxis o Parrasio o Fidias o Alcámenes de plasmarla. Yo rebajo al original por la flojedad de mi arte.

Polístrato. — Pese a todo, Licino, ¿cuál es su aspecto externo? No es empresa arriesgada que le describas la imagen a un amigo, sea como sea esa descripción.

Licino. — Tengo la impresión de que sería mucho más seguro que imitara, para ello, a alguno de aquellos famosos artistas, para que me modelen un retrato de la mujer.

Polístrato. — ¿Qué insinúas? ¿Cómo te van a venir aquí ellos, que han muerto hace tantos años?

LICINO. — Muy fácilmente, sobre todo si tú no tardas en responderme.

POLÍSTRATO. — No tienes más que preguntar.

4 LICINO. — ¿Has estado alguna vez, Polístrato, en el país de los cnidios?

POLÍSTRATO. — Claro que sí.

LICINO. — ¿Viste a su *Afrodita*?

POLÍSTRATO. — Sí, por Zeus, la obra más hermosa de Praxíteles.

LICINO. — ¿Oíste la historia que sobre ella cuentan los lugareños, de que alguien, enamorado de la estatua, sin que nadie se diera cuenta, se acostó con ella en el templo en la medida en que se puede estar con una estatua? Eso cuenta la historia. Tú —la viste, según dices—, contéstame sin rodeos si en los jardines sagrados de Atenas has visto la de Alcámenes.

POLÍSTRATO. — Sería yo el más negligente, Licino, si hubiera dejado a un lado, sin verla, la más bella de las esculturas hechas por Alcámenes.

LICINO. — No dejaré de preguntarte aún, Polístrato, si al subir muchas veces a la Acrópolis has contemplado la *Sosandra* de Calamis [2].

POLÍSTRATO. — También a aquélla la he visto muchas veces.

LICINO. — Bien, con eso es suficiente. Dime ahora, ¿cuál es la obra de Fidias que más te gusta?

POLÍSTRATO. — ¿Cuál va a ser sino la *Lemnia*, en la que Fidias consideró oportuno inscribir su nombre? [3]. Sí, por Zeus, y la *Amazona* que está apoyada en la lanza.

---

[2] No parece que tal «Sosandra» fuera la estatua de una diosa, como creen algunos críticos; parece tratarse, más bien, de una mujer.

[3] La estatua que se cita es, sin duda, la famosa *Atenea Lemnia*, situada nada más pasar los propileos de la Acrópolis.

Licino. — Ésas son, compañero, las más bellas, de 5 manera que no precisaremos ya de otros artistas. Veamos ahora; de entre todas ellas, en la medida en que sea posible, voy a componer y a mostrarte una sola imagen que tenga lo mejor de cada una.

Polístrato. — ¿De qué forma sería eso posible?

Licino. — No es difícil, Polístrato, si, a partir de este momento, traduciendo las imágenes en palabras, nos dedicamos a traspasar la belleza de las unas a las otras y a componerlas y a ajustarlas con la mayor armonía, al tiempo que preservamos su variación y su complejidad.

Polístrato. — Llevas razón. Coge y señala. Quiero ver qué uso vas a hacer de ellas o cómo vas a elaborar, a partir de tantas, una sola imagen que no desentone.

Licino. — Ya puedes ver la imagen resultante, compo- 6
niéndola de la siguiente manera: de la *Afrodita de Cnido* tomamos solamente la cabeza; no será necesario ninguna otra parte de su cuerpo desnudo; los laterales del cabello y la frente, y el trazo de las cejas lo pondremos como lo hizo Praxíteles, y lo sensual, junto con lo radiante y lo alegre de la mirada, también eso lo mantendremos como le pareció a Praxíteles. Las mejillas y las partes frontales de la cara se tomarán de Alcámenes, y de la estatua que hay en los jardines, y, además, los rebordes de las manos y lo proporcionado de las muñecas y la finura progresiva de los dedos, todo eso, lo seleccionaremos de la que está en los jardines. El perfil general del rostro, la suavidad de las mejillas y el tamaño proporcionado de la nariz nos lo ofrecerán la *Lemnia* y Fidias; y él también la comisura de los labios y el cuello tomándolo de su *Amazona*. La *Sosandra* y Cálamis la adornarán con un recato y una sonrisa como la de aquélla: será a un tiempo solemne y fingida; lo curioso y sencillo del vestido, de *Sosandra,* excepto

que nuestra imagen tendrá la cabeza sin cubrir con velo. La medida de la edad podría ser cualquiera, más bien como la de la *Afrodita* que hay en Cnido, aunque también podría calcularse en base a la de Praxíteles. ¿Qué te parece, Polístrato? ¿Será hermosa la imagen?

7 POLÍSTRATO. — Muy hermosa, sobre todo después que llegues a pergeñar el más acabado detalle. Porque, oye tú, el más excelente de todos; sin duda, por olvido has dejado fuera de la estatua un rasgo de belleza importante, pese a acoplar y ajustar todo en una única imagen.

LICINO. — ¿Qué es ello?

POLÍSTRATO. — No, precisamente, amigo, lo más insignificante, a no ser que te parezca de poca importancia, de cara a la belleza, el configurar el tipo de piel que le cuadra a cada matiz, de modo que esté morena en la proporción exacta en que deba estar morena, blanca en la medida en que deba estar blanca, y darle el color adecuado y matices por el estilo; corremos el riesgo de quedarnos sin lo más importante.

LICINO. — ¿De dónde podríamos sacar eso? ¿Podríamos invitar, tal vez, a los pintores y, sobre todo, a cuantos de ellos son expertos en mezclar los colores y en hacer una aplicación adecuada de ellos? Sean invitados, pues, Polignoto y el famoso Eufranor y Apeles y Aecio. Repártanse ellos el trabajo; que Eufranor ponga la cabellera del mismo tono que tiñó la de Hera; Polignoto, la apariencia de las cejas y el aspecto sonrosado de las mejillas, tal como pintó a Casandra en la *lésché*[4] de Delfos, y que le haga

[4] Si hacemos caso de Pausanias, la *lésché*, que se encuentra dentro del recinto consagrado a Apolo en Delfos, más o menos a la altura del templo del dios, era el nombre con el que los lugareños conocían una especie de punto de encuentro, apropiado para la tertulia, la charla y los pasatiempos.

un vestido trabajado en la línea de máxima finura, de modo que tenga cuantos pliegues convenga y pueda ser movido por el viento por muchos lugares. Que el resto del cuerpo lo represente mejor Apeles siguiendo el modelo de Pacate, no demasiado blanco, sino ligeramente sonrosado. Los labios que los haga Aecio como los de Roxana [5]. Y 8
aunque tenemos aquí a Eufranor y Apeles, hemos sacado a la luz a Homero, al mejor de los pintores. Igual que él barnizó los muslos de Menelao de un color que parecía marfil ligeramente teñido de rojo, pon que sea así todo su cuerpo. Que el mismo Homero pinte los ojos haciendo de ella una «ojibovina». Formará parte también de la obra el poeta tebano para hacerla «ojiviolácea». Homero la hará «filorrisueña» y «blanquibráquea» y «rododáctila» en una palabra; se parecerá a la dorada Afrodita con mucha más razón que a la hija de Briseo [6].

Ese trabajo lo realizarán hijos de escultores, pintores 9
y poetas. Y lo que da realce a todo eso, la gracia, ¿quién podría reproducirla? Sí, las Gracias y los Amores moviéndose en torno a ellas.

POLÍSTRATO. — Criatura sublime, Licino, la que dices y, en verdad, caída de lo alto, como si fuera algo que viene del cielo. Y... ¿qué viste que hacía?

---

[5] Pacate y Roxana son los nombres de dos mujeres relacionadas con Alejandro. La primera fue, al parecer, su primer amor de adolescencia; ella era una joven tesalia de Larisa. La segunda es descrita como mujer de Alejandro por el propio Luciano en su obra *Heródoto*. Por cierto que el color al que alude el autor, al hablar de Pacate, no es exactamente sonrosado, sino «sanguino», es decir, que se nota que la sangre fluye por las venas y le da a la piel un tono lozano y vital.

[6] Mantengo en una sola palabra los epítetos homéricos y pindáricos, respectivamente, aplicados a Hera y Afrodita. Con respecto a la hija de Briseo, cf. *Ilíada* XIX 282.

LICINO. — Tenía un libro en ambas manos plegado en dos y parecía estar leyéndolo y, a la vez, haberlo leído. Al tiempo que avanzaba, dialogaba con uno de los testigos presenciales sobre no sé qué; no hablaba como para que se le pudiera escuchar. Al sonreír, Polístrato, dejó al descubierto unos dientes —¿cómo te podría explicar yo?— ¡tan blancos, tan proporcionados y tan encajados!; si hubieras visto un collar de las gemas más pulidas y de igual tamaño, así le habían salido en hilera uno tras otro; en contraste con el tono sonrosado de los labios, adquirían mayor realce; parecían, por citar aquel pasaje de Homero [7], semejantes al marfil aserrado, no unos más abiertos y otros más picudos y separados entre sí, como sucede con la mayoría de las mujeres, sino que había una cierta igualdad y homogeneidad en todos ellos, un tamaño único, y estaban seguidos en perfecta alineación, gran maravilla y espectáculo que rebasa el marco de la belleza humana.

10 POLÍSTRATO. — ¡Espera! Ya capto con claridad a qué mujer te refieres; por esos rasgos y por la patria de que viene la he identificado; decías que la acompañaban algunos eunucos.

LICINO. — Sí, por Zeus, y algunos soldados.

POLÍSTRATO. — Te refieres, buen hombre, a la mujer que se entiende con el rey.

LICINO. — ¿Cuál es su nombre?

POLÍSTRATO. — Es un nombre muy sensual, Licino, y seductor; es el mismo que el de la famosa y bella mujer de Abradatas [8]. La conoces, porque has oído muchas ve-

[7] Aquel pasaje de Homero no es otro que el de *Odisea* XVIII 196.

[8] Nombre de la famosa Pantea, mujer persa oriunda de Susa, de quien se decía que era la más bella de Asia (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* IV 6, 11; V 1, 2-18, entre otros pasajes).

ces los elogios que le prodiga Jenofonte como mujer hermosa y sensata.

LICINO. — Sí, por Zeus; me quedo traspuesto como si la estuviera viendo, siempre que me encuentro leyendo aquel pasaje, y casi puede decirse que la oigo, cuando se cuenta allí lo que ha hecho, y cómo armó a su esposo, y qué aspecto tenía ella cuando lo acompañó hasta el frente de batalla.

POLÍSTRATO. — Pero, tú, buen hombre, la viste una 11
vez como en un destello de un relámpago y pareces elogiar lo primero que has tenido a mano, quiero decir, su cuerpo y su belleza. No has contemplado aún las excelencias de su espíritu y no sabes bien cuánta belleza hay en él, con gran diferencia mejor y más parecido al de las diosas. Yo la conozco y he compartido con ella conversaciones, pues soy compatriota suyo. Y, como muy bien sabes tú, también yo, por encima de la belleza, alabo la serenidad, la filantropía, la generosidad, la sensatez y la cultura. Pues, si no, sería absurdo y ridículo, como si alguien admirara el vestido antes que el cuerpo. La belleza integral, pienso yo, consiste en esto: cuando concurren en el mismo punto la excelencia moral y la belleza corporal. Podría señalarte a muchas mujeres de presencia física notable, pero que en otras facetas constituyen un baldón para la belleza; en cuanto abren la boca se marchita ésta, y se corrompe y se afea estando, en contra de lo que sería lógico, en compañía de un alma que resulta ser mala señora. Mujeres así me parecen semejantes a los templos egipcios. Allí también el templo en sí es muy bonito y enorme, decorado con piedras carísimas y engalanado con oro y pintura; pero, si buscas en el interior a la divinidad, resulta que es un mono o un ibis o un macho cabrío o un gato. Es posible ver a muchas mujeres de ese estilo. No basta la belleza, a no

ser que esté adornada con adornos de justicia; me refiero no a que esté adornada con un vestido teñido de púrpura y collares, sino con los ornatos que mencioné anteriormente, la virtud, la sensatez, la moderación, la filantropía y demás cualidades que definen a la virtud.

12 LICINO. — Entonces, Polístrato, respóndeme, relato por relato con la misma moneda, según dice el refrán o, incluso, mejor —creo que puedes—, e indícamelo trazando un retrato de su alma, para que yo no la admire sólo a medias.

POLÍSTRATO. — No es pequeño el reto que me propones. No es lo mismo hacer el elogio de algo que todos pueden ver, que el desvelar con la palabra algo que no se manifiesta externamente. Y me parece que voy a necesitar colaboradores para la tarea, no solamente escultores y pintores, sino también filósofos; así podré amoldar la imagen a los cánones de aquéllos y hacer la exposición,
13 bien preparado, según los moldes de antaño. Vamos allá, pues. Melodiosa, ante todo, su voz al hablar;

de su lengua fluían palabras más dulces que la miel,

en mayor grado, si cabe, que las del anciano de Pilos [9]. El tono de su voz era dulcísimo, ni grave, como le cuadra a un varón, ni excesivamente atiplado, como si fuera femenino y absolutamente débil, sino el que le cuadra a un niño que aún no es adulto; agradable, placentero y suavemente sugestivo al oído. Al dejar de hablar, su voz aún resonaba y permanecía un tiempo y reverberaba en los oídos, como si un eco prolongara el período de escucha y quisiera dejar huellas melosas de sus palabras, cuajadas de seducción para el espíritu. Cuando entonaba aquella her-

---

[9] Alusión al pasaje «canónico» recogido por HOMERO en *Il.* I 249, referido al venerable Néstor, rey de Pilos.

mosa melodía, y sobre todo acompañada de la cítara, en-
tonces, sí, entonces era tiempo de silencio para alciones,
cigarras y cisnes. Frente a ella todo lo demás quedaba ca-
rente de melodía. Aunque menciones a la hija de Pan-
dión [10], también ella queda empequeñecida y vulgar a su
lado, aunque deje oír su voz de múltiples reverberos.
Orfeo y Anfión [11], que fueron los más seductores para los 14
oyentes, que hasta los seres inanimados respondían a su
canto —creo—, si hubieran asistido, dejando a un lado
sus cítaras habrían permanecido escuchando en silencio.
El mantener por encima de todo la exactitud de la armo-
nía, para no alterar el ritmo, sino medir a la perfección
el canto en su momento con los tiempos marcados y no
marcados al ir de acuerdo con la cítara, la sincronización
de la voz con la cuerda, la suave caricia de los dedos, la
modulación del canto, ¿de cuándo acá iba a tener todo
eso el famoso tracio aquel y que se preocuparía de tocar
la cítara mientras apacentaba rebaños en las laderas del
Citerón? De manera, Licino, que cuando ella canta no te
habrá sucedido ya lo de las Gorgonas, de transformarte
de hombre en piedra, sino que habrías conocido el canto
de las Sirenas. Si te llamara, acudirías, de fijo, olvidándo-
te de patria y parientes. Aunque te taponaras con cera los
oídos, a través de la cera te penetraría su canto. Así, resul-
ta su audición enseñanza de Terpsícore, o Melpómene o
de la mismísima Calíope que lleva en sí un mosaico de

---

[10] Las hijas de Pandión son Procne y Filomena; según las versiones más comúnmente aceptadas, fueron metamorfoseadas en ruiseñor y golondrina respectivamente.

[11] La saga de Orfeo es de todos conocida. De Anfión, ilustre tocador de lira, se decía que, al conjuro de su lira, era capaz de transportar las piedras, para levantar las murallas de Tebas, desde el campo hasta el lugar de su emplazamiento.

embeleso. Resumiendo, en una plabra, podría decirte lo siguiente: al oír semejante canto piensa qué tipo de melodía puede salir de semejantes labios y de semejantes dientes. Tú también viste a la mujer a que aludo; piensa también ahora que la has escuchado.

15 Lo perfecto de su lenguaje, puramente jonio, y el hecho de que tenga gran facilidad de palabra y mucho del donaire ático, no merece la pena ni destacarlo; es la lengua paterna y la de sus antepasados; no podía ser de otro modo, pues participaba de todo lo ateniense, como colonia que era su tierra [12]. Y no me llama en absoluto la atención que deleite con la poesía y hable con ella muchas veces, pues es compatriota de Homero.

Ahí tienes, Licino, el retrato único de su hermosa voz y de su canto, y eso que ha quedado por debajo de lo que hubiera sido de desear. Pero observa ahora otras cualidades.

He decidido, como tú has hecho, mostrártela no a base de componer una imagen a partir de muchas otras —esto se presta menos a una descripción que condense tantas excelencias y a configurar, a partir de muchos rasgos, algo variado que se da de tortas consigo mismo—. No obstante, en lo que a la totalidad de las excelencias de su alma se refiera, va a hacerse un solo retrato de cada una calcado del modelo original.

LICINO. — Polístrato, me das una noticia festiva y opulenta [13]. Parece que realmente me vas a pagar mejor moneda. Pues venga, echa más; ninguna otra cosa que hicieras me complacería más.

---

[12] Era comúnmente admitido que Atenas y Teseo guardaban una cierta relación con la fundación de Esmirna.

[13] Literalmente, eso parece decir el texto griego; tal vez mejor: «me anuncias una fiesta y un festín».

POLÍSTRATO. — Bien, puesto que inexorablemente la cultura debe estar a la cabeza de todas las cosas bellas y, en especial, de cuantas son suceptibles de estudio, coloquémosla aquí con nosotros, variopinta y multiforme, para que no desmerezca en ello de tu escultura. Pintemos que tiene reunidas de un golpe en sí misma todas las excelencias del Helicón, no como Clío, Polimnia, y Calíope y los demás, que cada una sabe hacer una sola cosa; reúne, además, las de todas ellas y, encima, las de Hermes y Apolo. Adornemos la imagen con las hermosas aportaciones en verso de los poetas, o con los discursos incisivos de los oradores, o con los relatos de los historiadores, o con las máximas de los filósofos; adornémosla, digo, no hasta que adquiera color, sino tiñéndola hasta la saciedad, sumergiéndola en tintas indelebles. Y perdona si no puedo ser capaz de mostrar ningún modelo antiguo de esta pintura. No hay nada tal que se recuerde entre los antiguos respecto de la cultura. Pero si te parece, que quede expuesta esta imagen también. No me parece que haya quedado mal. 16

LICINO. — Estupendo, Polístrato, y perfectamente acabada en todos sus rasgos.

POLÍSTRATO. — Pues ahora hay que pintar un retrato 17
de su sabiduría y su inteligencia. Necesitaríamos muchos modelos, de los antiguos, en su mayoría, y sólo uno jónico. Sean sus pintores y artistas, Esquines, compañero de Sócrates, y el propio Sócrates, los que mejor pueden darnos la copia exacta en la medida en que pintaban con amor; poniendo como modelo no desdeñable de inteligencia a la famosa Aspasia de Mileto, la compañera del olimpio [14], un tipo excelente por cierto: la experiencia que le asistía en los asuntos públicos y la agudeza para los temas políti-

[14] Obviamente, debe de referirse a Pericles.

cos, la sagacidad y el ingenio, todo eso los trasladaremos a nuestra imagen con una exacta plomada. Nótese que aquélla queda retratada en cuadro pequeño, mientras ésta, en lo que al tamaño se refiere, resulta colosal.

Licino. — ¿Qué quieres decir?

Polístrato. — Pues que las imágenes son semejantes, pero sus tamaños no; no es igual, ni por aproximación, la constitución política de los atenienses de aquella época y el poderío actual de los romanos. De modo que sí es la misma en semejanza, pero, en tamaño, ésta es mucho mejor; como si la hubieramos pintado sobre un cuadro
18 enormemente ancho. Los modelos segundo y tercero, la famosa Téano y la poetisa lesbia y, además, Diotima [15]: a la primera, Téano la hemos tomado para el retrato por su amplitud de mente, y a Safo la hemos elegido preferentemente por su sensualidad; y se parecerá a Diotima no únicamente por la faceta que le elogió Sócrates, sino por otras facetas de su inteligencia y su capacidad para aconsejar. Ahí tienes otro retrato para colgar.

19 Licino. — Sí, por Zeus, Polístrato; es maravillosa. Pinta otras facetas.

Polístrato. — ¿En diligencia, amigo, o su cariño por la gente, o su dulzura de carácter y su atención a los necesitados? Compáresela a ella con Téano, la mujer de Antenor, y con Areta [16] y con la hija de Areta, Nausícaa, y con alguna otra que haya actuado con tal sensatez en asun-
20 tos de envergadura ante los avatares del destino. A continuación, píntese la imagen de la sensatez misma y la del

[15] Téano es una famosa escritora sobre temas filosóficos, amiga íntima de Pitágoras. Diotima es la conocida sacerdotisa de Mantinea mencionada en lugar preferente por Sócrates en Platón, *Banquete* 201d.

[16] La Téano a la que se alude ahora es la sacerdotisa de Atenea en Troya. (*Il.* VI, 298.) Respecto de Areta, véase *Od.* VII 67 ss.

cariño al esposo —siguiendo el modelo de la hija de Icario, que era sensata en grado sumo y muy prudente, según la describe Homero—; de esa guisa pintó aquél el retrato de Penélope o siguiendo el modelo de la que se llamaba igual que ella, la mujer de Abradatas, de la que, poco antes, hicimos mención.

LICINO. — Buen trabajo, Polístrato, la has pintado bellísima. Pero ya casi los retratos tocan a su fin. Al hacer su encomio por partes, te has olvidado de todo lo concerniente a su espíritu.

POLÍSTRATO. — No todo, si bien faltan aún los elogios 21
más importantes. Me refiero al hecho de que, viviendo en tanto boato, ni se da aires de suficiencia por su buena fortuna, ni se yergue por encima de la medida humana confiando en el destino, sino que se mantiene, y saluda a los que se acercan a ella, con talante populista y de tú a tú, y da a sus acompañantes muestras de simpatía, que les resultan más agradables en la medida en que, aunque proceden de alguien que está por encima de ellos, no revisten ningún tipo de boato.

Así, cuantos aprovechan el hecho de tener poder no para presumir, sino para obrar bien, ésos son considerados acreedores de los bienes que otorga el destino, y únicamente ellos podrían evitar el ser objeto de envidia. Nadie sentiría envidia hacia el que está por encima, si lo ve moderado en las coyunturas favorables del destino, y no como a la Ate aquella de Homero, dando voces sobre cabezas de hombres y pisoteando lo más débil; así es como los de baja estofa sufren los designios por vulgaridad de su espíritu. Pero, cuando el destino, de golpe, sin que esperasen ya nada así, los hace subir a un carro alado y que va por los aires, no permanecen en lo que tienen, ni miran hacia abajo, sino que se ven forzados a mirar constantemente

hacia lo alto, entonces, como Ícaro, se les derrite enseguida la cera y se les impregnan las alas, y su castigo es caer de cabeza a mares y olas.

Pero cuantos hicieron de las alas el mismo empleo que Dédalo y no se elevaron del todo sabiendo que estaban hechos de cera, sino que administraron lo que les dieron de un modo racional y se contentaron simplemente con sentirse más altos que las olas, mecidos en ellas, de modo que sus alas están siempre húmedas y no las exponen al sol, ésos volaron a lo ancho y a lo largo con seguridad y con sensatez a un tiempo. Justamente eso es lo que uno alabaría en ella; de todos saca el fruto que se merece, pues, todos le suplican que esas alas permanezcan a su lado y que los bienes afluyan aún en mayor medida.

22 LICINO. — Así sea, Polístrato. Lo merece, pues lo que a su cuerpo se refiere es como la hermosa Helena, pero esconde bajo él un alma más bella y más seductora. Al gran Rey [17], que es un hombre bueno y apacible —eso, además de otras muchas cualidades que tiene—, se le debería felicitar por tener una mujer de semejante categoría a su lado y que lo desea cuando está con él; no es poca felicidad esa, una mujer respecto de la cual alguno podría decir con toda propiedad, aquello de Homero, de que ella rivalizaba en belleza con la dorada Afrodita, pero que en obras competía con la propia Atenea [18]. En resumen: ninguna mujer podría comparársele ni en porte, ni en talle, dice Homero, ni en mente, ni en hechos.

23 POLÍSTRATO. — Llevas razón, Licino. Si te parece, entremezclando ya los retratos, el que tú modelaste del cuer-

---

[17] El «gran Rey» es, obviamente, el emperador Vero, muerto el año 169 d. C.

[18] Cita tomada de *Il.* IX 389-90.

po y los que te pinté del alma, juntándolos todos en uno solo y estampándolo en un libro, pongámoslo, para que lo admiren, a disposición de todos los hombres, los de ahora y los que vengan después. Sería más duradera que las obras de Apeles y Parrasio y Polignoto, y le gustará a la mujer mucho más que otras parecidas, en la medida en que no ha sido hecha de madera o cera o colores; antes bien, se ha trazado con los mejores retazos de inspiración proveniente de las Musas: el retrato más perfecto que podría trazarse, que lleva en su interior y muestra al exterior, respectivamente, belleza de cuerpo y nobleza de espíritu.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS *

Abreviaturas

Con. = *Caronte o Los contempladores.*
Sub. vid. = *Subasta de vidas.*
Pesc. = *El pescador o Los resucitados.*
Doble acus. = *Doble acusación o Los tribunales.*
Sacr. = *Acerca de los sacrificios.*
Ign. = *Contra un ignorante que compraba muchos libros.*
Sueño. = *El sueño o Vida de Luciano.*
Par. = *Sobre el parásito o Que el parasitismo es un arte.*
Afic. ment. = *El aficionado a la mentira o El incrédulo.*
Juic. dios. = *Juicio de diosas.*
Sueldo = *Sobre los que están a sueldo.*
Anac. = *Anacarsis o Sobre la gimnasia.*
Nec. = *Menipo o Necromancia.*
Asno = *Lucio o El asno.*
Luto = *Sobre el luto.*
Maest. Ret. = *El maestro de retórica.*
Alej. = *Alejandro o El falso profeta.*
Retr. = *Los retratos.*

---

* Para la elaboración de este índice se han seguido las pautas del vol. I de *Luciano, Obras,* núm. 42 de esta colección. Para la tarea de recopilación de datos, ha sido muy valiosa la colaboración de Carmen M.ª Ávila Marcos, de cuyo trabajo deseo dejar constancia.

ÍNDICE GENERAL